

# *La torre y el caballero*

*El ocaso de los feudales*



José Luis Corral

Proyecto **Escuela**  **Escuela**



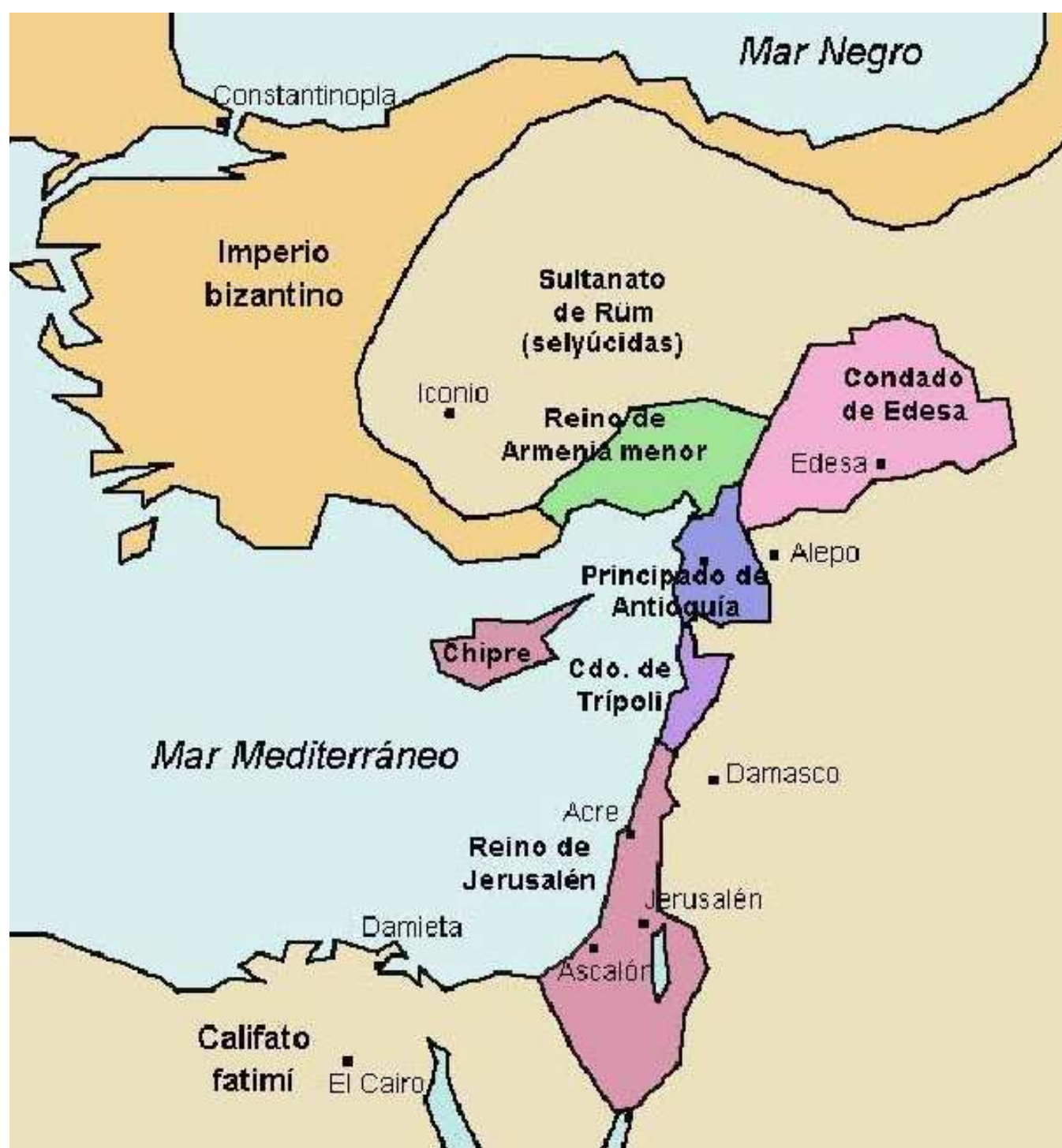
**José Luis Corral Lafuente**

**La torre y el caballero**  
**El ocaso de los feudales**

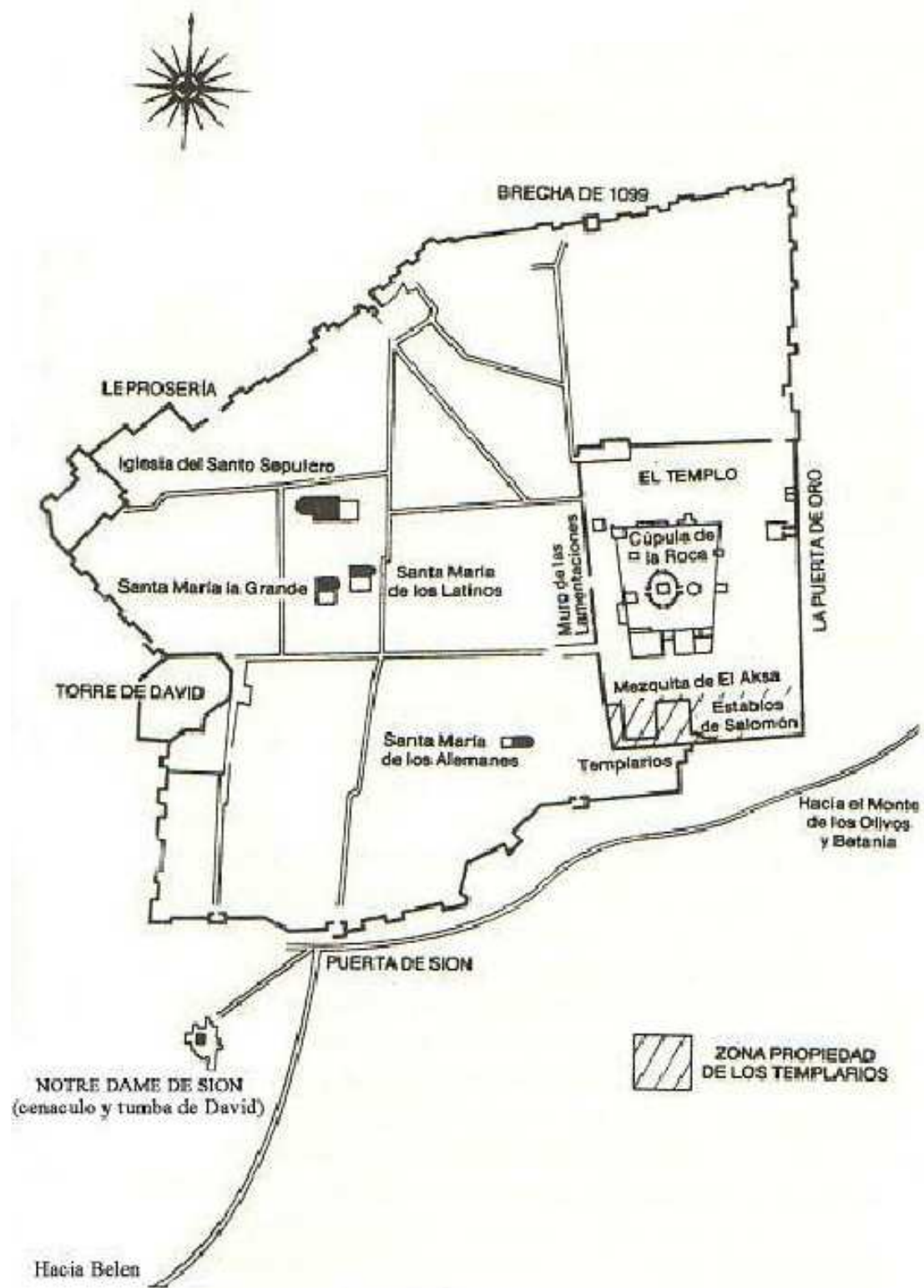
OhCaN 27.03.14

Los alrededores del año 1500 suponen un momento crucial en la historia de Europa. Tras la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América y el destierro de judíos y musulmanes de la península Ibérica, España se abre a una nueva etapa de la historia. Y sin embargo en esa época aún seguían vigentes los viejos valores que una parte de la sociedad medieval había ido inculcando a sus miembros.

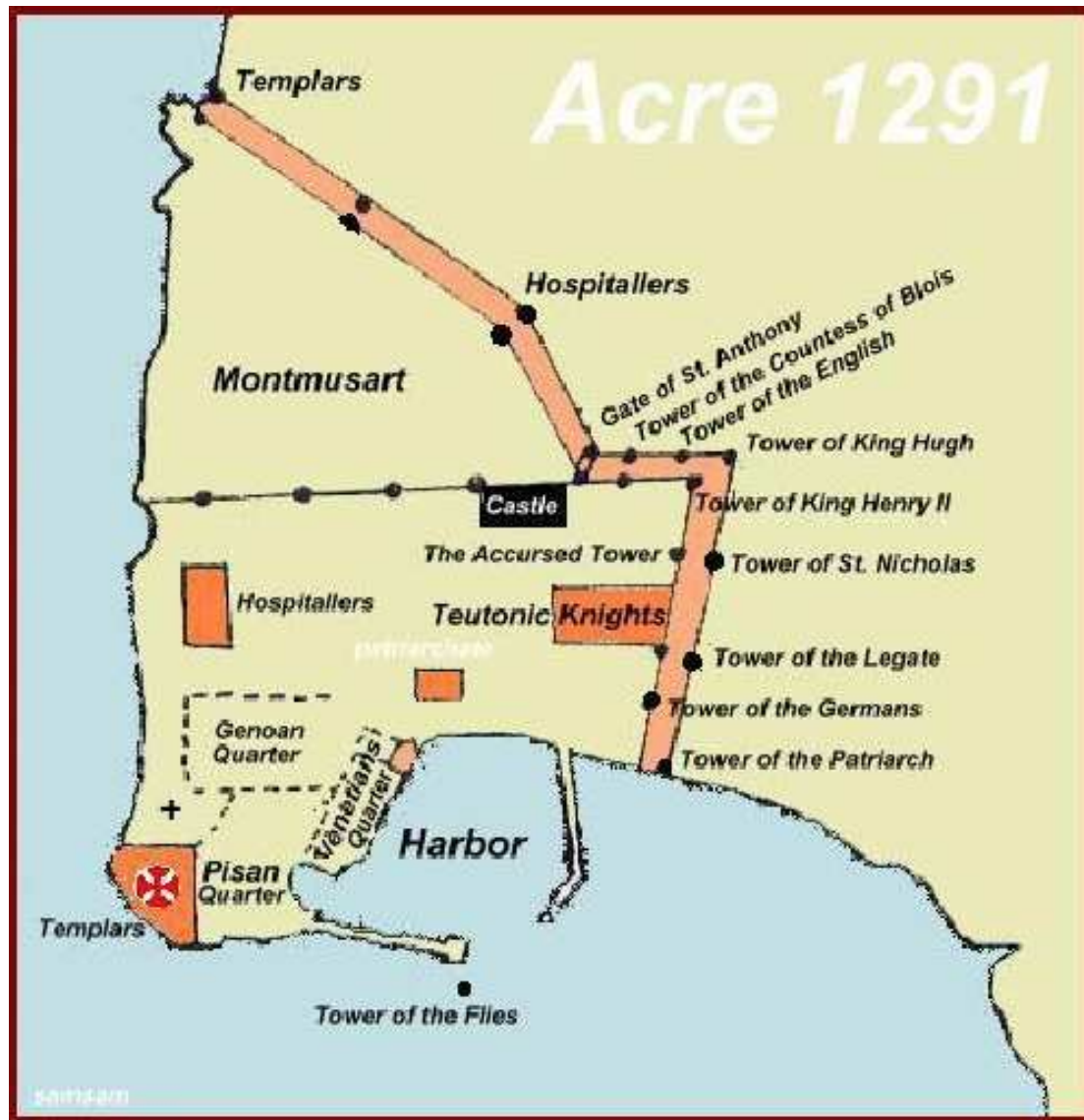
Título original: *La torre y el caballero, El ocaso de los feudales* José Luis Corral Lafuente, 2001 Editor digital: OhCaN



Tierra Santa a finales del Siglo XIII



Plano de Jerusalem Siglo XII



Plano de San Juan de Acre en 1291

## Primera parte

### EL PRINCIPIO DEL FIN

#### CAPÍTULO I

Una fina lluvia empapaba las montañas azules del norte y el aire cálido y húmedo estaba impregnado de un aroma a heno fresco y a tierra mojada. El jinete ascendió la ladera del cerro espoleando a su caballo, recabando del animal un último esfuerzo. Al llegar ante el portón del castillo, gritó con fuerza; poco después las dos gruesas hojas de madera chapada de hierro se abrieron y el caballero entró en el patio de armas. El alcaide aguardaba ansioso la noticia.

—Una terrible tempestad ha desbaratado la flota. El rey está a salvo en Perpiñán; su galera consiguió eludir el ojo de la tormenta y bogó rumbo norte en busca de refugio. Otros navíos han recalado en las costas de Provenza e incluso en Mallorca, pero varios se han perdido. De vuestro señor no se sabe nada; la galera en la que viajaba ha desaparecido. Por el momento, el conde de Ampurias se hará cargo de la esposa de don Raimundo; vendrá hoy mismo conmigo a Peralada —informó el jinete nada más descender de su montura, a la vez que le entregaba un pequeño sobre de papel sellado a lacre con el escudo del conde.

El alcaide se atusó la barba, cogió el documento y sin mediar palabra se dirigió al interior del torreón. Junto a la chimenea una joven de apenas quince años comía un plato de sopa. Su prominente barriga anunciaba que estaba embarazada.

—Doña María —le dijo el alcaide—, preparaos enseguida para partir, el conde os reclama.

La joven señora miró al alcaide y al contemplar su rostro severo supo que algo grave había ocurrido.

\* \* \*

Unas semanas antes, su esposo, Raimundo de Castelnou, señor del castillo y vasallo del conde de Ampurias, le había dicho que iba a estar ausente una larga temporada. Toda una tarde estuvo explicándole que el rey de Aragón había convocado a los barones y caballeros de todos sus Estados a una gran aventura, y que como vasallo estaba obligado a acudir en su ayuda. Le habló de una extraña tierra muy lejana en la que se encontraba el sepulcro de Jesucristo, un lugar sagrado para los cristianos pero que ahora poseían los sarracenos. Su deber como creyente, como señor del castillo de Castelnou y como vasallo del conde era acudir allá y recuperar para la cristiandad el lugar donde había sido enterrado Cristo.

Una luminosa mañana María había contemplado su partida acompañado por cuatro caballeros. La noche anterior había cenado con él y pese al embarazo habían hecho el amor, y él le había repetido cuál era su misión y su destino. Lo observó alejarse entre las curvas del camino y perderse tras la espesura del bosque, varios centenares de pasos más allá de la puerta de la fortaleza. Fue la última vez que vio a su esposo.

Jaime el Conquistador, el más grande de los reyes de Aragón, había pasado toda su existencia guerreando contra los musulmanes de Valencia y de Baleares; casi al final de su vida había decidido que era llegado el momento de ir más allá. Anciano pero todavía vigoroso a sus sesenta años, convocó a los nobles de sus reinos y Estados a una nueva cruzada que tendría como objetivo la reconquista de Jerusalén y la aniquilación del Islam. Hacía dos años que algunos de sus agentes secretos, mercaderes catalanes que comerciaban

con Oriente, estaban intentando alcanzar pactos con los mongoles para entre ambos destruir a los musulmanes; no llegaron a ningún acuerdo pero de esos contactos surgió la idea de acudir a una nueva cruzada. El rey don Jaime no dudó en convocarla y del puerto de Barcelona zarpó una armada compuesta por más de treinta navíos el 4 de septiembre del año del Señor de 1269. En los primeros días todo parecía ir bien; los tajamares de las galeras de guerra rompían las olas rumbo a Oriente, pero una tormenta desbarató la flota y, aunque unas pocas naves lograron alcanzar el puerto de San Juan de Acre, en la costa de Palestina, otras recalaron en puertos occidentales en busca de refugio y algunas zozobraron y fueron a parar al fondo del Mediterráneo. La gran cruzada del viejo rey don Jaime el Conquistador había sido desbaratada por una tempestad; el soberano vencedor en cien batallas había sucumbido ante el mar y el cielo embravecidos. La voluntad de Dios no había permitido que don Jaime cumpliera su último gran sueño.

\* \* \*

La joven doña María llegó al castillo de Peralada cuando el otoño comenzaba a teñir de rojo y amarillo las hojas de las hayas y los castaños. El conde la recibió con cortesía y le explicó cómo había ocurrido el naufragio de la galera donde embarcara su esposo don Raimundo. Le dijo que había sido un buen vasallo y un fiel cumplidor de sus obligaciones como castellano de Castelnou y le prometió que ni a ella, ni a su hijo, «futuro hijo», recalcó señalando su vientre, le faltarían su ayuda y su auxilio.

—Cuidaré de vuestro hijo como si fuera mío, y cuando esté preparado le otorgaré uno de mis castillos en feudo, como hice con vuestro esposo —asentó el conde.

—Tal vez sea una niña —alegó doña María.

—En ese caso dispondrá de una buena dote y no carecerá de un marido adecuado a su linaje.

Jaime de Castelnou nació el primer día de 1270. Hacía frío y el viento del norte arrastraba heladas gotas de agua y nieve. Doña María no pudo resistir el parto. A pesar de que el médico judío del conde hizo cuanto pudo para salvar la vida de la joven, su frágil cuerpo no resistió y murió pocos minutos después de dar a luz a un hermoso niño; su cuerpecito arrugado y tembloroso fue lo último que vieron sus ojos.

## CAPÍTULO II

Los dos sudorosos jóvenes se aplicaban con vigor a la pelea bajo la atenta mirada del maestro de armas. Jaime de Castelnou se movía con la agilidad y la rapidez de un felino, esquivando una y otra vez y sin aparente esfuerzo las acometidas vigorosas pero imprudentes del hijo del conde. Las espadas de madera chocaban en el aire haciendo resonar su característico crujido entre las paredes del patio del castillo.

—¡Sube la guardia, sube la guardia! —le indicaba el maestro de esgrima al hijo del conde, que no podía desbaratar, pese a tanto esfuerzo, la bien cerrada defensa de Jaime.

Tras varios intercambios de golpes, el de Castelnou tomó la iniciativa; hasta entonces se había limitado a mantener a distancia a su oponente y amigo, esquivando sus ataques y guardando fuerzas para el momento decisivo. Cuando lo estimó oportuno, armó su brazo izquierdo hacia atrás y lo lanzó con enorme fuerza y velocidad de abajo hacia arriba, dibujando una amplia y compleja finta que desconcertó a su adversario, y de inmediato ejecutó dos mandobles que lo desarmaron.

—Me has vencido de nuevo; no hay manera de derrotarte —se lamentó con la cabeza baja el hijo del conde.

—Tienes que practicar más, si lo haces llegará un momento en que lograrás vencerme —asentó Jaime.

—Eres demasiado fuerte para mí.

—No ha estado mal, muchachos, pero no creáis que aquí hemos acabado por hoy, ahora toca una buena cabalgada —dijo el maestro de armas, guiñando a la vez un ojo a los dos jóvenes.

Los tres jinetes cabalgaron por los campos de los alrededores del castillo de Peralada obedeciendo las órdenes y las instrucciones que les iba dando el maestro. Cabalgar era lo que más le gustaba a Jaime. Sentir el viento en su rostro mientras espoleaba a su caballo lanzado al galope colina abajo le hacía sentir un enorme placer.

De vez en cuando, y si se lo permitían, montaba a caballo y se perdía en el bosque; entre los árboles soñaba con emular las legendarias hazañas de aquellos maravillosos caballeros que los juglares cantaban en las largas veladas invernales en la gran sala del castillo. Se imaginaba que algún día llegaría a ser como Lanzarote del Lago, fuerte e invencible, o como Galahad, piadoso y compasivo, y soñaba con combatir al lado de soldados como aquellos de los poemas y los relatos, y salir a buscar por el mundo el Santo Grial, el cáliz sagrado que ninguno de ellos había logrado encontrar.

A sus dieciocho años, Jaime era un joven esbelto, pleno de vida y vigoroso. Vivía en la corte del conde y había sido educado como uno de sus hijos, pero sus gustos y sus aficiones distaban mucho de los de los jóvenes de su edad. Era callado, casi taciturno, y jamás se reía, aunque no parecía estar triste. Pasaba muchas horas en la soledad y penumbra de la capilla, meditando, y no perseguía a las sirvientas acosándolas por los rincones como hacían los muchachos de su edad. En las clases de equitación y de esgrima siempre era el primero en acudir y el último en marcharse; cumplía sin rechistar todo cuanto se le ordenaba y nunca se mostraba displicente o cansado.

Algunas noches, cuando el castillo quedaba en silencio y sólo se oían el grave ulular de las lechuzas y los ronquidos estridentes de los que dormían a su lado, intentaba imaginar cómo hubiera sido su vida si no hubieran muerto sus padres. De don Raimundo, su padre, sólo sabía lo que le había contado el conde, y con cuánta ilusión zarpó de Barcelona para conquistar Tierra Santa; de su madre le habían dicho que era una mujer bella y recatada, y

que aceptó la marcha de su esposo porque ésa había sido la voluntad de don Raimundo, pese a que la había dejado apenas un año después de casados y embarazada de cinco meses. Intentaba entender por qué lo había hecho, por qué se había alejado de su joven esposa y la había abandonado en esas circunstancias. En una ocasión se atrevió a preguntárselo al conde, pero éste le contestó con una evasiva. Jaime intuyó que en aquella decisión de su padre había algo que no le habían explicado y que necesitaba saber, pero se resignó de momento porque nadie parecía dispuesto a confesarle la verdad.

Algo en su interior le decía que su padre había dejado una obra inacabada y que su obligación era terminarla; le obsesionaba no saber qué había ocurrido, no conocer casi nada de su pasado ni del de su familia. Cada vez que intentaba que le hablaran de sus antepasados, todo el mundo le respondía con vaguedades. Él se sabía hijo de un caballero, un joven de linaje noble, pero ignoraba sus orígenes, dónde estaban sus verdaderas raíces, ni siquiera conocía si tenía otros parientes. Indagó sobre su apellido, Castelnou, y buscó información sobre sus antepasados, pero sólo encontró silencio. La respuesta a sus preguntas era siempre la misma: su padre, don Raimundo de Castelnou, era un caballero vasallo del conde de Ampurias, último heredero de una familia de la pequeña nobleza de las montañas del Pirineo, mientras que su madre procedía de un linaje señorial que había desaparecido con ella, la última heredera de una casa nobiliaria de una rama secundaria del tronco principal de los condes.

No conocía nada más.

Jaime se sentía solo. Era verdad, y así lo entendía, que el conde, la condesa y sus hijos se habían comportado como su auténtica familia; desde que tenía uso de razón recordaba el buen trato recibido y cómo se sentaba a la mesa condal como uno más de los parientes cercanos del gran señor, y había recibido de la condesa un cariño similar al que dedicaba a sus hijos legítimos, pero la oscuridad de sus orígenes le atormentaba. Por eso se recluía tanto tiempo en la capilla, por eso le gustaba cabalgar en soledad apurando las fuerzas del caballo hasta el extremo, por eso se mostraba siempre callado y taciturno.

Toda su energía se concentraba en una sola idea, la que rondaba su cabeza desde que supo que su padre murió persiguiéndola: la reconquista de Jerusalén.

El castillo del conde no disponía de biblioteca, y además Jaime apenas sabía leer; lo estaban formando para ser un caballero, un futuro soldado, y para ese oficio no hacía falta entender de letras. El patio del gran castillo solía estar lleno de gente que procedía de lugares lejanos. Era frecuente encontrarse con mercaderes que habían viajado por Oriente, con trovadores de Borgoña y de Aquitania, con caballeros del rey de Aragón y con saltimbanquis que recorrían Europa ganándose la vida con juegos de magia y chanzas cómicas. Aquellos trovadores y cómicos suplían con sus versos su carencia de lecturas, y gracias a sus poemas y canciones supo de la existencia de un grupo de caballeros que, bajo las órdenes de un rey llamado Arturo, se congregaron para encontrar el Santo Grial.

Aquellos juglares le hicieron comprender que el mundo era muy grande, y parecía lleno de posibilidades maravillosas; fuera del condado, lejos de aquellos horizontes limitados por las montañas nevadas del norte y la llanura y las colinas que se extendían por el este hacia el mar, había un inmenso universo de sueños, tal vez los mismos que su padre pretendió alcanzar y que perdió para siempre cuando su galera se hundió en las aguas azules del Mediterráneo.

Encerrado en aquellas paredes de piedra, en aquel horizonte que si bien antaño había percibido como su paisaje vital, con el que se identificaba y en el que se reconocía, ahora se le quedaba pequeño, comenzó a sentirse incómodo. Comprendió que necesitaba

salir de allí, romper con ese pasado oscuro que no lograba esclarecer y que lo atormentaba, otear otros horizontes más amplios, intentar alcanzar las utopías que lo perseguían, buscar un sentido a su presente y a su pasado. Pero era un hombre del conde, un vasallo de su señor, y nada podía hacer sin contar con su autorización. ¿Qué podía esperar? Estaba seguro de que el conde le permitiría marcharse si se lo pedía, pero ¿adonde ir? Algo le decía que su futuro estaba en Tierra Santa, que sólo en ese lejano lugar de Oriente iba a encontrar respuestas a las preguntas que lo perseguían desde niño, y que sólo allí alcanzaría el conocimiento que aquí todos le negaban y el sosiego que su alma le demandaba.

### CAPÍTULO III

Una mañana, mientras estaba en los establos con varios jóvenes de la corte condal cepillando los caballos, un paje entró corriendo y gritando.

—¡Están aquí, están aquí! El señor conde ordena que vengáis a verlos, venid, venid —y dicho esto salió tan rápido como había llegado.

—¿Qué ocurre? —demandó Jaime extrañado.

—Los templarios. Hace dos días llegó un emisario del comendador de Mas Deu anunciando que hoy estarían aquí. Vamos, el señor conde me ha dicho que acudamos a su presencia —dijo el maestro de armas.

Los jóvenes salieron del establo siguiendo a su educador.

En ese momento atravesaban el umbral de la puerta del castillo seis jinetes en columna de a dos. Los dos primeros vestían sendas capas blancas, impolutas como la nieve recién caída, y sobre el hombro izquierdo lucían una esplendorosa cruz roja que parecía dibujada con sangre. Se cubrían la cabeza con un bonete blanco orlado con una cinta llena de pequeñas cruces rojas. Cabalgaban erguidos sobre sus caballos, como si fueran estatuas; sus rostros barbados y sus ojos serenos y fríos denotaban un inmenso orgullo. Tras ellos cabalgaban dos jinetes vestidos con mantos pardos, muy oscuros, con la misma cruz en rojo sobre el hombro izquierdo, y detrás, cerrando el severo cortejo, dos criados montados en mulas.

Jaime de Castelnou tuvo la impresión de que la visita de aquellos hombres algo tenía que ver con él.

El conde de Ampurias saludó a los dos caballeros de blanco, que descendieron de sus monturas con agilidad. No eran jóvenes, pero tampoco tan mayores como le habían parecido en la primera impresión, al verlos tan altivos, con sus largas barbas y su porte solemne.

—¡Jaime! —el conde llamó a su ahijado y con un gesto de la mano le indicó que se aproximara.

—Mi señor... —el joven se acercó confuso.

—Te presento a Raimundo Sa Guardia, caballero del Temple, de la encomienda de Mas Deu, y a su compañero Guillem de Perelló.

Los dos templarios saludaron a Jaime con una ligera inclinación de cabeza, pero observándolo a la vez como quien mira a un insecto sin otro interés que el que despierta su zumbido.

—Señores... —balbució el joven Castelnou.

—Este apuesto joven es Jaime de Castelnou, de quien os hablé hace unas semanas. Como podéis comprobar, no exageré: su porte es digno de un príncipe. Será un perfecto caballero templario.

Al oír aquella frase, Jaime se quedó perplejo, mirando a su señor como si le acabara de anunciar que había sido designado rey de Inglaterra o papa de Roma.

—No, no exagerabais, conde —dijo el primero de los caballeros—. ¿Le habíais comentado algo?

—No. Quería que fuera una sorpresa, y como podéis comprobar por el arrobamiento de su rostro, ésta ha sido mayúscula. Bien, Jaime, vas a ser un caballero templario.

—¿Yo, señor? —El joven estaba tan aturdido como si le acabaran de propinar una buena tunda.

—Sí, tú, claro; ¿quién mejor que el hijo del gran Raimundo de Castelnou para vestir

el hábito más prestigioso de la cristiandad? Vas a tener el privilegio de ser un soldado de Cristo. Tu padre así lo hubiera deseado; seguro que desde el cielo, en donde ahora está gozando de la paz celestial a la derecha de Nuestro Señor, está muy orgulloso de ti.

—Pero yo, no sé si soy digno...

—Claro que lo eres. No conozco a nadie más piadoso, más discreto ni más honrado que tú. Eres el más indicado para ingresar en la Orden del Temple. Los caballeros de Cristo necesitan jóvenes arrojados y valientes que refuercen sus filas en Tierra Santa. El maestre ha dado instrucciones para que se reclute a nuevos caballeros que acudan en defensa de la cristiandad de Ultramar, que corre serios riesgos de desaparecer ante la ofensiva que han desplegado esos perros infieles seguidores de Mahoma. —El conde escupió al suelo tras pronunciar el nombre del Profeta.

—Yo no tengo... —volvió a balbucir Jaime.

—Claro que tienes —le interrumpió el conde—. Tienes cuanto hay que tener para ser un perfecto caballero de Cristo: linaje, agallas, valor, fuerza interior y fortaleza de cuerpo y de alma. Te he visto pelear y no creo que haya muchos que puedan igualar tu destreza en el combate, pese a tu juventud. El maestro de armas me ha dicho que no ha conocido a nadie que manejara la espada y la lanza con semejante habilidad y potencia a tus años. Está asombrado. La cristiandad necesita jóvenes como tú. Le he dicho al comendador del Temple en Mas Deu que podrías ser uno de ellos, uno de los caballeros que Cristo elige para que le sirvan como los primeros y más puros defensores de su mensaje.

Jaime de Castelnou observó a los dos templarios. Sus figuras parecían realmente imponentes. Intentó imaginarse cómo estaría él vestido con aquel manto blanco, y si sería capaz de portarlo con la majestuosidad con que lo hacían aquellos dos hombres.

—Ser templario es el mayor honor con el que puede investirse a un caballero cristiano, pero nuestra vida es dura y abnegada. Si deseas vestir este noble hábito, deberás renunciar a muchas cosas de este mundo y dedicar tu vida por completo al servicio y a la defensa de la cristiandad —le dijo el que el conde había presentado como Raimundo Sa Guardia.

—Mi decisión está tomada. Quiero que profeses como soldado de Cristo, pero antes hay que investirme como caballero. Creo que ya estás preparado para ello, pues tu formación es más que suficiente y la nobleza de tu sangre está más que contrastada. Ahora, la decisión última depende de ti. Nadie puede ser templario en contra de su propia voluntad.

—Yo me encuentro bien a vuestro servicio, señor —dijo Jaime.

—Pero el servicio a Dios es más importante que cualquier otro. Por mi parte, estaría muy orgulloso si uno de mis ahijados formara parte del Temple.

—No sé, no lo he pensado..., estoy un poco confuso.

—Tienes tiempo; don Raimundo, don Guillem y sus acompañantes se quedarán con nosotros hasta mañana. Tienes todo el día para meditarlo. Piénsalo bien, porque si ingresas en la Orden renunciarás a los fútiles placeres del mundo, pero ganarás la eternidad en el paraíso.

—¿Puedo retirarme a la capilla?, necesito reflexionar...

—Claro, claro, hazlo. Entretanto, permitidme, señores, que os ofrezca mi hospitalidad, mi cocinero ha preparado un buey asado para celebrar vuestra visita.

Jaime de Castelnou se dirigió presto a la capilla; atravesó el umbral y avanzó directamente hacia el altar, ante el cual cayó de rodillas. El corazón le palpitaba alborozado dentro de su pecho con tal fuerza que lo sentía golpear entre las costillas. ¿El, un templario? Jamás lo había siquiera imaginado. Su vida había discurrido hasta entonces en el castillo

del conde, recibiendo formación militar para ser un día no muy lejano un vasallo a quien su señor le entregaría un pequeño feudo, tal vez un castillo con dos o tres aldeas, para gobernarlas en su nombre, como hiciera su padre años atrás. Pero en unos momentos todos sus planes habían cambiado. ¿El, un templario? Tendría que acatar una dura disciplina, renunciar a deleitosos placeres que a su edad todos los jóvenes anhelaban, servir a la cristiandad defendiendo las peligrosas rutas de los peregrinos a Tierra Santa, combatir a los musulmanes, pugnar por recuperar Jerusalén... ¿El, un templario? Nunca antes se había imaginado vestido con la capa blanca, cabalgando orgulloso tras el estandarte blanco y negro de la Orden, obedeciendo sin rechistar las instrucciones de sus superiores... Pensó entonces en su padre muerto por acudir a la cruzada, y en su madre, fallecida para que él pudiera vivir. Y de repente, como si hubiera recibido un fogonazo de luz clarificadora, se disiparon todas sus dudas: los horizontes que buscaba en sus sueños acababan de presentarse ante sus ojos.

\* \* \*

—Me alegro mucho, hijo, de que hayas tomado esta decisión. Yo la apruebo y sé que tu padre también lo hará allá arriba en el cielo.

El conde, que era la primera vez que llamaba «hijo» a Jaime, lo abrazó con fuerza cuando el joven Castelnou le comunicó que aceptaba ingresar en la Orden del Temple.

—Intentaré no defraudaros, señor.

—Sé que te esforzarás por dejar en el alto lugar que corresponde a tu linaje, y que te comportarás como un buen soldado de Cristo. Mañana serás investido caballero. Esta noche velarás las armas, mis hijos te acompañarán y yo mismo te impondré las insignias que ratificarán tu rango.

Jaime pasó la noche en vela en la capilla del castillo, ante el altar, delante de la espada, las espuelas, el cinturón de recio cuero y los guantes de piel claveteados que el conde ordenó que se le entregaran. La noche transcurrió lenta y pesada. Al amanecer, los templarios se presentaron en la capilla para rezar sus oraciones diarias. No hicieron el menor caso ni a Jaime, que había logrado resistir el sueño durante toda la noche, ni a los dos hijos del conde, que habían permanecido a su lado y que por momentos habían dado algunas cabezadas.

Uno de los criados del conde le indicó que debía prepararse para la ceremonia de investidura de la Orden de la Caballería, que tendría lugar en la misma capilla justo a mediodía. Jaime se retiró para vestirse con su segunda túnica, una de algodón teñido de color verde y ribeteada con una cinta dorada, y para lavarse la cara con agua fresca a fin de despejarse al menos momentáneamente del sopor que le invadía tras toda una noche en vela.

Aquello estaba sucediendo tan deprisa que el joven apenas había logrado asimilar cuanto le había ocurrido desde que un día antes hubieran aparecido los templarios en el castillo.

Mientras estaba acabando de vestirse, el conde se presentó ante Jaime.

—Me ha agradado mucho que hayas aceptado ingresar en la Orden. Ahora sí, la deuda de tu familia está definitivamente saldada.

—¿Deuda?, ¿qué deuda, señor?, no entiendo... —se sorprendió Jaime.

—Bien, es momento de que te explique lo que hasta ahora me estaba vedado hacer. Escucha.

El conde se sentó frente a Jaime y le indicó que se sentara también. El de Castelnou

se ajustó la túnica verde, tomó asiento y con total serenidad dijo:

—Os escucho, señor.

—Hace mucho tiempo, el papa ordenó aniquilar a unos herejes que habían logrado difundir su ponzoña por las ciudades de Béziers, Perpiñán, Carcasona, Toulouse y sus comarcas, al otro lado de los Pirineos. La Iglesia los llamó cátaros, pero a ellos les gustaba denominarse los «perfectos», y se extendieron como el agua torrencial tras la tormenta, empapando con su maldad a las gentes sencillas de esas tierras. Muchos campesinos aceptaron engañados las palabras de aquellos embaucadores y adoptaron la herejía, renunciando así a la Iglesia y a la salvación de sus almas. El papa envió contra ellos a su mejor general, un soldado temeroso de Dios llamado Simón de Monfort, que atacó el mal en su mismo corazón. Pero ocurrió que muchos de esos malhadados herejes eran vasallos del rey don Pedro de Aragón, el padre de nuestro gran rey Jaime el Conquistador, que el Señor tenga en su gloria, y bisabuelo de nuestro amado rey Alfonso, que con tanta prudencia nos gobierna hoy. Don Pedro era conocido como «el Católico», por el amor que demostraba hacia la Iglesia y el servicio que hacía a Cristo Nuestro Señor, pero el rey tuvo que acudir en defensa de sus vasallos heréticos, porque, como su señor natural que era, se había comprometido a defenderlos y auxiliarlos.

—Fue en Muret en el año del Señor de 1213; el rey don Pedro combatía con su fiereza y su fuerza proverbiales contra enemigos muy superiores en número, pero la fortaleza de su brazo era tal que nadie podía vencerlo en combate singular. Sus enemigos, desalentados por el poder de nuestros caballeros, idearon una estratagema: uno de ellos gritó en medio de la batalla que el rey de Aragón era un cobarde porque no se mostraba y seguía combatiendo escondido entre sus caballeros. Entonces, el orgullo del rey don Pedro fue mayor que su prudencia. Alzó su espada, se quitó la cimera y mostró el rostro a sus enemigos gritando que allí estaba el rey de Aragón y que aguardaba a cuantos quisieran medir su espada con él. Ese fue un grave error. Varios caballeros de Simón de Monfort se lanzaron a la vez contra don Pedro y, a pesar de que luchó como un león abatiendo a cuatro de ellos, acabó sucumbiendo ante la superioridad de sus contrincantes. —El conde hizo un alto en su relato y tomó un sorbo de vino de una copa que acababa de servirle un criado.

—Es una triste historia, señor —dijo Jaime—, pero no comprendo dónde interviene mi familia.

—Tu abuelo era uno de esos cátaros. Se enamoró de una de aquellas siervas del diablo y se sometió a la herejía maldita. Era hijo de uno de los más nobles vasallos del conde de Toulouse, y heredó una rica baronía, pero el amor hacia esa mujer pervirtió su alma cristiana, porque la mujer suele ser utilizada a veces por el demonio para anular la razón del hombre. Fue uno de los últimos en resistir a las tropas del papa, que predicó una cruzada para acabar con ellos. Poco antes del asalto del ejército cristiano al castillo de Montsegur, su última fortaleza al otro lado de los Pirineos, nació tu padre. Tus abuelos lo entregaron a uno de los caballeros de mi padre para que lo protegiera. Tus abuelos murieron en el prado de los Cremats, en una enorme hoguera donde fueron purificados los cuerpos de los últimos cátaros capturados tras la conquista de Montsegur.

—Tu padre y yo crecimos juntos, y, como he hecho yo contigo, los míos también lo trataron como a un hijo. Cuando cumplió veinte años fue armado caballero y mi padre le entregó el feudo de Castelnou con tres aldeas, para que lo gobernara en su nombre como fiel vasallo.

—¿Conocía mi padre esta historia?

—Sí. Yo mismo tuve que contársela. Se casó con tu madre, una jovencísima y

hermosa dama de Perpiñán, justo un año antes de que el gran Jaime el Conquistador convocara a los señores de sus reinos a la cruzada, y cuando supo lo que había ocurrido con sus padres y quiénes habían sido, acudió presto a la llamada del rey y embarcó en la playa de Barcelona rumbo a Tierra Santa. Era la manera de saldar los pecados cometidos por sus progenitores. El resto ya lo sabes; la galera en la que viajaba fue una de las que se hundieron con la tempestad.

El conde hizo un alto en su relato y dio un nuevo sorbo de la copa de vino especiado.

—¿Es ésa la razón que lo llevó a la cruzada? —preguntó Jaime.

—Claro. No le quedaba otro remedio. Sabedor de lo que habían hecho sus padres, era la única manera de lavar la mancha que había caído sobre la familia. Se lo confesó a su esposa, tu madre, y ella lo comprendió. Estaba embarazada de cinco meses; para tu padre fue muy duro tener que abandonar así a su joven esposa y al hijo que ella llevaba en las entrañas, pero tenía que enfrentarse con su destino, y su honor de caballero cristiano le demandaba aquel inmenso sacrificio.

—Antes de embarcar hizo votos de cruzado y pasó por aquí para despedirse de mí y comunicarme que confiaba la administración de su señorío a las manos del alcaide de Castelnou. Yo confirmé esa decisión y le deseé mucha suerte en su viaje a Ultramar. Ahora comprendes por qué se fue y abandonó a tu madre; no hubiera podido vivir tranquilo con aquel perpetuo remordimiento.

Jaime bajó la cabeza y sintió una intensa punzada en el centro del estómago y un dolor lacerante y agudo en las sienes. Había escuchado con atención las palabras del conde, pero algo no concordaba en esa historia. ¿Por qué el conde le había contado todo aquello a su padre nada más casarse? ¿Por qué no lo hizo antes?

—Yo acabaré la tarea que no pudo cumplir mi padre, y lo haré como templario —asentó Castelnou.

—Estaba seguro de que reaccionarías así. Cuando hablé con el comendador de Mas Deu para proponerle tu ingreso en la Orden, le dije que eras un joven honesto y de firmes convicciones religiosas. No me equivoqué.

—Y bien, ha llegado la hora de que te conviertas en caballero. Vamos a la capilla, tu investidura ha de ser a mediodía. Anoche di orden de que avisaran a mis vasallos de este acto solemne.

Jaime de Castelnou se dirigió a la capilla acompañado por el conde y escoltado por dos de sus caballeros. Pese a que sus sentimientos se agolpaban contradictorios en su cabeza, entró en la capilla con pasos seguros y decididos y se arrodilló ante el altar, tras cuya ara esperaba el capellán del castillo.

El clérigo bendijo a Jaime y pronunció una larga oración en latín, a la que los presentes respondieron con un simple «amén». En el primero de los bancos estaban sentados los dos caballeros templarios, altivos con sus hábitos blancos y la cruz roja estampada sobre el hombro izquierdo, y tras ellos los dos sargentos vestidos con su atuendo amarronado.

El conde se sentaba junto a ellos, al lado de su esposa y de sus hijos, quienes miraban a Jaime con un aire de envidia y a la vez de admiración, pues lo conocían bien y sabían de su fortaleza y su bondad.

Cuando acabó la oración, el conde se levantó y se acercó hasta la mesa del altar, donde estaban depositados los objetos rituales con los que el joven iba a ser investido caballero. Tras santiguarse, le entregó en primer lugar las espuelas, para que dominara al

caballo, después le ofreció el cinturón de cuero, signo de su honestidad y su pureza, a continuación los guantes, señal de fuerza y templanza, y por fin le dio dos golpecitos con su espada sobre los dos hombros, proclamando que desde ese momento Jaime de Castelnou era nombrado caballero, y que por ese honor debería guardar las normas y reglas de la caballería: defender a los desfavorecidos y a los débiles, procurar la justicia y comportarse con honor. Jaime juró hacerlo así y no caer nunca en la felonía.

El conde lo invitó a incorporarse y le dio un emotivo abrazo y un beso en cada mejilla.

—Ya eres caballero —sentenció.

—Y ahora, amigos —alzó la voz para que lo oyeran con claridad cuantos asistían al rito en la capilla—, quiero comunicaros a todos que don Jaime desea profesar en la Orden del Temple. Los hermanos Raimundo Sa Guardia y Guillem de Perelló están aquí para acompañarlo a la encomienda de Mas Deu, donde cumplirá el período de prueba antes de que, como espero, sea admitido como caballero templario. Yo entregaré al Temple treinta florines de oro y dos caballos como dote de mi ahijado.

Los templarios no movieron ni un músculo del rostro ni siquiera cuando escucharon la generosa donación del conde.

Jaime comprendió entonces con claridad. Aquellos seis templarios estaban allí para recoger el dinero y los caballos y escoltarlos hasta su encomienda, y no para acompañarlo a él como guardia de honor.

## CAPÍTULO IV

El convento templario de Mas Deu era el más importante de la región, el centro de la encomienda más rica y poderosa del Temple en todo el Languedoc. Había sido dotado con numerosos bienes y donaciones en recompensa por la ayuda que los templarios habían prestado al ejército del papa en la cruzada contra los cátaros, en la que habían intervenido varios de sus escuadrones de caballería. El convento lo conformaban varios edificios cercados por un muro muy alto pero no demasiado grueso, de manera que su función no era defensiva, pues sólo servía para aislar a los llamados freires del resto del mundo. En el centro del complejo se alzaba una pequeña iglesia de planta rectangular y de aspecto macizo; desde el exterior parecía más un torreón que una capilla. A su alrededor se disponían dos amplias salas de características y tamaño similares; una era el refectorio o comedor, a cuyo costado estaba la cocina, y otra el dormitorio, donde se alineaban dos filas de camas pegadas por la cabecera a la pared y separadas una de otra por dos pasos, en uno de cuyos lados se abría una sala más pequeña, a la que se accedía a través de un pasillo, donde descansaban los enfermos y los más ancianos. Frente a la capilla había una construcción de planta circular, cubierta con una bóveda de piedra, en la que se reunía cada domingo el Capítulo de la encomienda para celebrar las sesiones en las que se debatía la administración del convento; en una pequeña estancia anexa, protegida por una gruesa puerta de tablones reforzados con placas de hierro, se guardaba el tesoro de la encomienda y varias cajas con los depósitos en dinero de los nobles y comerciantes que habían confiado su custodia al Temple. El resto de edificios eran almacenes, graneros, bodegas, el dormitorio de los criados, talleres para los artesanos de la Orden y los establos.

Algo más de cien personas vivían en aquella casa, que era como los templarios llamaban a sus conventos. De ellas, sólo diez eran caballeros de hábito blanco y doce sargentos; los demás eran artesanos, escuderos y criados. Por supuesto, dentro de los muros del convento no había ninguna mujer, tal como prescribía la regla.

La comitiva que acompañaba a Jaime de Castelnou entró en el recinto de Mas Deu encabezada por los dos caballeros templarios, que fueron saludados con una reverencia por el escudero que guardaba la única puerta al exterior. Se dirigieron a los establos donde dejaron los caballos al cuidado de los criados y, sin mediar palabra, Raimundo Sa Guardia le hizo una señal a Jaime para que lo siguiera.

Atravesaron el amplio patio alrededor del cual se disponían los edificios más importantes y entraron en una sala que tenía las paredes cubiertas por estanterías y amplios cajones de madera.

—Hermano, éste es Jaime de Castelnou. Desea entrar en la Orden.

Aquel hermano era el pañero, el encargado de todo el equipamiento de los templarios de la encomienda.

—Deja aquí todo cuanto has traído; ahora nada te pertenece, todo cuanto posees es del Temple. Vestirás este hábito y nada más que las prendas que aquí se te entreguen. No añadas ningún adorno ni ningún complemento a tu uniforme, ni siquiera un sencillo cinturón, o serás castigado. Y conserva con cuidado lo que se te confíe, o responderás si haces mal uso de ello.

Jaime recibió una camisa larga de lino, una túnica gris, unas calzas del mismo color, un capote negro de fieltro, unas botas de cuero, un bonete de fieltro y dos cinturones, uno ancho y otro más estrecho.

—Acompáñame —le ordenó Sa Guardia.

—Y no olvides traerme la ropa que llevas puesta en cuanto te pongas el hábito —le dijo el pañero.

Cruzaron de nuevo el patio y entraron en el dormitorio. Era una sala rectangular muy alargada de ocho pasos de anchura por cincuenta de longitud, en la cual se alineaban unas treinta camas.

—A partir de hoy éste será tu lecho. —Sa Guardia le indicó una de las camas, la más cercana a la puerta—. A la hora de acostarte dejarás tu hábito y tu manto colgados de ese gancho —le señaló un pequeño y simple perchero colgado de la pared junto a la cama, que se repetía a lo largo de toda la estancia— y no te quitarás la camisa para dormir, que deberás llevar siempre sujeta con el cinturón estrecho.

—Nuestro comendador es muy estricto con el horario que establece nuestra regla. Tendrás que fijarlo en tu memoria. De momento haz lo mismo que yo; he sido designado como tu preceptor, y por tanto soy el encargado de enseñarte cuanto hay que saber para ser un buen templario. Y por lo que me ha dicho el conde, tú tienes madera para serlo. Pero no confíes en lograrlo fácilmente. Durante varios meses, y si pasas la prueba para el resto de tu vida, vas a ser sometido a una disciplina muy estricta. Habrá momentos en los que desearás marcharte de aquí, y otros incluso en los que renegarás de haber nacido. Ser templario es un alto privilegio que sólo le es concedido a unos pocos elegidos; es el mismo Cristo quien selecciona a los que van a ser sus más fervorosos soldados. Estás aquí para convertirte en un soldado de Dios, y desde este momento sólo a El te debes. Todo cuanto hagas, todo cuanto desees, todo cuanto pienses ha de ser exclusivamente en beneficio y en el nombre del Salvador.

—Desde hoy ya no eres Jaime de Castelnou, sino un aprendiz de caballero de Cristo. Tú no significas nada, no eres nadie; lo único que importa es Dios y el Temple. Tú eres una propiedad del Temple, un instrumento de la Orden. Olvida tu orgullo y tus sentimientos, y piensa sólo en el beneficio de la Orden, en su honor y en su grandeza.

—¿Lo has entendido?

—¿Cuántos superan la prueba? —preguntó Jaime.

—Dios elige al templario y le da la fuerza necesaria para superar tantas renunciaciones y tantos esfuerzos. Si confías en Dios, si tu corazón está limpio y desea servir a Nuestro Salvador, lo lograrás. Nada más debe importarte.

—Y ahora quítate esas ropas seculares y vístete con el hábito de los novicios; se acerca la hora de la cena, pero antes debemos presentarte al comendador.

Sa Guardia y Castelnou se dirigieron a la sala capitular, donde el comendador y tres hermanos conversaban pausadamente.

—Hermano comendador, éste es el joven Jaime de Castelnou, el novicio recomendado por el conde de Ampurias. Ya está instalado en el dormitorio.

—¿Has tenido buen viaje, hermano Raimundo? —le preguntó el comendador.

—Sí, hermano. En cuanto a la dote del conde...

—Sí, sí, ya me ha informado el hermano Guillem. Los florines están en la cámara del tesoro y he tenido oportunidad de ver los caballos; son magníficos. Los enviaremos en nuestra próxima remesa a Ultramar.

—Acércate, muchacho —le dijo a Jaime.

Castelnou avanzó unos pasos hasta colocarse en el centro de la sala circular.

—Señoría... —balbució.

—No —le cortó tajante el comendador—; aquí somos todos hermanos. No hay señores ni señorías, sino hermanos; sólo nuestro superior, el maestre, debe ser llamado con

su título, los demás templarios somos simplemente «hermanos».

—Sí, hermano —acató Jaime.

—De modo que deseas profesar como templario.

—Así es. Mi padre murió en un naufragio en la cruzada que convocó el rey don Jaime el Conquistador, y creo que debo hacerlo para honrar su memoria y cumplir la misión que él no pudo culminar.

—Sí, aquella peligrosa aventura acabó en un tremendo fiasco, yo era muy joven; lo recuerdo bien porque acababa de profesar como caballero de Cristo y me hubiera gustado ir a Ultramar con aquellos valientes, pero la voluntad del Todopoderoso era otra y no quiso que don Jaime viera cumplida su ambición; tal vez con ello castigó los pecados que el soberano cometió a lo largo de su vida.

—He designado al hermano Raimundo Sa Guardia como tu preceptor; deberás obedecerle y aprender de él. ¡Ah!, y cumple estrictamente el horario, la disciplina es uno de nuestros principales valores, y no existe disciplina si no se cumple con rigor el horario que marca nuestra regla.

La cena transcurrió en un estricto silencio. Los caballeros comieron legumbres y pescado asado, y nadie pronunció una sola palabra; lo único que se oía era la voz del hermano lector que, desde un púlpito de madera ubicado en una de las esquinas del refectorio, leía en voz alta una de las cartas de San Pablo.

## CAPÍTULO V

El sonido metálico de la campana estalló en sus tímpanos como una tralla. Apenas había cogido el primer sueño y ya le estaban conminando a levantarse.

—Vamos, hermano, ponte las botas, cúbrete con el capote y síguenos. Han tocado a maitines, y debemos acudir a la capilla a rezar.

—Pero si acabamos de acostarnos —repuso Jaime.

—No protestes, no dudes, no pienses; simplemente obedece y haz lo mismo que los demás hermanos.

Los freires salieron del dormitorio y acudieron a la capilla, donde el capellán dirigió el primero de los oficios religiosos del día. Después se encaminaron a los establos, donde cada uno de los caballeros y sargentos inspeccionaron sus monturas y su equipo militar con ayuda de los criados.

—Y ahora a continuar durmiendo. Y procura hacerlo enseguida, porque a la hora prima sonará de nuevo la campana y regresaremos a la capilla para el segundo oficio religioso —le anunció Sa Guardia.

Y así fue. Cantaba el gallo cuando volvieron a levantarse, y ahora, vestidos ya por completo, asistieron en la capilla a la oración de la hora prima. Y así ocurriría cada día hasta siete veces: maitines, en plena madrugada, a la hora prima, cuando canta el gallo y apenas comienza a clarear el horizonte, a la hora tercia, mediada la mañana, a la hora sexta, justo a mediodía, a la hora nona, mediada la tarde, en vísperas, al ocaso del sol, y en completas, ya en plena noche, además de una oración de acción de gracias tras la comida del mediodía y la cena.

Durante doce meses Jaime de Castelnou cumplió la regla, memorizó el horario del convento, aprendió a comportarse como un templario y obedeció cuanto se le ordenó. Poco a poco su espíritu y su cuerpo se fueron adaptando a las normas que regían la vida de los hermanos, y sus viejos recuerdos empezaron a empañarse en su memoria.

En la etapa de novicio sólo cometió dos faltas leves, por las que fue castigado a rezar tumbado sobre las frías losas del suelo durante un buen rato en una ocasión y a permanecer de rodillas durante los oficios religiosos de todo un día en la otra.

Raimundo Sa Guardia le fue explicando todos los aspectos de la Orden que un novicio tenía que conocer: sus obligaciones como futuro caballero templario, sus deberes para con la cristiandad, su forma de actuar... Dedicaban parte de la mañana a ello, mientras el resto del tiempo lo pasaban ejercitándose en la lucha y preocupándose de mantener listos su equipo de combate y sus caballos.

A los dos meses le asignaron una montura. Se trataba de un caballo bayo, de gran alzada y pecho poderoso. Era un animal formidable que parecía el más apropiado para realizar una carga de caballería.

—Eres un luchador excelente —le dijo Sa Guardia a Jaime al acabar una sesión de entrenamiento con la espada—. ¿Quién te ha enseñado a manejar así las armas?

—El maestro de esgrima del conde de Ampurias.

—Pues ha hecho un trabajo insuperable; no creo que haya ningún caballero capaz de vencerte con la espada en la mano.

—He practicado mucho; en el castillo, cuando acababan las sesiones y los demás aprendices se marchaban a jugar, yo seguía practicando una y otra vez.

—Pues sigamos.

Sa Guardia recogió las dos espadas de madera, le entregó una a Jaime y se puso en

posición de combate.

—¿No estás cansado, hermano Raimundo? —le preguntó Castelnou.

—He cumplido cuarenta años, no soy tan viejo. Vamos, ataca en serio, o lo haré yo.

—¿Estás seguro?

Sa Guardia lanzó una estocada directa al estómago de Jaime, que la evitó con una gran agilidad a la vez que contraatacaba con fuerza el flanco derecho de su oponente. Durante un buen rato, los dos adversarios se lanzaron golpes contundentes que cada uno lograba detener para volver a cargar con fuerzas renovadas. Las dos espadas de madera chocaban con tanta fuerza que parecían a punto de quebrarse. Por fin, el joven ejecutó varios mandobles consecutivos de manera tan poderosa y feroz que Sa Guardia perdió el equilibrio y dejó su costado derecho desprotegido; fue sólo un instante, pero suficiente para que Jaime le colocara una certera y contundente estocada bajo las costillas que dejó al templario sin respiración y le hizo hincar la rodilla.

—For-mi-da-ble —se limitó a balbucear a duras penas Raimundo, mientras se incorporaba e intentaba recuperar el resuello—. Serás una gran ayuda en Ultramar. Tu período de prueba está a punto de terminar. El comendador ha resuelto presentar en unas pocas semanas tu candidatura en el Capítulo de la encomienda para que los hermanos te otorguen su conformidad y puedas ser investido como caballero del Temple.

—Entonces, ¿he pasado el examen?

—No vayas tan deprisa, muchacho, lo único que has superado es la primera fase, la más sencilla; ahora deben someterte a encuesta los miembros del Capítulo, y te aseguro que no es fácil convencerlos de que se reúnen todas las condiciones para ser un hermano más. Y recuerda lo que te dije: en el Temple sólo profesan los elegidos de Dios.

## CAPÍTULO VI

El único momento de asueto diario del que disponían los hermanos del convento era poco antes de cenar; en ese tiempo se permitía a los que así lo desearan charlar distendidamente e incluso jugar a un par de juegos de tablero con fichas. Era el instante en que se aprovechaba para comentar asuntos más triviales, o para informar sobre las noticias que llegaban de Ultramar, donde la situación de los cristianos se estaba tornando enormemente delicada.

Aquella tarde, media docena de hermanos departían con unas copas de vino rebajado con agua en la mano, sobre lo que se empezaba a conocer de lo ocurrido en Tierra Santa. Un hermano templario acababa de llegar de Ultramar malherido, le habían amputado una pierna, y les contó la delicada situación. Junto a él habían venido dos hermanos para recabar fondos y reclutar nuevos soldados para reforzar la guardia templaria en San Juan de Acre, la ciudad costera de Tierra Santa a donde se había trasladado la sede central de la Orden tras la pérdida de Jerusalén por la conquista llevada a cabo por el caudillo musulmán Saladino cien años antes.

—Nuestra obra en Oriente se desmorona. Los templarios somos los únicos que mantenemos el espíritu de la cruzada que predicara dos siglos atrás el papa Urbano. Los señores seculares han perdido el alma. Hace tres años el rey Enrique de Chipre fue coronado en el transcurso de una ceremonia en la que se celebraron festejos desproporcionados. Mientras nosotros peleábamos por mantener las últimas ciudades que quedan a la cristiandad en Tierra Santa, en la isla de Chipre se derrochaban dinero y recursos en fiestas y torneos en los que caballeros disfrazados con los más extravagantes trajes, confeccionados con las más caras telas de Damasco y de Mosul, emulaban ser la encarnación de personajes como Lancelot, Tristán o Palamedes; las mujeres vestían con sedas carísimas importadas de la lejana China que costaban su peso en oro, y jugaban a ser damas de la corte del rey Arturo rodeadas de enanos, tullidos y seres deformes a fin de resaltar entre tanta fealdad su belleza. Algunos caballeros, ebrios de vino dulce de Samos, se disfrazaron de mujeres o de frailes, burlándose abiertamente del orden divino de las cosas.

—Aquellos días de la coronación de Enrique de Chipre se alteró toda razón y se conculcó la honestidad; esas fiestas lujuriosas fueron sin duda el anuncio del fin de un tiempo. Dios nos castigará por ello.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó el comendador, que por un día y para oír al hermano recién llegado de Ultramar se había unido a la charla.

—Todo se derrumba. El rey de Chipre, que también ostenta la corona de Jerusalén, acabados los fastos de su coronación, pidió ayuda al papa. Nuestro maestro Guillermo de Beaujeu me ha enviado para demandar vuestro auxilio. Nuestro comandante sabe de vuestros desvelos por la Orden. Antes de llegar aquí he visitado en el palacio real de Barcelona al rey don Alfonso, que se ha comprometido a enviar cinco galeras equipadas para colaborar en la defensa de San Juan de Acre; debéis hacer un gran esfuerzo, os lo pide nuestro maestro. Si cae esa ciudad, ni un solo cristiano volverá a poner los pies en la tierra donde Jesucristo predicó nuestra fe y anunció la Buena Nueva.

El comendador frunció el ceño, cruzó las manos sobre el pecho y dijo:

—Podemos enviar unos doscientos florines de oro, es de cuanto disponemos en el tesoro de la casa, pero en lo que a soldados se refiere..., sólo podríamos enviar media docena de caballeros y unos diez sargentos; no podemos dejar este convento totalmente

desprotegido.

—Todo será bien recibido. Ahora nuestros hermanos son más necesarios en Ultramar que aquí.

—Así será, pero ahora vayamos a cenar. Mereces una buena comida, hermano.

\* \* \*

—La semana que viene serás investido como caballero templario —le dijo Sa Guardia a Castelnou de regreso de una cabalgada para probar una reata de nueve caballos que acababan de recibir procedentes de una donación del conde de Bearn.

—¿Seguro?

—Claro. Esta misma mañana me lo ha comunicado el comendador. Me ha demandado si estabas preparado, y le he respondido que sí.

—¿Iré a Ultramar, verdad?

—De inmediato. Ya oíste al hermano que vino de allí. Hacen faltan hombres valientes para defender Acre y las pocas ciudades y castillos que todavía mantenemos. A mí me gustaría ir, aunque, no sé..., tal vez estoy demasiado viejo.

—¿Viejo? Serías capaz de acabar tú solo con una docena de infieles.

—Eso lo hice en otro tiempo, hace varios años, cuando mis fuerzas y mis reflejos se mantenían intactos. Ahora ya no es posible. ¿Recuerdas con qué facilidad me venciste la última vez que pelamos en serio?

—No fue nada fácil, Raimundo, estaba agotado y tuve que emplear mis últimas fuerzas en un ataque desesperado, que por fortuna me dio resultado.

—Tal vez, pero yo no tuve reflejos para proteger mi flanco de tu golpe decisivo; si hubiera sido un combate real en pleno campo de batalla, ahora estaría muerto.

—¿Y tú, hermano Raimundo, vas a ir a Ultramar? —insistió Jaime.

—Yo estuve quince años allá; sé cómo es aquello y la dureza de cuerpo y de espíritu que hay que tener para soportarlo. Desde que se fundó la Orden hace casi dos siglos, miles de hermanos han muerto en defensa de la fe cristiana, de los peregrinos y de los Santos Lugares. Yo fui herido en cuatro ocasiones, y mis cicatrices son la prueba de que mi sangre ha empapado la tierra de Ultramar, y volvería a dar hasta la última gota si me dejaran ir allí. Pero la decisión ha sido tomada; mi lugar ya no está ante Jerusalén, con la espada en la mano, sino aquí, intentando buscar recursos para que la llama del Temple no se apague para siempre.

—Pero no te preocupes, no estarás solo. Irá contigo el hermano Guillem de Perelló y varios caballeros del convento a los que ya conoces; los más jóvenes. Aquí sólo nos quedaremos los viejos, los impedidos y los enfermos. Vosotros sois probablemente los últimos templarios. En los años más recientes son muy pocos los que se han acercado a la Orden para entregar su vida al servicio de Cristo. Cuando yo profesé, hace ya más de veinte años, nuestras casas estaban llenas de jóvenes ansiosos de empuñar la espada en el nombre de Dios; y fíjate ahora. ¿Has visto el dormitorio, o el comedor? Hay sitio para más de cien hermanos, pero no llegamos a treinta entre caballeros y sargentos, y de ellos ni siquiera la mitad están en condiciones de combatir. Sois la última, la única esperanza de la cristiandad.

## CAPÍTULO VII

En los inicios del verano de 1289 se encadenaron varias tormentas consecutivas que causaron importantes daños en los cultivos; hubo quien vio en aquello una señal de mal agüero, pero las calamidades del cielo y de la tierra no alteraron el plan que los templarios de Mas Deu habían aprobado en el Capítulo del último domingo de primavera. Enviarían a Tierra Santa todo el dinero disponible y a todos los caballeros y sargentos menores de cuarenta años y que estuvieran en disposición de poder luchar; Jaime de Castelnou sería investido con el hábito blanco de la Orden para que se incorporara a la expedición antes de que ésta partiera para Ultramar, cuya fecha de salida se fijó, en coordinación con el rey don Alfonso y con otras encomiendas de la provincia de Aragón y Cataluña, para la primera semana de septiembre.

Aquel día de fines de julio era caluroso y húmedo. El comendador de Mas Deu había convocado al Capítulo para la ceremonia de imposición del hábito blanco y la cruz roja al caballero Jaime de Castelnou. La sala redonda de la encomienda estaba llena de miembros del convento. El comendador se dirigió a los presentes pronunciando una frase del apóstol san Pablo:

—«Poned a prueba el alma a ver si viene de Dios». Y Dios vino a nosotros —prosiguió— y nos ha legado en su bondad infinita a un nuevo hermano. Hemos examinado en el Capítulo los méritos de Jaime de Castelnou, y nadie ha encontrado ningún impedimento para que pueda ser llamado hermano nuestro.

—Hemos designado como padrinos a los hermanos Raimundo Sa Guardia y Guillem de Perelló para que actúen como postulantes y abogados del aspirante. Id pues los dos con el aspirante y el capellán a la estancia de interrogatorios y preguntadle según la costumbre.

Los cuatro hombres salieron del Capítulo y se encerraron en la pequeña estancia anexa. Una vez allí, en presencia del capellán como único testigo, Sa Guardia preguntó a Jaime:

—¿Jaime de Castelnou, de condición noble, solicitas de corazón y sin engaño el ingreso en la Orden del Temple y ser esclavo y siervo de ella para siempre?

—Sí, lo solicito —respondió el joven con severidad.

—En ese caso, ¿conoces los muchos sufrimientos que habrás de soportar a lo largo de tu vida y el deber de abandonarlo todo para entregarte con plenitud a los demás hermanos?

—Los conozco y deseo abandonar la vida seglar para entregarme a la Orden.

—¿Tienes esposa o estás prometido a alguna dama?

—No.

—¿Has hecho voto de promesa a alguna otra orden de la Iglesia?

—No.

—¿Has dejado en el mundo alguna deuda que no estés en condiciones de poder pagar?

—No.

—¿Estás sano de cuerpo?

—Sí.

—¿Padeces alguna enfermedad que hayas ocultado, a los hermanos hasta ahora?

—No.

—¿Eres de condición servil, perteneces a algún hombre?

—Soy de condición noble, y fui vasallo del conde de Ampurias, pero soy libre para profesar como templario.

—¿Eres sacerdote?

—No.

—¿Has sido excomulgado o declarado anatema por la Santa Madre Iglesia?

—No.

Sa Guardia proclamó que Jaime de Castelnuo cumplía todos los requisitos para entrar en la Orden, el capellán tomó nota de las respuestas y regresaron a la sala capitular.

Una vez dentro, en presencia de todos los hermanos del convento de Mas Deu, Raimundo anunció en nombre de los dos padrinos que no habían encontrado ningún impedimento para que aquel joven fuera recibido en la Orden de los caballeros de Cristo. El capellán ratificó las palabras de Sa Guardia.

El comendador se levantó de su sitial preferente y preguntó en voz alta si alguno de los presentes tenía alguna objeción que hacer a la solicitud de ingreso de Jaime de Castelnuo como nuevo miembro de la Orden.

Nadie dijo palabra alguna; entonces le preguntó al postulante si en verdad y de corazón solicitaba el ingreso.

Jaime contestó con la fórmula que le habían enseñado:

—Deseo abandonar la vida seglar y entregar mi cuerpo y mi alma como siervo y esclavo de la Orden para siempre.

—En ese caso —añadió el comendador—, deberás obedecer todas las órdenes de tus superiores sin mostrar atisbo de queja o de desagrado, y no tendrás en cuenta ni tus querencias ni tus deseos; si muestras voluntad de hacer algo que te agrade, se te encomendará que hagas lo contrario, que comas si estás harto, que ayunes si tienes hambre, que duermas si estás descansado, que te levantes si tienes sueño, que pases sed si deseas beber o que bebas si no tienes sed.

—Acataré cuanto se me ordene y cumpliré con disciplina y fidelidad extremas cuantas órdenes me impartan mis superiores.

—Ahora, regresa a la estancia y reza. Aguardarás allí hasta que este Capítulo te llame para emitir su veredicto.

Jaime salió de la sala y regresó a la pequeña estancia donde había sido interrogado por Sa Guardia. Comenzó a rezar una serie de padrenuestros, pero acabó meditando sobre cuanto le había ocurrido. Los últimos meses habían pasado tan deprisa que apenas había tenido tiempo para calibrar la importante decisión que estaba a punto de tomar. Le dio la impresión de que todo aquello había estado preparado por el conde para quitárselo de encima, pero no encontraba sentido a esas dudas. ¿Por qué iba a querer el conde que desapareciera de su corte? Lo había tratado como a un hijo, lo había educado como a sus propios retoños, incluso le había dicho que cuando fuera un hombre y se invistiera como caballero le entregaría un feudo. Y allí estaba, aguardando a que unos cuantos freires lo admitieran como a uno de los suyos para embarcar hacia Tierra Santa en busca de un ideal que hasta hacía unos meses ni siquiera había imaginado.

Sa Guardia regresó antes de lo previsto.

—Apenas ha habido debate sobre ti; sígueme.

Volvió a la sala capitular y permaneció de pie en el centro del círculo de paredes de piedra.

—Ponte de rodillas y une las manos —le dijo el comendador—. Preguntados en tu ausencia los hermanos, nadie ha puesto ningún inconveniente para aceptar tu petición.

¿Sigues solicitando el ingreso en nuestra Orden Sagrada?

—Sí, así lo quiero.

—En ese caso, volveré a preguntarte si reúnes los requisitos que te ha demandado el hermano Raimundo Sa Guardia, porque si se demostrara lo contrario serás despojado de tu hábito, encarcelado, sometido a vergüenza pública y expulsado del Temple para siempre. Si has profesado en otra orden serás entregado a ella, si se comprueba que has tenido una mujer o que debes dinero a acreedores, a ellos serás entregado, si has pagado a alguien para profesar como templario serás condenado por simonía y expulsado, y si tienes un señor serás devuelto a él.

—Cumpla cuanto se precisa para ser caballero de Cristo —repuso Castelnou.

—Eres de sangre noble, ¿has nacido de caballero y dama unidos en matrimonio legal?

—Así es.

—Recemos un padrenuestro.

Tras la oración, Jaime de Castelnou tuvo que pronunciar los tres votos obligatorios para profesar: el de pobreza, el de castidad y el de obediencia, y además juró observar los votos como soldado de Cristo y observar las costumbres y tradiciones de la Orden, ayudar a conquistar la Tierra Santa de Jerusalén y no actuar en contra de ningún cristiano.

El comendador extendió sobre un atril un libro de pergamino abierto por una página que Jaime tuvo que leer; lo hizo con dificultad, pues aunque había aprendido a leer, no tenía la suficiente fluidez como para hacerlo con soltura.

—Yo, Jaime de Castelnou, juro servir a la regla de los Caballeros de Cristo y de su caballería y prometo hacerlo con la ayuda de Dios por la recompensa de la vida eterna, de tal manera que a partir de este día no permitiré que mi cuello quede libre del yugo de la regla; y para que esta petición de mi profesión pueda ser firmemente observada, entrego este documento escrito en la presencia de los hermanos para siempre, y con mi mano lo pongo al pie del altar que está consagrado en honor de Dios Todopoderoso y de la bendita Virgen María y de todos los santos. Y de ahora en adelante prometo obediencia a Dios y a esta casa, y vivir sin propiedades, y mantener la castidad según el precepto de nuestro señor el papa, y observar firmemente la forma de vida de los hermanos de la casa de los Caballeros de Cristo.

El joven dejó sobre el atril un pergamino previamente preparado en el que ratificaba por escrito su petición de ingreso y el acatamiento de la regla del Temple.

—A cambio de tu cuerpo y de tu alma, esta Orden de Cristo sólo puede ofrecerte pan, agua, vestidos modestos y mucho dolor.

—Renuncio al mundo y acepto el sufrimiento que me espera.

El comendador se dirigió hacia uno de los bancos, donde estaban depositados los símbolos de la investidura como caballero templario.

—Aquí te impongo el manto blanco con nuestra cruz roja propio de la categoría de caballero templario, el más alto honor y rango de nuestra Orden.

Cubrió con la capa los hombros de Jaime mientras lo invitaba a incorporarse y le ató las cintas de la capa cruzándolas sobre el pecho. En ese momento el capellán comenzó a cantar uno de los salmos del rey David:

—«¡Mirad qué bueno y agradable habitar juntos los hermanos!».

Y pronunció una oración al Espíritu Santo y un padrenuestro.

El comendador besó a Jaime en la boca mientras en el exterior comenzó a repicar la campana de la capilla.

—Ya eres un caballero de Cristo; a partir de este momento te está prohibido golpear, tirar de los cabellos o patear a cristiano alguno, nunca jurarás por Dios, la Virgen o los santos, no usarás de ningún servicio o favor de mujer salvo por enfermedad y con permiso especial de tus superiores, no emplearás palabras, insultos o expresiones malsonantes, dormirás siempre con la camisa y los calzones puestos y ceñidos con el cinturón pequeño y no usarás otra ropa que la que te proporcione el hermano pañero, jamás iniciarás una comida antes de dar las gracias a Dios por su promisión y cumplirás el horario y las oraciones de la regla.

Jaime aceptó todas aquellas imposiciones y el comendador lo acogió como nuevo hermano en el seno de la Orden del Temple.

Ya era un caballero de Cristo. Los hermanos del convento se acercaron a felicitarlo uno a uno, y, en contraste con la seriedad que rodeaba todos los actos de la vida conventual, alguno de ellos le hizo alguna burla.

—Esta noche tendrás que besarle el trasero al hermano comendador, es lo más doloroso de nuestra regla secreta, pero tienes que hacerlo antes de acostarte o perderás la condición de caballero del Temple que acabas de ganar —le dijo uno de los hermanos con cara tan seria que parecía verdad.

—¿Es eso cierto? —demandó Jaime, a Sa Guardia.

—Claro, es el rito iniciático de nuestra hermandad por el que todos hemos tenido que pasar. No lo olvides; tras el oficio religioso de vísperas acude a la cama del comendador y bésale el ano.

—Pero...

—No te preocupes, él ya está acostumbrado a que cada nuevo caballero le haga ese..., diríamos, acto de homenaje.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, es una manera de sellar nuestros lazos de camaradería.

—No sé, me parece tan extraño...

—No te preocupes, sólo es un beso en el culo.

—Sí debes hacerlo, hermano Jaime, el comendador así lo espera —dijo otro con toda seriedad.

Aquella noche, tras colgar su nuevo hábito blanco con cuidado, Jaime se acercó a la cama del comendador.

—Hermano, debo besaros en el...

—¿¡Qué dices!?! —se mostró extrañado y sorprendido el comendador.

—El rito de hermandad, el beso en el ano...

En ese momento varios hermanos empezaron a reír como nunca antes los había visto. La risa se consideraba algo maléfico, propia de seres malignos o de ignorantes, pero no de buenos cristianos; los templarios sólo podían mostrar su agrado mediante sonrisas, sin abrir la boca para evitar prorrumpir grandes carcajadas.

—¡Me habéis engañado! —se quejó Castelnou.

—Vamos, hermano Jaime, era una broma; es la burla que solemos hacer a los que acaban de ingresar en la Orden, un aviso de que deben dejar fuera de aquí su orgullo.

El comendador sonrió a Jaime con complicidad y le indicó que regresara a su cama. Mientras lo hacía, algunos de los hermanos no pudieron reprimir nuevas risas. La docena de pasos que separaba la cama de Jaime de la del comendador la cubrió como en volandas, tembloroso y lleno de vergüenza; el rostro le ardía tanto que se lo imaginó totalmente sonrojado. Se acostó en su catre y se cubrió toda la cabeza con la manta; en la oscuridad

pudo oír alguna risita. Tardó un buen rato en dormirse; el calor del verano le obligó a sacar la cabeza fuera. El dormitorio del convento estaba iluminado por las llamas de las dos lámparas de aceite que siempre lo alumbraban, y que jamás debían apagarse. Miró a su alrededor y atisbo la fila de camas, con sus nuevos hermanos durmiendo; ya no se oía ninguna risita, sólo algún ronquido y el crujido de las maderas de los catres cada vez que uno de los templarios se removía sobre su colchón de lana.

## CAPÍTULO VIII

El halcón era la galera más grande de cuantas surcaban el Mediterráneo. Su enorme perfil destacaba sobre otras cinco galeras del rey de Aragón que se alineaban en la playa de Barcelona, dispuestas para zarpar rumbo a Ultramar. Era propiedad del Temple, como bien indicaba el estandarte blanco y negro que ondeaba en el segundo de sus dos elevados mástiles. La llamada de auxilio del maestre del Temple apenas había tenido acogida entre los soberanos de la cristiandad; sólo el rey de Aragón había decidido enviar algunas naves con soldados y dinero. Los templarios de los reinos y Estados del rey de Aragón habían logrado reunir varios miles de sueldos y enrolar a un centenar de caballeros y sargentos, además de doscientos caballos, que fueron embarcados en tres navíos de carga llamados *huissies*, preparados especialmente por los templarios para el transporte de estos animales.

Aquella mañana de septiembre la playa de Barcelona estaba llena de caballos, mulas, fardos de víveres, equipos de campaña y gentes, soldados y marineros que iban y venían cargando las naves prestas a salir hacia Tierra Santa.

Jaime de Castelnou estaba ordenando su equipo en El halcón; el comendador de Mas Deu le había entregado dos caballos, un escudero y un criado. Cuando subía a la nave por una rampa de madera apoyada en la arena, observó sobre el castillo de proa a un impetuoso sargento templario que impartía órdenes como si fuera el mismísimo maestre Beaujeu.

—Es Roger de Flor —le dijo Guillem de Perelló—, un individuo de cuidado. Todavía no me explico cómo consiguió ingresar en la Orden; no es precisamente el tipo que podríamos denominar como el templario ideal. Alguien tuvo que influir y mucho para que lo aceptaran en la encomienda de Brindisi.

Con las piernas abiertas, las manos apoyadas en jarras y una densa y larga barba rubia, Roger de Flor parecía un soldado formidable. Vestía el hábito de sargento del Temple, de un color negro intenso, como ala de cuervo, con la cruz roja cosida sobre el hombro izquierdo. Su historia en el Temple era peculiar. Hijo de un halconero alemán del rey Federico II de Sicilia, llamado Richard Blume, se quedó huérfano muy pronto, y su madre, una dama de Brindisi, consiguió que lo aceptaran en la Orden como grumete de una de las galeras que el Temple solía tener destacadas en ese puerto. Debido a su astucia, y como no podía vestir la capa blanca de caballero por no ser de sangre noble, Roger de Flor ascendió muy pronto a la categoría de sargento, y no tardó en conseguir que le otorgaran el mando de una de las galeras del Temple. Cambió su apellido alemán, Blume, por el de Flor, y logró ser muy conocido y respetado entre los templarios y entre los marineros del Mediterráneo por su audacia y su valor, y considerado como uno de los más hábiles marinos.

No era un Hombre religioso, y no solía cumplir con algunos preceptos de la estricta regla templaria, pero ninguna autoridad le recriminaba su comportamiento irregular porque realizaba con éxito importantes misiones para la Orden en el mar. Sólo tenía veintidós años pero su experiencia era tal que todos los hombres bajo su mando, casi todos ellos mayores que él, le obedecían sin rechistar. Su imponente figura impresionaba tanto como sus ojos azules y profundos, cuya mirada transmitía una intensa sensación de fiereza.

Guillem de Perelló había sido designado comandante de los caballeros templarios embarcados en esa galera, y así se lo hizo saber a Roger de Flor.

—De acuerdo, hermano, tú mandas en esa gente, pero *El halcón* está a mi cargo, y una vez hayamos zarpado yo soy quien da las órdenes a bordo, y sólo yo —le dijo Roger de

Flor a Guillem.

—Estás hablando con un caballero templario; tú eres sólo un sargento —espetó Perelló.

—Ya he visto tu hábito blanco; pero mira tú el mío, es negro; y ahora observa nuestro estandarte, allá arriba en lo alto del mástil de proa. ¿Lo ves? El *baussant* es mitad blanco y mitad negro; no hay preferencias de colores. ¿Acaso sabes gobernar una de esas galeras, hermano? Esta es la más grande del mundo, el mayor navío jamás construido por manos humanas, salvo el arca de Noé, claro. Si sabes cómo se maneja, de acuerdo, ahí tienes el puente, los timones y el instrumental de navegación. ¿Podrías señalar hacia dónde está Tierra Santa? Hacia allí, hacia allá, por ahí! —Roger de Flor señaló con el dedo en varias direcciones Hacia el interior del mar—. Bien, mientras seas incapaz de dirigir esta galera, yo seré el capitán.

Guillem calló y continuó la carga mientras Roger de Flor seguía dando órdenes a voz en grito para acelerar el ritmo de trabajo.

A media tarde ya estaban todos los bultos colocados en la bodega de *El halcón*; las naves del rey de Aragón también estaban listas. Los capitanes intercambiaron señales y dieron la voz de zarpar. Empujadas hacia el agua aprovechando la marea, las seis galeras comenzaron a desvararse de la arena hasta que la profundidad del agua les permitió flotar.

—¡Bogad, bogad! —gritó Roger de Flor a sus remeros.

Más de trescientos brazos se movieron a la vez y remaron al mismo ritmo; la enorme galera templaria comenzó a alejarse de la costa cuando el sol se ocultaba tras los montes de Barcelona.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en arribar a Acre? —preguntó Jaime a Guillem.

—Nunca se sabe; uno, dos, tres meses... Depende del tiempo, de las tormentas, de las corrientes, de los vientos y de la voluntad del Todopoderoso. He estado tres veces en Tierra Santa; en el primero de los viajes empleamos cuatro meses desde Marsella, en el segundo dos y en el tercero apenas veinticinco días. Son el mar y el cielo y Nuestro Señor los que deciden cuánto durará nuestra travesía.

\* \* \*

Tres semanas después de zarpar arribaron a Sicilia. La isla pertenecía desde hacía seis años al rey de Aragón; la población siciliana se había rebelado contra el dominio de la casa de Anjou y, con ayuda del rey Pedro el Grande, habían logrado liberarse de un gobierno tiránico. Recalaron en Siracusa y allí se aprovisionaron de víveres; Roger de Flor les dijo que la siguiente escala sería en Brindisi, de donde partirían directos hacia Acre una vez que allí se les uniera una escuadra del Temple formada por dos galeras de guerra y varios barcos de transporte de los llamados *huissies*.

Allí se enteraron de que en Bari se estaba concentrando un verdadero aluvión de gentes con destino a Tierra Santa.

—Parece que hay muchos cristianos dispuestos a luchar por Acre —comentó Jaime de Castelnou al enterarse de la noticia.

—Me temo que no sea así. Por lo que supongo, quienes aguardan a embarcar en Bari son una chusma de fanáticos y aventureros dispuestos a una ganancia fácil y a apoderarse de cuanto botín caiga en sus manos; no creo que les guíe la idea de defender a la cristiandad. Hace ya tiempo que el ideal que guiaba a los cruzados se ha desvanecido; ahora todos éstos son mercenarios sin escrúpulos que matarían a su propia madre por un puñado de monedas. La mayoría de quienes aparecen en estas circunstancias por Tierra Santa son

bandidos en busca de fortuna fácil dispuestos a robar cuanto les sea posible.

—Fíjate en ese Roger de Flor; hace veinte años lo hubieran echado del Temple a patadas, y ahí lo tienes, dirigiendo nuestro navío de guerra más importante —concluyó Guillem.

Castelnou recordó que la regla prohibía hablar mal a unos hermanos de otros, y huir de la murmuración y los chismes, pero no le dijo nada a Guillem, que parecía muy enojado con el comandante de *El halcón*.

En Siracusa se entretuvieron más tiempo del esperado, y al fin partieron hacia Brindisi; llegaron a mediados del mes de diciembre, bajo un cielo gris que amenazaba lluvia con unos negros nubarrones en el horizonte.

Los barcos que tenían que partir con *El halcón* hacia Acre no estaban preparados. Una tormenta había desbaratado algunos de sus aparejos y tardarían al menos otro mes en ser reparados. Además, la borrasca que se había formado hacia el sur no aconsejaba precisamente zarpar en esas condiciones. Los retrasos se acumulaban y Roger de Flor decidió que sería mejor pasar en Brindisi los dos primeros meses del nuevo año y zarpar a fines del invierno, cuando las condiciones de navegación fueran mejores.

Guillem de Perelló protestó por ello, pero el comandante de la galera se limitó a responderle que nada se podía hacer con aquellas condiciones, y que por tanto era preceptivo esperar. Los caballos fueron desembarcados y conducidos a un cercado en el que los templarios les obligaron a trotar para evitar que sus patas y sus músculos quedaran entumecidos por la larga travesía. Algunos no resistieron el viaje y seis tuvieron que ser sacrificados.

Conforme se acercaba el día de la partida hacia Acre, más y más peregrinos y cruzados se fueron uniendo a la expedición del Temple. La Orden era propietaria de muchos navíos de todo tipo que explotaban consiguiendo unos buenos beneficios con el precio que pagaban los peregrinos que utilizaban esos barcos para viajar a los Santos Lugares desde sus bases en los puertos de Niza, Toulon, Marsella, Bari o La Rochelle, en sus enormes galeras, como *La buenaventura*, *El halcón*, *La rosa del Temple* o *La bendita*, y en sus voluminosas naves de carga.

Jaime de Castelnou se quedó asombrado cuando contempló cómo se descargaban de las bodegas de dos navíos templarios que acaban de arribar a puerto desde Constantinopla decenas de sacos con pimienta, azúcar, clavo, azafrán, nuez moscada y canela, fardos de telas de seda, decenas de cántaros de vino y aceite, sacas con alumbre, cajas con pescado salado, tablas de madera de ébano, frascos con barnices, rollos de lino e incluso gallinas de la India vivas.

Al fin, tras semanas de espera, se dio la orden de zarpar. Habían tardado medio año en atravesar medio Mediterráneo; ahora les quedaba por delante la otra mitad.

Pero entrada la primavera el tiempo cambió y la travesía fue mucho más rápida. Desde Brindisi tomaron rumbo sureste hasta que avistaron la costa occidental de Grecia, que bordearon navegando de cabotaje ahora con rumbo este. Pasaron al norte de la isla de Creta, sin llegar a divisarla, y a mediados de abril tocaron tierra en la costa sur de Chipre; si no surgía ningún contratiempo, San Juan de Acre se encontraba sólo a tres días de navegación hacia el sureste.

## CAPÍTULO IX

*El halcón* arribó majestuoso a la ensenada del puerto de Acre. Desde el castillo de popa, vestido con su hábito blanco y su capa ligera, Jaime de Castelnou observaba la actividad del puerto, sobre cuyos atestados malecones iban y venían estibadores cargados con todo tipo de fardos y sacos.

—Ya estás en Tierra Santa, hermano. Tu deseo se ha cumplido —le dijo Perelló.

—Espero que así sea —asentó Jaime, que no perdía detalle de cuanto estaba viendo.

San Juan de Acre era la última gran ciudad que los cruzados mantenían en las costas de Ultramar; el año anterior se había perdido Trípoli, y los cristianos ya sólo conservaban algunas plazas aisladas y unos cuantos castillos a lo largo de la costa, entre ellos, el castillo Peregrino, la más imponente fortaleza de los templarios, considerada inexpugnable.

Acre era desde 1191 la ciudad en la que estaba ubicada la casa madre del Temple; allí se había trasladado tras tener que abandonar Jerusalén cuando en 1187 la conquistó Saladino. La ciudad se levantaba sobre una prominencia rocosa, a la misma orilla del mar. Rodeada de agua por el oeste y por el sur, se abría a una ensenada natural que se había aprovechado para construir el puerto, protegido por un malecón; los lados oeste y norte estaban defendidos por una doble línea de muralla apoyada en numerosas torres. Donde se unían esos dos lados se elevaban sendas formidables torres llamadas la torre Nueva y la torre Maldita. Otra considerable fortaleza se alzaba en el mismo centro de la ciudad y en el extremo pegado al mar era donde los templarios habían construido su fortaleza, a la que todo el mundo conocía precisamente con el nombre de El Temple, y también como la Bóveda de Acre, una construcción que imponía por su solidez y su volumen.

La ciudad era como un hormiguero repleto de individuos de las especies más variadas. Demasiado pequeña para albergar a tanta gente, en sus callejuelas se amontonaban cristianos de toda Europa, comerciantes griegos de Constantinopla y Salónica, artesanos musulmanes, mercaderes sirios y egipcios, soldados de fortuna y caballeros de las cuatro grandes órdenes militares cristianas de Tierra Santa: los templarios, los hospitalarios de San Juan, los del Santo Sepulcro y los caballeros alemanes de la Orden Teutónica.

Guillem de Perelló dio un pequeño salto para salvar la distancia que separaba la borda de *El halcón* del malecón del puerto de Acre. Las aletas de su nariz se extendieron ante el olor intenso a pescado fresco y a especias que se amontonaban en cajas y sacos por el muelle.

Sobre el malecón aguardaba una comitiva de bienvenida que presidía el mismísimo Guillermo de Beaujeu, maestre del Temple, la máxima autoridad de la Orden. Cuando lo reconoció, Guillem hincó la rodilla y le besó la mano.

—Hermano maestre, soy el caballero...

—Os recuerdo, hermano Guillem, de vuestra última estancia entre nosotros. ¿Qué habéis traído en estos barcos?

—Cuanto hemos podido reclutar. Cien soldados de Cristo, doscientos caballos, equipo para doscientos caballeros y provisiones suficientes para varios meses.

—¿Sólo cien hombres?

—Treinta y cinco caballeros y setenta y dos sargentos exactamente, hermano maestre, además de sus escuderos y criados.

—No será suficiente.

—Hicimos cuanto pudimos por convencer a los soberanos cristianos, pero su

espíritu dista mucho del que nos impulsa a nosotros.

—Tenemos mucho trabajo por delante. Hay que descargar las naves y almacenar las provisiones, los equipos y los caballos a los lugares que os indiquen los hermanos. He ordenado que vengan a ayudar los criados de la Orden aquí en Acre. Ahí están nuestras carretas. —A un lado del muelle se alineaban media docena de carros tirados por mulos—. Todos los caballeros que han venido contigo cenarán hoy en el refectorio de nuestra sede; creo que lo merecen. Allí, el mariscal asignará destino a cada uno de los caballeros y de los sargentos.

—¿Era el maestre Guillermo, verdad? —preguntó Jaime.

—Sí, el mismo. Esta noche lo conocerás, vamos a cenar en el refectorio de la casa madre y el maestre presidirá la mesa. Pero eso será después, antes hay mucha tarea por delante.

\* \* \*

La ciudad era un hervidero de gentes que iban y venían en un constante fluido de cuerpos que se abigarraban en las estrechas callejas. Un olor indefinido, mezcla de frituras de pescados, carnes y pasteles, aromas de sándalo y almizcle y de especias, inundaba las calles y las plazas.

—Aquí hay mucha gente para tan poco espacio. Se nota que están huyendo del avance sarraceno. Si no recibimos más ayuda, pronto y abundante, de los monarcas de la cristiandad, esta ciudad será la última que pisen los cristianos en Tierra Santa, y te aseguro, hermano, que no aguantaremos mucho tiempo.

Guillem de Perelló le estaba contando a Jaime de Castelnou la impresión que había tenido tras varias semanas en Acre. Los dos templarios y sus hermanos llegados en *El halcón* se habían instalado en las dependencias del Temple, en la casa madre de la Orden en San Juan de Acre. Ninguna autoridad les había dicho nada al respecto, pero por los preparativos en los que estaban trabajando no tenían duda alguna de que se estaban organizando para resistir un largo asedio.

Todo el mundo colaboraba en reforzar las dos líneas de murallas, en ahondar los fosos, consolidar los parapetos y acarrear a las zonas señaladas piedras, flechas, lanzas y aceite, en tanto en los almacenes se apilaban sacos de harina, barriles con carne y pescado salados, y cántaros de aceite y de vino.

—¿Crees que vendrán pronto? —le preguntó Jaime a Guillem tras permanecer los dos un buen rato en silencio contemplando la llanura que se extendía frente a la ciudad.

—Nunca se sabe. Los sarracenos suelen estar muy ocupados con sus propias disputas internas, que a veces duran años; pero cuando las solucionan, casi siempre cortando la cabeza de uno de los dos gallos que se disputan el poder, el vencedor se lanza sobre los cristianos con renovada ferocidad. Al menos así ha sido hasta ahora.

—Esos muros parecen muy sólidos, resistirán sus ataques.

—Dependerá de su fuerza, del número de soldados que traigan y de su voluntad de vencer. Para ganar una batalla hace falta que se den esas tres circunstancias a la vez; si falla una de ellas, la derrota está garantizada.

—¿Cómo son esos sarracenos?

—¿Tienes miedo?

—En el Temple me habéis enseñado a no tenerlo.

—Pues deberías. Esos malditos hijos de Mahoma no dejan a nadie vivo. Miles de cabezas de nuestros hermanos se amontonan en fosas por toda Tierra Santa. ¿Has oído

hablar de «los Cuernos de Hattin»?

—Sí, aunque no sé muy bien qué ocurrió.

—Fue nuestra peor derrota, y por ella perdimos Jerusalén. Ocurrió hace poco más de cien años. Gerardo de Ridefort era nuestro maestre; un hombre valeroso, pero quizá demasiado irreflexivo y pendenciero. Dicen que ingresó en el Templo a causa de un desengaño amoroso y que a él se deben nuestros peores momentos. Se enfrentó con el sultán Saladino en la batalla de los Cuernos de Hattin, y fue derrotado. Allí, bajo un sol abrasador, cayeron doscientos treinta freires. Lucharon con gran valor, pero eran inferiores en número y el enemigo sarraceno tenía una clara ventaja estratégica; les cortaron las cabezas y las colocaron en lo alto de unas picas. Allí se perdió la reliquia de la Vera Cruz, que los templarios teníamos que custodiar. Fue nuestra más amarga derrota y un terrible deshonor.

—Pero supimos rehacernos. Perdimos Jerusalén y nuestra casa fundacional en el templo de Salomón, aunque aquí seguimos, y aquí seguiremos; es nuestra razón de ser. Hattin no significó nuestro final; aprendimos mucho de aquella derrota.

—Ahí está el *baussant* —señaló Jaime con orgullo el estandarte blanco y negro de los templarios que ondeaba mecido por la brisa marina sobre una de las torres del exterior de los recintos murados.

—El blanco y el negro, la luz y la oscuridad, el día y la noche, la pureza y la fuerza..., todo eso significa nuestro emblema.

—Todavía no has participado en ninguna acción de armas, pero cuando lo hagas, y creo que esa ocasión te llegará pronto, sentirás un orgullo infinito cuando, en el fragor de la batalla, levantes la cabeza y observes nuestro pendón siempre alzado y a centenares de caballeros vestidos de blanco o de negro, con las cruces rojas sobre capas y hábitos, luchando codo con codo junto a él.

## CAPÍTULO X

Apenas se habían instalado en el aposento que les habían señalado, cuando una voz corrió por toda la ciudad. Sobre el mar se atisbaba una línea de velas que se acercaba hacia el puerto con viento favorable.

—Son cruzados, pero, por si acaso, vayamos para allá —dijo Perelló.

Media docena de templarios y algunos escuderos cogieron sus espadas y salieron hacia el puerto.

Allí esperaron la llegada de la flota, a la que una galera se había acercado para comprobar que no eran sarracenos camuflados. Se trataba de una expedición de cruzados que habían embarcado en diversos puertos del sur de Italia en respuesta a la llamada del papa para acudir en defensa de Tierra Santa.

—Es una buena noticia, necesitaremos más soldados —comentó Jaime de Castelnou, mientras desde el muelle observaba las maniobras de la flota para entrar en el puerto de Acre.

—Veremos —bisbisó Perelló con un tono de escepticismo.

Uno a uno los barcos de carga y las galeras de guerra fueron atracando en el puerto, y a tenor de lo que vio sobre sus cubiertas, Jaime preguntó:

—¿Te referías a eso, hermano?

—En efecto; temía que iba a ocurrir algo así. No son hombres de fe, sino aventureros y mercenarios en busca de una oportunidad para enriquecerse. Nos causarán problemas, ya te lo dije.

Sobre las cubiertas de los barcos una barahúnda heterogénea de tipos de poco fiar agitaba los brazos y reía a carcajadas cantando canciones soeces como si estuvieran en mitad de una gran juerga.

Los primeros que saltaron a tierra, algunos incluso antes de que los barcos hubieran sido amarrados, gritaban como posesos y reían, y preguntaban a grandes voces dónde estaban los sarracenos y dónde su oro, y cuántas mujeres había en esos reinos del perro Mahoma dispuestas a alcanzar el paraíso; y lo hacían mientras se tocaban de modo soez los genitales.

Guillem de Perelló llamó a uno de los escuderos que habían ido con los templarios y le ordenó que acudiera presto al Temple para informar al maestro de lo que estaba pasando en el puerto y de la necesidad de establecer algún sistema de guardia para controlar a aquellos tipos.

Junto a los templarios pasaron varios de los italianos recién llegados, que se dirigieron a ellos con frases burdas y algunos insultos. Los caballeros no movieron un músculo de sus rostros, pero Jaime hubiera despachado bien a gusto a alguno de aquellos impertinentes botarates si sus votos no le hubieran impedido golpear o herir a un cristiano.

Aquel tropel de gente no era controlado por ninguna autoridad. Mercaderes sin escrúpulos y media docena de piratas se habían encargado de ir reclutando a la peor chusma de Italia y la habían embarcado previo pago de una buena cantidad de dinero, con la promesa de que en Tierra Santa se podía conseguir un buen botín.

Las calles de Acre se llenaron pronto de aquellos individuos, que iban de taberna en taberna gritando, avasallando y violentando a quienes se les oponían.

Jaime y Guillem intentaron poner cierto orden, pero aquella gente no atendía a ninguna razón; muchos de ellos estaban borrachos y sólo preguntaban por las tabernas y los prostíbulos. De repente, uno de ellos gritó que le habían dicho que en un barrio de la ciudad

había ricos mercaderes sarracenos con sus tiendas rebosantes de ricas mercancías que aguardaban que alguien fuera a cogerlas. Y hacia allá se dirigieron corriendo sin que nadie pudiera detenerlos.

En Acre se había establecido una colonia de comerciantes de Damasco que, pese a ser musulmanes, realizaban negocios con los cristianos y aprovisionaban los bazares de la ciudad de productos de lujo como joyas y ricas telas, pero también de alimentos y vestidos. Sobre sus tiendas cayeron los italianos como un alud; una a una, las botigas de los damascenos fueron saqueadas.

Las autoridades de la ciudad tardaron en reaccionar y cuando enviaron a varios destacamentos de soldados para poner fin a semejante desmán, el daño ya era irreparable. Los mercaderes musulmanes reclamaban de las autoridades de Acre una compensación por los daños causados y los templarios actuaron con contundencia. A modo de policía urbana, varios grupos de caballeros y sargentos recorrieron la ciudad requisando todas las mercancías robadas. En algunos casos fue fácil, pues los ladrones no habían tenido ningún reparo en colocarse encima los brocados y las joyas robadas, y pasear engalanados con ellas por las calles de Acre como pavos reales.

La contundente actuación de los templarios devolvió la calma a la ciudad.

—¿No esperabas esto, verdad? —preguntó Perelló a Jaime.

—Pues no, no imaginé que mi primera acción en Tierra Santa sería detener a cristianos que han atacado a musulmanes. Este mundo parece estar del revés.

—Aquí nada ha de extrañarte, pues nada es lo que parece. Y no creas que se ha acabado este asunto; estos tipos han venido a buscar su botín. Son gente sin entrañas, y volverán a causar problemas. Son alimañas, mucho más peligrosos que los sarracenos —sentenció Guillem.

Durante varios días los templarios se dedicaron a recorrer la ciudad en grupos de dos caballeros, cuatro sargentos y cuatro escuderos para que aquellos incidentes no volvieran a repetirse. Las patrullas tenían orden de detener a cualquiera, cristiano o musulmán, que se comportara de manera violenta o que no atendiera las normas dictadas en un bando por las autoridades.

La ciudad recuperó una cierta tranquilidad y los comerciantes de Damasco se contentaron por el momento, aunque no lograron rescatar todas sus mercancías.

Pero mediado el mes de agosto se rompió la tensa calma. Los italianos estaban celebrando un banquete en uno de los mesones del puerto; a la caída de la tarde se habían reunido varios de sus cabecillas para hablar de qué hacer, pues no estaban dispuestos a quedarse allí, encerrados en las murallas de Acre, gastando el dinero que habían traído y sin conseguir ningún beneficio. En el banquete corrió de manera generosa el vino dulce de Grecia y muchos de aquellos mercenarios empezaron a mostrarse violentos y a reclamar el botín por el que habían viajado hasta ese rincón del mundo.

Los más exaltados dijeron que ya estaba bien, y que como cristianos no podían consentir que sus bolsas menguaran mientras los damascenos amasaban notables beneficios. Los ánimos se fueron calentando hasta que un mercenario de Bari, con notorios síntomas de embriaguez, se subió sobre una mesa e incitó a los demás a salir a la calle y degollar a cuantos sarracenos encontraran. Sus palabras fueron acogidas con vítores y un grupo desenvainó sus cuchillos y sus espadas y se dirigió con manifiesta excitación hacia el barrio musulmán.

Borrachos y ávidos de oro, decenas de italianos irrumpieron en la calle del bazar de los damascenos con las armas en la mano y asesinaron a cuantos musulmanes encontraron a

su paso. El terror cundió entre los musulmanes de Acre y algunos de ellos lograron huir de la ciudad ante la enorme confusión que se extendió por todas partes.

Jaime de Castelnou estaba revisando su equipo en las caballerizas del Temple cuando un criado le indicó que debía acudir con su espada al patio. Lo hizo corriendo y allí se encontró con el mariscal de la Orden, que estaba dando instrucciones a un grupo de caballeros. La situación parecía grave, pues los mercaderes asesinados estaban bajo la protección de las autoridades de la ciudad, y aquellos italianos habían roto una de las normas sacrosantas de esas tierras.

Cuando vio entre el grupo de templarios a Perelló, Jaime se acercó a él y le preguntó por lo que ocurría.

—Esos italianos han vuelto a cometer una grave tropelía. Han degollado a unos cuantos musulmanes en plena calle y les han robado. Algunos han huido de la ciudad y a estas horas corren hacia sus hermanos de religión para contarles lo sucedido. Y me temo que buscarán justicia... y venganza.

—¿Y qué crees que ocurrirá?

—Si no me equivoco, ésta es la excusa que necesitaba el sultán de Babilonia para atacar Acre.

—Pero si le entregamos a los culpables...

—Eso no ocurrirá; hemos jurado defender a los peregrinos cristianos de los musulmanes.

—Pero estos canallas no son peregrinos, dudo incluso que sean cristianos.

—Han tomado la cruz al embarcarse, están bajo la protección de la Iglesia y por tanto son cruzados. Nuestro maestre o el del Hospital jamás irán contra ellos.

—No son otra cosa que ladrones y asesinos —asentó Jaime.

—Son cruzados. En la guerra todo el mundo comete acciones infames; en la batalla no rigen las leyes que nos obligan en tiempos de paz. Tal vez en otro tiempo, cuando los caballeros lo eran de verdad..., pero ahora, no.

—Esta matanza no se ha producido en una batalla; se ha perpetrado sobre inocentes desarmados.

—Eran musulmanes, Jaime, hijos del diablo. Y además, necesitaremos a esos italianos cuando el ejército del sultán de Babilonia caiga sobre nosotros.

\* \* \*

Los damascenos que habían logrado huir de Acre se presentaron en El Cairo ante el sultán Qala'un y denunciaron los asesinatos y robos que habían cometido los cristianos en Acre. Como bien había supuesto Perelló, fue la causa que el señor de Egipto estaba aguardando para intervenir.

A fines de septiembre llegó una embajada a Acre; la encabezaba un visir del sultán.

Las autoridades de Acre lo recibieron con todos los honores, pero el rostro del visir no era precisamente un icono de paz.

—Mi señor, el gran sultán Qala'un, demanda la entrega de los culpables de la cobarde matanza que contra fieles del Islam se perpetró semanas atrás en esta ciudad.

—Los culpables han sido detenidos y juzgados —respondió el rey de Chipre, la máxima autoridad cristiana en Acre, al visir.

—Vuestra justicia no conforta a mi señor. Esos asesinos han de ser juzgados conforme a sus actos criminales y ejecutados por la vileza y los asesinatos que han cometido.

—Debéis comprender su reacción. Todo empezó cuando un grupo de musulmanes intentó violar a una mujer cristiana. A sus gritos acudieron varios cristianos y se produjo una pelea.

—No son esas las noticias que nosotros tenemos.

—Pues la información que hemos recabado así lo indica; sólo se pretendía evitar una violación. Algunos hombres, movidos por su indignación y su afán de venganza, tal vez se excedieron, pero eso fue todo.

—Mi señor reclama justicia, no venganza, y exige la entrega inmediata y sin condiciones de los asesinos.

El visir se mostraba firme. Sus órdenes eran tajantes: o regresaba a Egipto con los culpables, o habría guerra.

—Sentimos la muerte de vuestros hermanos musulmanes, pero nada podemos hacer; decidle al sultán que comprendemos y compartimos su indignación, pero le pedimos que tenga en cuenta nuestras alegaciones.

—Entregadnos a los culpables y nos marcharemos en paz.

—Son cristianos, no podemos hacerlo.

—¿Es vuestra última palabra? —demandó el visir.

—No podemos, ya os lo he dicho.

—En ese caso, pronto tendréis noticias de mi señor.

Guillem y Jaime fueron designados para escoltar al visir hasta las afueras de la ciudad. Hacía varios meses que habían llegado a Acre y era la primera vez que salían más allá de sus murallas.

De regreso a la ciudad, Jaime hubiera querido hablar con su hermano templario, pero recordó la norma del silencio y decidió seguir callado, y disfrutar del paseo a caballo tras tantas semanas sin cabalgar.

## CAPÍTULO XI

—Preséntate ante el hermano vestuario; te proporcionará un atuendo que te hará parecer un mercader catalán. Mañana nos vamos a Egipto.

—¿Qué?!

Jaime de Castelnou se quedó pasmado cuando oyó a Perelló.

—Acabo de recibir órdenes directas del mariscal, que a su vez ha despachado con el maestre. Saben por nuestros espías en Egipto que la intención del sultán es atacar Acre en la próxima primavera; ha intentado convencer a los comandantes de los distintos grupos de cruzados de que es mejor llegar a un buen pacto con el sultán antes que arriesgarnos a una batalla que no podemos ganar de ninguna manera. Pero ha sido en vano, los franceses y los ingleses lo han tachado de cobarde y de preocuparse sólo por el dinero de la Orden, y los venecianos, a pesar de ser nuestros aliados, se han negado a entregar a los italianos que provocaron la matanza de damascenos. Si por nuestro maestre fuera, los culpables hubieran sido entregados al sultán, pero todos los demás se han negado. No obstante, es preferible un acuerdo que la guerra, y nos han encomendado ir a Egipto para entrevistarnos en secreto con el visir al-Fajri. Viajaremos con una caravana de mercaderes que sale mañana de una aldea cercana. Ve y recoge esas ropas, son las que tendrás que ponerte para este viaje.

—¿Por qué nosotros?

—En mi caso, porque conozco la lengua árabe y porque ya he estado en Egipto en mis anteriores viajes a Tierra Santa, y en el tuyo porque eres un recién llegado y porque así lo han decidido nuestros superiores. ¿Recuerdas que juraste obediencia?

—Y aféitate la barba, ¿no pretenderás parecer un templario?

Castelnou se atusó la barba, que apenas alcanzaba la longitud de dos dedos, y no replicó. Se limitó a recoger el hatillo que le había dicho Guillem y a guardarlo junto a su cama.

\* \* \*

El día amaneció caluroso y húmedo. El otoño ya estaba avanzado, pero el calor seguía apretando. La caravana estaba formada por casi un centenar de camellos cargados con fardos muy voluminosos, con sus correspondientes camelleros y una docena de soldados contratados para su custodia. Los dos templarios vestían a la usanza sarracena, pero sus facciones les delataban claramente como *frany*, que era como llamaban los musulmanes a los cruzados.

—Recuerda, somos dos mercaderes catalanes que buscan hacer negocios en Egipto.

—No tengo ni idea de comercio —dijo Jaime.

—No importa, déjame a mí —repuso Guillem.

Durante varios días caminaron hacia el sur rodeando la costa mediterránea por una antiquísima calzada. A la derecha dejaron el castillo Peregrino, la más formidable de las fortificaciones del Temple. Guillem le comentó a Jaime que en una de sus anteriores estancias en Tierra Santa había servido durante varios meses en esa fortaleza y le contó que estaba construida de tal manera que con apenas dos centenares de defensores ningún ejército sería capaz de conquistarla.

Más hacia el sur pasaron por Jaffa, de donde salía un camino hacia el este, directo a Jerusalén, y por Ascalón y Gaza, donde descansaron y se aprovisionaron de agua antes de atravesar el norte del desierto del Sinaí.

Por fin, tras dos semanas de camino, llegaron a El Cairo. Jaime nunca había visto

una ciudad como aquélla. Hasta entonces las urbes más grandes que había conocido eran Barcelona y Acre, pero El Cairo rebasaba su propia imaginación. Ubicada a orillas del río Nilo, ante cuyo caudal quedó asombrado, la ciudad se extendía por una superficie tan enorme que no podía abarcarse con una sola mirada.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó Jaime.

—Nadie lo sabe. Algunos aseguran que mil veces mil personas. Una vez oí decir a un comerciante que si los cairotas se dieran de la mano unos a otros y se pusieran en fila unirían en una cadena humana Jerusalén con El Cairo.

—En ese caso, pueden movilizar un ejército de... miles de soldados.

—Más de cien mil. ¿Por qué crees que el maestro y el mariscal nos han enviado hasta aquí? Si el sultán sigue adelante con su deseo de venganza y cumple su amenaza de atacar Acre, ¿cuánto tiempo supones que podríamos resistir su asedio? Nuestra única esperanza es conseguir un acuerdo de paz —dijo Perelló.

—Sin entregar a los criminales italianos parece difícil.

—Ya veremos, tal vez ceda ante una buena bolsa repleta de monedas de oro.

—Este tipo de acuerdo no parece propio de templarios —dijo Castelnou.

—Ya te comenté en una ocasión que en estas tierras nada es lo que parece.

Los dos templarios entraron en El Cairo por una gran puerta custodiada por unos guardias que miraban con desinterés al tropel de gente que iba y venía con mercancías de todo tipo. Las calles estaban tan atiborradas de personas y animales de carga que apenas se podían dar dos pasos en línea recta. Todo eran gritos, voces demandando atención o llamadas de los mercaderes que proclamaban con exagerados aspavientos la bondad de sus productos.

Guiados por uno de los musulmanes que había viajado con ellos en la caravana, atravesaron la intrincada red de callejuelas hasta que se presentaron ante un enorme portón de madera cubierto por un arco de piedra decorado con yeserías pintadas en verde, rojo y azul.

Tras varios golpes, la enorme puerta se abrió y tras ella asomó un gigantesco criado negro vestido con unos calzones blancos, un chaleco sin mangas y un voluminoso turbante. Hizo una señal con la cabeza al guía y éste se perdió entre las callejuelas, mientras con la mano indicaba a los dos templarios que pasaran.

La puerta se cerró tras ellos y quedaron frente a un patio encerrado por altísimos muros enjalbegados con yeso de color rojizo y cubiertos de arriates. Al fondo se abría una gran arcada decorada con finas filigranas de yeso y en el centro, de una fuente rodeada de árboles frutales y arbustos aromáticos manaban tres chorros de agua cantarina. Sólo habían atravesado una puerta pero les pareció que se habían adentrado en otro mundo. El ruido de las calles, la barahúnda de personas, las prisas, los empujones y la mezcla de olores indefinibles había dado paso a un apacible silencio sólo alterado por el rumor de los chorros de agua sobre la fuente y a un delicado aroma de arrayanes y limones.

El gigante negro los condujo hasta una cálida estancia repleta de enormes almohadones de fina tela con exquisitos brocados, les indicó que se acomodaran y desapareció por una pequeña puerta.

De inmediato apareció por la misma puerta una joven que mostraba parte de su cuerpo desnudo, pues apenas se cubría con unos pantalones bombachos de lino y un ajustado corpiño adamascado que dejaba al aire todo el vientre y más de la mitad de la espalda. Jaime se sintió muy incómodo ante la presencia de aquella mujer, que olía a áloe y algalia, y notó cómo su rostro se ruborizaba. No quiso que Guillem fuera testigo de su

arrebolamiento y bajó la cabeza a la vez que se giraba de espaldas procurando no fijar su vista en los ojos de la hermosa joven, tal cual prescribía la regla de la Orden.

La muchacha portaba una bandeja repleta de frutas almibaradas, almendras, pistachos y nueces, y dos copas con jarabe de moras que dejó sobre una mesa baja. Después dijo unas palabras en árabe y desapareció por la puerta con la misma sutileza con la que había entrado.

—Nos ha deseado salud —comentó Guillem.

Jaime se giró hacia su hermano templario, que se había acercado hacia la mesa y había cogido una ciruela confitada.

—¿Puedes decirme qué hacemos aquí?; no entiendo nada.

—Hemos venido a comprar al visir al-Fajri para que convenza a su sultán para que no ataque la ciudad de Acre.

En ese momento un heraldo anunció la inmediata presencia del visir de Egipto, que apareció sonriente y saludó en árabe a los dos templarios deseándoles la paz e indicándoles que se recostaran en los cómodos almohadones.

—Sed bienvenidos a mi casa —dijo en árabe, a la vez que les animaba a coger algunas frutas y a beber el dulce néctar de mora—. Vos debéis de ser Guillem de Perelló, y ése es vuestro criado, ¿me equivoco?

—Sí, señoría, sólo que no es mi criado, sino un caballero templario como yo; se llama Jaime de Castelnou, y hace muy poco que está destinado en Palestina.

—Por lo que percibo, no entiende el árabe.

Jaime asistía a aquella conversación sin saber de qué estaban hablando; únicamente había entendido su nombre en labios de Guillem.

—No, pero es un extraordinario guerrero, y hay muchos como él en Acre. Si al fin decidís atacar la ciudad, no será fácil su conquista. Deberíamos llegar a un acuerdo antes de que mueran muchos hombres por ambos bandos.

—Veo que vais directamente al asunto. No me gustan los rodeos; ya sé que mi gente prefiere demorar las cosas y que a veces se muestran demasiado dilatorios, pero yo no quiero perder el tiempo.

—En ese caso, estoy autorizado por nuestro maestro, a quien ya conocéis, a ofrecer os hasta diez mil libras de plata.

—No es mucho a cambio de una ciudad tan rica como Acre.

—Y cinco mil más para vos, digamos como compensación por vuestros esfuerzos en alcanzar la paz.

—Que sean veinte mil, y diez mil por mi trabajo.

—No estoy autorizado.

—Vamos, don Guillem, sí lo estáis. ¿Seguro que vuestro compañero no entiende lo que estamos diciendo?

—¿Acaso no veis la cara de despistado que tiene?

Jaime de Castelnou se dio cuenta de que en ese momento estaban hablando de él.

—Quince mil y ocho mil —espetó al-Fajri.

—Doce mil y diez mil —reaccionó Perelló.

Ante esa nueva oferta, que otorgaba al visir dos mil libras más de las que había pedido para él, aun a costa de perder tres mil para el sultán, el visir aceptó.

—De acuerdo, don Guillem, pero ahora debo convencer al sultán de este pacto.

—Habéis hecho un gran negocio.

—Tengo muchos gastos: este palacio, mi guardia personal, mi harén...

—¿Cuándo podréis darnos una respuesta?

—En un par de días; mañana despacharé con el sultán y le presentaré vuestra oferta. Confío en que la acepte. Entretanto, consideraos mis invitados, podéis quedaros en mi casa. Ordenaré a mis criados que no os falte nada y que alimenten bien a vuestros caballos. ¡Ah!, y ya sé que a los templarios os están prohibidas las mujeres, pero si deseáis pasar la noche con alguna no dudéis en decírmelo, os procuraré unas hembras que os colmarán de tal placer que ni siquiera podéis imaginar.

—Hemos profesado votos de castidad.

—Una buena hembra puede conseguir que los olvidéis..., al menos momentáneamente.

—Agradecemos vuestra hospitalidad, pero no podemos tocar siquiera a una mujer.

Al-Fajri rió con ironía.

—Consideraos en vuestra casa —dijo, y salió tras una educada reverencia.

\* \* \*

Tal como había acordado, el visir citó a los templarios en la misma sala dos días después de la primera entrevista. Durante esas dos jornadas Guillem y Jaime no habían hecho otra cosa que comer y esperar. Ni siquiera habían salido del palacio para recorrer las calles de El Cairo.

—No hay acuerdo —sentenció.

Perelló tradujo a Jaime las palabras de al-Fajri.

—En ese caso...

—Ayer, mediada la tarde, el sultán Qala'un no aceptó vuestras excusas ni vuestro dinero, y rechazó por completo la oferta de vuestro maestro. Ante una considerable multitud reunida en la gran mezquita y ante un ejemplar del sagrado Corán juró con la solemnidad propia de semejante ocasión que él mismo se va a poner a la cabeza del ejército, que empeñará el resto de su vida no sólo en conquistar Acre, sino en arrojar al mar al último cruzado, y que no dejará las armas hasta lograrlo.

—Pero vuestro sultán es un anciano —dijo Perelló.

—Tiene setenta años; sabe que está cercano el final de su vida y desea dejar este mundo como un buen musulmán, tal vez como el caudillo que arrojó a los *frany* al mar para siempre.

—¿No habéis podido convencerlo para evitar la guerra?

—Lo intenté, pero ha sido inútil. La edad lo ha ablandado; sus ojos se llenaron de lágrimas cuando, a la entrada de la mezquita, varias madres clamaron venganza para sus hijos muertos por los cruzados.

—Tomad, esta carta es la respuesta al ofrecimiento de vuestro maestro. La ha dictado el sultán esta misma mañana. En ella se niega a acordar pacto alguno, y dice que Acre debe ser destruida. A la vez, ha emitido las órdenes por las que convoca a todo el ejército a la *yihad*.

—Vuestra «guerra santa».

—Bueno, digamos que se trata de la defensa del Islam, que durante dos siglos ha sido amenazado por vuestros cruzados.

—Siento no haber podido cerrar un acuerdo con vuestra señoría.

—Yo también, pero la voluntad de Dios ha querido que las cosas fueran así.

—He dispuesto todo para que no tengáis ningún altercado en el camino de regreso a Acre. Aquí están los salvoconductos, y vuestros caballos también están preparados. Por mi

parte, os recomendaría que convencierais a vuestros superiores para que ordenen evacuar la ciudad de Acre, o en caso contrario que se preparen para morir. He visto vuestras defensas, las murallas no son despreciables, pero se prepara una sorpresa que os hará temblar.

—Somos templarios, visir, la palabra miedo no existe en nuestra lengua.

—Os repito: convenced a vuestros jefes para que se marchen, o la matanza será tremenda.

—Allí nos encontraréis.

Guillem y Jaime salieron de El Cairo y no descansaron hasta llegar a Acre. La carta que portaban para el maestre Beaujeu estaba fechada según el calendario musulmán, pero correspondía al 4 de noviembre del año del Señor de 1290. Ese mismo día, decenas de copias de un edicto habían salido hacia todas las direcciones de Egipto, Palestina y Siria reclamando la concentración de tropas para marchar en expedición a la conquista de Acre. Una sensación de euforia y un afán de victoria inundó el corazón de los musulmanes.

## CAPÍTULO XII

Desde que los dos templarios habían regresado de su embajada secreta a Egipto, las autoridades de Acre habían puesto en marcha un plan de defensa basado en la distribución por zonas de los diversos contingentes acantonados en la ciudad, organizados y agrupados según su procedencia.

Un comité formado por el rey Enrique de Chipre, los maestros del Temple, del Hospital y de la Orden Teutónica y varios comandantes de las tropas francesas, inglesas e italianas allí destacadas acordaron la distribución de los hombres por sectores. Los templarios y los hospitalarios defenderían el tramo norte de los muros; los templarios junto a la costa y los hospitalarios en la zona más próxima a la torre Nueva; en el centro, junto a la torre Maldita, donde la muralla enfilaba hacia el sur en ángulo recto, estarían los teutones, en tanto en el resto del tramo hasta la playa del puerto se ubicarían las compañías de franceses, ingleses, pisanos, venecianos y genoveses.

Al-Fajri seguía manteniendo buenas relaciones con los templarios, y le hizo llegar al maestro una carta en la que le avisaba de que el ataque a Acre iba a ser inminente. Y así fue; un inmenso ejército mameluco se puso en marcha en dirección a Palestina a través de la costa norte del Sinaí.

Una noticia despertó cierta esperanza; apenas una semana después de partir de El Cairo, había muerto el sultán Qala'un. Los espías y exploradores destacados a lo largo de la ruta de Egipto a Palestina comunicaron que el ejército mameluco se había detenido. Muchos pensaron que daría media vuelta y regresaría a sus hogares a orillas del Nilo, pero se equivocaron. Apenas se ultimaron los funerales por el sultán, su hijo Jalil asumió el sultanato, recibió el juramento de fidelidad de los generales del ejército mameluco y ordenó continuar avanzando hacia el norte, tras jurar ante el Corán que seguiría con el plan trazado por su padre para conquistar Acre y arrojar de la tierra del Islam a los cristianos.

Los exploradores y las avanzadillas destacadas en la ruta del sur para observar la marcha del ejército mameluco comenzaron a refugiarse en Acre; el nuevo sultán había ordenado acelerar la marcha y pasar de largo ante las fortalezas cruzadas ubicadas en el camino, especialmente del castillo Peregrino, en cuya leyenda de inexpugnable los templarios habían confiado para detener o al menos retrasar el avance sarraceno.

—Estarán aquí muy pronto —le dijo Perelló a Castelnou.

Los dos templarios montaban guardia en la torre de la puerta de San Lázaro, la más cercana a la costa en el sector norte de la ciudad. Desde lo alto de la torre almenada podían ver el mar y el amplio llano que se extendía; hacia el norte y hacia el este.

Un escudero apareció de pronto por la poterna y comunicó a los dos caballeros que el maestro estaba subiendo por las escaleras interiores.

Guillermo de Beaujeu, maestro del Temple, apareció seguido por varios de los altos oficiales de la Orden, entre ellos el mariscal, el senescal y el comendador del reino de Jerusalén. Los dos caballeros inclinaron la cabeza e hincaron la rodilla derecha en el suelo ante la presencia de sus superiores.

—Levantaos —ordenó el maestro en francés—. Quería felicitaros de nuevo por vuestro trabajo en Egipto.

—No ha resultado efectivo, hermano maestro —dijo Guillem de Perelló.

—Bueno, tal vez debimos ofrecer más dinero a ese viejo sultán, o quizás haberlo hecho a su hijo. Ahora ya no tiene remedio. Estamos realizando una visita de inspección a nuestras posiciones, que han de ser las mejores y las más firmes. La Orden se juega en esta

batalla todo su prestigio. Apenas nos quedan Acre, algunas posiciones en la costa y el castillo Peregrino; si caen ambos, el Temple estará abocado a su fin. No obstante, hemos preparado un plan por si los mamelucos consiguen tomar Acre. Vosotros dos, hermanos, habéis demostrado absoluta fidelidad a nuestra Orden, de modo que os lo podemos confiar.

El maestre hizo una señal y uno de sus escuderos se acercó con un rollo de pergamino que desplegó en cuanto lo tuvo en sus manos.

—Esto es Acre —supuso Jaime de Castelnou.

—En efecto, hermano, es un plano con las fortificaciones de la ciudad. Aquí estamos nosotros —apuntó señalando con el dedo un arco que representaba la puerta de San Antonio— y aquí la Bóveda. En una cámara contigua a la sala capitular se guarda el tesoro de la Orden en Tierra Santa, cuatrocientas mil libras en joyas, oro y plata.

—Bien, tú, Jaime de Castelnou, serás el encargado de su custodia. Si nuestras posiciones en la muralla exterior son desbordadas, abandonarás tu puesto sea cual sea la situación y deberás acudir presto a la Bóveda; allí embarcarás el tesoro en una nave que estará anclada junto a una puerta que da directamente sobre el mar. Entre las rocas de esa zona existe una pequeña ensenada con profundidad y anchura suficiente para que una de nuestras galeras se acerque hasta el mismo muro y pueda cargar el tesoro desde nuestro edificio central.

—En ese caso, dirigirás la galera hacia Chipre y quedarás como custodio del tesoro hasta que un nuevo maestre decida su nueva ubicación.

—¿Un nuevo maestre? —se sorprendió Castelnou.

—Claro, pues si se da el caso, yo quiero morir luchando en Acre. No pienso huir de la ciudad, con la infama de un maestre ya hemos tenido bastante.

Beaujeu se refería al maestre Ridefort, el insensato que condujo al Temple al borde del desastre cien años antes en la batalla de Hattin.

—¿Por qué yo, hermano maestre? Ni siquiera hace dos años que visto el hábito blanco de caballero —pregunto Castelnou.

—Pues ya deberías saber que no debes hacer preguntas, sino limitarte a obedecer a tus superiores.

Castelnou bajó la cabeza abochornado.

—Pero, hermano maestre, yo...

—Y no te avergüences, levanta la cabeza y muestra el orgullo que todo templario ha de sentir al portar ese hábito.

—Por lo demás, ¿hay alguna novedad, hermano Guillem?

—Ninguna, hermano maestre, ninguna. Todos los hombres están en su puesto y todo el equipo ha sido repartido conforme a las instrucciones recibidas —informó Perelló.

—Tan eficaz como siempre.

El maestre Beaujeu dio un abrazo a los dos caballeros y salió de la azotea de la torre seguido por su séquito.

—¿Por qué yo?, ¿por qué no tú, hermano, que tienes mucha más experiencia?

—No lo sé, pero ya has oído al maestre; no preguntes y límitate a obedecer, que es lo que juraste cuando recibiste la capa blanca en Mas Deu.

## CAPÍTULO XIII

La calma era absoluta. Sólo una ligera brisa del mar que hacía ondular los estandartes enarbolados en lo alto de los torreones alteraba la quietud. Hacía dos días que los últimos espías y oteadores destacados en la ruta de Egipto habían corrido a refugiarse dentro de las murallas de Acre. Los templarios habían distribuido armas y provisiones en las torres del sector norte que les habían atribuido para la defensa; decenas de estandartes y banderas negras y blancas ondeaban en lo alto de los muros, en tanto los caballeros pasaban las horas en silencio mirando fijamente hacia el fondo de la llanura costera.

Nadie movía un dedo, pero todos tenían la mirada clavada en el horizonte, como si estuvieran esperando un acontecimiento sobrenatural. Armados con espadas, lanzas y arcos, y protegidos por las cotas de malla, las corazas y los yelmos de combate, los templarios aguardaban tensos en sus puestos.

—Llevamos así horas; ¿qué está pasando? —le preguntó Jaime a Guillem de Perelló sobre la terraza del torreón cuya defensa les habían asignado el mariscal y el senescal del Temple.

—No lo sé; es como si el miedo estuviera latente en el aire. Lo puedo sentir. Hace dos días que regresaron los exploradores, pero aquí no sabemos nada de lo que está ocurriendo ahí afuera.

—Tal vez su ejército no sea tan grande como han asegurado los espías.

—Enseguida tendremos ocasión de comprobarlo por nosotros mismos.

Perelló alargó el brazo y señaló hacia la llanura. Al fondo de la llanura brotó, como si emergiera de detrás del horizonte, una masa de soldados que avanzaba hacia Acre cual una marea marrón y gris.

En unos instantes todo el frente de la tierra se llenó de un mar de picas, corazas y cimbras.

—¡Ahí están los mamelucos! —exclamó Jaime—. Sí, ahí los tienes, el ejército del sultán de Babilonia al completo; doscientos mil hombres, tal vez el mayor ejército jamás visto.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada, hermano, nada; bueno, tal vez prepararnos para morir con dignidad. No hay otra salida.

—Tal vez si recibimos ayuda...

—¿Ayuda?, ¿de quién?, ¿del papa?, ¿de los monarcas cristianos? No, hermano, no, estamos solos; nosotros, los defensores de Acre, frente a ellos, los mamelucos. No esperes ninguna ayuda. La cristiandad se ha olvidado de nosotros. Hubo un tiempo en que fuimos el orgullo de la Iglesia y el escudo de la fe; ahora somos un estorbo, y tal vez un mal recuerdo en sus conciencias.

—Hoy es 5 de abril, una fecha que los anales recordarán como fatídica para la cristiandad de Ultramar. Es probable que en este día se haya iniciado en verdad el fin.

Perelló dio la orden a los sargentos y a los escuderos para que se mantuvieran atentos a los movimientos de los mamelucos. El caballero templario observó uno a uno a los hombres que tenía a su mando en aquel torreón y miró a los ojos a Jaime, que actuaba como segundo jefe de la torre.

—¿No hay esperanza, verdad? —preguntó Castelnou.

Perelló hizo un movimiento de negación con la cabeza, se ajustó el casco de combate y desenvainó su espada de doble filo.

—¡Todo el mundo atento, todos preparados, esos sarracenos pueden cargar contra nosotros en cualquier momento! —gritó Perelló, a la vez que se colocaba su casco cilíndrico y ajustaba las correas a su cuello.

Castelnou hizo lo mismo y todos los defensores de la torre se prepararon para la lucha.

Un emisario del sultán se acercó hasta una de las puertas y reclamó la entrega de la ciudad a cambio de perdonar la vida a todos sus habitantes; tenían todo el día para decidirse. Al día siguiente a la misma hora volvería para recibir la respuesta. Reunido el consejo de jefes, sólo el maestro del Temple propuso aceptar la oferta y entregar Acre; fue tachado de cobarde por todos los demás, que decidieron resistir. El emisario regresó para oír la negativa a la propuesta de rendición.

La enorme multitud de tropas que conformaban el ejército mameluco avanzó de inmediato hasta colocarse a una distancia de unos doscientos pasos de las murallas.

Cuando se detuvieron, se hizo un silencio espeso y metálico. La brisa del mar volvía a soplar desde el oeste y los estandartes se agitaban en sus mástiles. Al fondo, como surgido de las entrañas de la tierra, comenzó un estruendo; sonaba como un redoble de mil, de un millón de timbales repicando al unísono, como si un gigante de innumerables brazos los estuviera golpeando a la vez. Un ritmo monocorde y reiterativo fue creciendo hasta hacerse ensordecedor.

De pronto, la compacta masa humana del ejército de Egipto comenzó a abrirse en diversos puntos, como si varios ríos invisibles hubieran orillado a las tropas, y al fondo, entre los vítores de los soldados mamelucos, aparecieron.

Los sarracenos las habían bautizado como la *Victoriosa* y la *Furiosa*; eran las dos mayores catapultas fabricadas por el hombre; habían sido construidas en Egipto y trasladadas en varias piezas durante más de un mes en decenas de carros tirados por centenares de bueyes. En apenas dos días habían sido montadas, y arrastradas con bueyes, hombres y camellos se acercaban amenazadoras hacia las murallas de Acre.

—¿Qué es eso?! —se extrañó Jaime.

—Catapultas; las más grandes que he visto hasta ahora. Jamás imaginé que pudieran construirse de un tamaño similar. Me temo que con ellas podrán lanzar piedras de hasta tres centenares de libras de peso. Ni siquiera estas murallas reforzadas podrán resistir semejantes proyectiles.

—¿Quiere decir eso que no van a asaltar la ciudad?

—Por el momento, parece que no. Creo que antes van a lanzarnos unos cuantos proyectiles para minar nuestras defensas y nuestra moral. Fíjate allí.

Perelló señaló entre las dos catapultas gigantes a un grupo de máquinas más pequeñas; los mamelucos tenían unas doscientas de ellas.

—¿También son catapultas?

—Sí. Se llaman madrones; son formidables máquinas de guerra capaces de lanzar enormes piedras de casi cien libras de peso a cuatrocientos pasos de distancia. Las vi en acción hace unos años, en mi primer período de estancia en Tierra Santa. Las emplearon contra los muros de uno de nuestros castillos en la costa. Derribaron cien pasos de un muro de sillares en apenas medio día. Bien, parece que esto va en serio.

Los habitantes de Acre, que habían acudido en masa a las murallas para contemplar el despliegue de los mamelucos, quedaron descorazonados. Los informes de los espías se habían quedado cortos. El ejército mameluco estaba integrado por doscientos mil soldados; nunca se había visto en Tierra Santa, tal vez en toda la historia, un número similar de

combatientes: cuarenta mil jinetes y ciento sesenta mil infantes.

Los sitiadores no perdieron tiempo; uno a uno, los madrones fueron alineados a espacios regulares frente a los muros de Acre, apenas a doscientos pasos de distancia. Tras ellos se agolpaban decenas de carros cargados de piedras del peso de un hombre. Durante medio día y ante la mirada expectante de los sitiados las catapultas se fueron montando y anclando, y desde los carros se descargaron los proyectiles que fueron siendo depositados al lado de cada una de aquellas máquinas.

Un poco más atrás de la línea de catapultas se habían desplegado miles de tiendas de entre las cuales ascendían centenares de finas columnas de humo.

Mediada la tarde se hizo la calma y desapareció la frenética actividad que desde los muros se atisbaba en el campamento mameluco. Y de nuevo sólo se oyó la brisa del mar y el aleteo de los estandartes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jaime.

Guillem de Perelló señaló a un grupo de jinetes que cabalgaban al galope recorriendo la línea de catapultas.

—Mira. Están transmitiendo una orden a los artilleros; imagino cuál es.

Cuando los jinetes hubieron recorrido todos los puestos de tiro, enarbolaron unos estandartes amarillos y comenzaron a ondearlos alzados en las grupas de sus caballos. Y como si del mismo resorte se tratara, las doscientas catapultas comenzaron a la vez a vomitar las pesadas piedras sobre Acre.

Unos silbidos agudos rasgaron el aire y los primeros proyectiles pasaron por encima de los muros para ir a caer sobre las casas más cercanas, causando un enorme estruendo.

—Están fallando —dijo Jaime.

—No, disparan al interior. Lo que pretenden es amedrentar a la población, y no derribar los muros, al menos no con estas primeras andanadas.

Los defensores oían y veían pasar sobre sus cabezas las enormes piedras, que de inmediato impactaban sobre las casas derrumbando tejados y paredes. Los moradores de aquellas viviendas salieron despavoridos corriendo hacia ninguna parte.

—Hermano Jaime, toma a un par de sargentos y baja de esta torre. Avisa a la gente de las casas más próximas para que se retiren hacia el interior de la ciudad.

Castelnou y los dos sargentos descendieron a grandes zancadas por las estrechas escaleras del torreón y comenzaron a gritar ya en la calle que todo el mundo saliera de las casas y se retirara hacia la costa. Cada poco tiempo, y tras un silbido agudo, un proyectil impactaba en una casa provocando el pavor de los que huían desesperados.

Desde el inicio de la calle que desembocaba en la puerta de San Lázaro, Jaime pudo ver a decenas de personas moviéndose aterradas sin saber muy bien adonde dirigirse.

—¡Alejaos de las murallas, corred hacia el interior de Acre! —les gritó Castelnou, aunque sin demasiado éxito.

Después regresó a lo alto de la torre que tenía asignada. Perelló y los templarios a su mando seguían, impotentes en la distancia, observando atentos los disparos de las catapultas.

—¿Has conseguido que se retiren de aquí? —le preguntó.

—No estoy seguro. Algunas personas están tan atemorizadas por el pánico que ni siquiera han escuchado lo que les decía. ¿Qué podemos hacer?

—De momento, esperar.

—¿No hay manera de responder a esos disparos?

—No disponemos de catapultas tan potentes, y somos muy inferiores en número.

Para situaciones como ésta los manuales de guerra sólo ofrecen dos soluciones: resistir el asedio reconstruyendo lo que las catapultas destruyen o realizar una salida sorpresa y desbaratar a los sitiadores.

—Estoy seguro de que el maestro y el mariscal están trazando algún plan al respecto. Los templarios no sabemos quedarnos quietos esperando que nos machaquen como a insectos. Ahora, fíjate, hay al menos doscientos pasos desde el muro exterior hasta la línea de catapultas, y esos doscientos pasos son un terreno llano y despejado. Un grupo de jinetes podría alcanzar esos malditos ingenios antes de que pudieran reaccionar los artilleros que los manejan, y tal vez podría destruir algunos madrones, pero sería insuficiente.

## CAPÍTULO XIV

Amaneció el día 6 de abril casi a la vez que los primeros proyectiles volvían a caer sobre Acre.

Jaime había dormido muy poco, recostado bajo su capa en un rincón de la sala interior del torreón. Unos criados acababan de traer una olla todavía humeante con un potaje de legumbres y carne que fueron sirviendo a los defensores de la torre. En aquellas circunstancias las normas de la Orden del Temple que regulaban las comidas, sus horarios y la forma de servir las no servían de nada. Cada templario, independientemente de su cargo o categoría, se servía su ración y comía en silencio lo más rápido posible para reincorporarse de inmediato a su puesto en la muralla.

Castelnou despachó su escudilla, se colocó el yelmo cilíndrico y salió al exterior de la torre. Al mirar hacia el exterior, quedó impresionado. La *Victoriosa* estaba enfrente de la puerta de San Lázaro. Los mamelucos habían aprovechado la noche para acercar una de sus dos enormes catapultas hasta la primera línea de madrones, y parecía lista para disparar.

De pronto toda la torre tembló como si hubiera sido sacudida por un terremoto.

Jaime miró a Guillem y ambos se acercaron a las almenas y miraron hacia abajo. El primer proyectil lanzado por la *Victoriosa* había impactado a media altura de la torre, provocando un boquete del tamaño de un caballo.

—¡Dios mío!, jamás he visto nada semejante. La fuerza de esa catapulta es extraordinaria; si mantienen su puntería y una cadencia de tiro aceptable, derribarán una a una todas las torres del recinto exterior en apenas una semana.

—Tenemos que hacer algo —dijo Castelnou.

—Ve a la Bóveda e informa de esto al maestro y al mariscal; ellos sabrán cómo responder.

Jaime bajó corriendo las escaleras y al llegar abajo entró en una cuadra donde había varios caballos; buscó el suyo, lo sacó a la calle y lo montó espoleando sus costados. El animal levantó las patas delanteras e inició un rápido galope a través de las calles polvorientas. La Bóveda, el edificio donde tenía el Temple su casa central, estaba justo en el extremo opuesto a la puerta de San Lázaro, por lo que tuvo que cruzar de norte a sur toda la ciudad, sorteando a la gente que se apiñaba en los cruces de las calles esperando no se sabe qué.

A llegar ante el enorme bloque de piedras de la Bóveda, saltó del caballo y entregó las riendas a un sargento que hacía guardia en la puerta.

—¿Está el hermano maestro dentro? —le preguntó.

—Sí, pero...

—Debo darle un informe de lo que está ocurriendo en el sector norte.

El sargento miró al caballero y pareció recelar por un instante.

—¿Quién eres?

—El hermano Jaime de Castelnou, caballero templario, estoy destinado en la torre de San Lázaro.

—De acuerdo, aguarda un instante.

El sargento hizo una señal y la puerta se abrió; un caballero templario saludó a Jaime y le preguntó qué quería. Castelnou le explicó lo ocurrido y ambos se dirigieron hacia el interior del edificio en busca del maestro.

Guillermo de Beaujeu estaba reunido con el mariscal y el comendador del reino de Jerusalén en la sala capitular. Sus semblantes eran serios y parecían muy preocupados,

aunque se mostraban serenos. El caballero que había acompañado a Jaime se acercó al maestro y le susurró unas palabras al oído.

—¿Qué ocurre, hermano Jaime? —le preguntó entonces el maestro.

—Se trata de esa enorme catapulta, hermano maestro. Han disparado un único proyectil que ha provocado un gran boquete en mitad de la torre. El hermano Guillem de Perelló me ha dicho que viniera de inmediato a informaros.

—Bueno, al verte pensé que ya estaba todo perdido. Iremos a ver qué ocurre.

Jaime, el maestro, el mariscal y diez templarios como escoltas cabalgaron hacia el sector norte. Cuando llegaron a la puerta de San Lázaro y subieron a lo alto de la torre, la *Victoriosa* estaba preparada para realizar su segundo disparo. En esta ocasión el proyectil, una piedra del tamaño del tronco de un buey, alcanzó de lleno el tramo de muro entre dos de los torreones de la muralla. En cuanto se disipó el polvo causado por el impacto, pudieron observar el destrozo provocado por el segundo disparo de aquel formidable ingenio. Varios sillares habían saltado hechos añicos y una grieta de varios codos de longitud se había abierto de arriba abajo del muro.

—¿Cada cuánto tiempo dispara esa catapulta? —le preguntó el maestro a Perelló.

—Este ha sido su segundo disparo; el primero lo efectuó poco después del amanecer.

—Diez, tal vez doce cada día —calculó el maestro—. A ese ritmo en una semana habrán abierto una brecha lo suficientemente amplia como para lanzar sus tropas al asalto. Y todavía tienen otra catapulta semejante en el flanco este, frente a la puerta de San Nicolás, aunque, por lo que sabemos, todavía no ha comenzado a disparar.

—No habrá más remedio que efectuar una salida —dijo el mariscal.

El maestro asintió ante las palabras del jefe del ejército templario.

—Prepara un plan. Observaremos durante unos días cuál es su rutina, cómo organizan sus campamentos y qué horarios cumplen, y cuando conozcamos sus movimientos lanzaremos un ataque. Quiero que todos los preparativos se ejecuten con el máximo sigilo. No os fiéis de nadie: el lugar, el día y la hora, el mismo ataque, han de ser un secreto.

—Sólo disponemos de quinientos combatientes templarios; tal vez habría que contar con los hospitalarios y los teutones —alegó el mariscal.

—No, hermano, lo haremos nosotros solos; tenemos que saldar las cuentas de Hattin.

Cien años después, los templarios seguían obsesionados por la terrible derrota en los Cuernos de Hattin, donde perdieron la Vera Cruz.

—En ese caso, creo que podremos efectuar una salida con trescientos jinetes —acató el mariscal.

—De acuerdo. Y vosotros, hermanos —dijo el maestro dirigiéndose a Guillem y a Jaime—, seguid defendiendo esta torre cuanto sea posible. Mantener esta posición es imprescindible para nosotros.

El maestro abrazó a los dos caballeros y se marchó seguido de su séquito.

—¿He oído bien? El mariscal ha dicho que realizaremos un ataque sorpresa con trescientos caballeros. ¡Ahí afuera hay doscientos mil sarracenos!

—En el Temple somos así. Ya deberías saberlo; hace dos años que vistes el hábito blanco. En una ocasión, un viejo templario me contó que seis caballeros cargaron contra una columna de seiscientos soldados mamelucos. ¡Uno contra cien!; seis caballeros vestidos con la capa blanca y la cruz roja, formados codo con codo, cabalgando con sus

lanzas apuntando hacia los seiscientos. ¡Ah!, puedo imaginar los rostros de asombro de los sarracenos al ver a los seis jinetes blancos, las capas al viento, las cruces rojas brillando bajo el sol amarillo...

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Jaime.

—Que los pusieron en fuga. La columna mameluca se deshizo como un montón de arena arrastrado por una nada. Ni siquiera ofrecieron pelea.

—¿Estás seguro de que ocurrió así?

—De este modo es como me lo contó un viejo hermano; no tenía por qué mentir.

—A veces la edad provoca fallos en la memoria.

—Tal vez, pero recuerda que ésta que te he contado no es la única gran hazaña de nuestros hermanos en Tierra Santa. La historia de nuestra Orden está repleta de acontecimientos gloriosos, y de ellos es testigo la sangre de tantos hermanos muertos.

—Pero sólo trescientos...

—Treinta..., tres templarios incluso son suficientes para amedrentar a varios millares de sarracenos. Nosotros no tememos a la muerte, ¿lo has olvidado?

—No, claro que no, pero opino que un templario vivo puede servir a Dios de manera más eficaz que uno muerto.

—En ese caso, cuando se presente la ocasión en el combate, que va a ser muy pronto, procura que no te maten.

Un proyectil golpeó sobre las almenas de la torre causando algunos heridos. Guillem y Jaime se arrojaron al suelo para protegerse de la lluvia de piedra y ripios.

—Ese disparo no ha salido de la *Victoriosa* —dijo Jaime a la vez que se incorporaba sacudiéndose el polvo.

—No, procede de uno de los madrones. Parece que han cambiado de táctica; ya no apuntan al interior de la ciudad, sino directamente a los muros. Habrán creído que ya han causado suficiente daño en las casas y que la población se ha refugiado en el interior, donde no pueden alcanzarla con sus disparos, como así ha sido; de manera que toda su potencia de tiro se concentra ahora sobre las murallas.

Un nuevo proyectil golpeó el muro unos seis codos más por debajo del parapeto almenado.

## CAPÍTULO XV

Durante varios días las maniobras de los sitiadores se repitieron una y otra vez. Con una cadencia precisa, los doscientos madrones y las dos catapultas gigantes dispararon sus proyectiles sobre los lienzos y las torres de la muralla. Las zonas más castigadas estaban siendo la puerta de San Lázaro y la de San Nicolás, porque era en esos dos sectores donde se concentraban los lanzamientos de la *Victoriosa* de la *Furiosa*. Cada vez que uno de los proyectiles de las dos formidables catapultas impactaba de lleno en el muro, un tramo entero de muralla temblaba de tal modo que parecía como si fuera a derrumbarse enseguida.

A pesar de que los sitiados se aprestaban a reponer por la noche los destrozos causados por las catapultas durante el día, algunas zonas de la muralla exterior comenzaban a mostrar serios desperfectos. El machaqueo constante de las catapultas empezaba a ser insoportable. Los sitiados no podían hacer otra cosa que permanecer pasivos, resignados a soportar con paciencia los disparos de las catapultas. Habían perdido la esperanza de recibir ayuda del exterior. Algunas galeras habían salido del puerto en los últimos días portando desesperados mensajes de auxilio, pero hacía ya tiempo que los soberanos cristianos, se habían olvidado de Tierra Santa. Demasiados problemas tenía la mayoría de ellos en sus reinos y estados como para preocuparse de unos pocos miles de cristianos cercados en una ciudad que para los cristianos europeos no significaba nada.

Jaime de Castelnou soportaba con la paciencia que había aprendido en el convento de Mas Deu la monotonía de aquellos días en los que cada uno era igual al anterior; nada más amanecer comenzaba el recital de silbidos rasgando el aire y el inmediato estruendo de las piedras impactando sobre los muros. Doce veces al día la *Victoriosa* lanzaba sus proyectiles y la muralla temblaba entonces como si hubiera sido sacudida por un coloso.

Aquella tarde, en el ocaso del sol sobre las aguas del Mediterráneo, un jinete llegó presuroso a la torre de San Lázaro, que ese mismo día había vuelto a perder las almenas tras un impacto que había causado la muerte de un sargento templario.

—Estad preparados, la salida será esta misma noche —les dijo el jinete a Guillem y Jaime.

Tres días antes les habían comunicado el plan de ataque.

Hartos de recibir una y otra vez los proyectiles mamelucos, el mariscal del Temple había ultimado un plan tan audaz como arriesgado. Aprovechando la luna nueva, trescientos jinetes templarios realizarían un ataque al campamento sarraceno ubicado al norte de la ciudad, frente a la puerta de San Lázaro. El objetivo sería acabar con la *Victoriosa*, cuyos disparos estaban a punto de provocar el derrumbe de la puerta de San Lázaro y las torres que la protegían.

El mariscal pretendía dar un golpe de mano para destruir la *Victoriosa* y algunas otras catapultas menores de modo que los sitiados dispusieran del tiempo y de la tranquilidad necesaria para poder reparar los daños y tapar las brechas de los muros. Pero además quería dar un golpe de efecto provocando la desmoralización de los sitiadores, pues al frente de la gran catapulta estaba uno de los hijos del sultán, un joven de dieciocho años. Si lograban capturarlo o acabar con él, es probable que la confianza de los mamelucos se debilitara y quién sabe si podrían pensar incluso en una retirada.

Sirvieron la cena un poco antes de lo habitual y cada caballero recibió una ración extra de vino y de almendras. Trescientos caballeros, casi todos ellos templarios más un puñado de ingleses, habían sido convocados para que al anochecer se presentaran con todo

su equipo de combate en el interior de la puerta de San Lázaro. Las instrucciones que habían recibido de sus comandantes eran claras: se trataba de atacar el frente mameluco en el lugar donde estaba emplazada la catapulta la *Victoriosa*, destruirla y arrasarlo cuanto pudieran, y además intentar capturar vivo o muerto al joven príncipe Abú-l-Fida, el hijo del sultán de Egipto.

La noche del 15 de abril era cerrada; apenas se veía otra cosa que unos tenues resplandores de los fuegos del enorme campamento musulmán, que rodeaba Acre como una capa hecha de amarillentos pedazos de fieltro.

Perelló y Castelnou fueron ubicados en el ala izquierda la que se desplegaría más cerca de la línea de costa. El Maestre y el mariscal habían organizado el ataque en tres columnas; la del centro sería la encargada de atacar directamente la gran catapulta, mientras las dos alas la protegerían de una posible respuesta de los sitiadores por los flancos. Había que actuar con contundencia, precisión y rapidez, y para ello era muy importante desplegarse sin tropiezos. La puerta de San Lázaro apenas permitía el paso de cuatro caballos en frente, de modo que los trescientos caballeros se alinearon en una columna de a cuatro por setenta y cinco de fondo.

Las filas de a cuatro se fueron formando dentro de la ciudad, ocupando el pequeño espacio que se abría al interior de la puerta y los primeros tramos de las tres calles que confluían en esa pequeña plazuela.

Castelnou se colocó el yelmo cilíndrico de combate y se ajustó las correas al cuello tal como le habían enseñado, lo suficientemente fuerte como para que no se soltase y se convirtiera en un impedimento más que en una defensa, pero con la holgura necesaria para que no estorbara los movimientos naturales de cuello y cabeza. Bajo la capa blanca con la cruz roja se había colocado la cota de malla y una coraza que le cubría el pecho y parte del vientre, y sus manos estaban protegidas por los guantes claveteados que le regalara el conde de Ampurias el día de su investidura como caballero, la única prenda que el hermano vestuario le había permitido conservar cuando ingresó en la Orden.

Hacía una noche cálida y húmeda. Cubierto con todo su equipo de combate, aguardando en silencio el momento de atacar a los mamelucos, Jaime de Castelnou sentía cómo el sudor comenzaba a humedecer su piel. A través de la mirilla de su casco apenas podía ver una parte de lo que tenía delante de los ojos, que en ese momento se limitaba a un abigarrado grupo de capas de sus hermanos templarios cuya blancura resaltaba en la oscuridad de la noche. Las instrucciones habían sido distribuidas a cada uno de los escuadrones, y él sólo tenía que cumplir lo que sus superiores le habían ordenado. Guillem de Perelló se había encargado de difundir a otros miembros de la Orden que Castelnou era un extraordinario luchador, prácticamente insuperable en el manejo de la espada; y eso era cierto, pero hasta entonces sólo había podido demostrarlo en el patio de armas del castillo del conde de Ampurias o en la encomienda de Mas Deu.

En esa ocasión la situación era bien distinta. Sus adversarios no iban a ser viejos maestros de armas con sus facultades ya disminuidas por la edad o jóvenes imberbes atolondrados e inexpertos, sino fieros combatientes mamelucos bregados en las cruentas batallas de Tierra Santa. Y entonces se dio cuenta de que aquella iba a ser su primera acción de armas. Tenía veintiún años y jamás había participado en un combate en serio. Giró la cabeza a su derecha y contempló la figura de Perelló; su compañero estaba bien erguido sobre su montura, las riendas sujetas con la mano izquierda y la lanza apoyada en el suelo sostenida con la derecha; parecía una estatua de mármol blanco, y aunque no podía ver su rostro cubierto con el yelmo de combate, intuía que estaba sereno y confiado. Por encima

de los cascos de los caballeros que formaban delante de ellos observó el estandarte de la Orden, recién desplegado. Como apenas hacía viento, el *baussant* de las dos franjas, blanca y negra, estaba caído, y sólo se distinguía la banda blanca, que destacaba como una faja de plata recortada sobre el fondo oscuro de la noche.

El mador se había convertido en un sudor frío que le había empapado la espalda y el cuello; le hubiera gustado quitarse el casco, secar la humedad de su rostro y lavarse la cara con agua limpia y fresca, pero se armó de paciencia, la misma que le habían enseñado en la Orden, la que debía observar todo buen templario, y optó por procurar evadirse de aquellas molestias concentrándose en la batalla que presentía inmediata. Con su mano enguantada palpó la empuñadura de su espada, envainada en su funda de cuero flexible, y el escudo alargado que colgaba de la silla de su caballo; se ajustó una vez más los guantes y procuró imitar la postura altiva del hermano Guillem de Perelló.

Un jinete se acercó a las filas donde se alineaban Guillem y Jaime; iba seguido por otro con el estandarte templario. Se paró ante ellos y dijo:

—Hermanos, enseguida cargaremos contra esos hijos de Satanás; será nuestro mariscal quien dirija el ataque. Luchad con valentía y demostrad lo que sois, soldados de Cristo, y seguid el plan establecido. Y recordad que un templario jamás se rinde y nunca abandona en el campo de batalla a sus hermanos. Que Dios os bendiga. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Tuo nomine da gloriam.*

El maestre Beaujeu acabó su corta arenga con una frase en latín que los templarios habían adoptado como lema: «No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para Tu nombre, danos la gloria».

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed Tuo nomine da gloriam* —repitieron al unísono los hermanos que estaban más próximos.

El mariscal y su portaestandarte recorrieron las setenta y cinco filas de a cuatro, arengando de la misma manera a los caballeros. Una vez revisadas todas las filas, el estandarte blanco y negro se alzó por encima de las cabezas y se agitó con energía.

Jaime sintió que Guillem se inclinaba hacia él.

—Sujeta bien las riendas, arroja la lanza en el primer envite sobre el primer enemigo que veas y luego desenvaina la espada y pelea como tú sabes. Olvídate de que es tu primera acción de armas, y actúa como si estuvieras luchando en un torneo. Y mata, mata antes de que te maten a ti. No sientas otra cosa que deseos de vencer; olvídate de que eres un hombre y dedícate a matar sarracenos; piensa en ellos como si fueran demonios. Y procura no perder los nervios.

La puerta de San Lázaro se abrió y los caballeros templarios espolearon sus monturas lanzándose a la oscuridad exterior. Los cascos de los caballos atronaron en el silencio de la noche. La columna central se dirigió en línea recta hacia las primeras tiendas del campamento musulmán, en tanto las dos alas se desplegaban para confluir en el punto de encuentro de las tres columnas, fijado en la *Victoriosa*.

Los caballeros intentaban mantener la formación en filas de a cuatro, pero la oscuridad de la noche no hacía fácil esa maniobra. Las tiendas amarillentas del campamento mameluco y el enorme perfil de la catapulta hacían de guía a los templarios, que irrumpieron en las primeras tiendas con estrépito y gritando sus consignas para amedrentar a los sitiadores. Los primeros en alcanzar el campamento arrojaron sus lanzas sobre las tiendas y desenvainaron las espadas. La oscuridad era muy densa y no percibieron el marasmo de cuerdas y estacas. Las patas de los caballos comenzaron a trabarse en ellas y, conforme iban llegando por detrás nuevas filas de templarios, la confusión entre los

atacantes se hizo total. La columna central había perdido su formación de ataque y se había convertido en una barahúnda de caballos y caballeros sólo preocupados por salir de aquella trampa de cuerdas, tiendas y estacas. Amontonados, estorbados unos por otros, los templarios apenas podían maniobrar. La llegada de las dos alas contribuyó a empeorar la situación. En aquella circunstancia, el ardid de ataque pensado para causar por sorpresa una enorme matanza entre los mamelucos se volvió en contra de los templarios.

Una carga de la caballería pesada resultaba muy eficaz en campo abierto, donde los caballos y los caballeros forrados de hierro pudieran maniobrar con amplitud de movimientos; pero de noche, entre decenas de tiendas, cuerdas, estacas y todo tipo de obstáculos, su capacidad para causar daño era muy limitada.

Cuando el ala en la que formaban Guillem y Jaime alcanzó el campamento musulmán y se encontró con la desorganizada columna del centro, se multiplicó el caos. Las patas de los caballos se trabaron en las cuerdas y algunos jinetes fueron derribados de sus monturas. El perfil de la *Victoriosa* se intuía cercano pero inalcanzable.

Jaime de Castelnou no logró ni siquiera arrojar su lanza, y el amontonamiento de caballeros le impidió incluso desenvainar la espada. En medio de la oscuridad, pudo atisbar las capas blancas de los templarios que habían caído y decenas de manchas negras que se movían entre los caballeros con rapidez. De vez en cuando un destello metálico brillaba en la noche.

Entre el piafar y los relinchos de los caballos, Jaime comprendió que el ataque sorpresa se había convertido en una encerrona para los templarios. De todas partes surgieron más y más manchas oscuras, eran guerreros musulmanes que acudían a rematar a los confusos templarios, algunos de los cuales yacían en el suelo del campamento sobre un charco de sangre.

Castelnou no sabía qué hacer; en medio de aquel fiasco cada templario actuaba por su cuenta olvidando las instrucciones recibidas antes de iniciar el ataque. Vio venir hacia él una de aquellas sombras negras que portaba una lámina de plata y le arrojó la lanza; el mameluco cayó de espaldas ensartado por el centro del pecho. Jaime pudo desenvainar entonces su espada y cargó contra aquellas sombras oscuras que se movían como demonios entre las tiendas y los caballos. Repartiendo tajos a derecha e izquierda con toda la rapidez de que era capaz, sintió el impacto de cada uno de sus golpes y cómo los demonios a los que alcanzaba chillaban como cerdos en el matadero al ser heridos por su acero.

Pero estaban por todas partes, y cada vez eran más y más que surgían de la nada para derribar de sus monturas a los caballeros y rematarlos con sus finas dagas en el suelo.

El mariscal comprendió que su plan había fracasado y que de insistir en el ataque no quedaría un solo templario vivo; dio entonces la orden de retirada.

—¡A la ciudad, todos a la ciudad! —se oyó gritar al mariscal.

—¡Retirada, retirada! —gritaron los comandantes de los escuadrones.

Jaime intentó localizar a Perelló, pero se había separado de su compañero durante el combate y no supo dónde se encontraba.

—¡Vamos, vamos, atrás, atrás!, retroceded en orden o nos matarán a todos —oyó que gritaba a su lado uno de sus hermanos.

Los templarios se retiraron hacia Acre sin que los musulmanes los siguieran. Pudieron alcanzar la puerta de San Lázaro y entraron de manera ordenada aunque muy deprisa. Jaime de Castelnou fue uno de los últimos en atravesar el umbral.

Empapado en sudor por dentro y en sangre por fuera, Jaime descendió de su caballo y se quitó el casco de hierro. Decenas de criados del Temple habían acudido para atender a

los caballeros y recoger a los caballos. Tras un primer golpe de vista, Castelnou sintió cierto alivio. Los templarios que habían regresado a Acre eran muchos, de modo que las bajas no habían sido tantas como supuso en un primer momento cuando vio caer a varios hermanos delante de su caballo. Unos a otros se confortaron, y tras el recuento echaron en falta a dieciocho. Entre los caídos no estaba Perelló que había logrado alcanzar las murallas de Acre; Jaime se alegró al verlo con vida y lo abrazó con fuerza.

## CAPÍTULO XVI

Al amanecer, cansados y derrotados, los templarios se reunieron en la capilla de la Bóveda. Estaban todos, salvo los que cumplían su turno de vigilancia en las murallas. El mariscal se mostraba muy afectado, y el maestre, antes de dirigirse a todos los hermanos, le habló al oído y pareció reconfortarlo con un abrazo, y a continuación habló a todos los freires allí congregados:

—Hermanos templarios, dieciocho de los nuestros cayeron anoche luchando por Cristo y por la defensa de la cristiandad. No estéis tristes, pues a estas horas estarán disfrutando de la presencia de Dios en el Paraíso. Nuestro Salvador ha querido que las cosas sucedieran de esta manera, tal vez porque hemos sido demasiado orgullosos, y nos ha castigado pero se ha llevado a su diestra a los mejores de nuestros hermanos. Los que nos hemos quedado aquí, en la tierra, hemos de ser merecedores de su bondad y su misericordia. El Salvador nos ha concedido una segunda oportunidad para servirle. Hagámoslo con todas nuestras fuerzas.

Dieciocho cabezas de caballeros templarios fueron enviadas al sultán por su hijo. Un caballo las llevaba colgadas de su cuello a modo de macabro collar. Entre los vítores de los sitiadores, el caballo corrió paralelo al recinto murado de Acre cargado con las cabezas cortadas de los caballeros cristianos. Los templarios lo observaron en silencio y alguno de ellos apretó los dientes con fuerza para no gritar de ira.

El maestre de los hospitalarios decidió por su cuenta que tenía que emular la acción del Temple. Los hospitalarios custodiaban el tramo de muralla cercano a la puerta de San Antonio, entre la torre Nueva y el sector templario. Tras el fracaso de la salida de los templarios, los hospitalarios pretendían demostrar a sus grandes rivales cómo hacer bien las cosas.

Unos pocos días después del fracaso del ataque nocturno de los templarios, el maestre del Hospital decidió llevar a cabo una salida similar. Se realizaría de noche, desde la puerta de San Antonio, y su objetivo sería la otra gran catapulta, la *Furiosa*, que estaba causando estragos en el sector central de la muralla.

Doscientos hospitalarios aguardaban dentro de la puerta el momento de atacar. Sus mantos rojos se camuflaban en la oscuridad de la noche. El maestre dio la orden, la puerta se abrió y los caballeros hospitalarios cargaron contra las líneas de los mamelucos. Pero en esta segunda ocasión los egipcios estaban prevenidos. Sus generales habían organizado un sistema de guardia permanente, de modo que durante la noche las puertas de la ciudad eran vigiladas de manera constante por si los sitiados tenían la tentación de realizar una segunda salida, pese al fracaso de la primera.

En cuanto percibieron que los primeros caballeros hospitalarios salían al galope desde la puerta de San Antonio, se encendieron antorchas y hogueras previamente preparadas, y al darse la voz de alarma, decenas de arqueros que hacían la guardia armaron sus arcos y dispararon contra los caballeros, que a la luz de los fuegos y desaparecido el factor sorpresa fueron presa fácil para sus saetas.

Los primeros caballos cayeron al suelo atravesados por la lluvia de flechas, y el maestre del Hospital no tuvo más remedio que interrumpir el ataque y ordenar el repliegue hacia la ciudad. La noche se llenó de canciones de victoria que provenían del campamento mameluco ubicado frente a la puerta de San Antonio y de lamentos entre los cristianos.

Aquella noche Jaime de Castelnou hacía guardia en la torre de San Lázaro. En el silencio de la madrugada había podido oír lejanos sonidos y el resplandor de las hogueras,

por lo que despertó a todos los hombres a su cargo y ordenó que estuvieran prevenidos ante un posible ataque. Guillem de Perelló, que dormía en ese momento, se despertó y acudió ante su compañero.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué has despertado a los hombres?

—He oído gritos procedentes del sector central, y de repente se han encendido varios fuegos.

Jaime señaló hacia el sureste, donde por encima de los muros todavía podían atisbarse los resplandores de las fogatas. Guillem miró al frente y vio que en esa zona el campamento mameluco estaba tranquilo.

Pasaron toda la noche en vela, aguardando un ataque inminente que no se produjo. Al amanecer, las catapultas volvieron a lanzar sus proyectiles sobre los muros. Fue entonces cuando se enteraron de lo ocurrido la noche anterior.

—¿Para qué lo han hecho? —demandó Jaime.

—Para demostrar que saben hacer las cosas mejor que nosotros, o para ofrecer una prueba de su valor. Desde que se fundaron hace casi dos siglos, nuestras respectivas órdenes han sido rivales. Templarios y hospitalarios jamás hemos congeniado, y en ocasiones incluso hemos peleado entre nosotros. A pesar de que nuestra regla nos ordena que acudamos a reunirnos bajo el estandarte del Hospital en caso de que el nuestro sea abatido, la verdad es que nunca hemos congeniado. Hemos competido por ser los primeros en la defensa de los Santos Lugares y ésa ha sido una de las causas de nuestra enemistad. Desde el principio ambas órdenes se vieron como rivales y no como aliadas. En el campo de batalla contra los sarracenos siempre peleamos al margen de las necesidades del combate, cada una por su lado, y así es como hemos perdido eficacia.

—En Roma ya se han oído algunas voces que piden la fusión del Temple y el Hospital en una única y gran orden, pero creo que esa idea jamás se llevará a cabo; son demasiados años de diferencias, de enfrentamientos y de recelos mutuos.

Guillem de Perelló trataba de explicar a Jaime la causa por la cual los hospitalarios se habían lanzado la noche anterior a un ataque suicida.

—¿Crees que esa fusión sería beneficiosa? —le preguntó Jaime.

—¿Para quién?

—Para la Iglesia, para la cristiandad, claro.

—No soy quien para opinar de eso. Yo soy, como tú, un templario que me limito a cumplir cuanto me ordenan mis superiores, y a observar la regla que he prometido seguir.

Jaime asintió y se limitó a contemplar los ojos de su compañero. Guillem era un templario ejemplar; seguía a rajatabla las órdenes de sus superiores, la regla del Temple era su norma de conducta siempre y jamás había cometido una falta contra la disciplina de la Orden. Su expediente estaba completamente limpio, y ni una sola vez había sido reprendido, ni siquiera levemente, por sus palabras, su conducta o sus actos.

## CAPÍTULO XVII

Tras un mes de asedio y de constantes bombardeos, la moral de los defensores de Acre comenzaba a desmoronarse como sus murallas. La catapultas de los mamelucos, especialmente las dos gigantescas, la *Victoriosa* y la *Furiosa*, habían causado una importante mella en la muralla del recinto exterior, que estaba seriamente dañada, sobre todo en el entorno de las puertas.

El día 4 de mayo los sitiados atisbaron alguna esperanza. Varias galeras arribaron al puerto cargadas con víveres y con dos mil soldados de refresco. El rey Enrique de Chipre había zarpado días atrás de Acre con la promesa de regresar con refuerzos; algunos no lo creyeron, pero todos se sintieron reconfortados al ver recalar en el malecón las naves coronadas con la bandera de la cruz.

Los generales mamelucos habían cometido un error de planificación; tal vez acuciados por las prisas en comenzar el asedio a Acre, no habían tenido en cuenta la necesidad de disponer de una flota de apoyo al poderosísimo ejército de tierra, de modo que los sitiados podían recibir por mar cuantas provisiones necesitaban, de manera que no les faltaban alimentos.

El rey de Chipre, que también lo era de Jerusalén, se hizo cargo de nuevo de la jefatura suprema de los ejércitos de Acre. Instalado en el gran castillo ubicado en el centro mismo de la ciudad, emitió un edicto por el que asumía la dirección de todas las tropas cristianas de Acre, que hasta entonces carecían de un mando unificado.

Tras recorrer los muros y comprobar personalmente el penoso estado de las fortificaciones después de un mes de bombardeos, decidió enviar una embajada ante el sultán mameluco para intentar alcanzar algún acuerdo de paz o al menos ganar tiempo.

El rey reunió a los principales comandantes de los diversos grupos de cristianos que defendían Acre y les explicó su plan. Templarios y hospitalarios mostraron sus recelos, y propusieron seguir resistiendo sin condiciones. Para ello alegaron que, aunque el primer recinto estaba en muy malas condiciones, todavía quedaba el segundo prácticamente intacto, y además el mantener el puerto abierto les permitía seguir recibiendo suministros sin problemas. También propusieron enviar mensajeros a los reyes cristianos de Europa pidiendo que reclutaran tropas para levantar el asedio.

El debate fue largo y acalorado, y al final se aceptó el plan del rey Enrique. Los templarios consiguieron que el portavoz de la embajada fuera uno de los suyos; se trataba del caballero Guillermo de Canfranc, buen amigo de Perelló, con quien había realizado varias misiones de espionaje por Tierra Santa.

Un criado se presentó en la torre de San Lázaro con la orden de que Jaime de Castelnou y Guillem de Perelló acudieran de inmediato al castillo real y que dejaran al sargento templario de mayor edad al cargo de su sector.

Los dos caballeros montaron en su corceles y atravesaron media ciudad al galope; en el castillo los esperaba Guillermo de Canfranc.

—Hermanos —saludó a los dos con un abrazo—, tenemos encomendada una delicada misión; me han encargado que acuda ante el sultán mameluco para iniciar conversaciones a fin de acordar algún pacto que ponga fin a este asedio. Me han autorizado a ir con dos templarios más y he solicitado que fuerais vosotros, y el maestre me lo ha concedido. Preparaos, pues saldremos de inmediato.

Mediada la mañana, tres caballeros atravesaron la puerta de la torre del Patriarca, la ubicada más al sur del recinto, la que cerraba la muralla junto a la playa al lado del malecón

que protegía el puerto. Vestían el manto blanco del Temple, con la cruz roja patada sobre el hombro izquierdo, y uno de ellos portaba una lanza en cuyo extremo ondeaba una enorme bandera blanca. Iban desarmados y sin el yelmo de combate, aunque con la cota de malla y la coraza bajo la sobrevesta. Se acercaron despacio hacia la primera línea de los sitiadores, y avanzaron hasta detenerse a unos treinta pasos de ella.

Guillermo de Canfranc alzó la mano y gritó con fuerza y en la lengua árabe que eran emisarios de los ciudadanos de Acre y que demandaban una entrevista con el sultán. Durante un buen rato nadie respondió; los tres caballeros comenzaron a impacientarse y ya estaban a punto de regresar al interior de las murallas cuando un jinete se acercó a ellos; también portaba una lanza con un paño blanco en la punta. Avanzó al trote hacia los tres templarios hasta colocarse apenas a diez pasos de ellos.

—¿Quiénes sois y qué pretendéis? —les preguntó en árabe.

—Somos caballeros de Cristo y representamos a los ciudadanos de Acre; deseamos entrevistarnos con tu señor el sultán para ofrecerle un pacto.

—¿Qué tipo de pacto? —preguntó el jinete musulmán.

—Eso se lo diremos a tu señor.

El jinete dudó por unos instantes.

—¿Vais desarmados?

—Así es.

—En ese caso no os importará que os cacheen.

Guillermo de Canfranc asintió.

Tras cerciorarse de que no portaban armas, los tres templarios fueron conducidos hasta la tienda del sultán de Egipto. Jaime de Castelnou se sorprendió de lo cerca que estaba de las murallas, y calculó que un disparo de catapulta lanzado desde lo alto de la torre del Patriarca podría incluso alcanzar su pabellón.

El sultán estaba sentado en un ancho trono de madera sobre enormes almohadas de telas con brocados en negro y rojo. Tenía en su mano una copa de plata cuyo líquido paladeaba con deleite en cada sorbo. Los tres templarios fueron colocados frente a él, a una distancia prudencial. El sultán estiró el brazo y un sirviente recogió presto su copa, después se limpió los labios con un delicado pañuelo de seda e hizo una señal a su camarlengo.

—Podéis hablar ahora; mi señor, Ashraf Salah ad-Din Jalil, soberano de Egipto y de Siria, señor del Islam, descendiente del Profeta, a quien Dios proteja, os escucha.

Guillermo de Canfranc dio un paso al frente ante la mirada atenta de los guardias, y tras saludar con una ligera reverencia se dirigió al soberano en árabe:

—Majestad, los hombres de Acre han delegado en mi humilde persona para que me dirija a vuestra señoría solicitando un acuerdo que ponga fin a este asedio. Es nuestra intención vivir en paz con los hombres de esta tierra que siguen al Profeta y mantener relaciones amistosas que sean fructíferas para ambos.

El sultán Jalil miraba fijamente a los ojos del templario.

—¿Y cuál es vuestra propuesta? —preguntó al fin.

—Que pongáis fin al asedio de Acre, a cambio de una cantidad de oro y plata que os compense haber movilizadado a todo este ejército.

—¿Cuánto vale para vosotros, los politeístas, la vida?

El templario no entendió la pregunta y miró sorprendido a Perelló y a Castelnou, quien tras varios meses en Tierra Santa ya entendía algunas palabras y frases en árabe aunque todavía no era capaz de seguir una conversación.

—No os comprendo, majestad.

—Vosotros permitisteis que unos asesinos quedaran libres; mi padre prometió que vengaría el crimen que unos de los vuestros cometieron sobre los pacíficos comerciantes de Damasco que vivían entre vosotros. ¿Por qué habría de confiar yo en quienes protegen y ocultan a los asesinos de mis súbditos?

—Ya le dijimos a vuestro padre que se trató de un acto de defensa propia; una doncella cristiana fue violada y esos hombres obraron mal, pero fue un acto de venganza por...

Un enorme estruendo interrumpió la exposición de Canfranc. Los guardias cruzaron sus lanzas sobre el pecho y se colocaron de inmediato delante de su señor. Tras el enorme ruido llegaron desde el exterior de la tienda unos lamentos.

El sultán ordenó que vigilaran a los tres templarios y salió de la tienda. Un proyectil lanzado desde lo alto de los muros de Acre había impactado a unos pocos pasos del pabellón real sobre un grupo de soldados de la guardia personal del sultán; uno de ellos estaba muerto y otros dos tenían graves heridas.

Jalil regresó al interior de su tienda; ahora su rostro parecía henchido de cólera.

—¿Estas eran vuestras intenciones? —preguntó muy irritado.

—No sé qué ha ocurrido —se excusó Canfranc.

—Uno de mis hombres yace muerto y hay al menos dos heridos más a causa de un disparo desde Acre. ¿Qué puedo hacer con unos hombres que ni siquiera respetan a sus propios embajadores? Debería ordenar que os cortaran las cabezas aquí mismo y que las arrojaran a los perros, pero di mi palabra de musulmán de acogeros en paz. Marchaos de aquí antes de que me arrepienta de haberos dejado ir y decidles a vuestros señores que Acre está perdida. Huid si podéis, y si no preparaos para morir.

Guillermo de Canfranc intentó hablar, pero los guardias se lo impidieron.

Los tres templarios fueron conducidos hasta sus caballos y sobre ellos cabalgaron de regreso a Acre. En el corto trecho del camino que separaba el campamento del sultán mameluco de las murallas de la ciudad apenas hablaron, pero ya dentro de los muros, Guillermo de Canfranc dijo:

—Esta ciudad está perdida. No hay un mando unificado, ninguna autoridad que sea capaz de asumir la dirección y el control. Cada grupo, cada hombre, hace lo que considera oportuno, sin tener en cuenta a los demás. Somos cadáveres, hermanos, todos somos ya cadáveres.

Los tres templarios dieron cuenta al consejo de Acre, presidido por el rey de Chipre y con asistencia de los maestros del Temple y del Hospital, de lo ocurrido. Perelló le comentó a Castelnou que el proyectil que había sido lanzado sobre la tienda del sultán debía de proceder de alguien que pretendía boicotear el plan del maestro del Temple de llegar a un acuerdo con el sultán, pero había dentro de Acre tantos enemigos de la Orden que sería muy difícil poder averiguar de dónde había partido esa idea.

Pocas horas después de celebrada la entrevista entre los tres templarios y el sultán, las catapultas de los mamelucos comenzaron a lanzar proyectiles de manera más intensa si cabe.

## CAPÍTULO XVIII

Tras varias semanas de asedio y bombardeos, el muro exterior tenía un aspecto ruinoso. Había tantas brechas y de tal tamaño algunas de ellas que el asalto del ejército musulmán podría iniciarse en cualquier momento. Durante los primeros días de mayo los zapadores mamelucos habían excavado varios túneles hasta alcanzar los cimientos de las torres principales del recinto exterior; después habían llenado los túneles de leña, aceite y brea. El sultán, informado de que las minas estaban preparadas, ordenó que les prendieran fuego.

El suelo empezó a crujir como si se estuviera produciendo un gran terremoto y una a una varias torres del recinto exterior comenzaron a caer en medio de un gran estrépito, envueltas en polvo y humo. De las galerías excavadas por los minadores, que se abrían en el suelo como enormes heridas humeantes en la piel de un gigante, surgieron algunas llamaradas. Una de las últimas en derrumbarse fue la torre Maldita, ubicada en la mitad de la línea exterior de murallas y la más poderosa de ese recinto.

Un mensajero avisó a Perelló y a Castelnou para que acudieran con algunos de los hombres a su mando al sector central, donde la infantería mameluca estaban lanzando su primer gran asalto entre las ruinas de las torres caídas.

Cuando llegaron, vieron a decenas de infantes musulmanes que trepaban por los escombros de los muros y de las torres arrumbadas como un ejército de hormigas prestas a despedazar una presa.

Los dos templarios desenvainaron sus espadas y corrieron al encuentro de un grupo de egipcios que acosaban a media docena de hospitalarios que intentaban impedir que penetraran por una enorme brecha abierta junto a una torre que mantenía en pie tan solo la mitad de su fábrica, tajada en vertical, como si la hubieran partido de arriba abajo con una enorme hacha. Por primera vez en mucho tiempo, templarios y hospitalarios combatían codo con codo y en el mismo bando en Tierra Santa.

Los seis hospitalarios apenas podían contener a los soldados egipcios. Habían formado una línea sobre la parte superior de los escombros de la torre y la muralla y se habían juramentado para defender aquella posición hasta la muerte. Cuando vieron colocarse a su lado a los dos templarios sus fuerzas parecieron renovadas. Tras los dos caballeros llegaron varios sargentos y el grupo de soldados cristianos rechazó el ataque en ese sector.

—Gracias, caballeros —les dijo el hospitalario que parecía dirigir el grupo—. Por un momento creí que ésta iba a ser nuestra última batalla.

—Vosotros hubierais hecho lo mismo —supuso Perelló—. Aquí todos somos soldados de Cristo.

Sobre los escombros, rodeados de cadáveres, los hábitos rojos con la cruz blanca del Hospital y los blancos con la cruz roja del Temple parecían uno solo.

—Pues preparaos, soldados, porque ahí vienen otra vez —avisó Castelnou al ver que, tras haberse retirado, los asaltantes habían retomado aliento y regresaban al ataque con nuevos contingentes de refresco.

Los guantes de Jaime estaban empapados, así como su hábito blanco, que casi parecía rojo, como el de los hospitalarios, de tanta sangre.

Templarios y hospitalarios formaron de nuevo una línea de combate en lo alto de la montaña de escombros, asentaron los pies con firmeza y se prepararon para repeler el siguiente envite. Eran sólo seis caballeros hospitalarios, dos templarios y cinco sargentos, y

frente a ellos avanzaban no menos de doscientos mamelucos.

—Que no pasen, hermanos, que no pasen —gritó Perelló.

Los primeros musulmanes en llegar ante los caballeros cristianos cayeron como los brotes de un seto tajados por un experto jardinero. El poder de los caballeros acorazados con sus cotas de malla y sus pectorales de hierro, formando una línea formidable, era extraordinario, pero los atacantes eran muchos y no cesaban de acudir en constantes oleadas. Los caídos eran sustituidos de inmediato por otros y tras ellos venían muchos más. Un hospitalario y un sargento templario fueron abatidos al fin, dejando un pequeño hueco por donde los mamelucos trataron de ganar la espalda de los defensores, quienes a su vez procuraron cerrar filas ocupando el espacio dejado por los muertos. El frente sobre el muro arrumbado era demasiado amplio y Perelló tomó la iniciativa gritando a sus compañeros que se replegaran hacia el interior de la ciudad. Los sargentos templarios obedecieron de inmediato, en tanto los hospitalarios dudaron.

—Vámonos, aquí estamos perdidos. Si nos quedamos seremos héroes, pero héroes muertos, y de nada serviremos a los que pretendemos proteger.

Un segundo hospitalario cayó alcanzado en la cabeza por una maza de hierro.

—De acuerdo, atrás, hermanos del Hospital, atrás, atrás.

Los supervivientes retrocedieron en formación cerrada hasta la segunda línea de muralla, defendiéndose del acoso al que decenas de mamelucos los estaban sometiendo. Al fin pudieron alcanzar una puerta del segundo recinto y refugiarse dentro.

Los caballeros supervivientes estaban agotados. Jaime se quitó el yelmo de combate y miró a sus compañeros, exhaustos y jadeantes. Afuera los gritos de los musulmanes anunciaban que la mayor parte del gran recinto exterior estaba en sus manos.

Durante una semana las oleadas de mamelucos fueron ocupando una a una las torres del recinto exterior o los restos de ellas tras venirse abajo como consecuencia de los incendios de las minas excavadas por los zapadores. El día 15 de mayo, una jornada de calor intenso y humedad insoportable, cayó la torre conocida como de Enrique II, la última del recinto exterior en la que se mantenían algunos defensores; al día siguiente todo el tramo externo de murallas de Acre estaba en manos de los mamelucos.

\* \* \*

Aprovechando que el ejército sitiador se tomó un respiro para consolidar sus posiciones, se reunió el consejo que gobernaba la ciudad bajo la presidencia del rey de Chipre. Todos eran conscientes de que la caída de Acre era cuestión de días. A propuesta del monarca se decidió enviar una galera en busca de ayuda, pero era una solución inútil, pues aunque lograra recabar esa ayuda nunca llegaría a tiempo para levantar el asedio.

—Sólo atisbo una solución —intervino el maestre del Temple tras esperar a que todos los miembros del concejo opinaran sobre qué hacer.

—Decidnos cuál —dijo el rey Enrique.

—Lanzar un contraataque con todas nuestras fuerzas sobre la torre Maldita, o lo que queda de ella. Es en ese sector del centro donde el enemigo ha concentrado sus mejores tropas. Si recuperamos la torre y los echamos fuera de nuevo, tal vez duden y nos concedan alguna oportunidad.

—Creo que ese plan no es el más adecuado en estos momentos —intervino el maestre del Hospital.

—Imaginad, señor maestre, a los caballeros del Hospital y del Temple luchando juntos, mezclados en las mismas filas. Los musulmanes jamás han visto esa escena. Hábitos

rojos y blancos y negros fundidos en uno solo. Por lo que sé, hermanos nuestros actuaron así hace unos días y apenas una docena mantuvieron firme la línea de defensa ante el ataque de centenares de enemigos, e incluso los rechazaron antes de que se reforzaran y volvieran a la carga.

—Pese a ello, dudo que tenga éxito vuestro plan.

—En ese caso, proponed alguno alternativo —dijo Guillermo de Beaujeu.

El maestro del Hospital calló.

El 18 de mayo trescientos templarios y hospitalarios estaban listos para la batalla decisiva. Perelló y Castelnou prepararon su equipo y engrasaron sus armas para que estuvieran en perfectas condiciones para el combate. Se había aprobado el plan del maestro Beaujeu y saldrían del recinto interior en un ataque combinado contra el grueso de los sitiadores que estaban apostados en la torre Maldita.

Los trescientos caballeros, encabezados por los maestros del Temple y del Hospital, cayeron como un ciclón sobre los sitiadores, que, confiados en su enorme superioridad y en su triunfo, habían relajado la guardia. A media mañana los estandartes del Temple y del Hospital ondeaban sobre las ruinas de la torre Maldita. El ataque sorpresa había resultado un éxito y los mamelucos habían abandonado su principal conquista dejando atrás muchas bajas.

—¡Lo hemos logrado! —exclamó Castelnou eufórico mientras veía alejarse a los mamelucos.

—Volverán. Sólo hemos conseguido sorprenderlos, pero volverán —dijo Perelló.

Y en efecto, los mamelucos regresaron poco después. Un enjambre de miles de guerreros se lanzó sobre las ruinas de la torre Maldita con una virulencia como los sitiadores no habían visto hasta entonces. El sultán, informado del contraataque cristiano, había prometido dos monedas de oro por cada cabeza cristiana y la muerte para el soldado musulmán que diera un paso atrás.

\* \* \*

El combate en la torre Maldita fue terrible. Musulmanes y cristianos lucharon cuerpo a cuerpo en medio de una vorágine de sangre, polvo y miedo. Por todas partes se veían cadáveres o miembros amputados y el suelo antes polvoriento se cubrió de un barro espeso y rojizo.

Castelnou luchaba al lado de Perelló con su habitual destreza en el manejo de la espada. Desde que aprendiera a manejarla en el castillo del conde de Ampurias jamás había encontrado a un oponente que lo pudiera vencer, al menos en un torneo o en un entrenamiento. Para su habilidad, la mayoría de los enemigos con los que combatía eran unos aprendices inexpertos que caían muertos tras tres o cuatro fintas de su espada.

Pero ahora, como ocurriera unos días atrás, los enemigos eran demasiados. Con las espaldas cubiertas, los caballeros cristianos estaban manteniendo a raya a los infantes mamelucos, que caían a decenas ante la primera línea de combate de los cristianos, parapetados en lo alto de lo que quedaba de la torre Maldita. Apenas iniciada la tarde, la batalla continuaba; los cristianos comenzaban a dar señales de debilidad, en tanto los musulmanes caídos eran reemplazados por tropas de fresco una y otra vez. Una compañía de arqueros egipcios tomó posiciones en una torre contigua a la torre Maldita y comenzó a asaltar a los defensores. Las flechas caían incesantemente sobre templarios y hospitalarios, y aunque las cotas de malla, los yelmos y las corazas eran protección suficiente para no ser heridos, la lluvia constante de saetas dificultaba sus movimientos e

impedía que pudiesen luchar con seguridad.

Una oleada de mamelucos armados con enormes mazas de hierro cayó sobre los caballeros y abatió a varios de ellos. La lluvia de flechas se hizo más densa y algunos proyectiles lanzados desde pequeñas catapultas dejaron fuera de combate a varios defensores. Poco a poco la superioridad numérica de los mamelucos se fue imponiendo. Sobre los escombros de la torre Maldita apenas cincuenta caballeros templarios y hospitalarios se agrupaban en torno a sus dos maestros, que contemplaban impotentes la llegada del fin.

Beaujeu luchaba con todas sus fuerzas intentando mantener la posición en el extremo de una terraza que en su día fuera una de las plantas interiores de la torre Maldita; junto a él peleaban con bravura varios templarios y el maestro del Hospital, que fue herido de gravedad al alcanzarle una piedra lanzada desde una catapulta. Cuatro hospitalarios lo retiraron, pese a sus protestas, en busca del refugio de la ciudad. Uno a uno los defensores de la torre Maldita iban cayendo ante la enorme superioridad de los egipcios.

Castelnou había perdido la cuenta de cuántos enemigos había matado ya, y le pareció que había despachado a media humanidad. Insensible a cuanta muerte causaba su espada, estaba como ciego de ira y sólo pensaba en matar a cuantos musulmanes se colocaran al alcance de su acero. No era un hombre; se sentía una bestia irracional, un instrumento de la muerte, la guadaña ejecutora de la Negra Señora. En cada uno de aquellos soldados que caían bajo los formidables tajos de su espada no veía a un ser humano sino a una especie de autómata del Maligno que era necesario eliminar cuanto antes. Ni siquiera sentía cansancio o dolor en sus miembros, sólo una extraña sensación de pesadez en los párpados y de aire viciado y acre en los pulmones. Tras tantos días de asedio, de muertes y de sangre, su olfato se había acostumbrado a los olores nauseabundos mezcla de carne chamuscada, heces, orines y sangre corrompida que saturaban el aire y lo impregnaban todo.

Un terrible grito le hizo girar la cabeza; a unos pocos pasos a su derecha vio caer a Guillem de Perelló. Una enorme lanza de madera le había penetrado por el omóplato y su punta acerada asomaba entre el cuello y el pecho, justo entre el yelmo de combate y el peto de hierro, empapada en sangre.

—¡Guillem! —gritó Castelnou corriendo en su ayuda.

El templario había caído de bruces y su cuerpo sufría tremendas convulsiones. Jaime se arrodilló y le quitó el casco cilíndrico. La boca de su hermano estaba llena de sangre y en sus ojos parecía que había anidado la muerte. Apoyó con cuidado su cabeza en el suelo y se incorporó lleno de rabia para correr hacia el grupo de cuatro mamelucos que había tumbado a Guillem ensartándolo por la espalda con la pesada lanza. Con las dos primeras estocadas despachó a los dos soldados que le hicieron frente y después liquidó a los otros dos haciendo girar su espada como las aspas de un molino de viento.

Cuando regresó al lado de Guillem de Perelló, éste expiró su último aliento. La lanza, en su trayectoria ascendente, le había perforado un pulmón y le había destrozado las venas del cuello. La sangre de Perelló se mezcló en sus guantes con la de los enemigos recién abatidos.

Los soldados musulmanes acosaban la torre Maldita por todas partes. Una saeta alcanzó al maestro del Temple en la axila cuando levantó el brazo derecho para lanzar un golpe de espada sobre uno de los atacantes; Guillermo de Beaujeu cayó fulminado. Jaime de Castelnou había ido retrocediendo ante la avalancha de enemigos y pudo ver al maestro abatido y apenas a dos docenas de caballeros hospitalarios y templarios agrupados a su

alrededor. Por las ruinas de la torre Maldita ascendían centenares de mamelucos.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Castelnou.

—Nuestro estandarte todavía sigue enhiesto —le respondió un templario señalando al *baussant* blanco y negro ondeando sobre uno de los montones de escombros.

—Y el nuestro —gritó un hospitalario.

—Pues recogedlos y vayamos al interior de la ciudad.

Dos templarios cargaron con Guillermo de Beaujeu y, pese a las protestas del herido, se retiraron hacia la segunda línea de muralla protegidos por los caballeros supervivientes.

Ninguno hubiera sabido explicar cómo lo consiguieron en medio de las feroces cargas de sus adversarios, pero unos cuantos lograron alcanzar el segundo recinto. De los trescientos caballeros que contraatacaron en la torre Maldita, sólo diez templarios y siete hospitalarios lograron salvar la vida; los dos maestros habían sido gravemente heridos y el lugarteniente del Temple había dejado su vida en la retirada.

El maestro del Temple fue conducido a la Bóveda, el gran edificio de la Orden ubicado junto al mar. Beaujeu tenía fiebre y sudaba, pero mantenía la cabeza lúcida. Ante la inmediatez de su muerte, ordenó que llevaran a Castelnou a su presencia.

—Ya no puedo más, pues estoy muerto; mira la herida. Pero recuerda lo que te dije semanas atrás, hermano Jaime. Cuando veas que todo está perdido, embarca el tesoro en una galera y ponlo a salvo en Chipre. Quien sea elegido mi sucesor como maestro ya sabrá lo que hay que hacer. Ese tesoro es la garantía de la supervivencia de la Orden. No lo olvides.

—Pero, ¿por qué yo? —hermano maestro.

—A su tiempo, ya lo sabrás a su debido tiempo.

Poco después, Guillermo de Beaujeu, vigésimo primer maestro de la Orden del Temple, expiró.

## CAPÍTULO XIX

El caos en la zona de la ciudad que todavía no había sido tomada por los mamelucos era total. Ya nadie obedecía ninguna orden y la gente que quedaba en Acre corría hacia el puerto, todavía en manos cristianas, para tratar de escapar en alguna de las naves que aún se mantenían allí atracadas. Si bien el control del puerto, protegido por las murallas del sector sur y por el malecón, seguía siendo cristiano, la desorganización sobre los muelles hacía imposible que se impusiera ninguna autoridad.

Un barco de la Orden del Hospital había zarpado con el cuerpo malherido de su maestro y unas decenas de sus caballeros. El rey Enrique II de Chipre, viéndolo todo perdido, también embarcó con sus principales caballeros y puso rumbo a su isla. El patriarca de Jerusalén, que había pasado todo el tiempo del asedio rezando rodeado de monjes y clérigos en la catedral de la ciudad, fletó su galera cargada con cuanto de valor pudo recoger en las iglesias. La galera se separó del muelle y avanzó un trecho hasta alcanzar el mar abierto, pero las primeras olas la echaron a pique. Iba tan cargada que bastó un simple golpe de mar para enviarla al fondo; desde el puerto se pudo ver cómo zozobraba y se hundía con toda su carga y con todos sus ocupantes.

Jaime de Castelnou ordenó que el tesoro del Temple se fuera apilando en cajas y cofres junto a una puerta de la Bóveda que daba directamente sobre el mar, en donde el maestro le había indicado que era posible el ataque de una galera para poder cargarla directamente desde el edificio.

Fue entonces cuando lo vio por primera vez. Mil, tal vez mil doscientas libras de oro y no menos de cinco mil de plata se almacenaban en varias cajas llenas de monedas, joyas y objetos diversos, y un cofre con piedras preciosas clasificadas en saquillos de terciopelo según sus tipos, además de una arqueta de madera de dos palmos y medio de largo por palmo y medio de ancho y de alto cubierta de láminas de oro y rematada con una tapa con dos ángeles de oro macizo.

—Es la caja del Santo Grial —le dijo uno de los capellanes del Temple.

—¿Qué? —se sorprendió Castelnou, que había oído hablar del sagrado cáliz de la Última Cena, donde se celebró la primera eucaristía cristiana y donde José de Arimatea había recogido una gota de la sangre que Cristo vertió en la Cruz, pero que jamás imaginó que pudiera estar allí.

—Es una historia que debes saber, pues el maestro ordenó que fueras tú el encargado de la custodia de nuestro tesoro.

—Este es el cáliz de la Última Cena, el sagrado Grial. Hace dos siglos nos fue entregado para que lo custodiáramos en Jerusalén, y allí lo guardamos hasta que el malvado Saladino, ese impío hijo del demonio, conquistó la Ciudad Santa. Ha estado a nuestro cuidado desde que se fundó la Orden del Temple y así debe seguir siendo hasta el día del Juicio. Esta arca que aquí ves y que lo contiene es una réplica reducida del Arca de la Alianza, la que Dios ordenó construir a Moisés en el Sinaí para contener las Tablas de la Ley. Uno de nuestros mejores artesanos la fabricó hace ya tiempo para guardar en ella el Grial.

Castelnou contempló la arqueta y admiró el brillo de las láminas de plata sobredorada con nueve cruces templarias incrustadas en oro, y la delicadeza del trabajo del orfebre que la había labrado.

—Es magnífica.

—Tú, hermano Jaime de Castelnou, eres ahora su guardián; al menos hasta que esté

a salvo en Chipre y bajo la custodia del nuevo maestro.

\* \* \*

La situación en Acre era absolutamente desesperada. Los mamelucos no tardarían mucho en lanzar el último y definitivo asalto contra la ciudad.

Jaime de Castelnou, una vez ordenado el tesoro y colocado en cajas para ser embarcado, se dirigió al puerto para inspeccionar las galeras del Temple allí atracadas. Al acercarse contempló el perfil majestuoso de la galera *El halcón*, la más grande de cuantas surcaban el Mediterráneo y tal vez el mayor barco jamás construido. Al ver ondear sobre el segundo de sus mástiles una bandera roja con una flor blanca en el centro en lugar del *baussant* blanco y negro dudó, pero el perfil y el tamaño de *El halcón* eran inconfundibles.

El templario se dirigió hasta el barco e intentó subir a bordo. Unos marineros se lo impidieron.

—Dejadme pasar, soy Jaime de Castelnou, caballero de Cristo. Este navío es propiedad del Temple y lo necesitamos.

—Tenemos orden de que no suba nadie a bordo sin permiso del capitán —dijo uno de los marineros en tono que sonaba a amenaza.

—¿De Roger de Flor?

—Sí, así es.

—Avisadle de que estoy aquí.

Los marineros se miraron desconfiados, pero al fin uno de ellos accedió a la petición de Jaime y se dirigió al interior de la galera. Poco después salió acompañado de Roger de Flor.

—Vaya, vaya, el aire de Tierra Santa te ha sentado bien, hermano —le dijo.

—¿Y tu uniforme de sargento? El atuendo que llevas va en contra de nuestra regla.

Roger de Flor vestía unos pantalones y un chaleco de cuero marrón. Se había dejado crecer el pelo, que le caía desordenado y muy rubio casi hasta los hombros.

—Bueno, creo que así estoy más cómodo.

—Serás castigado por falta grave —dijo Castelnou.

—¿Y quién me impondrá el castigo? ¿Tú? El maestro ha muerto, la mayoría de los freires del Temple son carroña que devoran las ratas y los cuervos, y los pocos que quedáis vivos correréis pronto la misma suerte.

Jaime frunció el ceño.

—Esta galera es propiedad del Temple; entrégamela ahora e intercederé por ti ante el Capítulo. Si colaboras, tu castigo será leve.

—Te equivocas; *El halcón* ya no es del Temple. Hemos decidido —Roger de Flor señaló a algunos de los marineros que nos pertenece. Ya no reconocemos otra autoridad que la nuestra.

—Estás cometiendo un robo.

—No, simplemente recuperamos lo que se nos debe.

En ese momento una rica dama llegó al muelle escoltada por cuatro soldados. Roger de Flor le hizo una reverencia y la ayudó a subir a bordo. Uno de los soldados le entregó una bolsa de cuero que parecía pesar bastante. El antiguo sargento templario introdujo la mano y la sacó llena de monedas de plata y oro. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y los cuatro soldados subieron a la galera tras la dama.

—¿Estás cobrando dinero a esta gente para sacarlos de aquí? —preguntó indignado Castelnou.

—Digamos que simplemente recaudamos un donativo como pasaje a la salvación. Visto así, no me parece caro, ¿no crees, hermano?

Roger de Flor arrojó la bolsa a uno de sus marineros, que la cogió al vuelo, a la vez que lanzaba una carcajada.

Unas voces les hicieron volver la cabeza hacia el muelle. Unas cien personas corrían hacia los barcos gritando desesperados y demandando un hueco en alguno de los navíos. Los mamelucos acababan de romper el segundo recinto de murallas en la zona de la puerta de San Antonio y varios de sus regimientos de infantería se habían desparramado por el interior de la ciudad como las aguas bravas de un torrente desbordado.

—¡Dejadnos subir, por Dios, os lo suplicamos! ¡Los mamelucos nos están matando a todos! ¡Somos cristianos, piedad, piedad!

Roger de Flor dio una orden y los marineros izaron la pasarela que unía a *El halcón* con el muelle.

—Nos vamos, hermano Castelnou. Que tengas suerte, si es que todavía es posible.

—¡Eres un canalla! —le respondió Jaime amenazándolo con el puño.

—Nos veremos en el infierno, supongo.

*El halcón* comenzó a separarse del muelle a fuerza de remos mientras desde la orilla varias decenas de desesperados rogaban a sus tripulantes que les permitieran subir a bordo. Pero Roger de Flor parecía una estatua inmóvil en el centro del castillo de proa. La carga que portaba era ya suficiente; varias ricas damas y algunos potentados mercaderes habían pagado verdaderas fortunas para hacerse con un pasaje en la galera que había sido del Temple hasta que el antiguo sargento se había apoderado de ella.

Impotente, Jaime de Castelnou observó desde el muelle la maniobra de la galera y la enseña de Roger de Flor ondeando en lo más alto, y pudo ver cómo se alejaba deslizándose a lo largo del malecón y cómo pasaba junto a la torre de las Moscas, que protegía la bocana del puerto, buscando la seguridad de alta mar.

En el puerto la confusión era absoluta. Las escasas galeras y otros tipos de barcos que todavía permanecían atracados estaban rodeados de gente que suplicaba desesperadamente auxilio para escapar de la ciudad. El templario pudo ver el miedo reflejado en los ojos de los habitantes de Acre y la desesperación en los que no podían pagar un pasaje que los librara de una muerte cierta o de la esclavitud. Jaime se retiró hacia la ciudad y corrió hacia la Bóveda, donde el tesoro templario aguardaba para ser puesto a salvo. Llegó a la vez que los supervivientes del ataque mameluco. Un caballero hospitalario le dijo que la puerta de San Antonio había cedido ante el empuje de miles de soldados egipcios, que estaban avanzando por las calles del centro de la ciudad asesinando a cuantos cristianos encontraban a su paso. Si todavía no habían alcanzado el extremo occidental de Acre, donde se encontraba la Bóveda, era precisamente porque los soldados se detenían en cada edificio para saquear cuanto de valor podía contener, e incluso algunos estaban cavando en el suelo de casas y patios para intentar localizar posibles tesoros escondidos.

La Bóveda era el último reducto. Construida con una solidez extraordinaria, la sede central del Temple era un edificio de un aspecto imponente. Una de sus fachadas daba directamente al mar, y allí estaba la puerta por la que podían evacuarse al tesoro y a algunas personas. Las otras tres fachadas daban a la ciudad; estaban construidas con enormes sillares unidos con una durísima argamasa de cal, tan bien colocados que parecía obra de canteros excepcionales.

—Vamos, hermano, entra, que no tardarán en aparecer esos demonios.

El caballero hospitalario conminó a Jaime a que entrara en el edificio.

—¿No queda nadie ahí afuera?

—Vivo, no. Quien no haya llegado antes que nosotros estará ya muerto. Somos los últimos.

Los dos caballeros entraron en el edificio y el sargento templario que mandaba la guardia ordenó cerrar las puertas. Pedro de Sévry, mariscal del Temple, apareció en el patio.

—¿Dónde te has metido, hermano Jaime? Hace rato que te ando buscando.

—He ido al puerto, en busca de nuestra mejor galera, *El halcón*, para poner a salvo el tesoro, pero se ha apropiado de ella un hermano sargento, Roger de Flor.

—Sí, ya nos hemos enterado de ese asunto. Propondré que sea expulsado de la Orden y en cuanto lo atrapemos ya veremos qué hacemos con él. Pero no te preocupes por el tesoro; en el lado del mar hay anclada otra de nuestras galeras, *La rosa del Temple*. No es tan grande como *El halcón*, pero no hay ningún navío tan rápido como ése en todo el Mediterráneo. Embarcarás en él y pondrás a salvo el tesoro llevándolo hasta Chipre; es lo que ordenó el maestre Guillermo.

—Pero... ¿y los demás hermanos?

—Resistiremos aquí cuanto podamos. Este edificio puede aguantar cualquier asalto. Somos más de medio millar de defensores y tenemos agua, provisiones y armamento para varios meses. No te preocupes, hermano, en nuestra Orden cada uno debe cumplir su misión, y a ti se te ha encomendado la de salvar el tesoro.

—¿Pero por qué yo, por qué?

—No lo sé. El maestre así lo ordenó y a nosotros sólo nos cabe cumplir lo que él dispuso.

## CAPÍTULO XX

Poco después de que se cerraran las puertas de la Bóveda, los primeros mamelucos llegaron ante el imponente edificio. Las avanzadillas se contentaron con insultar a los defensores y amenazarlos con que serían despellejados vivos si no se entregaban de inmediato. Desde lo alto de la Bóveda se podían ver los barrios más cercanos y el humo y los incendios que surgían por todas partes de la ciudad de Acre.

Durante tres días los sitiadores se limitaron a arrojar algunas flechas sobre el edificio, y los sitiados respondieron lanzándoles piedras y algunas saetas.

Por fin, un emisario que portaba una bandera blanca se acercó con cautela hasta la puerta y solicitó parlamentar. Pedro de Sévry, mariscal y máxima autoridad del Temple tras la muerte del maestre Beaujeu, accedió a hablar.

—Mi señor, el sultán de Egipto, defensor de la fe y de los creyentes, os ofrece un acuerdo.

—¿En qué términos? —preguntó el mariscal.

—Compromete su palabra de fiel musulmán y os concede la libertad si entregáis este edificio.

—¿Nos garantiza conservar nuestros bienes?

—Sí, podréis llevar encima cuantas riquezas seáis capaces de transportar.

—¿Y nuestras armas?

—También. Un destacamento de nuestros soldados entrará en el edificio para verificar vuestra capitulación y escoltaros hasta las afueras de la ciudad, y más allá si es preciso.

Sévry aceptó las condiciones tras deliberar con los que quedaban vivos del Capítulo de la Orden.

—No me fío de esos mamelucos —le confesó a Castelnou—, pero nada más podemos hacer. Jamás recibiremos ayuda, y aquí hay algunas mujeres y niños que no merecen morir. ¡Ah!, si sólo estuviéramos los templarios.

—¿Entonces, el tesoro...? —preguntó Jaime.

—Seguiremos el plan del maestre. Aunque nos dejen salir libres, el tesoro será embarcado en *La rosa del Temple*; si lo llevamos con nosotros y se enteran esos sarracenos, creo que no cumplirán su palabra. No podemos arriesgarnos a perderlo.

—Esta misma noche lo cargaremos en la galera y, en cuanto nos entreguemos, zarparás con el tesoro rumbo a Chipre; allí nos encontraremos.

Cien soldados mamelucos mandados por un oficial de alto rango entraron en la Bóveda para verificar la capitulación de los sitiados, tal cual se había acordado. Dentro del edificio se habían podido refugiar unas quinientas personas; de ellas doscientos eran templarios, un puñado de hospitalarios, algunos ciudadanos de Acre que habían logrado alcanzar la Bóveda y dos centenares de mujeres y niños, los últimos supervivientes, todos cuantos no habían podido escapar en una nave desde el puerto o no habían muerto en el ataque mameluco.

En el patio del edificio había varias mujeres. Uno de los soldados musulmanes hizo un comentario sobre aquellas cristianas y los demás rieron a carcajadas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jaime de Castelnou, quien sólo comprendió algunas de las palabras del mameluco.

—Que esta misma tarde esas mujeres alcanzarán el paraíso entre sus piernas —le respondió el mariscal.

—Algo así me había parecido entender.

—Estos brutos no van a cumplir su palabra. Mira sus ojos, están ávidos de sexo; si salimos de aquí violarán a las mujeres.

Uno de los mamelucos se dirigió a una dama con gestos obscenos, y los demás, envalentonados, las increparon.

Sévry desenvainó su espada y amenazó a los mamelucos, conminándoles en árabe a que se retiraran, pero los musulmanes hicieron lo propio y se entabló un combate en el que los doscientos templarios despacharon al destacamento de cien mamelucos con facilidad.

—Se acabaron los pactos con estos sarracenos —dijo el mariscal, con la espada en la mano chorreando sangre—. Esta misma noche embarcaremos el tesoro.

Los cadáveres de los mamelucos fueron entregados a los sitiadores, previas explicaciones de lo que habían hecho allí dentro.

Al caer la noche, los cofres con el tesoro fueron embarcados en *La rosa del Temple*. Jaime de Castelnou recibió la orden de llevarlo a Chipre; con él iría Teobaldo de Gaudin, uno de los más prestigiosos caballeros de la Orden y tesorero de Acre, y a quien todos señalaban como sucesor de Guillermo de Beaujeu.

—Partiréis al amanecer —les dijo Pedro de Sévry—. Me temo que lo ocurrido ayer nos deja muy poco margen de maniobra.

Y así fue. Pero unos instantes antes de zarpar, el mariscal había arriado el *baussant* de combate que ondeaba en lo alto de la Bóveda y se lo había entregado a Castelnou. No era conforme a la regla de la Orden, pero ese estandarte jamás había sido derrotado en batalla y Sévry no quiso que cayera en manos sarracenas.

\* \* \*

Con las primeras luces de la aurora, el mar en calma y el cielo despejado, *La rosa del Temple* levó las anclas en la pequeña ensenada junto a la Bóveda y se alejó lentamente de la costa. Su destino era el castillo del Mar, junto a la ciudad de Sión, donde debía recoger otra buena cantidad de oro y plata. Castelnou consiguió embarcar a muchas mujeres y niños, pero no a todos cuantos estaban refugiados.

A la misma hora, los mamelucos pedían disculpas por la tropelía cometida por los hombres del destacamento que habían entrado en la Bóveda y molestado a las mujeres. Sévry recibió una invitación personal del sultán; le decía que sería muy bienvenido a su tienda y que compartirían la comida. Pese a que algunos hermanos le advirtieron que no se confiara, el mariscal no quiso parecer un cobarde y salió de la fortaleza con una escolta de diez caballeros. Apenas les dieron tiempo a enterarse de lo que estaba pasando, pues los mamelucos los asaltaron y los decapitaron a la vista de los defensores, que desde lo alto del edificio gritaban que la lucha sería ya a muerte. Desde la popa de la galera, Jaime de Castelnou podía distinguir nítidamente el perfil de la ciudad de San Juan de Acre y la inmensa y maciza mole de la Bóveda como un enorme mascarón de proa apuntando hacia el mar.

—¿No podrán resistir, verdad? —le preguntó a Teobaldo de Gaudin.

—No. Se han sacrificado hasta el fin para que podamos poner el tesoro a salvo. Creo que es el fin de Acre, y tal vez de un sueño.

De pronto, observaron que el enorme edificio se venía abajo provocando una enorme polvareda, a la vez que se levantaba una cortina de espuma al golpear los muros que caían desplomados sobre el agua. Unos instantes después les llegó el estruendo del hundimiento de la Bóveda y sobre el polvo y la espuma se alzaron unas gigantescas

llamaradas.

—¡Dios Santo!, ha caído todo el edificio —exclamó Castelnuou.

En los últimos días, mientras los templarios y los mamelucos intentaban llegar a un acuerdo de capitulación, los zapadores musulmanes habían excavado dos túneles y los habían estibado con maderos hasta alcanzar justo la parte central debajo del edificio. Esa misma mañana les habían prendido fuego, y habían conseguido que se abriera una brecha en la fachada principal, por donde un regimiento de dos mil hombres se lanzó al asalto. El cálculo de los ingenieros del sultán había sido erróneo, pues habían estimado que la Bóveda pesaba mucho menos y lo que ocurrió fue que, mientras dentro del edificio luchaban cristianos y musulmanes, todo se vino abajo aplastando a defensores y asaltantes.

Los que habían conseguido huir en *La rosa del Temple* lo presenciaron horrorizados.

## CAPÍTULO XXI

La galera cargada con el tesoro templario de Tierra Santa bogó hacia el norte navegando de cabotaje, con la costa siempre a la vista pero lo suficientemente lejos como para evitar cualquier sorpresa.

Castelnou seguía sin entender por qué había sido él uno de los elegidos para salvarse y salir de Acre. Tan sólo era un caballero más de los freires del Temple, sin relevancia. Hasta que intervino en la desgraciada salida de la puerta de San Lázaro jamás había participado en una acción de armas, llevaba muy poco tiempo en la Orden y no era hijo de un noble tan poderoso como para ser destinado a cumplir semejante misión.

En las semanas siguientes *La rosa del Temple* fue recorriendo la últimas posesiones cristianas en la costa de Palestina y del Líbano. En Tortosa, Tiro, Beirut y Sidón lograron aparejar tres galeras y evacuar con ellas a cinco centenares de personas y cuantos objetos de valor pudieron reunir. Las noticias que llegaban de tierra en cada uno de estos puertos avisaban que los mamelucos avanzaban hacia el norte, pero que más al sur de Acre todavía resistían unos cuantos templarios en el castillo Peregrino.

En Sidón, mientras eran embarcados los últimos cristianos de Tierra Santa, se reunió el Capítulo de la Orden del Temple para elegir a un nuevo maestro. Por primera vez participó en un acto tan importante el joven Jaime de Castelnou, que fue testigo de la elección de Teobaldo de Gaudin como nuevo maestro, sin que ningún hermano se opusiera a una elección que se preveía como incuestionable.

En el mismo Capítulo se aprobó la expulsión de Roger de Flor del Temple, y se dispuso que en caso de ser apresado se le condujera a presencia del maestro para ser ejemplarmente juzgado y castigado. Jaime deseó ser él mismo quien echara mano a aquel traidor que tanta deshonra había arrojado sobre la Orden.

Una vez elegido el nuevo maestro, Jaime le propuso regresar hacia el sur para rescatar a los hermanos allí atrapados, pero Teobaldo le recordó que su principal misión era poner a salvo el tesoro. No obstante dispuso que una de las galeras, la más veloz, fuera hasta el castillo Peregrino y recogiera a los defensores. Tuvieron que esperar casi dos semanas refugiados en la isla de Ruad, un islote desértico, sin agua, a dos millas de la ciudad de Tortosa, que convirtieron en el punto de concentración de cuantos templarios y cristianos quedaban en Tierra Santa. A fines de agosto llegaron a bordo de *La rosa del Temple* los últimos rescatados, los defensores de castillo Peregrino. Teobaldo de Gaudin dispuso que una guarnición de cincuenta caballeros, cien sargentos y otros tantos criados se quedara en Ruad. Tendría que recibir periódicamente suministros desde Chipre, pero al menos se mantendría una presencia testimonial en el viejo territorio de los cruzados. Y quién sabe si aquel islote podría convertirse alguna vez en la cabeza de puente de una futura reconquista de los Santos Lugares.

\* \* \*

Avistaron las playas espumosas y las colinas esmaltadas de olivos y vides de Chipre a principios de septiembre. Siete galeras y media docena de barcos de transporte arribaron al puerto de Limasol un día soleado y ventoso. El aire del oeste levantaba unas olas regulares y azules, con la cresta blanqueada por una espuma brillante que parecía cuajada de enormes perlas transparentes. A Jaime le pareció aquel paisaje muy hermoso; poco después le contaron que en aquellas mismas playas una leyenda de los griegos había hecho nacer a la mismísima Afrodita, la más hermosa de las diosas, de una gota de sangre del

padre Zeus mezclada con la espuma del mar. Mientras desembarcaban, Castelnu presintió que estaba asistiendo al final de un tiempo de sueños. Dos siglos de presencia cristiana en Tierra Santa se acababan de esfumar como la espuma que se forma tras chocar las olas con las rocas de los acantilados y desaparece de inmediato sumergida en la espuma de la siguiente ola. Observó a sus hermanos caballeros templarios, la mayoría veteranos de cien batallas, cubiertos con sus mantos blancos marcados con la cruz roja, y a los sargentos, vestidos de pardo y gris, y a los escuderos y criados, fieles y callados servidores siempre dispuestos a cuidar de sus señores. Contempló a los hermanos heridos en los últimos combates en Acre, algunos todavía en tan mal estado que tenían que ser anidados para dar un paso, y a otros que estaban completamente vendados; y todos tenían en los ojos impresa la amargura de la derrota.

Sintió que un brazo se posaba sobre su hombro y al volverse vio que se trataba del maestre Gaudin.

—Es terrible —le dijo con un tono en el que no se atisbaba la menor esperanza.

—Nos han castigado con contundencia —repuso Castelnu.

—Sí, ésta ha sido la más dura derrota del Temple. Ni siquiera cuando perdimos la Vera Cruz y Jerusalén tras la derrota de los Cuernos de Hattin la situación fue tan desastrosa. No disponemos ni de una sola fortaleza en tierra firme, y ese islote de Ruad es tan sólo una anécdota; me temo que no podremos mantenerlo durante mucho tiempo. Nuestra presencia en Tierra Santa se ha terminado.

—Volveremos —repuso Castelnu.

—Será difícil. Nuestras últimas llamadas de ayuda a los reyes cristianos no han recibido ninguna acogida. Los últimos años hemos luchado solos; nosotros y los hospitalarios, juntos por primera vez en mucho tiempo. Nadie ha movido un dedo por nosotros, y me temo que ahora tampoco van a hacerlo.

—Pero nuestra Orden es poderosa...

—Hemos dejado que nos arrebataran nuestra única razón de ser. Ahora nuestros enemigos dirán que nosotros hemos sido los únicos culpables de la pérdida de los Santos Lugares. Nos acusarán de no haber sabido mantener la tierra sagrada de Jesucristo, de haber dejado que los sarracenos se apoderaran de ella sin verter en su defensa hasta la última gota de nuestra sangre.

—Sabes, hermano maestre, todos los que allí hemos estado sabemos que no es así, que miles de hermanos templarios han dado su vida por la cruz y por los cristianos.

—Eso es muy cierto, pero hay muchos interesados en que no se reconozca de esta manera. Nos hemos granjeado muchos enemigos que han jurado odio eterno contra nosotros.

—¿Pero por qué? No hemos hecho nada que sea contrario a la Iglesia de Cristo.

—Tal vez consideren que hemos sido demasiado soberbios, demasiado ambiciosos; pero bien sabe Dios que todo lo hemos hecho por su gloria, por su nombre, para enaltecer su divinidad ante otros hombres. Nada hemos hecho para nosotros, sólo por Dios, sólo por el Salvador.

Gaudin hablaba como si se encontrara solo; tenía los ojos entreabiertos y la mirada perdida en un imaginario horizonte.

\* \* \*

Aquel invierno en Chipre discurrió lento y pesado. Al poco tiempo de trasladarse a Nicosia, la principal ciudad de Chipre, el maestre nombró mariscal de la Orden a Jacques

de Molay, un caballero que no destacaba precisamente por su inteligencia, aunque se le reconocía como experto en la construcción de fortalezas. El maestre dirigió la instalación de los templarios en la isla, aunque su rey Enrique II parecía poco dispuesto a compartir sus dominios con la Orden.

El maestre se mostraba taciturno; casi todos los días, después de cumplir con sus obligaciones al frente de la Orden, paseaba poco antes de la cena por los alrededores del convento de Nicosia, y lo hacía ensimismado en sus recuerdos, como un fantasma buscando un sueño que nunca fue.

Para intentar olvidar la derrota, los templarios de Chipre volvieron a su vida monástica y rutinaria: orar, revisar el equipo, orar, comer, orar, revisar el equipo, orar, cenar, orar, dormir, orar... Y así un día tras otro, esperando que se desencadenara algún acontecimiento que acabara de una vez con aquella pesadilla.

La última semana del invierno una galera procedente de Bari trajo una noticia que soliviantó los ánimos de los templarios que habían escapado de Acre. Un mercader italiano les dijo que Roger de Flor, el hijo del halconero alemán metido a sargento del Temple y luego renegado, había recalado en Marsella tras salir de Acre cargado de tesoros; de allí había pasado a Génova, donde había vendido la galera *El halcón*, pues los genoveses, en guerra con sus competidores los venecianos, habían mostrado gran interés en usarla como modelo para las nuevas galeras de guerra que estaban construyendo en su arsenal. Pretendían armar galeras mucho más grandes que las que hasta entonces se fabricaban para lograr la superioridad naval que se disputaban con la república de Venecia y con el rey de Aragón.

El maestre Gaudin se enervó cuando oyó aquello y juró que algún día haría pagar a Roger de Flor su traición y el enorme desprestigio e infamia que había arrojado sobre la Orden. Pero el maestre estaba enfermo; cansado, derrotado, amargado e incapaz de superar el síndrome por la salida de Acre, no resistió más y murió en las primeras semanas de la primavera, cuando los almendros lucían plenos de flores y los naranjos asperjaban en el rocío su aroma de azahar por los campos de Chipre.

El mariscal Molay organizó los funerales; miles de velas se encendieron en la capilla del convento de Nicosia en recuerdo del alma del maestre recién fallecido. Durante los siete días posteriores al entierro, los hermanos del convento rezaron doscientos padrenuestros, ayunaron a pan y agua los tres viernes siguientes y cien pobres fueron alimentados a expensas de la encomienda.

Castelnou quedó de nuevo, por decisión del Capítulo, como guardián del tesoro. Ayudado por un hermano capellán, pues él apenas sabía de cuentas, realizó un inventario de las riquezas guardadas en la sala secreta del convento de Nicosia, y ordenó que se realizara también un detallado listado de cuantas propiedades y bienes muebles e inmuebles poseía la Orden en la isla de Chipre, así como del número de miembros de la misma.

Mediado el verano le llegó el inventario; apenas eran quinientos caballeros, seiscientos sargentos y poco más de mil artesanos y criados. El tesoro había disminuido tras los gastos realizados en los últimos meses, y las encomiendas de la isla no estaban precisamente muy boyantes. Escribió una carta circular a las encomiendas de Europa y se encargó personalmente de supervisar el proceso para la constitución del Capítulo General en el que se elegiría al nuevo maestre. Entonces Jaime de Castelnou no imaginaba siquiera que aquél iba a ser el último.

## CAPÍTULO XXII

El Capítulo General extraordinario de la Orden del Temple había sido convocado por el mariscal Molay para el primer domingo de enero del año del Señor de 1294. A primera hora de la mañana, tras el rezo de la oración de prima, los caballeros formaron en dos filas y se dirigieron a la sala capitular del convento de Nicosia. Los templarios habían quedado destrozados tras el desastre de Acre y la pérdida de todas sus posesiones en Tierra Santa. Chipre se había convertido en el refugio de los que habían logrado escapar en las galeras que consiguieron zarpar de los últimos enclaves costeros, en algunos casos pocas horas antes de que fueran conquistados por los mamelucos.

Los templarios eran conscientes de que en esa ocasión se jugaban mucho. Quien fuera designado maestro en ese Capítulo tendría que poner en marcha un gigantesco plan para recuperar la moral perdida y además convencer a los reyes cristianos para organizar una nueva cruzada. Castelnou estaba desanimado. Había sido testigo de la caída de Acre y de cómo esperaron en vano durante meses una ayuda de la cristiandad europea que nunca llegó.

La elección del nuevo maestro se presumía disputada. Dos eran los candidatos que optaban al cargo más relevante de la Orden. De un lado Jacques de Molay, natural de la región del Franco Condado y mariscal templario, hombre taciturno pero considerado fiel al Temple y estricto cumplidor de la regla; y de otro Hugo de Peraud, tesorero de la encomienda de París, la más rica e influyente de Europa, y sobre todo fiel amigo del rey Felipe IV de Francia, quien había mostrado su apoyo a este candidato.

Los días previos a la elección, partidarios de uno y otro se habían enfrentado, incluso llegando a las manos en algunos casos, en discusiones sobre cuál de los dos candidatos era el más idóneo. Los defensores de Molay aseguraban que era un hombre de voluntad firme y de nervios de acero, justo lo que necesitaban en tan delicados momentos; sus detractores ponían en duda su capacidad para dirigir el Temple y sostenían que la amistad de Hugo de Peraud con el rey de Francia era garantía de que el monarca lo apoyaría a la hora de planear una nueva cruzada. La situación se hizo tan tensa que tuvo que intervenir como mediador el mismísimo maestro del Hospital, lo que jamás se había visto antes.

En la sala capitular la tensión era evidente. Los caballeros se miraban desconfiados; previamente se había llegado al acuerdo de que todos acudieran desarmados. El rey de Chipre y el maestro del Hospital habían recibido el encargo de mediar en caso de problemas y habían dispuesto sendas guardias en el convento de Nicosia.

Desde luego, los partidarios de Peraud desconfiaban del proceso, pues no en vano había sido dirigido por Molay, lo que le correspondía como mariscal y máxima autoridad de la Orden en ausencia o por fallecimiento del maestro. La importancia del cargo de maestro consistía en que era vitalicio y en que, tras ser elegido y tomado posesión del mismo, la persona que lo ostentaba lo hacía hasta la muerte.

Una vez dentro de la sala del Capítulo, el comendador del desaparecido reino de Jerusalén se puso en pie y se dirigió a los caballeros allí reunidos.

—Hermanos templarios: Hemos sido convocados aquí para solventar uno de los mayores retos que se han presentado en la historia de nuestra Orden. Como indica nuestra regla, me toca proponer a uno de nuestros hermanos como comendador de la elección; se nos recomienda que sea un hermano que hable todas las lenguas, amante de la paz y de la concordia y enemigo de la discrepancia; bien, propongo al joven hermano Jaime de

Castelnou.

Cuando oyó su nombre, Jaime sintió como si le hubieran golpeado el corazón con un látigo. Aunque era uno de los miembros más jóvenes, todos conocían el valor y el arrojo que había mostrado en la defensa de Acre, en la custodia del tesoro y en el rescate de los caballeros atrapados en las fortalezas costeras de Tierra Santa. Y comoquiera que nadie discrepó, Castelnou fue elegido comendador de la elección.

Tuvo que elegir a su vez a un compañero, y lo hizo en la persona de un caballero que apenas hablaba pero cuya mirada transmitía serenidad y confianza; se llamaba Ainaud de Troyes y era natural de esta ciudad de la región de Champaña, la misma que había visto nacer al primero de los maestros de la Orden, el fundador Hugo de Payns.

—Bien —continuó el comendador del reino de Jerusalén—, ahora deberéis retiraros los dos y pasaréis todo el día y la noche meditando en silencio, sin hablaros salvo que tengáis algo que decirnos con respecto a la elección. Nadie podrá molestaros, y si alguno de los hermanos osara interrumpir vuestra meditación quedará inhabilitado como elector.

Los dos templarios se retiraron a una salita adjunta a la capilla, en la que durante todo el día se celebrarían oraciones y misas en honor al Espíritu Santo, para pedirle que inspirara con su gracia a los electores de modo que designaran al mejor de los templarios como maestro.

—Ya conoces el procedimiento, hermano, tenemos que elegir a dos hermanos más —le dijo Castelnou a Troyes.

Y así era. Los dos primeros electores elegían a otros dos, estos cuatro a dos más, y así sucesivamente hasta llegar a doce, de los cuales ocho tenían que ser caballeros y cuatro sargentos, y además naturales de diversas naciones para impedir que una sola monopolizara el cargo. Los doce elegidos nombraban entonces a un decimotercero, que tenía que ser necesariamente un capellán de la Orden. Era un rito que recordaba la Última Cena de Jesús con sus doce apóstoles.

Elegidos los trece, se reunieron en la sala capitular a puerta cerrada y comenzó el debate para proponer un candidato a maestro.

—Os recuerdo, hermanos, que nuestras deliberaciones están sujetas a secreto, so pena de expulsión de la Orden. Se abre el plazo de presentación de candidatos.

—¿Alguien propone a un hermano para el cargo de maestro? —preguntó Castelnou. Ainaud de Troyes alzó la mano y con voz rotunda y serena dijo:

—Propongo al hermano Jacques de Molay.

—Y yo al hermano Hugo de Peraud —terció enseguida otro de los electores.

Unos y otros comenzaron entonces a defender argumentos en favor y en contra de los dos candidatos. La situación empezaba a complicarse. Por lo que Jaime pudo percibir, ocho de los electores estaban a favor de Molay y sólo cuatro de Peraud; él dudaba. Conocía a Jacques de Molay por su cargo de mariscal en Chipre, pero le parecía poco preparado para dirigir la Orden, y además carecía de la inteligencia necesaria, aunque era un hombre valeroso y de firmes creencias. De Hugo de Peraud sólo sabía que era muy amigo del rey de Francia y que su gestión al frente de las finanzas de la provincia templaria de Francia había dado extraordinarios resultados, pero recelaba de su voluntad para seguir manteniendo la guerra en Tierra Santa. Al fin, decidió decantarse por Molay.

En la primera votación el resultado fue de nueve a cuatro a favor de Molay. Los partidarios de Peraud insistieron en su candidato y propusieron que se retiraran los dos si no había unanimidad. Jaime, demostrando una enorme serenidad, aludió a la importancia de la elección y les recordó que si no se ponían de acuerdo debería comunicar al Capítulo que no

había candidato y que deberían seguir reunidos a la espera de que la gracia del Espíritu Santo los iluminara.

—Molay ha obtenido una mayoría de votos; démosle nuestra confianza. A los hermanos que no le habéis votado os pido generosidad y comprensión.

Tras varias horas de debate, al fin los cuatro cedieron. Molay tenía el camino libre para ser nombrado nuevo maestro.

El Capítulo fue convocado para la hora sexta. Jaime entró en la sala y en voz alta proclamó que los trece hermanos reunidos en cónclave, y tras recibir la gracia del Espíritu Santo, proponían al hermano y caballero Jacques de Molay, natural del Franco Condado y hasta entonces mariscal del Temple, como nuevo maestro de la Orden de los pobres caballeros de Cristo.

—Solicito para ello vuestra autorización —comunicó al Capítulo.

Todos asintieron. El capellán anunció entonces el nombramiento de Jacques de Molay como maestro del Temple y, siguiendo la fórmula de la regla, demandó si estaba presente, aunque sí sabía que estaba allí. Jacques de Molay se puso en pie y, tras identificarse, aunque todos lo conocían, declaró que aceptaba el honor que se le concedía.

A continuación, todos los presentes se dirigieron a la capilla, donde los criados habían preparado todo lo necesario para la ceremonia de juramento del maestro.

Arrodillado ante el altar, rodeado de los caballeros y sargentos electores y de los miembros del capítulo, Jacques de Molay juró ante los Evangelios defender a la Orden, ofrecer su vida por ella si fuera necesario y ejercer el cargo de maestro con lealtad a los hermanos y obediencia al papa. Un *Te Deum* de acción de gracias fue entonado por los asistentes como acto final de la ceremonia.

\* \* \*

El día siguiente a la elección, Jaime de Castelnou fue convocado a presencia del maestro. Molay estaba de pie en el centro de la sala capitular donde había sido proclamado.

—Tengo más de cincuenta años y soy caballero templario desde hace casi treinta. Todavía recuerdo aquel día del año del Señor de 1265 cuando entré en la modesta encomienda de Beaune, cercana a la ciudad de Dijon. Mi familia pertenece a un linaje de la baja nobleza de la ciudad de Besancon. El maestro Gaudin me nombró mariscal por mi experiencia en la construcción de fortalezas, pero ahora debo reconstruir la Orden. Y no voy a cejar en mi empeño de devolverle la grandeza perdida. Deseo viajar pronto a Europa para entrevistarme con el papa y con los reyes cristianos; una nueva cruzada es posible.

—En cuanto a ti, hermano Jaime, has sido una pieza importante en mi elección. Todavía eres joven, pero contaré contigo en el futuro para que desempeñes cargos importantes. Ojalá puedas asistir algún día a la elección de mi sucesor en Jerusalén.

—Yo estoy siempre a disposición de la Orden, hermano maestro —repuso Jaime.

—Sé que eres un templario ejemplar. Desde que llegaste a Tierra Santa no has sido castigado ni una sola vez, ni siquiera por falta leve. Sé que realizaste un buen trabajo en Acre, y que fuiste decisivo a la hora de rescatar a nuestros hermanos del castillo Peregrino, por eso te propusimos para que dirigieras la elección; sabíamos que eras un hombre justo.

—Sólo hice lo que la regla señala para esta ocasión.

—Hiciste más que eso; lograste que el rey de Francia no clavara sus dientes en el Temple. Si hubiera salido elegido el hermano Hugo, el verdadero maestro de nuestra Orden sería ahora Felipe de Francia.

Tras aquella conversación, Molay no le pareció hombre de tan escasa inteligencia

como se decía. Es cierto que no era elocuente, ni demasiado cultivado (aunque en esa cualidad no difería demasiado del resto de los caballeros), ni de profundos pensamientos, pero parecía valiente y seguro de su misión.

—Sólo nos debemos a Dios —dijo Jaime.

—En efecto. Por eso debemos recuperar los lugares donde nació y murió su hijo. Desde que cayeron nuestras últimas posesiones en Tierra Santa han surgido muchas voces que reclaman nuestra disolución como orden de la Iglesia. Dicen que ya no somos necesarios, que los templarios se crearon para proteger una tierra que ya no es cristiana. Se equivocan. Ahora somos más importantes que nunca. El Islam se ha recuperado tras decenios de agonía, y ha tomado la iniciativa; es la cristiandad la que está en crisis, y la que más nos necesita.

—Quienes así hablan sólo ambicionan nuestras riquezas, nuestras tierras y nuestras propiedades. Somos envidiados por lo que tenemos, pero sobre todo por lo que representamos. Algunos monarcas cristianos no soportan que nuestra existencia les esté recordando de manera permanente que no han hecho cuanto estaba en sus manos para defender Jerusalén y lo que esa ciudad significa para los cristianos.

—Tal vez hayamos cometido algunos errores en el pasado, no lo niego, pero el Temple ha sido siempre lo mejor de la cristiandad y en nuestra Orden han profesado los más relevantes caballeros y los más sufridos servidores de Cristo. Debemos estar orgullosos de ello.

—Nuestros detractores dicen que ya no hay peregrinos que defender —dijo Jaime.

—Los volverá a haber.

## CAPÍTULO XXIII

En las semanas siguientes, Molay fue informado de la mala situación de la Orden; el tesoro legendario que según algunos rumores era fabuloso se había reducido a unos pocos miles de libras, desde luego absolutamente insuficientes como para poder basar en él la recuperación de los Santos Lugares. Pese a ello, el maestre había decidido destinar al enclave de la isla de Ruad a ciento veinte caballeros, quinientos arqueros y cuatrocientos sirvientes, pese a las dificultades y al enorme gasto que suponía el tener que proporcionarles todo tipo de suministros. Molay confiaba en que el islote de Ruad sería la cabeza de puente para una futura invasión de Tierra Santa o al menos el símbolo que mantenía la presencia testimonial de los cruzados en Ultramar.

El nuevo maestre convocó un Capítulo General en Nicosia al que asistieron cuatrocientos caballeros. Allí les dijo que pretendía poner en marcha un proceso de profunda renovación de la Orden, para lo cual la disciplina debería ser estricta pues le parecía que tras el abandono de Acre se había producido una cierta relajación en el cumplimiento de la regla.

La primera medida que adoptó fue imponer una uniformidad absoluta; así, fueron confiscados todos los objetos personales de los templarios y todas las ropas y complementos que no fueran escrupulosamente reglamentarios. Una a una fueron revisadas todas las casas y encomiendas de Chipre, requisando incluso cartas y escritos que tuvieran en su poder los hermanos.

No obstante su orgullo y la alta estima y consideración que tenía de su Orden, era consciente de que el Temple solo nada podía hacer frente al poder mameluco, por lo que preparó un viaje a Europa para reclamar la ayuda que estimaba necesaria para recuperar Jerusalén. Durante la primavera se organizaron los preparativos del viaje. Molay se desplazaría hasta Europa acompañado por doce caballeros, entre los que eligió a Castelnou, aunque habría que esperar a que el colegio de cardenales, tras dos años de sede papal vacante, eligiera a un nuevo papa.

La galera *La rosa del Temple* zarpó de Limasol una mañana de fines de verano, mediado el mes de septiembre, en cuanto llegó la noticia de que en Roma había al fin un nuevo papa. A la vista del mar turquesa, Jaime de Castelnou imaginó un encuentro con *El halcón* de Roger de Flor. No había olvidado la traición del sargento en el puerto de Acre y en su corazón mantenía la esperanza de que algún día se encontrarían los dos, y con la espada en la mano Jaime sabía que podría vencer al hijo del halconero.

Tras cinco años en el Temple, la barba de Castelnou le llegaba hasta la mitad del pecho. Siguiendo la regla, le gustaba raparse la cabeza casi por completo, dejándose el cabello más corto que la longitud de una uña; era cómodo y a la vez evitaba que se refugiaran en su cabeza liendres, chinches y pulgas, que abundaban en aquel clima tan cálido; pero la barba jamás se la había afeitado, limitándose tan sólo a recortar algunos pelos de vez en cuando para que la longitud de la misma resultara uniforme y regular y no diera la sensación de descuido o desaliño.

Los años de ejercicio con la espada, de combates a muerte en Acre y de permanente estado de alerta habían fortalecido sus músculos y agudizado sus reflejos más si cabe. Su habilidad con la espada era ya legendaria y en Nicosia se había convertido en el instructor de los demás caballeros, que no cesaban de preguntarle sobre fintas y movimientos y procuraban imitar su estilo de esgrima. Es probable que Jacques de Molay hubiera tenido en cuenta esta habilidad a la hora de seleccionarlo como uno de sus acompañantes a

Europa, pues en caso de pelea la espada de Castelnou era una defensa formidable.

Durante la travesía del Mediterráneo, la galera de Roger de Flor no apareció; para entonces el antiguo sargento templario había formado una compañía propia de soldados, se había ofrecido como mercenario al servicio del duque Roberto de Calabria, y después al del rey Fadrique de Sicilia, que lo había nombrado vicealmirante de Sicilia y señor de las fortalezas de Tripa y de Alicata, con puesto de consejero en la corte real. Sicilia era una pieza codiciada por el rey de Francia, que pretendía dominarla para asentar en ella las bases de un futuro imperio mediterráneo. No obstante, el dominio de las aguas del Mediterráneo estaba en manos del rey de Aragón, quien tenía al frente de su armada al almirante Roger de Lauria, considerado el mejor marino de su tiempo, y bajo cuya dirección las galeras de Aragón se consideraban casi invencibles.

\* \* \*

*La rosa del Temple* atracó en la desembocadura del Tíber a fines de noviembre. Los templarios desembarcaron los caballos y cabalgaron hacia Roma, una pocas leguas al interior. Llegaron a tiempo para presenciar la abdicación del anciano papa Celestino V, un hombre sencillo que había sido elegido como sumo pontífice ese mismo verano y que renunció al pontificado ante las presiones que le cayeron encima y que no pudo soportar. De inmediato fue elegido nuevo papa Bonifacio VIII. En cuanto se celebraron las ceremonias de coronación del pontífice, Molay conferenció enseguida con el recién electo, a quien prestó obediencia tal cual prescribía la regla, y consiguió que la Orden quedara exenta de cualquier pago de impuestos en la isla de Chipre.

Jaime de Castelnou asistió a la entrevista entre el papa y el maestre; Bonifacio VIII le pareció un hombre decidido, seguro de poder sacar adelante la Iglesia en un momento de grave crisis.

—Mis inmediatos antecesores han fracasado en el intento de organizar una nueva cruzada —le confesó a Molay—. Vos no erais todavía maestre del Temple cuando Nicolás V realizó una llamada desesperada para ayudar a los defensores de San Juan de Acre; pero cuando la bula de la cruzada llegó a sus destinatarios, Acre ya estaba bajo las banderas de la media luna. No obstante, dudo que la iniciativa hubiera surtido efecto. Los reyes cristianos están inmersos en luchas y querellas intestinas o enfrentados entre ellos directamente. Ninguno ha mostrado el menor interés en acudir en defensa de la cristiandad de Ultramar, o de lo que queda de ella. Vosotros, los templarios, sois los últimos guardianes de nuestras esperanzas.

—Santidad, nuestra Orden siempre ha estado al servicio de los cristianos y preparada para su defensa. Somos soldados de Cristo y hemos sido educados para servir y obedecer sus mandatos. Pero nos encontramos solos, y sin ayuda de los monarcas cristianos nada podemos hacer. Necesitamos soldados, naves, caballos, dinero para erigir fortalezas, suministros...

—¿Cuántos hombres serían necesarios para poner en marcha un gran plan de reconquista de Tierra Santa? —preguntó el papa.

—Un mínimo de cincuenta mil jinetes y otros tantos infantes. El ejército mameluco que conquistó Acre estaba integrado por al menos doscientos mil soldados egipcios y sirios. Para semejante despliegue serían necesarios alrededor de quinientos barcos y galeras de transporte. En el Temple apenas disponemos de mil caballeros y siete navíos; uno de cada cien.

—Esas cifras son desalentadoras. ¿Habéis calculado lo que costaría todo eso?

—Lo ha hecho uno de nuestros hermanos capellanes que sabe de cuentas; sí, sería necesario un millón de libras.

—¿Vuestro tesoro podría responder por esa cantidad?

Jacques de Molay sonrió ante la pregunta del papa.

—El tesoro de la Orden en Tierra Santa apenas alcanza las seis mil libras. Si consiguiéramos reunir los de todas las encomiendas tal vez llegaríamos a medio millón, pero a costa de dejar al Temple completamente arruinado.

—¿Y vuestras reliquias?

—¿A qué os referís, santidad?

—Poseéis varias reliquias por las que algunos reyes pagarían una buena cantidad. ¿Es cierto que está en vuestro poder el Santo Grial?

—Lo es. Lo guardamos en la cámara del tesoro de nuestra casa en Nicosia.

—¿Sabéis cuánto estaría dispuesto a pagar el rey de Francia por esa copa?

—Hubo un tiempo en el que los templarios poseíamos las más sagradas reliquias de la cristiandad. Éramos los custodios de la Vera Cruz, y la perdimos en la batalla de los Cuernos de Hattin. Ahora sólo nos queda el Grial; no podemos deshacernos de él.

—Ni siquiera si os lo ordena vuestra máxima autoridad.

—¿Vos, santidad?

—¿Quién si no?

—En ese caso...

—El Temple tiene enemigos muy poderosos. El rey de Francia sigue muy molesto porque no salió su candidato para dirigir la Orden; creo que seguirá maquinando para hacerse con su control. Felipe es un ambicioso sin límites. Le gustaría ver a sus pies a la Iglesia y a todas las naciones de la cristiandad. ¿Sabéis que una leyenda atribuye a su dinastía, la de los Capetos, un origen divino?

—Lo sé, y conozco cuáles son sus ambiciones. En el Capítulo en el que fui elegido como maestro se produjeron enormes tensiones, pero los caballeros templarios supimos reaccionar con dignidad y mantuvimos la independencia de la Orden. Nosotros no ambicionamos nada en beneficio propio, sólo la mayor gloria de Dios.

—Y de su Iglesia —añadió el papa—. Y para ello es preciso recuperar los Santos Lugares.

—Nosotros solos no podemos.

—Ni tal vez toda la cristiandad unida, pero podemos conseguir un aliado formidable.

Molay se sorprendió ante la afirmación del papa.

—No hay nadie capaz de aliarse con los cristianos en contra del Islam, santidad.

—Sí lo hay, ya lo hubo: los mongoles.

—Son paganos, santidad, adoradores del fuego y de los espíritus; incluso hay quien asegura que se trata de los descendientes de las tribus de Gog y Magog, y que su irrupción en Occidente señalará el principio del fin del mundo.

—Vamos, Molay, sabéis que las profecías pueden ser interpretadas de diversas maneras. Entre los mongoles hay muchos cristianos, incluso entre sus generales. Hace tiempo que los papas han mantenido correspondencia e intercambiado embajadas con los kanes mongoles. Os asombraríais si supierais la cantidad de informes de que disponemos en nuestro archivo sobre ellos. Hace más de cincuenta años que los conocemos bien. Los mogoles son enemigos del Islam; el fundador de su imperio, un soberano al que llamaron Gengis Kan y al que veneran como a un dios, arrasó las tierras del Islam más allá de los

grandes ríos, y sus hijos y nietos destruyeron las populosas ciudades musulmanas de Oriente y la gran Bagdad, su capital. Hubo un tiempo en que luchamos a su lado, y a punto estuvimos de lograr la derrota de los sarracenos. Ahora se presenta una segunda oportunidad.

—Estoy buscando a un hombre que conozca Tierra Santa, que sea leal y que no tenga miedo. Tendría que ir hasta la tierra de los mongoles y proponerles un pacto. ¿Conocéis a alguien así? Molay se giró y señaló a Jaime de Castelnou.

—¿El? —preguntó el papa.

—Se llama Jaime de Castelnou y es caballero templario.

—Ya veo su hábito. Bien, Jaime, ¿estarías dispuesto a ofrecer tu vida por la Iglesia? Castelnou alzó la cabeza y con voz firme dijo:

—Así lo juré al profesar en el Temple, santidad.

—¿Hablas varias lenguas?

—Conozco algunas, pero no con la suficiencia como para poder entenderme con absoluta claridad.

—Bueno, eso lo podemos arreglar. Maestre, dejadme a este soldado de Cristo aquí en Roma; le enseñaremos árabe y turco, con eso podrá entenderse bien entre los mongoles. En cuanto esté preparado lo enviaremos con la misión de acordar un pacto con los kanes mongoles para destruir al Islam. Pero entretanto habrá que convencer a los reyes cristianos para que se avengan a participar en una nueva cruzada, la definitiva.

## CAPÍTULO XXIV

Dos años permaneció en Roma estudiando árabe, turco y cuanto se sabía de los mongoles. Jaime de Castelnou cambió la disciplina de la regla del Temple por la de la escuela pontificia. Tres sesiones diarias, dos con los mejores profesores en la Biblioteca Vaticana y otra vespertina en los campos cercanos para no perder ni la forma física ni la habilidad en el manejo de la espada, fueron la rutina diaria que acompañó a Castelnou durante todo ese tiempo.

Entretanto, tuvo conocimiento de las andanzas de Roger de Flor, y de los enfrentamientos entre sicilianos y franceses. En la sede vaticana se comentaban todos los días los acontecimientos en Sicilia, pues el papa consideraba que la resolución del conflicto en esa gran isla del Mediterráneo era necesaria para poner en marcha el gran proyecto de una nueva cruzada. Las galeras del rey de Aragón y el ejército del rey de Francia y de sus vasallos los grandes señores de Champaña, Borgoña y Provenza eran imprescindibles para el éxito de la nueva cruzada, que en aquellas condiciones no se podía emprender.

Además, el rey Felipe de Francia no renunciaba a ninguna de sus ambiciones. Coronado en 1285, era conocido como «el Hermoso» debido a su elevada estatura, su porte altivo y regio, su tez pálida y sus rubios cabellos. Nieto del rey Luis, a quien Bonifacio VIII hizo santo sólo veintiséis años después de su muerte, Felipe tenía un carácter muy enérgico y se había empeñado en hacer de Francia un gran reino, sojuzgando a los grandes nobles, tan poderosos en sus Estados como el mismo rey, y ampliando los dominios directos de la corona.

Para lograr esos objetivos se había embarcado en guerras contra Flandes, Sicilia y Aragón que le habían costado mucho dinero. Aprovechando que Hugo de Peraud, quien fuera su candidato para regir el Temple en disputa con Jacques de Molay, continuaba en su puesto de tesorero de la casa de París, le pidió prestadas grandes sumas de dinero para afrontar las guerras y las enormes dotes que tuvo que entregar a su hermana Margarita y a su hija Isabel para casarlas con el rey Eduardo de Inglaterra y con el príncipe de Gales respectivamente. Las deudas del rey de Francia con el Temple ascendían a tal suma que jamás podrían pagarse con las rentas de la corona francesa.

Felipe también ambicionaba las rentas de la Iglesia, que en Francia eran cuantiosas. Se había enfrentado con el papa Bonifacio en 1296 con la pretensión de recabar una parte de los ingresos eclesiásticos, a lo que el papa respondió promulgando una bula por la que quedaban excomulgados, y por tanto apartados del seno de la Iglesia y de la salvación, todos aquellos que exigieran tributos a las personas de condición eclesiástica sin contar con el beneplácito de Roma.

En esas condiciones, la situación en la cristiandad occidental era muy complicada, y Bonifacio VIII estaba obligado a reaccionar con habilidad si no quería verse arrastrado a un conflicto gravísimo. Lo hizo enviando a dos embajadores a París para tratar de alcanzar un acuerdo, pero Felipe proclamó ante los legados pontificios que el gobierno de su reino era exclusivamente potestad suya, y para demostrar al papa quién mandaba en Francia, expulsó de su sede al obispo de París y dictó un decreto por el que los eclesiásticos debían pagar un impuesto a la corona.

A comienzos del verano de 1297 Bonifacio VIII llamó a Jaime de Castelnou. El papa lo recibió en su gabinete privado, rodeado de media docena de cardenales. Jaime tenía veintisiete años y tras su período de formación, además de haber aprendido a leer y escribir correctamente, hablaba árabe y turco y podía comunicarse con algunas palabras en mongol.

Además, había leído todos los informes que había en la biblioteca sobre los mongoles, elaborados por viajeros enviados años atrás por el papado a la corte de los grandes kanes.

—Ha llegado la hora. Creemos que ya estás preparado para la misión que debes desarrollar. Es un encargo difícil y peligroso, pero conocemos tu determinación y tu valor. El rey de Francia ha provocado un grave conflicto al desoír nuestra voz. Ambiciona nuestras riquezas y las de nuestra Orden del Temple, y sus agentes han comenzado a difundir falsos rumores por las cortes cristianas sobre la maldad del papa y de sus caballeros templarios.

—Hemos decidido que es tiempo de reaccionar ante estas maledicencias y poner en marcha un ambicioso plan para que las energías de la cristiandad deriven hacia una nueva cruzada. Y para eso necesitamos la alianza con los mongoles, como ya sabes; para eso te has estado formando aquí durante estos dos años. En las próximas semanas partirás de vuelta a Chipre con instrucciones concretas; deberás aprenderlas de memoria, pues no podemos arriesgarnos a que caigan en manos enemigas. Si los sarracenos descubrieran nuestro plan, el fracaso estaría asegurado.

—Nuestro enlace con los mongoles será el rey de Armenia; es un fiel cristiano. Su nombre es Hethum, y por lo que sabemos de él por nuestros embajadores es un hombre de palabra, valeroso y digno. El plan consiste en una alianza entre los armenios, los templarios y otras órdenes y los mongoles; un ejército con todas esas fuerzas atacará Siria y Palestina desde el norte. Una vez ocupada Tierra Santa, seguirá avanzando hacia el sur, hasta Egipto. Confiamos en que para entonces los reyes cristianos de Francia y Aragón hayan zanjado sus diferencias en Sicilia y puedan actuar juntos en un ataque combinado a Egipto. Una vez destruido el sultanato mameluco, el Islam tendrá sus días contados.

—¿Qué pasará con esas tierras? —preguntó Jaime.

—Propondremos a los mongoles que se queden con todas las tierras ubicadas más allá del río Jordán, en tanto que Siria y Palestina, además de Egipto, se convertirán de nuevo en territorios cristianos, lo que siempre fueron y lo que nunca debieron dejar de ser.

—El cardenal secretario te dará cuenta de todos los detalles. Tú deberás transmitir estas instrucciones a tu maestro en Chipre y después al rey de Armenia, y por fin, al kan mongol de Persia. Cuentas con nuestra bendición.

Bonifacio VIII impuso las manos en la cabeza de Castelnou, que se arrodilló ante el papa para recibirlas.

Las aguas de Sicilia no estaban precisamente en calma en aquel verano. El año anterior se había coronado en Palermo como rey de la isla el príncipe don Fadrique, quien había nombrado al mercenario Roger de Lauria como almirante de su flota. Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, ambicionaba la corona siciliana, y entre ambos había estallado una guerra en la que Francia y Aragón podían volver a enfrentarse, cada uno en ayuda de su respectivo aliado.

En esas condiciones, y con las escuadras de los dos contendientes a punto de combatir, lo más adecuado era atravesar Italia por tierra y embarcar en algún puerto del Adriático rumbo a Chipre. El de Bari era una buena opción, pues allí siempre había alguna galera templaria lista para zarpar.

Jaime de Castelnou llegó a Bari a fines de septiembre, y lo hizo en buena hora, pues allí se enteró de que en Sicilia se había librado una gran batalla en la que Roger de Lauria había sido derrotado por los franceses que apoyaban a Carlos de Anjou. Ante esa derrota, el rey de Aragón no tardaría en acudir en defensa de sus intereses y de los comerciantes catalanes, con lo que una guerra total en la cristiandad parecía inevitable; sólo una nueva

cruzada como objetivo común, y nuevas tierras que repartirse entre los reyes y nobles de Europa podían evitarla.

En Bari no había fondeada ninguna galera templaria cuando llegó Castelnou, pero al recorrer las ancladas en el puerto se enteró de que una pequeña galera veneciana estaba lista para salir en unos días hacia Constantinopla. El comandante le dijo que podía llevarlo hasta la isla de Creta, donde harían una escala, y que de allí a Chipre podría desplazarse en alguno de los navíos que recorrían esa ruta.

Así lo hizo. La galera veneciana lo dejó en Creta, y tras tres semanas de espera pudo embarcar en una nave de carga que arribó al puerto de Limasol. Dos días después estaba en Nicosia, ante el maestro del Temple.

## CAPÍTULO XXV

—¡Magnífico! Esta era precisamente la noticia que esperaba. Empezaremos con los preparativos para la campaña. Tú deberás ir hasta Armenia. El viaje es peligroso. Lo harás disfrazado de mercader catalán, una vez más. Te procuraremos un salvoconducto para que puedas atravesar la tierra de los turcos. Luego, ya veremos.

Molay parecía entusiasmado con el plan trazado en Roma para acabar con el Islam, aunque no le hacía demasiada gracia pactar con los mongoles. No obstante, como era su deber, acataría las órdenes del papa.

En la isla de Chipre había más de mil miembros de la Orden del Temple, pero no era suya. Pudo haberlo sido, si años atrás hubieran mantenido su señorío y hubieran sabido gobernarla con tino, pero la perdieron. Ahora eran huéspedes, y no demasiado bien recibidos. Al rey de Chipre no le gustaba la presencia de aquellos caballeros en su reino, que además no le obedecían y que se comportaban con una arrogancia insultante. Cuando Molay puso en marcha al ejército templario para que comenzara a realizar maniobras de cara a la cruzada que se avecinaba, el rey receló de aquellos movimientos e intentó ejercer el control sobre los caballeros, a lo que se opuso el maestre.

Una vez pasado el invierno no había tiempo que perder. Jaime de Castelnou tuvo que afeitarse sus barbas, que le cubrían el pecho, y dejarse crecer el pelo; tenía que parecer un comerciante de esencias aromáticas de Barcelona. Dos hermanos le acompañarían en su misión. Fueron elegidos un caballero de Aquitania llamado Ramón de Burdeos y un sargento italiano de nombre Pedro de Brindisi, ambos con un magnífico expediente en la Orden y supervivientes del castillo Peregrino.

Los tres hermanos dejaron sus hábitos y se vistieron con las ropas habituales de los mercaderes. Pedro era un hombre alto y fuerte, de mentón anguloso y mandíbulas robustas; por el contrario, Ramón era de aspecto aniñado, casi barbilampiño, de miembros alargados y tan delgados que le daban un aspecto frágil y quebradizo.

Embarcaron en Limasol rumbo a un puerto de la antigua Cilicia, en el sur de Anatolia. Les aguardaba después una complicada travesía, pues tenían que atravesar la cordillera del Tauro y caminar a lo largo de una ruta que llegaba hasta las orillas del gran lago Van, siempre por territorio turco, y de allí continuar hacia el este hasta Armenia, el reino cristiano al sur de la gran cordillera del Cáucaso, que se mantenía independiente en medio de territorio musulmán gracias a su alianza con los mongoles.

Las tierras altas de Anatolia se mostraron como un tapiz de infinitos matices verdes salpicados de flores rojas, blancas y amarillas. Habían sido tierras del imperio Bizantino que cayeron en manos de los turcos cuando este pueblo de formidables guerreros destruyó al ejército de Constantinopla en 1071 en los campos de Mantzikert, a una jornada de camino al norte del gran lago Van. Hacía ya más de dos siglos de aquella batalla, pero cuando pasaron por aquel lugar, los turcos asentados en las aldeas de los ricos valles les comentaron que todavía podían recogerse armas de ambos ejércitos tras un día de lluvia, y que en algunas veredas solían aparecer huesos de los soldados caídos en el combate. No se detuvieron a comprobarlo, pero sí fueron sorprendidos por algunas copiosas tormentas de primavera que los retuvieron más tiempo del previsto.

A mediados de abril, tras contratar a dos guías y cuatro porteadores en una aldea de montaña, atravesaron un alto puerto todavía cubierto de nieves abundantes y descendieron por un estrecho valle encajonado entre montañas tan altas como jamás hasta entonces habían visto. Poco a poco el valle se fue haciendo más ancho y el camino pedregoso y

escarpado dio paso a un valle verde, de abundantes aguas, defendido por una poderosa fortaleza; acababan de entrar en Armenia.

Un destacamento de caballería integrado por media docena de soldados les salió al paso y les preguntó por su destino. Usando palabras de varios idiomas, Jaime de Castelnou les pudo decir que eran comerciantes catalanes, súbditos del gran rey cristiano de Aragón, que querían establecer relaciones comerciales con su rey. Los jinetes se miraron sorprendidos y entre ellos comentaron que ninguno había oído hablar de un reino de ese nombre, pero se mostraron confiados al oír que eran cristianos. Y más todavía cuando vieron el salvoconducto escrito en latín y en árabe con los sellos del papa Bonifacio VIII, lo que pareció impresionarles mucho.

El que mandaba el destacamento dio una orden y les indicó que los siguieran. Poco después entraban en el castillo, donde fueron minuciosamente cacheados y revisadas todas sus pertenencias. No había nada que pudiera parecer sospechoso, de modo que los dejaron seguir adelante aunque, mediante un sistema de señales con banderas de colores, comunicaron a otra fortaleza próxima la presencia de esos mercaderes extranjeros.

Armenia no era precisamente un reino cristiano al estilo de los occidentales; se trataba de un territorio gobernado por señores que se sentían miembros de una misma comunidad unida por el cristianismo pero que tenían buenas relaciones con los mongoles, de los que se consideraban los mejores aliados. La mayoría de aquellos señores de la guerra rendía vasallaje al rey Hethum, que tenía su palacio en Ani, una ciudad de piedra y adobe construida en una ladera sobre el río Aras, al que antaño los griegos llamaran Araxes.

Apenas tuvieron que esperar para ser recibidos por el rey. Hethum era un joven apuesto, de cuerpo robusto y extremidades todavía más membrudas. Tenía la piel clara y los ojos verdosos y llevaba el cabello de color castaño, muy largo, recogido en una trenza adornada con hilos de oro. No tuvieron problemas para comunicarse con él, pues el rey de Armenia hablaba perfectamente el turco.

—Me dicen que traéis un mensaje de su santidad el papa, nuestro padre en Roma, para nosotros.

—Así es, majestad. En realidad no somos mercaderes, sino miembros de la Orden del Temple, soldados de Cristo.

Jaime de Castelnou se presentó e hizo lo propio con sus dos hermanos.

—He oído hablar mucho de vuestra orden; dicen que sois invencibles.

—No, majestad, ¡ojalá fuera así para el mejor servicio de Dios y de su Iglesia!, pero no es así. Los templarios hemos jurado ofrecer nuestra vida en defensa de la cristiandad, y el santo padre ha confiando en nosotros para exponeros un ambicioso plan.

—Decidme. —Hethum se acomodó en su sillón de madera pintada con racimos de uva y hojas de parra y señaló unos bancos para que se sentaran los tres templarios.

—Su santidad desea una alianza con los mongoles y con vos para recuperar los Santos Lugares. Se trata de lanzar un ataque conjunto sobre Siria y Palestina y aislar a los mamelucos en Egipto para, una vez encerrados allí, atacarlos desde el norte y desde Europa y poner fin definitivo al Islam.

—¿Y qué pasaría después?, si tuviéramos éxito, claro.

—Tierra Santa y Egipto serían para los nobles cristianos de Occidente, Siria para los mongoles y vos podríais ganar tierras hacia el sur y hacia el oeste; sin su retaguardia cubierta por los mamelucos, los turcos caerían con facilidad; los emperadores de Bizancio recuperarían las tierras occidentales de Anatolia y vos podríais crear una gran Armenia entre las tierras altas de Anatolia, los grandes lagos del sur y las montañas de Cáucaso.

—Vaya, parece que conocéis bien estas tierras; ¿habéis estado alguna otra vez por aquí?

—No. Cuanto sé lo he aprendido en Roma; allí estuve algo más de dos años estudiando lenguas y leyendo informes sobre estos territorios —respondió Castelnou.

—Parecéis un hombre serio y de palabra, pero ¿cómo me puedo fiar de vos? ¿Cómo sé que no sois un espía turco o un agente de los mamelucos?

—Soy un templario al servicio del papa y del maestre Jacques de Molay; mi palabra es suficiente, pero ahí tenéis el salvoconducto del papa.

Hethum cogió el pergamino con el sello pendiente de plomo y lo examinó con atención.

—Sólo es una piel escrita y un sello de plomo; cualquiera podría falsificar un documento como éste.

—Es auténtico, os lo aseguro.

Uno de los escribas del rey asintió.

—Bien, aunque sea auténtico ahí sólo se dice que los portadores del mismo son tres mercaderes catalanes, nada sobre unos templarios.

—¿Me permitís empuñar una espada? —dijo Castelnou.

—¿Con qué fin?

—Para demostraros que es cierto cuanto digo. ¿Quién es vuestro mejor luchador con espada?

El rey señaló a uno de sus guardias.

—¿Me permitís batirme con él?

—¿¡A muerte! —se sorprendió Hethum.

—No; sólo cruzaremos unos cuantos golpes.

—Si es así, de acuerdo —dijo el rey.

El soldado armenio y Castelnou asieron sendas espadas y se colocaron en el centro de la sala. El armenio se lanzó a la carga creyendo que su oponente era en verdad un simple mercader, pero se llevó una enorme sorpresa cuando comprobó la velocidad y habilidad de su adversario; con un movimiento rápido, el templario lo desarmó y lo derribó con una zancadilla. Sin apenas darse cuenta de cómo había ocurrido, el soldado armenio estaba tumbado en el suelo con la espada de Jaime apuntándole al cuello.

—¿En verdad os parece razonable que un comerciante catalán maneje la espada de este modo? —preguntó a Hethum—. Somos templarios y hemos venido hasta aquí para ofrecer os un acuerdo que ponga fin al dominio de los musulmanes en los Santos Lugares. Vos sois un monarca cristiano, sabréis sin duda cuál es vuestro deber.

Hethum quedó impresionado con la destreza de Castelnou. Se atusó la cuidada barba y dijo:

—De acuerdo. Enviaré una embajada al ilkán Ghazan, es el soberano mongol en las tierras occidentales de su imperio. Vos iréis con ella.

—¿Adonde debemos dirigirnos? —preguntó Jaime.

—No muy lejos, a Tabriz. Es una gran ciudad a poco más de una semana de camino hacia el suroeste. Allí está ubicado un destacamento del ejército mongol; una vez en esa ciudad ya os dirán dónde encontrar a Ghazan.

## CAPÍTULO XXVI

Los tres templarios, sus sirvientes y guías y varios embajadores armenios se pusieron en marcha hacia la ciudad de Tabriz. Atravesaron Armenia y entraron en territorio mongol. Unos jinetes les salieron al paso. Les enseñaron el salvoconducto del rey de Armenia y les dejaron continuar hacia el sureste, aunque escoltados por un grupo de soldados mongoles que montaban unos caballos que les parecieron demasiado pequeños. Eran hombres fornidos, de piel amarronada y ojos tan rasgados que aun abiertos apenas parecían una fina raya en medio de los párpados.

Tabriz era una gran ciudad, con un mercado por el que pululaban individuos de todas las razas imaginables. Los puestos del zoco estaban llenos de productos de todo el mundo, y los comerciantes parecían felices en medio de aquella abundancia de telas, sedas, alfombras, cuero, orfebrería, plata y oro. Los tres templarios pasaron totalmente desapercibidos; tal vez si hubieran portado sus capas blancas hubieran despertado cierta curiosidad, pero su aspecto no era desconocido y vestidos como mercaderes parecían unos más de los occidentales cuya presencia era frecuente en la ciudad.

Se instalaron en un enorme caravasar para mercaderes, donde pudieron disponer de varias habitaciones para todos ellos y establos para sus caballos y acémilas.

Los jinetes mongoles que los habían escoltado los acompañaron hasta el palacio del gobernador de la ciudad, un general mongol de aspecto fiero, tras su fino mostacho y con el pelo recogido en una gruesa coleta, pero que resultó de trato amable y casi refinado.

A través de los intérpretes armenios, le dijeron que pretendían entrevistarse con el ilkán Ghazan, para trabar con él una sólida alianza. El gobernador les transmitió que no creía que necesitaran de ninguna alianza, que ellos dominaban todo el mundo desde que lo conquistara el gran Gengis Kan, que eran los señores del universo y que el Eterno Cielo Azul así lo había dispuesto, pero se mostró abierto a facilitarles una entrevista con su soberano.

Desde luego, el imperio mongol era en ese año de 1298 el más amplio y poderoso que jamás se había visto sobre la tierra. Se extendía a lo largo de más de mil leguas de este a oeste, desde las aguas del mar de China hasta las llanuras del centro de Europa, y de más de quinientas de norte a sur, desde las cálidas aguas del golfo Pérsico hasta las tierras eternamente heladas de Siberia. Fundado por Gengis Kan en 1206, se había ido expandiendo a lo largo de Asia y del este de Europa hasta abarcar tres cuartas partes del mundo conocido.

El imperio se había mantenido unido bajo la autoridad de Kubilai Kan, nieto de Gengis Kan, quien lo había gobernado desde la lejana Kambalik, una ciudad de cúpulas de oro y palacios sin cuento a casi un año de camino de Tabriz. Pero desde su muerte hacía muy pocos años, cada uno de los grandes príncipes mongoles gobernaba sus inmensos territorios con plena soberanía.

Cuando Jaime de Castelnou y sus dos compañeros se enteraron del tamaño del imperio mongol apenas podían creer lo que estaban oyendo, pero su traductor armenio les aseguró que todo era cierto, aunque les confesó que él no había viajado más allá de una ciudad llamada Herat, a varias semanas hacia el este.

Aquellos días de fines de primavera el ilkán Ghazan estaba cazando en las montañas del norte de Persia, donde abundaban los antílopes y las águilas. El soberano del occidente mongol era un apasionado practicante del arte de la cetrería, y había organizado una partida para conseguir atrapar algunos polluelos de águila antes de que abandonaran sus nidos.

Jaime de Castelnou se desesperó; si tenían que buscar a Ghazan en aquella inmensidad tardarían semanas, tal vez meses en dar con él, se les echaría encima el invierno y habrían perdido todo un año. Al decirle todo esto al gobernador mongol, éste rió a carcajadas, se golpeó el pecho varias veces y pataleó de risa como un niño.

—Los mongoles disponemos de un sistema de comunicación muy rápido. Un mercader tarda un año en ir hasta Kambalik, pero yo puedo enviar hoy mismo una carta al Gran Kan y estaría en sus manos en cincuenta días. —El traductor armenio les trasladó las palabras del gobernador.

Los templarios se miraron asombrados; todo en aquel imperio les parecía extraordinario, descomunal.

—¿Entonces, podemos localizar pronto a vuestro ilkán? —preguntó Castelnou.

—Por supuesto; en tres días sabréis si desea recibirlos.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Jaime al traductor armenio.

—Poseen un sistema de correo muy eficaz. Por todo el imperio hay postas de caballos de refresco en las cuales cambian los correos de montura cada cierto tiempo. Un jinete mongol puede recorrer en un solo día la misma distancia que una caravana en una semana, e incluso más. Los correos imperiales llevan unas campanillas que indican su proximidad, de modo que cualquier viajero que las oiga debe apartarse de inmediato, incluso si se trata de un príncipe. Un correo imperial tiene preferencia de paso sobre cualquier otro ser humano. Disponen también de un sistema de señales luminosas y ópticas a través de una red de atalayas y castillos que unen todo el imperio.

El gobernador pidió explicaciones al traductor, y éste le repitió en mongol lo que les había dicho a los templarios. El jefe mongol miró a los caballeros cristianos y asintió con la cabeza mostrando un gesto a la vez de orgullo y de satisfacción.

Diez días más tarde de aquella entrevista recibieron una llamada del gobernador de Tabriz; les invitaba a presentarse en su palacio enseguida para darles una importante noticia.

Una vez allí, les comunicó que el ilkán Ghazan los recibiría en la ciudad de Qazvín en la décima luna a partir de ese día.

—¿Dónde está esa ciudad? —preguntó Castelnou.

—La conozco; si nos damos prisa podemos llegar en una semana; el camino hasta allí es bueno y muy transitado.

—Seremos tan rápidos como los correos imperiales mogoles —dijo Castelnou.

—Sin sus caballos, lo dudo —aseguró el intérprete.

\* \* \*

Cinco días tardaron en recorrer el camino a Qazvín; esa ciudad era más pequeña que Tabriz, pero parecía igualmente opulenta. La presencia del ejército mongol apenas era perceptible, y ello a pesar de que el ilkán Ghazan iba a presentarse en la ciudad.

Un dignatario mongol condujo a los templarios en el día indicado para la entrevista a un campamento instalado a una hora de marcha de la ciudad de Qazvín. En el centro de un pequeño palmeral se levantaba una tienda de fieltro en cuya puerta había bordado un halcón, el emblema de los borchiguines, la familia de Gengis Kan.

A la entrada de la puerta, sentado sobre una silla de madera, un hombre vestido con una túnica blanca bebía de una copa de plata un líquido blanquecino. El dignatario mongol les indicó a los templarios que se acercaran y los presentó:

—Su majestad imperial, el ilkán Ghazan, descendiente del Soberano del Mundo.

El intérprete armenio se arrojó de inmediato de rodillas inclinando completamente su cuerpo hacia el suelo.

—¡De rodillas! —les ordenó en mongol el dignatario.

Jaime lo entendió perfectamente, pero se limitó a inclinar levemente la cabeza en señal de respeto hacia el ilkán.

—Dile a este hombre que los templarios sólo nos arrodillamos ante Dios y ante el papa.

El intérprete giró la cabeza y, muerto de miedo, tradujo las palabras de Castelnou.

El dignatario mongol abrió los ojos cuanto pudo, airado por aquellas palabras, y miró a Ghazan esperando instrucciones. El traductor comenzó a rezar creyendo que los iban a decapitar allí mismo. Pero con un gesto de la mano, Ghazan calmó a su sirviente.

—¿Qué idiomas hablan tus amigos? —le preguntó al intérprete, que seguía arrodillado e inclinado sobre el suelo—. Te hablo a ti, estúpido. Vamos, levántate.

El traductor miró de soslayo al ilkán y se incorporó lentamente.

—Turco y árabe, majestad —balbució.

—En ese caso, no eres necesario. Retírate.

—Sí, majestad, gracias, señor, gracias...

El traductor se marchó caminando siempre hacia atrás.

—Podemos hablar en esta lengua —dijo Ghazan en árabe.

Jaime de Castelnou asintió.

—Será mejor así. Permitted, majestad, que nos presentemos.

—Sé quienes sois y qué pretendéis. Nuestro vasallo el rey de Armenia dice que buscáis una alianza con nosotros contra los mamelucos. ¿Para qué? —preguntó Ghazan.

—Para acabar con nuestro enemigo común.

—¿Y qué ganamos nosotros con esa alianza?

—Todas las tierras entre el río Jordán y el Eufrates.

—Es un desierto.

—Los oasis de Siria y sus ricas ciudades, no.

—¿No ofrecéis nada más?

—Sí: la venganza.

—¿Venganza?

—La batalla del Pozo de Goliat. Ocurrió hace cuarenta años, en Palestina; en ese tiempo mongoles y templarios éramos aliados. Uno de vuestros ejércitos fue masacrado y miles de vuestros mejores soldados asesinados. Nosotros también hemos sufrido la derrota, pero juntos podemos vengar a nuestros muertos.

—De eso hace ya tiempo.

—¿Qué creéis que hubiera hecho el gran Gengis Kan en vuestro lugar? ¿Hubiera dejado sin vengar una derrota como la del Pozo de Goliat? Vuestros muertos y los nuestros reclaman venganza. Si vengáis esa afrenta, vuestro nombre se escribirá con letras de oro en los anales del imperio mongol.

Castelnou se dio cuenta de que acababa de encontrar el recurso para convencer a Ghazan de la necesidad de la alianza contra los mamelucos.

—¿Qué acuerdo nos ofrecéis?

—Mongoles, armenios y templarios, juntos en un ataque a los mamelucos. Siria y todas las provincias al este del río Jordán serán para vuestra majestad, Palestina y Egipto para la cristiandad y Anatolia central para el rey Hethum.

—¿Cuántos hombres podríais movilizar? —preguntó el ilkán.

—Entre armenios y templarios unos veinticinco mil, pero además nuestro santo padre el papa convencerá a los reyes cristianos para que envíen a sus mejores caballeros.

—De acuerdo, sellaremos nuestro pacto con un trago de *kumis*.

A un gesto del ilkán, un sirviente vertió el líquido blanquecino que estaba tomando Ghazan en tres copas y se las ofreció a los tres templarios.

—¿Qué es esta bebida?

—No temáis; no existe nada igual en el mundo. Es leche de yegua fermentada, nuestra fuente de energía; la llamamos *kumis*. Puede que os resulte un poco picante y agria al principio, pero es la mejor bebida que podáis imaginar. Con nuestros caballos y un poco de *kumis*, Gengis Kan conquistó el mundo.

Jaime dio un sorbo de aquel líquido y sintió en el paladar su sabor ácido y picante, pero una vez tragado le quedó en la boca una sensación agradable.

—No está mal —dijo el templario.

—Apurad la copa, ninguna alianza puede salir bien sin compartir un buen *kumis*.

\* \* \*

—Hermano Jaime, has estado muy bien; esa alusión a la venganza ha sido definitiva. El ilkán ha quedado convencido de la necesidad de la alianza —le dijo Ramón de Burdeos, una vez que los tres templarios se quedaron solos tras la entrevista con Ghazan.

—Sí, hermano, el maestre estará orgulloso de ti —asentó el sargento Pedro de Brindisi.

—Pero falta lo más importante: sellar el acuerdo y acordar el plan de ataque contra los mamelucos. Y sobre todo, dirimir quién será el jefe supremo del ejército.

—Esa cuestión será complicada, sí. Ya habéis visto cuan grande es la arrogancia de esos mongoles. Se creen hombres superiores al resto. En alguno de los informes que pude estudiar en la biblioteca de Roma, leí que Gengis Kan estaba convencido de que era el elegido de Dios para gobernar el mundo. Si no estoy mal informado, Ghazan es su biznieto, de modo que la sangre del Gran Kan corre por sus venas. No creo que consienta que nadie dirija un ejército en el que, además, él aporta la mayor parte de las tropas.

—Y yo no creo que nuestro maestre acceda a que el ejército templario lo dirija alguien que no sea él mismo —supuso Ramón de Burdeos.

—Pues será necesario alcanzar una fórmula de compromiso. El Temple apenas puede movilizar a mil caballeros, frente a unos cien mil de los mongoles. Con esa tremenda desproporción, es lógico que el mando supremo corresponda a Ghazan. No obstante, queda mucho trabajo por hacer.

En las semanas siguientes los generales de Ghazan, los tres templarios y los embajadores armenios fueron trazando el plan de ataque contra los mamelucos y acordando las diferentes cláusulas del acuerdo.

Algunas tardes, Castelnou se ejercitaba en la palestra con sus dos compañeros, ante la mirada atónita de los guerreros mongoles, asombrados ante la habilidad con que el caballero templario manejaba la espada con su mano izquierda.

Había días en los que los templarios y los mongoles se intercambiaban trucos y habilidades. Los mongoles les enseñaron a disparar con el arco de doble curva, pequeño pero extraordinariamente poderoso. Un mongol fue capaz de lanzar una flecha y acertar en un blanco con forma de persona a quinientos pasos de distancia. Los templarios intentaron emular la hazaña, pero ninguno alcanzó ni la distancia ni la precisión lograda por el arquero mongol. Como jinetes, los mongoles también parecían insuperables, y a lomos de sus

pequeños caballos eran capaces de disparar sus arcos con endiablada precisión.

Un ataque combinado de la pesada caballería templaria, con su contundencia acorazada, y de los ligeros jinetes mongoles, con su rapidez y movilidad, sería demoledora para cualquier enemigo. Tras participar en varios ejercicios con los jinetes mongoles, Jaime de Castelnou se convenció de que los mamelucos no podrían resistir una carga de semejantes fuerzas unidas.

Tras varios meses entre armenios y mongoles, Jaime de Castelnou había cambiado. Desde niño había sido educado en los valores y creencias de la Iglesia, y mientras postuló como novicio del Temple su vida giró en torno a la defensa de la cristiandad. Entonces creía que el mundo se dividía entre cristianos e infieles y que fuera de la Iglesia no había ninguna posibilidad de salvación. Pero conviviendo con aquellas gentes del lado lejano del mundo comenzó a apreciar otros valores y otros sentimientos.

Y es que el mundo era mucho más grande de lo que siempre había imaginado. Más allá de Tierra Santa se extendía una región de la que los occidentales sólo tenían referencias por las informaciones parciales de un puñado de viajeros y por las de unos cuantos mercaderes que hablaban de un mundo de maravillas, de animales extraños y fabulosos, de riquezas extraordinarias, de ciudades de tejados cubiertos de oro y de tesoros sin cuento. El mundo le pareció inacabable; tras una enorme cordillera se abría un valle o una meseta, y luego otra cordillera más alta y grande que la anterior, y aún faltaban meses y meses de camino para llegar a la corte del Gran Kan. Y dudó de cuanto le habían enseñado, y de que la razón sólo estuviera anclada en una pequeña parte de un mundo tan inmenso.

A comienzos del otoño el acuerdo y el plan de ataque estaban perfectamente diseñados. Convinieron en que los ejércitos mongol, armenio y templario se reunirían el primer día de luna llena del otoño del año siguiente, el correspondiente a 1299 del calendario cristiano, en las ruinas de la ciudad de Antioquía, la que otrora fuera opulenta metrópoli de Siria pero que, tras dos siglos de guerras, había quedado fatalmente arrumbada. Los armenios regresaron a Ani antes de que los pasos de las montañas quedaran cerrados por las nevadas, en tanto los templarios decidieron volver a Chipre bordeando el límite sur del territorio mongol, a través de una ruta que unía Qavín con el Mediterráneo atravesando Persia por la ciudad de Hamadán y Mesopotamia por Bagdad, donde el invierno era muy suave y la nieve jamás interrumpía los caminos.

Cansados pero felices por el éxito de su empresa, los tres templarios arribaron a Chipre dos días antes de la Navidad de 1298.

## CAPÍTULO XXVII

Jacques de Molay reunió de inmediato al Capítulo de la Orden en la sala capitular del convento de Nicosia para informar de la alianza con los mongoles, los mismos que años atrás habían sido considerados como los hijos de Gog y Magog, las terribles tribus de las profundidades de la estepa polvorienta y cuya alianza habían rechazado, eran presentados ahora como la única esperanza para recuperar los Santos Lugares y asestar un golpe mortal al Islam. Molay no necesitó hacer ningún esfuerzo para convencer a sus hermanos de la oportunidad de esa alianza y de entrar en guerra; habían pasado ocho años desde la última ocasión en que los templarios habían combatido y derramado su sangre sobre los muros de Acre y, tras tanto tiempo inactivos, los caballeros veteranos estaban deseosos de vengar a sus hermanos muertos en Acre y los jóvenes recién llegados de las encomiendas europeas ansiaban participar en su primera acción de guerra.

El maestre del Temple envió varias cartas solicitando al papa Bonifacio VIII que, ante el éxito de la alianza con los mongoles, convocara una nueva cruzada para que en el otoño de ese año un gran ejército cruzado pudiera unirse al templario y acudir a Antioquía con mongoles y armenios; era la gran oportunidad para destruir al Islam y ganar nuevas tierras y señoríos para los monarcas y nobles cristianos. Bonifacio VIII lo intentó, pero la cristiandad estaba inmersa en problemas internos demasiado importantes como para preocuparse por Oriente; Inglaterra miraba con recelo a sus vecinos del norte, los indómitos escoceses, con quienes estaban enfrentados desde hacía tiempo; Castilla se había sumido en una grave crisis; Aragón y Francia estaban enfrentados en una guerra por Sicilia, donde se libraban cruentas batallas entre los propios cristianos; el Imperio alemán era complejo y además no se llevaba bien con el papado, y los reinos del norte quedaban demasiado lejos como para que les interesara lo que pudiera suceder en el extremo oriental del Mediterráneo.

La cristiandad estaba más rota y desunida que nunca y además los campos ya no producían como antes, la hambruna había aparecido en algunos lugares y el descontento de las masas campesinas se manifestaba en revueltas y en la adopción de herejías que abogaban por una vuelta a la pobreza evangélica. Eran muchos los predicadores, incluso de condición eclesiástica, que ante la riqueza de la Iglesia reclamaban un regreso a la Iglesia de los pobres, argumentando que Cristo así lo había querido.

A principios del verano llegaron malas noticias a Chipre; Bonifacio VIII no había logrado convencer ni a un solo soberano cristiano para que acudiera ni para que enviara soldados a una nueva e imposible cruzada. Molay estaba indignado; los templarios eran los únicos cristianos europeos que asistirían al encuentro de Antioquía.

El Capítulo General fue convocado para el último domingo de julio. Doscientos hermanos participaron en él. Habían venido caballeros de muchas encomiendas de Europa, y todavía se esperaban más a lo largo del verano. El maestre había escrito una circular ordenando a todos los comendadores de las casas del Temple que enviaran a cuantos combatientes pudieran para esa gran campaña que se avecinaba, siempre y cuando no quedaran indefensos y desasistidos los conventos.

Jaime de Castelnou se sentaba cerca de Molay; desde que cumpliera con éxito su complicada misión ante el rey de Armenia y el ilkán de los mongoles, su aprecio en la Orden había ganado mucho, y ya había algunos hermanos que consideraban que podría ser un buen maestre en el futuro. Todavía no había cumplido los treinta años, pero era un experto en la Orden, había realizado varias misiones diplomáticas secretas con mucha

eficacia y se consideraba el mejor luchador con espada del Temple.

—Hermanos —dijo el maestre ante el Capítulo—, tenemos ante nosotros la gran oportunidad que hemos estado largos años esperando. Desde que nuestro fundador, el maestre Hugo de Payns, creara el Temple en Jerusalén hasta hoy, miles de soldados de Cristo han muerto en defensa de nuestra fe, de la cristiandad y de los peregrinos. Hace ya demasiado tiempo que el sepulcro del Señor está en manos sarracenas, y es hora de recuperarlo. Meses atrás nuestros hermanos Jaime de Castelnou, Ramón de Burdeos y Pedro de Brindisi cerraron un pacto secreto con el rey de Armenia y con los mongoles —en la sala se oyó un leve murmullo al citar a ese pueblo—, para constituir una alianza con la que destruir al Islam. Y ese momento ya ha llegado. En las próximas semanas nos trasladaremos hasta las costas del Líbano en las galeras que hemos ido reuniendo en el puerto de Limasol y nos reuniremos con nuestros aliados en Antioquía.

—Estaremos solos. Ninguno de los reyes y nobles de la cristiandad ha respondido afirmativamente a la llamada de su santidad el papa Bonifacio para asistir a esta cruzada; pero no os importe. Los templarios fuimos los últimos en abandonar Tierra Santa, y seremos los primeros en regresar. Aprovecharemos nuestra posición en la isla de Ruad para desde allí dar el salto a tierra firme; una vez en el continente nos uniremos a nuestros aliados. Os prometo que pronto volveremos a rezar en nuestra primera sede de Jerusalén.

Cuando algunos de los hermanos congregados en el Capítulo preguntaron por ciertos detalles de la campaña, el maestre les recordó que convenía guardar silencio a causa del secreto de la operación, y les pidió que tuvieran confianza en él.

En las semanas que precedieron al embarque, Jaime de Castelnou actuó como instructor de los jóvenes templarios recién llegados de las encomiendas europeas. Le recordaban a sí mismo, cuando diez años atrás embarcó en *El halcón* rumbo a Acre lleno de ilusiones y de esperanzas, y confió en que no les ocurriera algo similar, que tuvieran que retirarse derrotados ante los musulmanes mamelucos. Los más bisoños se mostraban ufanos y altivos con sus hábitos blancos de caballero templario, y era a éstos a los que trataba de rebajar la arrogancia cuando practicaba con ellos con la espada en el palenque.

—Cada día están menos preparados —comentó Jaime a Ramón de Burdeos, que se había convertido en su compañero inseparable.

—¿Lo has notado, verdad?

—Por supuesto. Las cosas están cambiando y deprisa; hace años, para entrar en el Temple eran necesario demostrar valor, sentido de la disciplina y voluntad de servir, pero ahora..., fijate en esos jóvenes; se creen que con vestir el hábito blanco con la cruz roja ya han vencido en la batalla antes siquiera de que comience.

—¿Sabes?, creo que nuestra época se está acabando —dijo Burdeos—. El Temple fue necesario, tal vez imprescindible en los tiempos en los que reyes como Ricardo Corazón de León o Luis el Santo tenían grabada en su alma la señal de los cruzados; pero ahora ya no existen soberanos como aquéllos. Felipe el Hermoso o Jaime de Aragón nunca atenderán al viejo espíritu de los caballeros cruzados; sólo les preocupa su riqueza y su propio poder. Jamás harán nada que no les produzca un beneficio material.

—Tal vez, pero todavía quedan hombres dispuestos a luchar por Cristo.

—Pocos, cada vez menos. ¿No te das cuenta, hermano?; ya nadie cree en nuestros ideales, nadie los comparte; somos una rareza en un mundo en el que sólo importa el propio interés. Los templarios somos seres extraños a los ojos de la mayoría. Sí, nuestro tiempo ha pasado ya.

—Vamos, Ramón, tú has estado conmigo en Armenia y entre los mongoles, y has

visto que el mundo es diverso y que todavía tenemos un sitio en él.

Ramón de Burdeos sonrió.

—Nunca abandonarás el espíritu del Temple; habremos abjurado todos y tú seguirás firme en tus ideales.

## CAPÍTULO XXVIII

Mil doscientos combatientes había logrado reunir el Temple en el puerto de Limasol, pues poco antes de partir se habían sumado a la expedición algunos caballeros hospitalarios y dos regimientos de las milicias concejiles de Chipre. Los caballeros, los sargentos y los criados, cada uno de ellos con sus uniformes reglamentarios, embarcaban en orden en las galeras que los llevarían a la isla de Ruad, donde seguía presente un destacamento de templarios, para desde allí pasar al continente. Cada una de las galeras enarbolaba en lo alto de sus mástiles el *baussant*, el estandarte blanco y negro de la Orden. En la galera capitana, donde iba el maestre Molay, se enarboló el estandarte de combate bajo el cual pelearían de nuevo los hermanos. Desde que fuera llevado a Chipre en *La rosa del Temple* junto con el tesoro, no había vuelto a desplegarse, y de eso hacía ya ocho años. El propio maestre dio la orden de que el *baussant* de combate fuera colocado en el puente de popa de la galera capitana. Jaime de Castelnou sintió que se le erizaba el vello cuando volvió a ver ondear el estandarte que el mariscal había arriado de la Bóveda de Acre y se lo había entregado poco antes de que se viniera abajo.

Desde el islote de Ruad las galeras templarias navegaron de cabotaje hacia el norte, buscando la desembocadura del río Orontes; desde allí, y siguiendo su curso, Antioquía se encontraba a poco menos de una jornada de distancia.

El ejército templario alcanzó las inmensas ruinas de la antigua Antioquía mediada la tarde, justo el día en que, por la noche, la luna estaría llena. La otrora populosa ciudad se había convertido en un solar de escombros y edificios arrumbados entre los que unas decenas de familias campesinas malvivían cultivando campos que en otro tiempo debieron de ser fértiles. Las imponentes murallas que detuvieron durante un año al poderoso ejército que en la Primera Cruzada dirigieron los formidables Bohemundo y Tancredo de Tarento y Godofredo de Bouillon eran un rosario de rocas que semejaban la espina dorsal descarnada de un enorme monstruo; sus palacios abandonados estaban cubiertos de maleza y espinos y sus antaño florecientes mercados servían de solar para lagartos que tomaban el sol entre losas de piedra y paredes de mampuesto a las que les habían arrancado las piezas de mármol que las habían recubierto.

Molay eligió un lugar elevado, donde antes estuvo el castillo de la ciudad, para instalar el campamento y esperar la llegada de sus aliados.

—Vendrán, claro —aventuró Burdeos, mirando hacia las colinas del norte de Antioquía.

—No lo dudo. El rey Hethum me pareció un hombre de palabra y el ilkán Ghazan estaba deseoso de vengar la derrota del Pozo de Goliat —le respondió Castelnou.

—Aquello que le dijiste, ¿cómo fue?, ¡ah!, sí, que su nombre se escribiría con tinta de oro en los anales del Imperio mongol, fue definitivo.

—Todo gobernante quiere pasar a la historia con su nombre escrito en letras doradas en las crónicas de su país. Mira, ahí están.

Sobre la cresta de una colina aparecieron los primeros estandartes de los mongoles: un mástil del que pendían siete colas de caballo. Y tras ellos, las banderas amarillas de Armenia.

Los dos templarios observaron atónitos la enorme masa de guerreros que avanzaba hacia la ciudad, tiñendo las colinas de los colores de sus uniformes.

—¿Cuántos crees que son? —demandó Burdeos.

—No lo sé, nunca he visto a tantos hombres juntos; bueno, tal vez en Acre, dijeron

que los mamelucos eran en esa ocasión doscientos mil.

Los ejércitos armenio y mongol sumaban cien mil combatientes, bien equipados para la guerra, porque como hicieran los templarios, también sus aliados habían estado ensayando ejercicios ecuestres y prácticas de combate en los meses anteriores.

Unos jinetes se acercaron hasta el pabellón del maestro del Temple, y acordaron que a la mañana siguiente los jefes de los tres ejércitos se reunirían para establecer el plan de ataque.

El ilkán Ghazan, el rey Hethum de Armenia y el maestro del Temple se reunieron con sus consejeros e intérpretes en el pabellón del jefe mongol, una enorme tienda de fieltro decorada con extraños dibujos de gran colorido, con un gran halcón sobre la puerta. A su derecha se sentó el rey Hethum y a la izquierda el maestro Molay. El ilkán comenzó diciendo que él sería el jefe supremo del ejército y se situaría en el centro y que el rey Hethum y el maestro del Temple dirigirían cada uno una de los dos alas; Ghazan colocaría bajo el mando de Molay a treinta mil de sus hombres, y a otros diez mil bajo el de Hethum. El maestro del Temple, que no estaba en condiciones de debatir la jefatura del ejército ante la aplastante superioridad de los mongoles, se dio por satisfecho. Se acordó también que se pondrían en marcha de inmediato, pues los espías enviados por los mongoles habían comunicado que un ejército mameluco integrado por ciento cincuenta mil hombres había salido de Egipto al enterarse de los movimientos de los mongoles en Siria y avanzaba rápido hacia el norte.

\* \* \*

Ochenta mil mongoles, veinte mil armenios y mil doscientos templarios con algunos aliados, divididos en tres cuerpos de ejército, se pusieron en marcha. Nunca antes varias divisiones mongoles habían sido dirigidas por alguien ajeno al ejército de los herederos de Gengis Kan. El maestro de Molay, con su capa blanca y su cruz roja al hombro izquierdo, era el primer occidental que dirigía tres *tumanes* (cada *tuman* era una división de diez mil hombres) mongoles.

Ocuparon fácilmente la ciudad de Alepo, salvo su poderosa fortaleza, donde se habían hecho fuertes algunos cientos de soldados mamelucos, y continuaron hacia el sur.

—Fíjate hermano —Ramón de Burdeos señaló a Jaime de Castelnou la cabeza de la columna en donde formaban, en la cual dos abanderados portaban en paralelo el *baussant* de los templarios y el estandarte de las siete colas de caballo de los mongoles—. ¿No te parece extraordinario?

—De no estarlo contemplando con mis propios ojos, no lo creería. Ya ves, gracias a esos tártaros todavía es posible la esperanza para los cristianos.

Las columnas del ejército aliado avanzaban por un amplio valle siguiendo el antiquísimo camino de Antioquía a Damasco; en lo alto de algunos cerros pudieron ver los restos de antiguas fortalezas construidas por templarios y hospitalarios para defender una de las rutas de los peregrinos cristianos que tiempo atrás acudían a rezar al Santo Sepulcro de Jerusalén. Los templarios más veteranos todavía reconocieron algunas de ellas, en las que habían servido siendo jóvenes.

Unos oteadores, enviados por los generales de la vanguardia para inspeccionar el camino, informaron de que el ejército mameluco acababa de salir de Damasco. Habían calculado que lo integraban al menos ciento cincuenta mil soldados.

—Ciento cincuenta mil de su lado y más de cien mil del nuestro; si se produce la batalla, y parece inevitable, será la más grande de la historia.

—¿Tú crees? —preguntó Ramón.

—Por lo que sé, jamás se han reunido tantos combatientes en una sola batalla.

Los dos ejércitos se encontraron en el llano de Hims, a mitad de camino entre Antioquía y Damasco. Ambos comandantes ordenaron que se mantuvieran las posiciones; por los espías y exploradores destacados por ambas partes conocían bien el tamaño de cada uno de los dos ejércitos.

El frente del mameluco, al que se habían sumado algunos sirios y árabes, ocupaba una enorme extensión en la entrada de un amplio valle; el aliado formaba en las laderas de unas suaves colinas al norte. Durante dos días se observaron; por fin, el 22 de diciembre, el maestro Molay aconsejó al ilkán Ghazan que había llegado el momento de atacar, y el jefe mongol dio la orden de carga.

El primer ataque lo protagonizaron los templarios; protegidos con sus pesadas corazas y cotas de malla, formaron un frente de doscientos caballeros en línea por cinco en fondo y se lanzaron ladera abajo directos al centro de los mamelucos. Todos los combatientes observaron sorprendidos la formidable carga del Temple. Las dos primeras líneas estaban integradas por caballeros, bien identificados por sus capas blancas y sus cruces rojas, y las tres siguientes por los hermanos sargentos, con sus hábitos oscuros; parecían un gran estandarte blanco y negro ondeando sobre los campos de Hims al compás del galope de sus caballos.

Jacques de Molay cabalgaba en el centro de la primera línea, al lado del *baussant*, el mismo que habían arriado ocho años atrás de los muros de Acre.

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed Tuo nomine da gloriam* —gritó Molay.

Sólo oyeron el lema del Temple los hermanos que cabalgaban a su lado, pero la voz se fue corriendo como una ola desde el centro hasta los extremos de la formación.

Los mamelucos que vieron venir contra ellos aquella contundente carga dudaron; algunos miraron hacia sus comandantes como pidiendo permiso para retirarse, pero fueron obligados a mantener su posición. En unos instantes la marea blanca y negra irrumpió entre sus filas como un ciclón, con las lanzas por delante, arrasando la formación en cuadro de la infantería musulmana; todo el frente central se vino abajo cuando el envite de los templarios se llevó por delante a varias filas de infantes mamelucos.

La carga se había realizado con las lanzas, pero en cuanto los caballos quedaron frenados por la multitud enemiga, sus jinetes los hicieron girar como les habían enseñado y cocearon con sus patas a los amedrentados infantes egipcios. Las pezuñas de los caballos acabaron con varios mamelucos, y de inmediato los templarios desenvainaron sus espadas y comenzó una tremenda carnicería. El sultán mameluco había colocado en las primeras líneas a soldados inexpertos para que sirvieran como muro de contención del primer ataque del ejército aliado, y apenas sabían defenderse de los mandobles que repartían los templarios.

—¡Por Acre, por Acre, por nuestros hermanos caídos en Acre! —gritaba Molay conforme iban cayendo decenas de musulmanes.

El sultán ordenó entonces el contraataque de su caballería, que se desplegó intentando rodear a los templarios; pero Ghazan advirtió la maniobra y lanzó a la caballería pesada de Armenia, que pudo evitar que fueran rodeados los templarios. Y por fin mandó atacar a los mongoles. Erguidos sobre sus pequeños caballos, los jinetes mongoles se desplegaron hacia las alas del ejército mameluco disparando sus potentes arcos de doble curva.

Durante todo el día se combatió en grupos, con maniobras tácticas de los

escuadrones de caballería que se desplazaban intentando obtener superioridad sobre el enemigo, rodearlo y aniquilarlo. Entretanto, los templarios seguían firmes en el centro de la batalla, sumidos en un cenagal de barro rojizo provocado por la sangre de los caídos.

Los caballos de los templarios habían sido entrenados para utilizar sus pezuñas delanteras como verdaderas mazas de combate. Cuando era necesario, un jinete del Temple podía ordenar a su caballo, mediante un movimiento de las riendas, que se alzase sobre los cuartos traseros y pateara con los delanteros a quien tuviera enfrente en ese momento. Decenas de mamelucos cayeron ese día coceados por los corceles del Temple.

Jaime de Castelnou combatía al lado del maestre, cerca del estandarte; se mantenía siempre alerta, procurando no dejar descuidados sus flancos, y girando una y otra vez a derecha e izquierda, lanzando estocadas certeras; tras medio día de combate había despachado a no menos de treinta mamelucos y había herido a otros tantos.

A comienzos de la tarde la batalla seguía en plenitud, y los mamelucos, pese a la enorme cantidad de bajas sufridas, no mostraban intención de retirarse.

—La noche caerá enseguida; si no los derrotamos antes de que se oculte el sol no habrá victoria hoy —dijo Castelnou a Burdeos, que se mantenía a su espalda, tal como le había señalado antes de iniciar la carga.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—O que se retirarán hacia el sur buscando mejores posiciones defensivas o que mantendrán las actuales hasta el amanecer.

Esos días de diciembre son los más cortos del año, y la oscuridad se vino encima como un manto de seda negra.

Los combatientes retrasaron sus posiciones a las del inicio de la batalla y aguardaron al amanecer. Nadie pudo conciliar el sueño; Castelnou y Burdeos se turnaron, como hicieron por parejas el resto de los hermanos templarios, para echar unas cabezadas e intentar recuperar parte de las fuerzas perdidas en la pelea. La madrugada fue fría; una fina capa de escarcha cubrió el campo, que a la salida del sol brillaba como si durante aquella noche lo hubieran nacarado.

El sol ascendió brillante y amarillo en un cielo azul claro. El maestre Molay volvió a formar a sus caballeros en cinco filas; en el recuento faltaron veinte. Y ordenó una nueva carga. Los caballos tenían los músculos todavía entumecidos por el frío de la madrugada, pero sus jinetes supieron dosificar el esfuerzo en la primera cabalgada a fin de que fueran calentándolos para conseguir ponerlos a punto en el esfuerzo final.

Los mamelucos, desmoralizados por la ingente cantidad de bajas que les habían causado los templarios el día anterior, se mostraron menos firmes en esta segunda acometida, y algunos hicieron ademán de retroceder. Pero ya era tarde; las cinco filas blancas y negras se les echaron encima como un torrente desbordado en la tormenta, y el frente de la infantería musulmana se derrumbó. Cada uno de los infantes, aterrado ante el envite del Temple, intentó salvarse de una nueva matanza, se deshicieron las filas y todos corrieron en desbandada hacia la retaguardia en busca de refugio.

Hethum de Armenia les cerró el paso con su caballería, causando un estrago terrible; entre tanto, Ghazan y sus mongoles rodearon al desorientado ejército mameluco y provocaron una matanza en su caballería. A mediodía del 23 de diciembre de 1299 el ejército aliado de mongoles, armenios y templarios alzaba sus estandartes victoriosos al cielo azul de Hims tras haber librado una de las mayores batallas de la historia. El camino hacia Jerusalén estaba abierto, y el Islam parecía herido y acabado.

Cincuenta mil cadáveres alfombraban de muerte y sangre los campos de Hims.

Durante toda la tarde los vencedores se dedicaron a recorrer el escenario de la batalla para recuperar a sus muertos. Treinta templarios habían caído y unos ciento cincuenta tenían heridas de diversa consideración. Entre los aliados, los armenios se habían llevado la peor parte, tal vez porque se emplearon con todo ímpetu ante el temor a no combatir con el arrojo de los templarios y los mongoles.

\* \* \*

Hethum estaba orgulloso de sus hombres, y en la asamblea de jefes y generales que se celebró tras la batalla se le veía feliz pese a que había perdido a uno de cada cuatro de sus guerreros.

—Ya nada nos impide alcanzar Jerusalén —dijo Molay—. Propongo que, tras enterrar y honrar a nuestros muertos, sigamos hacia el sur y continuando con el plan previsto acabemos con los musulmanes. Hay que asestarles el golpe definitivo antes de que puedan recuperarse.

Ghazan se levantó de su asiento, hizo un gesto majestuoso con el brazo derecho y habló:

—Yo soy musulmán.

El rostro del maestre del Temple se convulsionó como agitado por un gigantesco terremoto cuando el intérprete le tradujo las palabras del ilkán.

—¿Vos..., majestad? —preguntó Molay, absolutamente confundido.

—Sí, yo, ¿os extraña? Pero no os preocupéis, maestre antes que musulmán soy mongol, y al pueblo mongol me debo. Cumpliré con mi pacto, entraré en la ciudad llaman Damasco y luego mi ejército regresará conmigo.

—Pero entonces, ¿no vais a acabar esta empresa?

—Con la ocupación de Damasco habré cumplido mi palabra.

Molay miró a Castelnou como pidiéndole explicaciones, pero el templario se encogió de hombros dándole a entender que no sabía que el ilkán de los mongoles fuera musulmán.

Y así fue. El ejército aliado entró en una indefensa ciudad de Damasco a principios de enero de 1300. Ghazan rezó una oración en la gran mezquita de los Omeyas y dos días después de celebrar ese rito ordenó a sus generales que se replegaran por donde habían venido. Pocos días después el rey Hethum hizo lo mismo y regresó a su reino del Cáucaso.

Siria y Palestina quedaron en manos de los templarios; pero eran demasiado pocos para mantener semejante extensión de territorio. El maestre Molay envió una carta al papa rogándole que insistiera ante los reinos cristianos para que enviaran soldados a Tierra Santa. Dos siglos después de que lo hicieran los primeros cruzados, Jerusalén podía volver a ser cristiana; los musulmanes estaban derrotados y, con un esfuerzo más de la cristiandad, acabarían siendo eliminados por completo. El sueño de los Santos Lugares libres de infieles sarracenos estaba al alcance de la mano.

## CAPÍTULO XXIX

En 1300 se celebraba en Roma el jubileo por el decimotercer centenario del nacimiento de Cristo y el papa ofreció grandes compensaciones espirituales a los soberanos cristianos que acudieran a Tierra Santa. Una vez más, la llamada pontificia fue en vano. Bonifacio VIII recibió en Roma la noticia de la victoria de Hims y del avance en solitario de los templarios hacia Jerusalén a mediados de febrero.

Entretanto, los templarios habían logrado recuperar algunos de sus castillos en el sur de Siria, pues los mamelucos que los custodiaban habían huido hacia el sur tras la derrota en Hims. Pero Molay disponía de muy pocos hombres para mantener bajo control tan amplio territorio. El maestre apenas contaba con mil hombres operativos, de manera que lo que hizo fue dividirlos en grupos de veinte que se movían permanentemente de un lado para otro para intentar aparentar ante los ojos de los musulmanes de la región que eran muchos más.

Castelnou dirigía una de esas columnas templarias que iban y venían por los caminos del sur de Siria y por la costa para dar la impresión de ser miles los caballeros del Temple. Cada uno de los grupos enarbolaba su estandarte *baussant*, y todos esperaban que de un momento a otro arribaran del otro lado del mar miles de cruzados para poder mantener aquellas conquistas.

Pero el papa Bonifacio no fue capaz de convocar ninguna cruzada; durante la primavera sondeó las intenciones de los monarcas cristianos y ni uno solo se mostró partidario de acudir a su llamada. En tales condiciones, citar a los cristianos para concitarlos en defensa de los Santos Lugares hubiera sido un tremendo fracaso y el papa no estaba en condiciones de permitirse un rechazo frontal de toda la cristiandad a sus propuestas.

Mientras, Molay formó una columna con doscientos caballeros y a fines de junio ordenó avanzar hacia Jerusalén.

La Ciudad Santa era poco más que un poblachón polvoriento en medio de una tierra quemada. Tantos siglos de luchas y guerras en sus alrededores habían provocado un considerable descenso de su población, y vivir allí no constituía precisamente un privilegio. El ejército templario contempló sus soñados muros una ardiente mañana de principios de julio. Hacía mucho tiempo que ningún templario pisaba su suelo sagrado, desde luego ninguno de los que formaban en la columna dirigida por Molay lo había hecho antes, pero el recuerdo de tantos hermanos muertos por conseguir que se produjera ese momento provocó en sus corazones una intensa emoción.

—¡Ahí está, hermano Jaime, Jerusalén, Jerusalén, la ciudad de Dios! —exclamó eufórico Ramón de Burdeos, que cabalgaba al lado de Castelnou.

—Es la ciudad por la que hace ya diez años vine a luchar a estas tierras; y ahí está, a nuestro alcance.

—La imaginaba más grande, más hermosa...

—Y lo es; mírala con los ojos del alma. ¡Es Jerusalén!, la Ciudad Santa, el lugar donde murió Cristo, donde fue enterrado, donde resucitó. Es nuestra casa madre; aquí se fundó nuestra Orden hace ya casi dos siglos; aquí está nuestro verdadero espíritu, y nuestro destino.

La columna templaria, integrada por doscientos caballeros, se presentó ante las puertas de Jerusalén sin que nadie ofreciera resistencia alguna. Los habitantes de la ciudad observaban a aquellos caballeros vestidos de blanco y de negro, con las cruces rojas sobre

sus hábitos, como si se tratara de espectros recién llegados de otro mundo contra los que fuera inútil cualquier resistencia.

Formados en columna de a dos, entraron por la puerta Dorada y se dirigieron hacia la mezquita de al-Aqsa, en la explanada del templo de Salomón. De las construcciones que levantarán los pioneros templarios no quedaba nada; el sultán Saladino, tras conquistar Jerusalén en 1187, había ordenado derribar los edificios de los cristianos y asperjar con agua de rosas traída desde Damasco todo el lugar para purificarlo antes de reintegrarlo al culto islámico.

Molay echó pie a tierra y, seguido por un séquito de doce caballeros, entre los que se encontraban Jaime de Castelnou y Ramón de Burdeos, avanzó hasta la mezquita de al-Aqsa, atravesando la explanada del Templo junto a la cúpula dorada de la mezquita de la Roca, donde los musulmanes aseguraban que se conservaba impresa sobre una piedra la huella de Mahoma cuando ascendió a los cielos desde ese mismo lugar. Los rayos del sol reflejaban destellos dorados sobre el metal de la cúpula. Algunos caballeros comenzaron a cantar el salmo de David, cuyos primeros versos constituían la divisa del Temple: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, mas a Tu nombre da gloria, por Tu fidelidad, por Tu misericordia».

A aquellos hombres duros, curtidos en la batalla y en la disciplina, muchos de ellos causantes de la muerte de decenas de mamelucos en Hims, se les enturbiaron los ojos y lloraron de alegría, emocionados por pisar el mismo suelo que en su día pisara Hugo de Payns y sus compañeros fundadores del Temple.

Al llegar ante la mezquita de al-Aqsa, el lugar donde estuvo la primera iglesia templaria, el maestre Molay se detuvo; en la misma puerta había tres musulmanes vestidos con túnicas y turbantes blancos. El mayor de ellos, un anciano de espesa barba totalmente cana, dijo unas palabras en árabe. Molay se volvió hacia Castelnou y le pidió que le tradujera lo que había dicho.

—Es un ulema, hermano maestre, un sabio en teología y derecho islámicos. Dice que este lugar es sagrado y que debe ser respetado. Asegura que si queremos entrar por la fuerza deberemos hacerlo por encima de su cadáver.

Molay miró al anciano y en sus ojos pudo advertir una determinación absoluta en cuanto estaba diciendo.

—Dile que sólo queremos rezar.

Castelnou tradujo las palabras del maestre.

El ulema se dirigió entonces a sus compañeros y les dijo al oído unas palabras que Jaime no pudo oír; después se dirigió al maestre.

—Es sorprendente —dijo Jaime—, nos invita a rezar juntos por la paz.

—¿Juntos?

—Sí, ellos y nosotros. Dice que Dios es el mismo para todos los hombres y que los corazones limpios pueden dirigirse a él de cualquier modo y en cualquier lugar.

—¿Estás seguro de que es un musulmán?

—Sí, así lo parece, sin duda.

—De acuerdo —asentó Molay—, rezaremos juntos.

Algunos de los templarios que integraban el séquito del maestre se miraron confusos. Ramón de Burdeos murmuró al oído de Jaime que no estaba bien rezar con los musulmanes, pues ellos eran infieles, enemigos de Dios y de la Cruz, y que la misión de los templarios era acabar con ellos y no confraternizar con sus representantes religiosos.

—Entraremos en ese templo y rezaremos juntos —dijo el maestre—, pero sólo

quien quiera hacerlo; los hermanos que no deseen entrar pueden quedarse aquí esperando.

Castelnou se lo hizo saber al anciano, quien asintió con la cabeza pero señaló antes las espadas que colgaban de los cintos de los caballeros.

—Debemos entrar desarmados —tradujo Jaime.

Molay se quitó el cinturón de cuero con la espada y los que decidieron entrar hicieron lo mismo.

De los trece templarios, sólo cuatro se quedaron fuera, entre ellos Ramón de Burdeos, quien seguía insistiendo en que aquello estaba mal hecho y que además era una temeridad hacerlo desarmados.

Dentro de la mezquita de al-Aqsa ardían varias lámparas que iluminaban la oscuridad de las naves con unos finos haces de luz amarillenta. Castelnou sintió una agradable sensación de frescor tras haber soportado el inclemente calor del exterior. Los tres musulmanes se arrodillaron frente al muro de la *qibla*, que indicaba la dirección de La Meca, y comenzaron a invocar el nombre de Dios. *Allahu akbar, Allahu akbar, wa Muhammad rasul Allah* —«Dios es grande, Dios es grande, y Mahoma es Su enviado»—, repetían esa frase una y otra vez, como una letanía monocorde, inclinando sus cuerpos hacia delante y hacia atrás en un constante y acompasado bamboleo. Molay comenzó entonces un padrenuestro en voz alta y todos los hermanos presentes lo siguieron. Durante unos mágicos instantes las oraciones de los musulmanes pronunciadas en árabe y las de los cristianos recitadas en latín se fundieron en una sola, como una mística cantinela universal capaz de unir los corazones de todos los seres humanos.

\* \* \*

El Capítulo General de la Orden se reunió en la ciudadela de David, un enorme bastión defensivo ubicado junto a la puerta de David, en el extremo del antiguo distrito armenio de Jerusalén, un barrio que ocupaba el sector suroeste del recinto murado. El mensaje papal de que no habría ayuda llegó a Jerusalén a principios del mes de julio. Enojado por ello, el maestre convocó un Capítulo General del Temple para el tercer domingo de ese mes.

El maestre de los templarios comenzó su alocución alegrándose por haber podido pisar el sagrado suelo del solar del templo de Salomón, pero a la vez comunicó a los hermanos congregados en el Capítulo que el papa no había convocado una nueva cruzada. Ni siquiera el que se celebraran mil trescientos años desde el nacimiento de Cristo había provocado una reacción positiva de los soberanos cristianos; el sondeo realizado por Bonifacio VIII entre las cortes de la cristiandad había sido tan desalentador que ni uno solo de sus monarcas se había comprometido a enviar ni un soldado a Tierra Santa.

—No habrá una nueva cruzada. El papa no ha logrado la adhesión de los reyes y, ante el previsible fracaso, no convocará a los cruzados para que acudan a Jerusalén. Nuestra victoria en Hims ha sido en vano, y nuestra alianza con los mongoles no ha servido para nada. Estamos solos, una vez más los templarios nos enfrentamos al Islam en soledad. Y así, no podemos mantener Jerusalén.

—Tan sólo disponemos de mil hombres para cubrir Siria y Palestina; miles de millas, centenares de ciudades y aldeas, decenas de castillos. Harían falta al menos treinta mil soldados para defender estas posiciones. Hemos ocupado Jerusalén con absoluta facilidad porque los musulmanes están todavía aturdidos por la derrota en Hims, y los hemos engañado moviéndonos sin cesar de un lado para otro, haciéndoles creer que éramos muchos más, pero esa táctica no puede funcionar por más tiempo. Ya se han dado cuenta de

nuestra debilidad y en cuanto se organicen acabarán con nosotros de un plumazo.

—No tenemos otra alternativa que reunir a todos los hermanos y retirarnos en formación defensiva hasta la costa; en Trípoli estarán esperándonos nuestras siete galeras, y con ellas regresaremos a Chipre.

—Todavía somos capaces de defender Jerusalén; podemos reforzar sus muros, recrecerlos. Esta misma fortaleza es poderosa; en ella, doscientos caballeros podrían resistir durante meses un asedio de miles de soldados —intervino Castelnou.

—Tal vez, pero después, ¿qué? No quiero ser el responsable de un nuevo episodio como el de Acre —dijo el maestro.

—Prometimos entregar nuestra vida en defensa de la causa de Cristo —alegó Ramón de Burdeos.

Algunos caballeros presentes en el Capítulo murmuraron entre ellos, pero Molay se mostró tajante.

—Esta misma semana abandonaremos Jerusalén y nos replegaremos hacia la costa. Nadie lamenta más que yo mismo esta decisión, pero no puedo someteros, hermanos, a un sacrificio que nos conduzca al exterminio. Somos los últimos templarios en condiciones de luchar; aparte del millar que aquí estamos, no quedan más hermanos en condiciones de manejar una espada. Los que se mantienen en las encomiendas de Europa o son ya ancianos o están enfermos, y no pueden sostener un arma en sus manos. Si nos quedamos aquí, en unos meses moriríamos todos; y entonces ¿qué sería de nuestra Orden?

—Sabéis que hay avaros señores muy poderosos que ansían controlar el Temple y sus riquezas; si nosotros perecemos, todos los bienes de la Orden pasarían a sus manos, porque no quedaría un solo templario en condiciones de defender nuestras propiedades.

—No podemos marcharnos así; sería reconocer nuestra derrota. Al menos causémosles algunos daños —propuso Burdeos.

La mayoría de los miembros del Capítulo apoyó esa propuesta. Los templarios querían venganza. Estaban allí, en Jerusalén, pero si tenían que marcharse de nuevo, no estaban dispuestos a hacerlo como derrotados.

Se aprobó que, antes de regresar a Chipre, las siete galeras templarias realizarían una campaña de castigo contra algunas localidades de la costa mediterránea entre el Líbano y el delta del Nilo. Al menos amedrentarían a los musulmanes y podrían obtener algo de botín con el que resarcirse de los gastos ocasionados en aquella fracasada aventura.

## CAPÍTULO XXX

La mañana era luminosa y tórrida. Jaime de Castelnou había dormido en su última noche en Jerusalén en uno de los salones de la ciudadela de David, y cumpliendo la regla se había levantado con sus hermanos para acudir a una sala habilitada como capilla para rezar las oraciones que la regla prescribía. Poco después de amanecer enjaezaron sus caballos, cargaron cuanto de valor pudieron acarrear encima y salieron por la puerta de David rumbo a la costa. En los días previos a la partida, Molay había enviado emisarios a todas las guarniciones templarias que habían sido distribuidas por varias fortalezas de Siria y Palestina para que con discreción abandonaran sus puestos y se dirigieran hacia Trípoli, el lugar convenido para la concentración de todos los caballeros.

Cuando todo estuvo dispuesto, el maestre dio la orden de partida. Los doscientos caballeros que un mes antes habían entrado en Jerusalén se marcharon formados en columna de a dos, con las lanzas enhiestas, los cascos relucientes y los corazones marchitos. Nadie se giró para ver por última vez la Ciudad Santa; sólo Castelnou lo hizo en una ocasión para contemplar la cúpula dorada de la mezquita de Omar, que destacaba brillante y luminosa entre el caserío blanquecino y ocre.

Durante varias semanas, las siete galeras recorrieron la costa, saqueando pueblos de pescadores y asaltando algunos castillos desde Tortosa hasta las bocas del Nilo; el botín conseguido fue escaso, y algunos dudaron de que hubiera siquiera merecido la pena aquella campaña. A mediados de otoño regresaron todas las galeras a la isla de Ruad, donde se mantenía la última guarnición templaria; allí se enteraron de que los armenios y los mongoles habían acordado continuar más adelante con la guerra contra los musulmanes.

Pero la cristiandad se había olvidado por completo de Tierra Santa; a los europeos, inmersos en problemas cada vez mayores, no les interesaban ni Jerusalén ni el Santo Sepulcro. Molay sabía que aquel esfuerzo era vano, pero ordenó que se mantuviera la posición templaria en la isla de Ruad, en la que destinó una guarnición de ciento veinte caballeros, medio millar de arqueros y otros tantos criados y sirvientes. Era la única manera de seguir afirmando que los templarios conservaban una posesión al menos en Tierra Santa.

El regreso a Chipre fue amargo. Castelnou lo hizo a bordo de la galera *El viento del Temple*, la última de las construidas a expensas de la Orden en los astilleros de Bari. Al avistar la costa de Limasol recordó la leyenda pagana del nacimiento de Venus, pero la belleza de las playas quedó agrisada por la tristeza del fracaso.

En los meses siguientes los templarios se dedicaron a escribir cartas a los monarcas de Occidente insistiendo en que todavía era posible recuperar el viejo espíritu de la cruzada, en que una gran coalición podría ganar definitivamente Jerusalén, en que se podía retomar la alianza con los mongoles y aplastar al Islam; pero todo aquel esfuerzo fue de nuevo en vano.

La respuesta a las demandas del Temple llegó desde Roma a través de un mallorquín llamado Ramón Llull. Considerado como uno de los hombres más sabios de su tiempo, Llull se presentó en Chipre con una propuesta inesperada. El maestre recibió al sabio de Mallorca en la casa del Temple en Nicosia; junto a él estaban varios caballeros, entre ellos Jaime de Castelnou y Ramón de Burdeos, cuyas relaciones de amistad se habían enfriado un poco tras la salida de Jerusalén.

—Su santidad —dijo Llull al maestre Molay— me ha encargado que os transmita su ferviente deseo de que templarios y hospitalarios os unáis en una sola orden; la situación de la Iglesia es muy grave, la cristiandad atraviesa malos momentos y por ello el papa

considera que sería muy beneficioso para todos esa unión.

—Para nosotros, no —asentó el maestro.

—Imaginad, señor maestro, una sola orden, unida en un único fin, sin rivalidades inútiles, sin enfrentamientos ni competencias estériles, con los mismos objetivos en la espada y en el corazón. Sé bien que durante mucho tiempo el Hospital y el Temple han sido más rivales que colaboradores, pero esa época ya pasó. La mejor manera de continuar sirviendo a Cristo y a su Iglesia es a través de la unidad de acción, y ello pasa por la fusión de las dos órdenes.

—Templarios y hospitalarios no nos llevamos bien; nuestras relaciones han sido malas, tanto que en más de una ocasión nos hemos enfrentado incluso con las armas en la mano. La fusión de nuestras respectivas órdenes no resultaría; sería un fracaso. Es mejor dejar las cosas como están.

—Pero no siempre ha sido así; sé que en Acre combatisteis juntos en defensa de la ciudad, y que hermanos de las dos grandes órdenes de la Iglesia murieron luchando codo con codo en la misma posición. Ese precedente debe primar sobre cualquier otro.

—Fue un caso extremo; en condiciones normales, el Capítulo General del Temple jamás aceptará esa propuesta.

—Su santidad está convencido de que la unión mejorará extraordinariamente la eficacia de los soldados que combaten por Cristo.

—Tal vez, pero los templarios nos debemos a nuestro pasado y a nuestros hermanos muertos; no podemos traicionar su espíritu.

—Debéis obediencia al papa.

—Sí, así lo hemos jurado, pero el papa debe entender que nadie puede deshacer nuestros votos templarios, ni siquiera su santidad; y cuando profesamos aquí, juramos defender al Temple con nuestra propia vida. Renunciar a ello sería una traición.

—Creo que estáis exagerando las cosas.

—No, no lo hago; soy el maestro de esta orden, la más importante de la Iglesia, y soy el garante de que sobreviva a cualquier adversidad. Juré defenderla, protegerla y engrandecerla; no puedo renunciar a ese juramento. El Temple debe seguir siendo lo que es, y su maestro no puede desobedecer lo prescrito en nuestra regla. A ella me debo y no la deshonraré jamás.

Llull comprendió que la determinación de Molay era muy firme.

—Así pues, ¿no hay manera de convencerlos?

—No, no se trata de convencerme a mí; yo sólo soy un instrumento en manos de Dios. Se trata de nuestro pasado, de nuestro espíritu. Vos, don Ramón, no sois templario, y por tanto no podéis ni siquiera imaginar qué significa portar este hábito blanco y esta cruz.

—Imaginé que diríais algo así. Su santidad ya me advirtió de la dificultad de esta misión, pero creí que podría convencerlos.

—Supongo que los hospitalarios tampoco estarán de acuerdo con la unión que proponéis —dijo Molay.

—No, no lo están; ya he tenido oportunidad de hablar con su maestro y me ha dejado claro que de ninguna manera desea perder la personalidad propia de su orden.

Ramón Llull tenía más de sesenta años; su fama de intelectual y de hombre honesto era considerable en toda la cristiandad, y pese a ello no pudo doblegar la voluntad de los dos maestros, que no estaban dispuestos a aceptar su fusión.

El maestro del Temple encargó a Jaime de Castelnou que escoltara a Llull hasta Limasol, donde embarcaría de regreso a Roma. Poco antes de zarpar, el sabio mallorquín se

sintió mal; pasó la noche en vela, vomitando y sumido en un delirio provocado por la fiebre. Un criado del Temple le dijo a Castelnou que el aspecto y los síntomas de Ramón Llull eran los de un hombre que había sido envenenado, y que los musulmanes le habían enseñado un remedio infalible para evitar la muerte; se trataba de colocar en contacto sobre la piel del envenenado, en una pulsera, un anillo o un collar, la piedra semipreciosa conocida como heliotropo, una variedad de ágata de color verde oscuro salpicada de motas rojizas. Le aseguró que era un eficaz talismán contra los venenos, y especialmente contra los de las serpientes.

El templario dudó; sabía que ese tipo de prácticas, aunque muy utilizadas, podían ser consideradas como heréticas por la Iglesia. Y todavía tuvo mayor prevención cuando el criado añadió que el heliotropo era un talismán tan poderoso que podía hacer invisible a su portador. Jaime estuvo a punto de denunciar al criado ante el comendador de Limasol para que lo condenara a pasar unos días en una celda, pero pensó que no había nada dañino en ello, de modo que se limitó a ordenar al criado que se olvidara de aquel asunto.

Llull mejoró pronto y pudo embarcar al fin.

De regreso a Nicosia, Jaime se sintió más vacío si cabe. Tierra Santa le parecía ahora un mundo tan lejano como un pesado sueño, y los sinuosos caminos de Chipre confusas sendas vacías que no conducían a ninguna parte. Fue entonces cuando comprendió que en verdad estaba solo.

## Segunda parte

### EL REGRESO DEL HALCÓN

#### CAPÍTULO I

A principios de marzo de 1302 las arcas del Temple estaban casi vacías. Tras la derrota de Acre y el abandono de las posiciones en Tierra Santa, las pérdidas habían sido enormes y los envíos de dinero que llegaban procedentes de las rentas de las encomiendas de Europa eran cada vez menores. Además, en los últimos meses se habían empleado miles de libras de plata en pagar rescates de algunos nobles y de sus familiares que habían quedado presos por los musulmanes.

Jacques de Molay se mostraba taciturno y preocupado, pero rumiaba un nuevo plan que desatascara al Temple de la situación tan complicada a la que estaba siendo abocado. Necesitaba hombres y dinero, o en poco tiempo la Orden de los templarios sería poco menos que un vago y nebuloso recuerdo.

Una noticia llegada de Occidente le animó un tanto. La Corona de Aragón, la casa de Anjou y Fadrique de Sicilia acababan de firmar un tratado de paz por el cual se ponía fin a varios años de guerra y de batallas cruentas en los reinos de Sicilia y de Nápoles. Ante dicho acuerdo, las tropas mercenarias que luchaban en ambos bandos se quedaron sin trabajo. Era probable que algunos de ellos estuvieran interesados en acudir a combatir a Tierra Santa.

Entre los que habían luchado del lado de Fadrique de Sicilia estaba Roger de Flor, el antiguo sargento templario que se apoderara de la galera *El halcón* en el sitio de Acre y que se hiciera rico cobrando enormes cantidades de dinero a las damas que deseaban escapar de la ciudad sitiada. Desde entonces, el Temple venía reclamando, aunque sin éxito, la entrega de Roger de Flor para ser juzgado por los daños ocasionados a la Orden.

Desde su acción en Acre, el hijo del halconero del emperador Federico II estaba proscrito en media cristiandad. Tras huir con un gran botín logrado a costa de los abusivos pasajes de las personas que embarcó en *El halcón* para sacarlos de Acre, se dirigió a Génova, donde vendió la galera templaria, y luego adquirió a los genoveses otra llamada la *Olivette*. Perseguido y buscado en muchas partes, no tuvo otra salida que ofrecerse al servicio del rey Fadrique de Sicilia, hermano de Pedro III de Aragón, que necesitaba soldados con los que defender su reino de las pretensiones de Carlos de Anjou, hermano del rey Felipe IV de Francia. Gracias a su dinero y a su capacidad de liderazgo, logró constituir una compañía de soldados mercenarios a quienes trataba como a iguales y a los que pagaba con prontitud y generosidad, en muchas ocasiones incluso por adelantado. Se había convertido en el caudillo de una compañía de aguerridos soldados que empezaban a ser temidos en todo el Mediterráneo; los llamaban almogávares.

Diez años al frente de su compañía, bregado en batallas en la guerra de Sicilia y experimentado en el mando de hombres duros y sin escrúpulos, Roger de Flor se había convertido en un caudillo formidable. Pero ahora su protector, el rey Fadrique, ya no lo necesitaba, y sus hombres se habían quedado sin su principal fuente de ingresos. Unos seis mil almogávares, fieros y rudos soldados mercenarios reclutados en las zonas montañosas de los reinos de Aragón y Valencia y en el condado de Barcelona, que no sabían hacer otra cosa que combatir, fueron licenciados; no tendrían otro remedio que buscarse el pan en una nueva guerra.

Molay llamó a Castelnou; quería comentarle las novedades llegadas de Sicilia, pero

sobre todo encomendarle un plan arriesgado aunque irrenunciable.

—Siéntate, hermano Jaime —le indicó con la mano, señalándole una silla al lado de la ventana del cuarto que el maestro del Temple utilizaba como gabinete de trabajo en el edificio principal de la encomienda de Nicosia—; tengo trabajo para ti.

—Dime, hermano maestro.

—¿Ya sabes las noticias acerca de Sicilia?

—Sí, sé que se ha firmado la paz.

—¿Y lo del traidor Roger de Flor? Al oír este nombre, Castelnou sintió un vuelco en el estómago. Hacía tiempo que no había oído hablar de él, aunque sabía que había estado al servicio del rey de Sicilia.

—Ese canalla... —musitó Jaime—. ¿Qué ha sido de él?

—Se ha quedado sin trabajo. Hace tiempo que pretendemos atraparlo, aunque hasta ahora no ha sido posible; mientras lo protegía el rey de Aragón o su hermano el de Sicilia, no podíamos hacer otra cosa que reclamar su entrega, pero las cosas han cambiado. Esta paz lo ha dejado sin apoyo, y por eso vamos a ir a por él. Lo que hizo en Acre no puede quedar sin castigo; el Temple fue burlado por ese ladrón sin entrañas, y como maestro de la Orden no puedo consentirlo. Buena parte de nuestro prestigio se desvaneció cuando ese canalla nos robó *El halcón*, nuestra mejor galera.

—¿Qué plan has pensado, hermano maestro?

—Ejecutarlo. Su acción merece la muerte, pero si es posible, antes lo traeremos hasta aquí vivo y será juzgado conforme a nuestra regla. Aunque esta misión va a ser muy difícil. Se ha convertido en el caudillo de una compañía de varios miles de hombres, todos ellos aguerridos y forjados en años de combates navales y terrestres. Sus soldados se llaman almogávares, y por lo que sabemos veneran a su jefe casi como a un dios, de modo que va a ser difícil llegar hasta él. Ahora bien..., existe una posibilidad.

—¿Cuál?

—Que te conviertas en uno de ellos. Te harás pasar por un mercenario catalán; eres natural del norte de esa región, y viviste allí durante toda tu infancia y juventud, no te será difícil interpretar ese nuevo papel.

—Pero, ¿cómo llegaré hasta él?

—Enrolarte en su compañía de armas no será difícil, y menos aún teniendo en cuenta tu habilidad con la espada. Ahora bien, acercarte a él será más complicado; sabemos que una guardia personal de cincuenta hombres le cubre las espaldas día y noche, por lo que tendrás que actuar con sumo cuidado.

—Olvidas una cosa, hermano maestro. Roger de Flor me conoce; en mi viaje a Tierra Santa desde Barcelona fue su galera la que nos llevó hasta Acre, y después me enfrenté con él en ese puerto, aunque Roger estaba sobre el puente del navío y yo en el muelle. Es probable que me reconozca.

—No lo creo. Durante estos años habrá visto a miles de hombres como tú. Te conoció hace años como caballero templario: barba, pelo rapado, hábito blanco... Ahora tendrás un aspecto muy distinto. Te afeitarás la barba y el bigote, te dejarás el pelo largo, al menos hasta la altura de los hombros, y vestirás como un almogávar. Ya cambiaste tu aspecto por el de un mercader catalán cuando fuiste a negociar la alianza con los mongoles. Con tu nueva imagen, no te reconocería ni tu propia madre.

—Yo no olvidaré jamás su rostro; recuerdo muy bien su mirada cuando nos robó *El halcón* para hacer negocios con las atribuladas damas de Acre. Ese día ganó una verdadera fortuna, y lo hizo extorsionando a mujeres indefensas, aprovechándose de su desesperación

y utilizando nuestra mejor galera. Es un traidor.

—Sí, todo eso es cierto, hermano Jaime, pero las circunstancias han cambiado. Sus hombres lo veneran porque se comporta como uno más de ellos; y, por cierto, el Temple no está bien visto entre la gente que lo rodea. Hay muchos que piensan que lo que hizo en Acre fue un acto digno de aplauso. Son demasiados los que se alegran de que se burlara de la Orden. Tenemos más enemigos de lo que parece, son muy poderosos y no dudarán en ayudar a Roger de Flor si eso nos perjudica o nos molesta. No lo olvides.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Castelnou.

—Atrapar a Roger de Flor mediante un engaño. Escucha atentamente. He enviado a dos espías para que intenten convencer a ese alemán renegado de que el rey de Armenia está interesado en contratar sus servicios como comandante militar junto con toda su compañía. Tenemos que lograr que caiga en la trampa y que crea que es verdad cuanto se le diga. Unas galeras del Temple, camufladas como si hubieran sido contratadas por el rey de Armenia, recogerán a los almogávares en Bari, con la promesa de trasladarlos desde allí hasta las costas de Cilicia. Pero nada de eso será cierto; todas las galeras serán desviadas a diversos puertos bizantinos, menos aquella en la que esté embarcado Roger de Flor. Esa recalará en el puerto de Limasol, y allí lo estaremos esperando.

—Aguarda. Roger de Flor es un marino experto, dicen que el mejor de todo el Mediterráneo; se dará cuenta enseguida de la trampa. Para él no será difícil averiguar que las naves son templarias, que han sido dispersadas a propósito y que la suya navega hacia Chipre y no hacia otra parte.

—Hemos previsto esa contingencia. Una mujer viajará en la misma galera que Flor, una mujer muy hermosa, demasiado hermosa como para resistir la tentación de tomar su cuerpo tras varios días de travesía; bastarán unos polvos en una copa de vino para que pierda el sentido y entre en estado de sopor hasta que se encuentre en nuestras manos.

—¿Y los demás almogávares? ¿Crees que se mantendrán tranquilos si saben que su jefe ha sido apresado?

—Sin su caudillo al frente, la compañía se deshará como la nieve bajo los rayos del sol de mediodía. Puede que incluso contratemos a algunos de ellos como soldados a nuestro servicio. ¿Sabes?, los mongoles y Hethum de Armenia están reconsiderando su actitud; saben que lo que hicieron tras el triunfo de Hims fue un fatal error; su precipitada retirada permitió que los mamelucos se rehicieran, y todo nuestro plan se vino abajo pese a la victoria. Hemos recibido noticias del rey de Armenia; ha hablado con el ilkán Ghazan y ambos están dispuestos a emprender una nueva campaña, ahora con la intención de acabar de verdad con los mamelucos.

—No quisiera morir sin ver de nuevo nuestro estandarte blanco y negro ondear sobre los muros de Jerusalén y a nuestros hermanos rezar ante el sepulcro del Salvador. Podemos tener una segunda oportunidad, y desde luego no hay que desaprovecharla. Y si este plan resulta como espero, el Temple volverá a ser poderoso para mayor gloria del Señor.

—Y si encerramos a ese condenado Roger de Flor en una de nuestras cárceles, mi alma podrá descansar en paz, porque habré cumplido el mandato que los hermanos me otorgasteis al elegirme como vuestro maestro.

## CAPÍTULO II

Jaime de Castelnou se recortó la barba y se dejó crecer el pelo. Su nuevo aspecto debía ser bien distinto del de un caballero templario, para parecerse poco a poco a un verdadero almogávar, uno de esos hombres fieros y rudos nacidos en las tierras fragosas y montaraces de los dominios del rey de Aragón, siempre dispuestos a la gresca a cambio de una soldada, y a cumplir las órdenes de su jefe hasta el fin. Bueno, en esa cuestión al menos Jaime estaba acostumbrado, pues la obediencia al superior y la disciplina según la regla templaria es lo que había practicado en los últimos catorce años de su vida.

La compañía de Roger de Flor era un verdadero ejército compuesto por seis mil hombres y treinta y dos barcos, entre los que había varias galeras de guerra tan bien equipadas como las venecianas, las genovesas o las del rey de Aragón; muchos de ellos viajaban con sus familias, de modo que no sólo luchaban por una soldada, sino también por el pan de los suyos y la continuidad de su linaje.

Desde que Fadrique de Sicilia le comunicara que ya no necesitaba de sus servicios militares, Roger de Flor había buscado un nuevo monarca al que ofrecer sus armas y las de sus hombres. La compañía de almogávares era una máquina construida para la guerra, y funcionaba con una extraordinaria precisión y eficacia. La lealtad al jefe y la defensa mutua eran dos características que le otorgaban la homogeneidad en la que radicaba su fuerza.

El comandante de los almogávares, mientras el maestre del Temple y Jaime de Castelnou definían un plan para capturarlo, tomó una decisión inesperada que desbarató el plan ideado por Molay. En la primavera de 1302 envió unos emisarios ante la corte del emperador de Bizancio. Constantinopla, la populosa ciudad que los cruzados saquearon hacía ya un siglo, había vuelto a recuperar su condición de capital del imperio Bizantino tras varios decenios de dominio latino. Pero Bizancio seguía amenazado por la cercanía de una potencia que crecía en fuerza y en poder. Los turcos otomanos, fieros guerreros descendientes de una tribu semi nómada que había emigrado desde el centro de Asia hacia Occidente dos siglos atrás, amenazaban a la propia Constantinopla desde sus posesiones en Anatolia donde acababan de fundar un reino.

Roger de Flor evaluó su complicada situación y concluyó que la única salida que se le presentaba era ofrecerse como mercenario al emperador bizantino Andrónico II. En principio, el emperador dudó, pues la anterior experiencia con los latinos había sido demoledora para Bizancio, pero no tenía un ejército con el que hacer frente a la amenaza de los turcos y al fin accedió, y permitió que Roger de Flor y su compañía se desplazaran hasta sus dominios. Los almogávares serían las tropas de choque del Imperio a cambio de una cuantiosa paga.

Jaime de Castelnou, en su nuevo papel de soldado de fortuna, se dirigió al encuentro de los almogávares, que se habían concentrado en el puerto siciliano de Mesina para viajar hacia Bizancio. Allí se enteró de que el plan que acordara con Molay ya no servía para nada; las galeras enviadas por el Temple como si fueran del rey de Armenia habían tenido que regresar a Chipre con la hermosa mujer que debería haber embaucado al caudillo de los almogávares, y Castelnou dudó entre seguir adelante él solo o renunciar a acabar con Flor y regresar a Chipre. Lo más sensato hubiera sido volver a Nicosia y trabajar en un nuevo plan, pero Jaime tomó la decisión de seguir el rastro del renegado. Ya se le ocurriría alguna cosa en cuanto pudiera contactar con él.

Durante varias semanas recorrió las costas del oeste de Grecia, recalando en varios puertos hasta que entró en contacto con una de las galeras almogávares en un puerto de la

isla de Corfú. El capitán que la mandaba receló de aquel extraño individuo que apareció de pronto solicitando enrolarse en la Compañía, pero las referencias que le proporcionó eran creíbles. Jaime le dijo que era natural del condado de Ampurias y que había estado al servicio del conde hasta que marchó a Tierra Santa para cumplir una promesa hecha a su padre antes de que éste muriera. Castelnou describió con tal precisión de detalles su solar de nacimiento y su peripecia que el capitán lo aceptó. Cuando le preguntó si sabía combatir, el templario le respondió que no había hecho otra cosa en su vida. El almogávar sonrió irónico y le dijo que si se atrevía a combatir con espada contra él.

—Será tan sólo una prueba, y lo haremos con espadas de madera. Comprende que debo cerciorarme de que sabes manejar un arma; en este oficio es lo único que interesa que conozcas.

—Está bien —aceptó el templario.

Los dos contendientes se dirigieron a la playa seguidos por la mayor parte de la tripulación de la galera, empuñaron sendas espadas de madera y se pusieron en guardia. El capitán almogávar se mostraba confiado, pues su destreza en la esgrima era bien conocida por sus hombres, que gritaban por si alguien quería apostar sobre quién ganaría aquel combate, alzando el brazo y mostrando unas monedas en la mano. Nadie lo hizo por Castelnou.

Tras un breve tanteo, el capitán se arrojó sobre el templario con una contundencia demoledora; Jaime apenas pudo repeler el primer golpe, fortísimo, que le lanzó de arriba abajo, y que no esperaba que fuera tan poderoso. Pero se rehizo de inmediato y pudo desviar sin dificultad la segunda estocada, que iba directa a su cuello. Rehecho del primer envite, el templario contraatacó con un par de fintas que causaron la admiración de los espectadores y la sorpresa del almogávar. Instantes después el capitán había perdido su espada y se dolía de un hábil golpe recibido en la muñeca con la que la sostenía. La espada de madera de Castelnou apuntaba directamente a la nuez del capitán, que se había quedado de pie e inmóvil, absolutamente sorprendido por la rapidez de su adversario.

—Vaya —dijo al fin—, en verdad que sabes manejar una espada.

—Te has confiado y he tenido suerte —repuso Jaime.

—No lo creo. Tú no eres un simple mercenario en busca de una soldada. Tienes demasiada sangre fría.

—No me ha quedado otro remedio; he combatido en varias batallas con los mamelucos, y ante sus espadas de fino acero damasceno o te espabilas o eres hombre muerto.

—Nos serás útil. Considérate uno de los nuestros. Mi nombre es Martín de Rocafort.

—Yo soy Jaime de Ampurias.

—Bueno, si tú lo dices..., pero no creo que ése corresponda a tu verdadero nombre, aunque si cumples con el código de los almogávares me importa un comino quién diablos seas. Lo único que aquí se exige es lealtad al jefe y a tus compañeros; de dónde vengas o cuál sea tu pasado no tiene el menor interés para nosotros.

Los hombres de la galera vitorearon a su nuevo compañero y algunos se acercaron a saludarlo y a darle palmaditas en la espalda alabando la proeza que había protagonizado al desarmar al capitán Rocafort. Castelnou ya era un almogávar.

### CAPÍTULO III

Los capitanes de todos los barcos de la compañía de Roger de Flor tenían orden de concentrarse en el pequeño puerto de Malvasía, en la península griega de Morea, para emprender juntos la travesía del Egeo hacia Constantinopla.

Allí llegaron a mediados de octubre.

Fue en el puerto de Malvasía donde Jaime de Castelnou vio de nuevo a Roger de Flor. El antiguo sargento había envejecido; tenía el rostro surcado por algunas finas arrugas y su tez era mucho más morena, pero mantenía intacta su larga melena rubia, que sujetaba en una coleta con unas cintas de cuero, y su inconfundible barba que lucía desde su militancia como sargento del Temple. Esa noche había convocada una reunión de capitanes pero antes inspeccionó a los barcos que se alineaban a lo largo de la playa.

El jefe de los almogávares pasó muy cerca de Castelnou, quien por un momento pensó que podría ser identificado, pero Roger se limitó a saludar a sus hombres, que lo vitoreaban con verdadera devoción.

Cuando se alejó el caudillo, Martín de Rocafort se acercó hasta Jaime.

—Ese es nuestro jefe —le dijo.

—Parece que los hombres le tienen gran estima.

—Es uno más de nosotros. Nos conoce a cada uno por nuestro nombre, come la misma comida y del mismo puchero, bebe el mismo vino y en la misma copa... Vela por sus hombres y se preocupa por todos. Creo que cualquiera daría su vida por él si se lo pidiera.

—En Tierra Santa no dejó un buen recuerdo —dijo Castelnou.

Rocafort miró a Jaime con una expresión crispada; no le había gustado nada ese comentario del templario.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Sólo lo que he oído.

—¿Y qué has oído?

—Nada importante. Que se hizo rico transportando pasajeros en una galera durante el asedio de los mamelucos a Acre.

—Mentiras de esa escoria templaria. Seguro que lo has oído de esos frailes meapilas vestidos de blanco. Roger hizo lo que debía; dio un escarmiento a esos ufanos y estirados caballeros blancos y los dejó en ridículo. Se lo merecían. Estamos orgullosos de que burlase a los templarios; ya era hora de que alguien pusiera en su sitio a esos engreídos frailes.

Rocafort escupió al suelo.

Castelnou tuvo que contenerse para no delatarse.

—Sí, tienes razón, esos templarios son demasiado arrogantes. La última vez que vi a algunos de ellos estaban liquidando a infieles mamelucos en la batalla de Hims.

—¿Y qué hacías tú ahí?

—Combatir, claro.

—¿Con los templarios?

—Bueno, en realidad lo hice a su lado; yo formaba en las filas del rey de Armenia. Uno de sus generales nos reclutó para esa batalla. Éramos tres amigos, yo sobreviví pero en los campos de Hims quedaron los otros dos.

—Vaya, lo siento.

—Desde entonces viajo solo. Me quedé sin compañeros, y tal vez por eso decidí ir en busca de la compañía Roger de Flor para enrolarme en sus filas. Un comandante capaz

de burlar al Temple debe de ser extraordinario.

—Lo es, en verdad que lo es.

En Malvasía aguardaba a la flota almogávar un enorme dromón bizantino en el que habían viajado desde Constantinopla varios embajadores del emperador. La junta de capitanes que presidía Roger de Flor deliberó durante toda la noche con ellos. A la mañana siguiente, en el fresco amanecer del otoño heleno, alcanzaron por fin un acuerdo. Cada caballero almogávar equipado con armadura recibiría cuatro onzas de plata al mes como paga, dos los jinetes ligeros y una cada soldado de a pie; los capitanes y los ballesteros también obtendrían cuatro onzas. La paga la realizarían los funcionarios del Imperio tres veces al año.

—¿Una onza es suficiente? —le preguntó Jaime a su capitán cuando éste le comunicó su nueva soldada.

—Para ti solo, sí; si no juegas y no te la gastas en mujeres, claro. Por cierto, eres el único soltero de este barco que no ha ido ni una sola vez en todo el tiempo que estás con nosotros a los burdeles. ¿No serás...?

—No, no soy lo que piensas.

—Mejor así. Los que habéis pasado algún tiempo en Tierra Santa acabáis adoptando las costumbres de los sarracenos, y ya sabes lo que se dice, que entre ellos la sodomía es bastante habitual. No me importa si tú lo eres o no, pero si te gustan los chicos jóvenes olvídate de ello. Si te descubro la menor insinuación hacia uno de mis hombres, te cortaré los testículos y se los echaré a los peces; ¿lo has entendido?

—Sí, pero no te preocupes, capitán, te aseguro que no me gustan los hombres.

—¡Hum...!, ¿no serás uno de éstos, como se llaman?... eunucos, sí, eunucos, uno de esos castrados que custodian a las concubinas de los harenes de los sultanes sarracenos.

—Tengo mis atributos masculinos completos, créeme.

—No lo dudo. Conocí a un eunuco en Palermo y no se parecía a ti. Tenía la voz atiplada y estaba gordo como un cebón. Además, no creo que un hombre sin cojones pueda luchar como lo haces tú. En ese caso..., ¡claro, un desengaño amoroso! Ella te dejó por otro, ¿no es así?

—Más o menos.

—Lo imaginaba. Bien, el recuerdo amargo de una mujer se borra con el perfume dulce de otra. No lo olvides.

\* \* \*

Tras el acuerdo alcanzado con los embajadores bizantinos, los capitanes de las naves almogávares recibieron la orden de zarpar rumbo a Constantinopla. El emperador Andrónico había dado plenos poderes a sus embajadores para que concedieran el permiso a sus nuevos aliados si llegaban a un acuerdo con ellos, como así ocurrió. Las galeras zarparon de Malvasía en el orden que Roger de Flor había establecido. La *Olivette* abrió la formación, y en ella ondeaba un estandarte en el que había dibujado un halcón blanco con las alas desplegadas sobre fondo rojo.

—Ese halcón..., ¿es el emblema de Roger de Flor? —preguntó Jaime.

—Así es, ¿divertido, no? *El halcón* era el nombre de la galera que Roger capturó en Acre a los templarios, y dicen que su padre era halconero del emperador alemán Federico. Antes de eso su bandera de combate era una flor blanca, ¡pero qué mejor símbolo que el del halcón para su nuevo escudo!, ¿no crees?

—Sí, no es una mala elección. A pesar de su nombre, el motivo de la flor era poco

apropiado para un hombre como él.

La flota almogávar navegó de cabotaje por las costas de Grecia, bordeando las islas más próximas a la costa continental. El tiempo fue bueno, el cielo despejado y el mar en calma. Roger de Flor dio orden de extremar la vigilancia cuando la flota atravesó el estrecho de los Dardanelos para adentrarse en el pequeño mar de Mármara, en cuya orilla norte, justo en la embocadura del otro estrecho, el del Bósforo, se ubicaba Constantinopla. Desde la borda de la galera en la que viajaba, Jaime Contempló la ciudad de Constantinopla. Construida sobre varias colinas, estaba protegida por el mar y por unas formidables murallas que se consideraban inexpugnables. En un estuario natural llamado el Cuerno de Oro atracaban barcos procedentes de medio mundo, que transportaban hasta la ciudad mercancías riquísimas.

Las naves de los almogávares se dirigieron hacia un muelle en el Cuerno de Oro que les indicaron los emisarios bizantinos con los que se habían entrevistado en Malvasía. Una enorme cadena que protegía la embocadura del estuario se retiró para que pudieran pasar las naves y lentamente se acercaron hasta uno de los muelles donde había congregada una abigarrada multitud.

—Es el pueblo de Constantinopla —dijo Rocafort—. Nos consideran la garantía de su independencia, y eso vamos a ser..., mientras nos paguen.

—¿Y si dejan de hacerlo? —preguntó Castelnou.

—Por la cuenta que les trae, espero que no lo hagan.

Las galeras y los transportes se acercaron despacio hacia el muelle, donde esperaba el mismísimo emperador rodeado de decenas de cortesanos, todos ataviados con ropajes riquísimos. Los barcos fueron atracando uno a uno y los primeros hombres descendieron entre las aclamaciones del pueblo de Bizancio, cuyos ciudadanos agitaban palmas y ramos de olivo. El aspecto de los almogávares causó una honda impresión a los cortesanos bizantinos. Acostumbrados a vestir sedas carísimas, delicados linos y magníficos brocados, se encontraron con que sus nuevos protectores lo hacían con telas burdas y cueros poco refinados.

Los almogávares vestían unas calzas de fieltro, camisola de lana burda y correaes de cuero; calzaban unas sandalias de cuero duro atadas con cintas hasta la rodilla y se protegían la cabeza con un casquete de láminas de hierro que sujetaban al mentón con una tira de badana. Siempre llevaban a mano sus armas: varios venablos cortos de madera con punta de hierro, un cuchillo de hoja ancha y otro más estrecho. Para parecer todavía más fieros incluso de lo que eran, se dejaban crecer el pelo y la barba tal cual brotaba de la piel, sin el menor recorte o arreglo. Al lado de los refinados cortesanos bizantinos, cargados de sedas, joyas y túnicas con engastes de piedras preciosas, los almogávares parecían una pandilla de réprobos recién expulsados del infierno.

El emperador Andrónico estaba sentado en un sitial de madera recubierta de láminas de oro repujadas y cubierto por un dosel de terciopelo púrpura. Roger de Flor se acercó hacia él acompañado por los embajadores bizantinos y lo saludó con una leve inclinación de cabeza. El *basileus* alzó la mano derecha, con los dedos plagados de gruesos anillos dorados, y le dio la bienvenida al Imperio de los romanos, que es como se seguían llamando los bizantinos a sí mismos. Uno de los embajadores fue traduciendo las palabras en griego del emperador.

—Sed bienvenidos, amigos, a la capital del Imperio. Estamos felices por teneros entre nosotros y por poder disfrutar de vuestra presencia y amistad. Os acogemos como hijos y por ellos os procuraremos un techo bajo el que vivir. Desde hoy, os consideramos

unos más de nuestros súbditos.

—Os agradecemos, majestad, vuestra acogida y vuestras palabras. Sabed que seremos fieles cumplidores de nuestros compromisos y que velaremos porque viváis en paz y en seguridad.

El intérprete tradujo las palabras de respuesta de Roger de Flor, aunque suavizando algunas expresiones.

—Ahora instalaos en nuestra ciudad; tiempo habrá de hablar de nuestros asuntos.

Uno de los cortesanos que rodeaban al *basileus* dio una orden y de una especie de almacén junto al puerto salieron decenas de jóvenes portando bandejas repletas de pasteles y copas de vino dulce que ofrecieron a los almogávares que habían desembarcado en el Cuerno de Oro. Enseguida unos funcionarios comenzaron a repartirse entre las galeras y el resto de las naves gritando a los almogávares diversas instrucciones.

—Dicen que nos organicemos en grupos de veinte personas para indicarnos dónde tenemos que hospedarnos —dijo Castelnou.

—¿Sabes griego? —le preguntó Rocafort.

—Un poco; lo aprendí mientras estuve al servicio del rey de Armenia. No es el idioma de esa gente, pero la mayoría de los cortesanos hablaban griego además de su extraña lengua propia.

—Vaya, no dejas de sorprenderme. Bueno, mejor que sea así.

Los almogávares dedicaron todo el día a distribuirse en grupos para instalarse en los alojamientos preparados por los bizantinos en el barrio de Blanquernas, aunque la mayoría pasó todavía aquella noche a bordo de sus navíos.

## CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente se celebró en la galera capitana una reunión de jefes almogávares. Roger de Flor había recibido una invitación para entrevistarse con el emperador en el palacio de Blanquernas, ubicado en un extremo de la ciudad, al fondo del estuario del Cuerno de Oro. En esa entrevista se iba a fijar la misión para la que los almogávares habían sido contratados.

Rocafort, que asistió en su condición de capitán de una de las galeras, intervino para señalar que entre sus hombres había un formidable luchador con espada que además sabía griego, y recomendó su presencia en la comitiva. Roger de Flor se interesó por el nuevo almogávar y, tras oír el informe de Rocafort, se dio por satisfecho y autorizó su presencia ante el *basileus* bizantino.

De regreso a su nave, Rocafort le dijo a Castelnou que estuviera preparado para actuar como escolta, y tal vez como traductor de Roger de Flor en su entrevista con el emperador.

Jaime asintió, pero temió ser reconocido por el caudillo almogávar. Hasta ese momento había pasado inadvertido, y todos los hombres de su galera habían creído su historia, aunque era consciente de que Rocafort recelaba de su versión y que dudaba de la absoluta veracidad sobre su pasado.

Pero hasta entonces sólo había visto de lejos a Roger de Flor, y siempre entre varias personas. ¿Qué ocurriría si se encontraban frente a frente? ¿Reconocería Flor a Jaime y lo identificaría con aquel templario que en el muelle del puerto de Acre le había llamado ladrón y canalla?

Bueno, aunque fuera así, siempre podía alegar que él también había abjurado del Temple y que se había convertido en un proscrito de la Orden. Pero, ¿cómo explicar entonces las mentiras que había contado para ser admitido en la compañía? Podría decir que había ocultado su antigua condición de militancia en el Temple por vergüenza, o por temor a no ser admitido como un almogávar más dados sus precedentes. Al fin decidió entregarse a la suerte y esperar a que llegara el momento de verse cara a cara con Flor.

La comitiva de los almogávares estaba compuesta por veinte personas, entre las que se contaban Rocafort y Castelnou. Ambos fueron al encuentro de Roger de Flor, a quien el emperador le había concedido como residencia un palacete en la zona baja del barrio de Blanquernas.

—Este es Jaime de Ampurias, el soldado del que te he hablado. —Rocafort presentó ante Roger de Flor a Castelnou.

El caudillo almogávar lo miró fijamente y permaneció callado durante unos instantes.

—Yo he visto antes tus ojos —afirmó Flor.

—Claro, hace meses que está entre nosotros; en más de una ocasión te habrás cruzado con ellos —alegó Rocafort.

Jaime intentó mostrar absoluta serenidad ante la mirada metálica y azul de Flor; sus años en el Temple le ayudaron mucho a dominar sus sentimientos. Tenía enfrente, al alcance de su espada, al hombre al que había odiado durante años, al canalla que desprestigió y burló a la Orden del Temple robándole su mejor galera y aprovechándose de ella para hacer una gran fortuna extorsionando a las damas cristianas desesperadas por huir del asedio de los mamelucos en Acre. Por un momento pensó que sería muy fácil desenvainar su espada y ensartar con una certera estocada el corazón del hijo del halconero;

así habría vengado la infamia y lavado el buen nombre del Temple, pero sabía que, si lo hacía, caería de inmediato abatido por los demás almogávares que rodeaban a Flor.

—No, yo te he visto antes, hace tiempo. No puedo recordar dónde, pero ya iré haciendo memoria.

—Debes confundirte con alguien parecido a mí, porque yo jamás te había visto hasta que me incorporé a la galera de Rocafort.

—Jaime de Ampurias, ¿así dices llamarte?

—En efecto, ése es mi nombre.

Flor se atusó la barba, rubia como su pelo aunque ya destacaban en ella bastantes canas.

—Tus modales parecen propios de un noble.

—Mi padre era un caballero, y me educaron para que yo también lo fuera; tal vez la guerra en Tierra Santa me haya hecho perder parte de esa educación.

—Bien. Lo importante es que seas leal a la Compañía; tu pasado no cuenta, al menos entre nosotros.

Jaime respiró aliviado. Había pasado la prueba..., ¿o no? Es probable, pensó, que Roger sí lo hubiera reconocido y se hubiera callado para descubrirlo más adelante. Flor sabía que la Orden del Temple hacía años que lo pretendía apresar por lo que hizo en Acre, y aunque los templarios se habían limitado a reclamarlo a sus señores de Aragón y de Sicilia, él nunca había dejado de estar en guardia ante una posible acción directa. Al fin y al cabo, había sido uno de ellos y conocía perfectamente la audacia de que eran capaces los caballeros de Cristo. Fuera como fuese, debería andarse con mucho cuidado.

La comitiva almogávar llegó ante las pesadas puertas de madera chapada con placas de hierro y claveteadas con enormes clavos de bronce del palacio imperial de Blanquernas, uno de los dos que el *basileus* poseía en Constantinopla. Un ujier los condujo hasta la sala de audiencias, donde poco después de que fueran convenientemente situados apareció el emperador Andrónico.

El *basileus* vestía una formidable túnica de seda púrpura orlada con una enorme y ancha banda de tela de hilo de oro engastado con piedras preciosas del tamaño de huevos de paloma, que ocupaba de arriba abajo el tercio central de la túnica, desde el pecho hasta los pies. Se cubría la cabeza con un bonete semiesférico, también de seda púrpura, decorado con varias filas de perlas y tres enormes esmeraldas. En su mano derecha portaba un bastón de madera negra rematado con una cruz de oro engastada con rubíes y en la izquierda una bola de plata. A su paso hasta el trono, media docena de pajes vestidos exactamente igual bandeaban sendos incensarios cuyo perfume llenó enseguida de un embriagador aroma toda la sala cubierta de mármoles rojos y verdes.

El ritual de aquel encuentro era como una ceremonia religiosa donde todo estaba minuciosamente previsto. Cada cortesano ocupaba el lugar exacto que le correspondía en rango y dignidad, cada movimiento estaba previsto y cada acción quedaba sometida al protocolo rígido y profuso de la corte imperial. El emperador constituía el centro del universo, y todo debía girar en torno a él, como si fuera su persona el eje de un ingenio en el que cualquier movimiento resultara imposible sin su consentimiento.

El *basileus* se sentó al fin en el trono y los almogávares fueron invitados a realizar un rito llamado la *prokinesis*: todo visitante recibido en audiencia por el emperador debía postrarse de rodillas ante su figura en señal de acatamiento de su sagrada majestad. Roger de Flor, tragando sin duda buena parte de su orgullo, así lo hizo, y tras él todos los capitanes de la compañía; al llegarle el turno a Jaime de Castelnou, el templario dudó un

instante, pero al contemplar el rostro de Flor, también se arrodilló, algo que no había hecho ni ante el mismísimo ilkán de los mongoles.

Andrónico estaba angustiado ante los movimientos que acababan de realizar los otomanos en la frontera oriental del Imperio. Varios espías imperiales habían informado que los turcos estaban movilizando a sus hombres, tal vez preparando un ataque masivo a Bizancio. No había tiempo que perder y el *basileus* sorprendió a todos con su intervención.

—Os tenemos aquí como hijos y aliados. Nuestro deseo es que cumpláis el acuerdo con eficacia y prestéis con diligencia el servicio a que os habéis comprometido. Urge la defensa de las fronteras orientales del Imperio, y por ello hemos confiado en vosotros. Es nuestra intención que os encontréis a gusto entre nosotros, y que nuestras relaciones se asienten en la mutua comprensión y se basen en los principios de la sabiduría.

—Hoy mismo daremos la orden para que el secretario del tesoro adelante cuatro meses de paga a cada uno de vosotros, pero además os concedo a vos, Roger de Flor, a nuestra más amada sobrina, la delicada princesa María, de dieciséis años de edad, hija de nuestro aliado el rey de los búlgaros y de nuestra hermana Irene, en matrimonio, para que nuestro acuerdo se selle mediante la unión de nuestros linajes con los lazos indisolubles de la sangre.

—Y para que la dignidad imperial de la princesa María no sienta ningún menoscabo, tenemos a bien nombraros a vos, don Roger de Flor, megaduque del Imperio.

—¿Qué está diciendo? —le preguntó Roger de Flor a Jaime.

—Te vas a sorprender: te ofrece la mano de una de sus sobrinas y un pomposo título imperial, megaduque del Imperio —le tradujo Castelnou.

—Bien; eso era lo pactado.

El que se sorprendió fue Castelnou. Estaba claro que antes de aquella entrevista el emperador y Roger de Flor habían acordado lo que en aquel acto solemne no hacía sino ratificarse. Jaime se sintió como un estúpido.

## CAPÍTULO V

La boda del caudillo almogávar y la princesa búlgara se celebró una semana después en la catedral de Santa Sofía. Los invitados de ambos contrayentes estaban extraídos de dos mundos diferentes. Los bizantinos lucían trajes coloristas, de brillantes sedas y paños magníficos, y se adornaban con diademas de oro engastadas con esmeraldas y rubíes, collares de perlas y anillos con gemas preciosísimas. Las damas de la corte rivalizaban en tocados y peinados refinadísimos, y en velos y tules tan delicados que parecía iban a rasgarse con sólo rozarlos.

Acabada la ceremonia, Castelnou decidió dar un paseo por la zona de Santa Sofía. Los alrededores de la catedral eran tan impresionantes que le pareció estar en el centro del mundo. Al lado de aquella ciudad, Roma parecía un barrio de menesterosos y Jerusalén una posada de pordioseros. Desde un mirador cercano a Santa Sofía contempló el otro lado del Cuerno de Oro, donde por la ladera de una colina se extendía el barrio de los genoveses, en torno a un enorme torreón circular conocido como la torre de Gálata. A la vista de la torre decidió que al día siguiente se acercaría hasta allí para ver si era posible subir a lo alto; imaginó que la panorámica de la ciudad desde la otra orilla del estuario y sobre la azotea de la torre sería formidable.

Muy temprano, cuando los primeros rayos del sol iluminaban el caserío rojo y ocre de Constantinopla, descendió la ladera de la colina de Blanquernas hasta el puerto del Cuerno de Oro y pagó una moneda para cruzar el estuario en una barca que iba y venía sin cesar transportando pasajeros de una orilla a otra. Ya en el barrio de los genoveses, se enteró de que se llamaba Pera y se dirigió por unas empinadas callejuelas hacia la altísima torre circular. El barrio de los genoveses era un conglomerado de casas de madera azules, amarillas y blancas, arracimadas en varias calles que ascendían por la ladera en torno a la torre de Gálata. Los genoveses eran los principales aliados comerciales de los bizantinos, y hacía ya tiempo que disfrutaban de beneficios concedidos por los emperadores, que los habían preferido a sus enemigos los venecianos.

Castelnou se acercó hacia la base de la torre de Gálata, pero fue interrumpido en su camino por dos altivos genoveses.

—Vaya, éste debe de ser uno de esos almogávares que han conseguido el favor del emperador —dijo uno de ellos, vestido como un pavo real en pleno cortejo.

—Sí, fijate en su aspecto. Si intentara entrar vestido así, lo echarían a patadas de la másapestosa de las posadas de Génova.

—Señores, sólo pretendo ver esta ciudad desde esa torre; si me permitís...

Castelnou hizo ademán de seguir andando, pero los dos genoveses se lo impidieron.

—Parece que no lo has entendido; hueles mal,apestas, y no queremos que pases por aquí. Dejarías tras de ti un olor nauseabundo y no nos gusta que nuestro barrio apeste con el hedor de tipos como tú.

—No quiero líos. Dejadme en paz.

—Pues da media vuelta y aléjate de aquí; seguro que eres uno de esos catalanes de mierda.

—Os pido que me permitáis pasar; no busco pelea.

Al intentar dar un paso, uno de los genoveses desenvainó su espada y le lanzó un tajo a Castelnou, que estaba atento ante esa posibilidad. El templario se hizo a un lado y esquivó con facilidad el torpe ataque del genovés. No pretendía empuñar su arma, pero al ver que el segundo genovés sacaba la suya, no tuvo otra alternativa que hacerlo.

—Dos contra uno, veremos si sois tan rápidos con la espada como con la lengua — dijo Castelnou.

El templario se lanzó a la carga con dos formidables mandobles de su brazo izquierdo que hicieron palidecer a sus adversarios. Protegiendo su espalda contra una pared para no ser sorprendido por detrás, mantuvo a raya a los dos genoveses, que intentaban asestarle una estocada atacándole de manera simultánea por la izquierda y la derecha. Aquellos dos tipos no eran malos espadachines, pero no eran enemigos para medirse con la destreza y la agilidad de Castelnou. En cuanto se lo propuso, despachó a uno de ellos atravesándole el pecho y desarmó al otro con un giro de muñeca y un golpe de espada en el brazo. En unos instantes uno de los genoveses yacía muerto sobre un charco de sangre con el corazón partido y el otro estaba arrodillado a sus pies rogándole que no lo matara.

A los gritos de súplica del genovés acudieron numerosos vecinos del barrio de Pera, que increparon a Castelnou llamándolo asesino. Jaime intentó explicarse, pero las protestas fueron aumentando y la turba amenazaba con lincharlo allí mismo. No le quedó otro remedio que dar media vuelta y descender corriendo por la calle hasta el puerto de Pera. Tras él iban varias decenas de personas acusándolo de criminal y clamando venganza, pero ninguna de ellas se atrevía a acercarse demasiado a la vista de la espada desenvainada y ensangrentada que Jaime portaba en su mano izquierda.

Ya en el puerto, dio un brinco y saltó sobre una de las barcas que se alineaban a decenas en el muelle y conminó al barquero a que remara a toda prisa hacia la otra orilla del Cuerno de Oro. Ante la espada de Jaime y amedrentado por la determinación que mostraban sus ojos, aquel hombre no lo dudó y comenzó a bogar con todas sus fuerzas.

Una vez en la orilla sur del Cuerno de Oro, Jaime se dirigió hacia Blanquernas, donde habían sido ubicados los almogávares, y le explicó lo ocurrido a Rocafort.

—No es el momento de molestar a Roger; ahora estará dando buena cuenta de esa princesita, pero debemos avisar a los demás, pues me temo que los genoveses no se contentarán con unas simples disculpas —dijo Rocafort.

—No hice otra cosa que defenderme —alegó Jaime.

—No lo dudo; y aunque no fuera así, seguro que esos dos genoveses se merecían una buena lección.

Rocafort no se equivocó; la noticia de la muerte del genovés se había extendido deprisa entre la colonia de mercaderes de esa república y la mayoría clamaba venganza. Los genoveses disponían para la defensa de sus comerciantes de una guarnición de soldados dirigidos por un impetuoso capitán que necesitaba muy pocas excusas para montar una gresca descomunal.

Se llamaba Rosso del Finar y era un hombre bregado en decenas de combates en el mar; odiaba a los catalanes desde que una andanada de una de sus galeras le provocara durante una batalla de la guerra de Sicilia una terrible cicatriz que le cruzaba el lado derecho del rostro de arriba abajo.

Varios centenares de soldados genoveses irrumpieron con Rosso del Finar al frente en el barrio de Blanquernas, pero los almogávares los estaban esperando. El enfrentamiento se produjo en el cruce de dos amplias calles, y en el primer envite cayeron varios genoveses; el propio Rosso fue despachado de dos mandobles por Jaime de Castelnou.

Los genoveses sobrevivientes se quedaron paralizados ante la fiereza del contraataque de los almogávares, quienes, desenvainando sus cuchillos de hoja ancha, comenzaron a golpear el suelo a la vez que gritaban su consigna favorita: «¡Desperta ferro!».

Aterrorizados, los genoveses retrocedieron y comenzaron a correr en retirada perseguidos por los almogávares, que con sus cabelleras al viento aullaban como verdaderos lobos. Antes de que logran embarcar de regreso al barrio de Pera, dos centenares de genoveses yacían muertos en la calles de Constantinopla. Animados por la victoria, los almogávares cruzaron el estuario en varias barcas y cayeron sobre los genoveses de Pera provocando una matanza terrible.

Cuando la noticia de la refriega entre almogávares y genoveses llegó a oídos del emperador, el *basileus* comprendió que había contratado a gente demasiado peligrosa. Algunos de sus consejeros dijeron que había sido un error traer a la ciudad a una turba de guerreros como aquéllos, que convertían a la ferocidad en su norma habitual de conducta. Otros, por el contrario, sostuvieron la oportunidad de la decisión, señalando que lo que había que conseguir es que semejante fiereza se encauzara contra los turcos.

—Parece que las cosas se han calmado —le comentó Rocafort a Castelnou—. Los genoveses han aprendido la lección y el emperador nos ha dado la razón.

—Me alegro, porque temí lo peor —dijo Castelnou.

—Sí, Jaime, has armado una buena. ¿A quién se le ocurre liarse a golpes con todo el barrio genovés?

—No fue exactamente así; yo sólo pretendía subir a la torre...

—Claro, subir a la torre... ¿No tendrás algún lío con una linda genovesita? Dicen quienes las han probado que son dulces como la malvasía y delicadas como un gorrión. Por cierto, nunca he follado con una genovesa, tal vez sea ahora la ocasión de ir por allá en busca de alguna.

—Yo no lo haría; no es precisamente el momento más oportuno para que un almogávar se deje ver en el barrio de Pera. El emperador ha ordenado que no nos mezclemos con ellos, y Roger de Flor ha asentido.

—Bien, lo dejaré para mejor ocasión, pero no descarto un buen revolcón con una de esas estiradas gatitas genovesas.

## CAPÍTULO VI

El emperador Andrónico citó a Roger de Flor y le indicó que ya era tiempo de atacar a los turcos. Unos espías bizantinos acababan de informar que se estaban registrando movimientos de tropas que acudían desde varias regiones hacia las cercanías de Constantinopla. Alguien había comunicado a sus caudillos que los cristianos se habían enfrentado entre sí, y que ante semejantes desavenencias serían más vulnerables.

En efecto, los turcos habían avanzado hacia el estrecho del Bósforo, habían puesto cerco a la ciudad de Filadelfia y amenazaban a las poblaciones costeras del mar de Mármara. Un ejército imperial se había dirigido hacia allí, pero se había retirado sin combatir.

La compañía de Roger de Flor era una contundente maquinaria de guerra; armados con sus cuchillos de hoja ancha, sus hondas y sus lanzas cortas, ligeros de equipaje y de armadura, los almogávares se movían en la batalla y luchaban en el cuerpo a cuerpo como nadie antes lo había hecho. Ágiles como demonios, irrumpían de improviso en el combate, liquidaban con precisión y rapidez a sus adversarios y se replegaban con un sigilo extraordinario.

Pero hasta esos días de 1302 los almogávares jamás habían combatido contra los turcos; sus tácticas de combate habían sido muy exitosas en Sicilia, en Italia y a bordo de sus galeras, pero nadie podía asegurar que fueran a resultar igual de eficaces contra los turcos, a los que se les suponía además una fiereza al menos similar.

Jaime de Castelnou embarcó en Constantinopla en la galera de Rocafort; la armada almogávar puso rumbo sur y desembarcó poco después en la orilla asiática del mar de Mármara.

—En estas playas combatieron los héroes de la Antigüedad —dijo Rocafort al poner el pie sobre las doradas arenas de Anatolia.

—¿También tú te consideras un héroe? —preguntó Castelnou.

—Te lo diré dentro de unos días. Esos turcos deben de estar ahí mismo, detrás de esas colinas. Tal vez nos vigilen ahora, aguardando el momento oportuno para caer sobre nosotros en una emboscada.

—Creía que éramos nosotros los especialistas en eso.

—Y lo somos; pero no olvides que no conocemos el terreno, y es ahí donde esos condenados turcos nos sacan mucha ventaja. Pero no hay que preocuparse demasiado, Roger ya sabrá lo que debemos hacer para derrotarlos.

Jaime calló. A la vista del despliegue de las galeras en la playa, recordó la misión que el maestro del Temple le había encomendado y se sintió extraño. Durante los meses que había ocultado su identidad templaria para convertirse en un almogávar, había actuado, pensado y vivido como ellos, y su actitud era ya más propia de uno de aquellos fieros bravucones desarraigados que de un caballero templario. Pese a que había prometido ejecutar el plan que se le había encomendado en Chipre, no había hecho hasta el momento nada por cumplirlo.

Sentado ante una hoguera, contemplando las llamas que ardían en el campamento, dudó; por primera vez en su vida, dudó. El era un templario, había jurado defender la Orden con su sangre, obedecer al maestro, cumplir la regla... y nada de eso había ocurrido en los últimos meses. Su espada había matado a varios genoveses, su comportamiento había sido impropio de un caballero cristiano, y además aún no había movido un solo dedo para acabar con Roger de Flor. Pese al odio y a los deseos de venganza que durante años había

albergado hacia el antiguo sargento, ahora se sentía extraño, incluso atraído por el caudillo que había humillado a su orden, el que había robado la galera *El halcón* y el que había mancillado el nombre del Temple en Acre. ¡Cuántas veces había soñado con enfrentarse cara a cara con el hijo del halconero y asestarle una estocada que lo dejara listo para el infierno! Pero no, aquellos meses al lado de sus hombres le habían cambiado; ya no sentía odio, sino una extraña mezcla de indiferencia y soledad.

¿En qué se había convertido? Ya no era el mismo, casi no se reconocía. Ni siquiera añoraba el hábito blanco de la Orden, aquella capa cuya sola visión atemorizara durante decenios a los musulmanes de Tierra Santa.

—Pareces ausente; debe de ser muy importante lo que estás pensando —le interrumpió Rocafort, dándole una palmadita en la espalda.

—Estaba intentando quedar en paz conmigo mismo —confesó Castelnou.

—Sé que no eres quien dices, pero no sé quién eres. Y ya sabes que no me importa. Eres un extraordinario luchador y hasta ahora te has comportado como el mejor de los nuestros. Tal vez algún día puedas contarme esos pensamientos que parecen atormentarte.

—Sí, tal vez.

—Ahora será mejor que vayas a descansar un rato; ya he dejado organizada la guardia de noche. Te toca el segundo turno.

En apenas un par de días los almogávares desembarcaron todo el equipo y avanzaron tierra adentro. No conocían el terreno, pero el emperador Andrónico les había proporcionado varios guías que hubieran podido caminar por cada palmo de esa zona de la costa occidental de Anatolia con los ojos vendados. Roger de Flor reunió a los capitanes y les contó que los exploradores habían localizado un campamento turco a unas tres horas de camino. Parecía importante, pues habían contado unas doscientas tiendas, pero a la vez les llamó la atención que apenas estuviera vigilado.

—Esos turcos se han relajado —comentó Rocafort a sus hombres, al regreso de la junta de capitanes—. Vamos a darles una buena sorpresa. Han debido de creer que los bizantinos jamás irían contra ellos, pero no han contado con nosotros. Preparaos para la lucha; caeremos sobre esos sarracenos justo al amanecer. De modo que descansad cuanto sea posible y desentumeced los músculos, al alba nos espera una buena caminata antes de la batalla.

Pese a los consejos de su capitán, Castelnou apenas pudo dormir. Era la primera vez que iba a participar en una verdadera batalla al lado de los almogávares, y ya había podido comprobar en Constantinopla cómo se las gastaban aquellos feroces guerreros. Claro que una cosa era enfrentarse a una turbamulta de arrogantes genoveses y otra muy distinta combatir contra un ejército tan aguerrido y feroz como el turco. En el ejército templario habían servido algunos soldados turcos, y Jaime sabía perfectamente que eran unos formidables soldados.

Era noche cerrada todavía cuando Roger de Flor dio la orden de avanzar hacia el campamento turco. La noche era oscura pero despejada, y en el cielo de Anatolia brillaban centenares de estrellas como reflejos de bruñidas perlas en un espejo de azabache.

Tenían orden de avanzar en completo silencio, sin hacer el menor ruido; pero no hubiera hecho falta dar nuevas instrucciones, cada uno de aquellos hombres sabía muy bien cómo comportarse, cómo moverse, cómo deslizarse en la noche con la agilidad de un gato y el sigilo de una cobra.

Los turcos habían instalado su campamento a orillas de un arroyo, cerca de su desembocadura en un río que no parecía demasiado profundo. Roger de Flor se había

soltado su cabello y caminaba al lado de sus hombres, con la espada en la mano. Castelnou parecía un almogávar más, pero chocaba que de su cintura pendiera una vaina con una espada larga, como las de los caballeros, y no el cuchillo corto y ancho que utilizaban la mayoría de sus colegas. Los almogávares se desplegaron con la máxima cautela hasta rodear el campamento otomano. Cuando estuvieron preparados, al tiempo que las primeras luces asomaban plateadas por levante, el mismo Roger de Flor comenzó a golpear su espada contra unas piedras y lanzó al helado cielo el terrible grito de guerra: «¡Desperta ferro!». De inmediato, decenas de espadas, venablos y cuchillos comenzaron a ser golpeados contra el suelo provocando un ruido metálico aterrador. A una orden de su caudillo, los almogávares se lanzaron corriendo ladera abajo hacia el campamento turco. Los sorprendidos otomanos apenas pudieron reaccionar; los escasos vigías que habían sido desplegados alrededor de las tiendas fueron liquidados sin que pudieran siquiera lanzar un grito de aviso, y cuando los demás quisieron responder al ataque de los almogávares ya estaban encima de las tiendas, con sus aceros brillantes hiriendo, cortando, golpeando a los desprevenidos turcos.

Castelnou empuñaba su espada sujeta con firmeza en su mano izquierda, mientras en la derecha portaba un pequeño y ligero escudo circular. Fue uno de los primeros en alcanzar las tiendas del campamento turco, y entre las primeras luces del alba pudo ver los sorprendidos rostros de los otomanos, marcados por un rictus de desesperación y de pavor, porque sabían que iban a morir antes de que el sol los bañara con su aterciopelada luz invernal. Ante las hojas de acero de los almogávares, los turcos caían abatidos a cuchilladas, destrozados por la terrible contundencia de la carga de aquellos diablos calzados con sandalias de cintas de cuero.

Cuando los primeros rayos de un sol amarillo y redondo iluminaron las tiendas de fieltro de los otomanos, varios centenares de soldados yacían en medio de charcos de barro rojo. La sangre de aquellos desgraciados teñía las tiendas desmanteladas sobre el suelo, y las pocas que quedaban en pie aparecían salpicadas por extensas manchas amarronadas y rojizas.

Roger de Flor dio la orden de detener la matanza y Castelnou obedeció. El templario cogió un pedazo de tela y limpió la hoja de acero ensangrentada antes de volver a guardar su espada en la vaina. Sólo entonces se apercibió de que todo su cuerpo estaba empapado con la sangre de los enemigos que había abatido. Un olor acre y húmedo estalló en la aletas de su nariz a la vez que en sus oídos resonaban los gritos de guerra de sus compañeros, que aumentaron de tono cuando alguien izó sobre la que había sido la tienda del general turco una bandera con las barras rojas y amarillas del rey de Aragón.

—¿Conoces la profecía? —preguntó Rocafort a Castelnou de improviso.

—¿A qué profecía te refieres?

—¿A cuál va a ser?, a la que sostiene que un rey de Aragón gobernará alguna vez sobre Jerusalén.

—No, nunca la he oído.

—Pues así es; y mira, por algo se empieza, ahí tienes la señal del rey de Aragón ondeando en este infecto rincón del mundo.

## CAPÍTULO VII

Los almogávares estaban ebrios de victoria y demandaron de Roger de Flor que les permitiera continuar hacia la ciudad de Filadelfia, donde un ejército turco estaba a punto de entrar en esa ciudad bizantina, que resistía un duro asedio desde hacía varias semanas. Pero Roger de Flor ordenó la retirada a la isla de Quíos, frente a las costas de Anatolia, para preparar desde allí una campaña mucho más contundente.

Castelnou quiso identificar aquel sentimiento de los almogávares con el que había oído expresar a algunos ancianos caballeros templarios que, retirados en las encomiendas de Europa e incapaces ya de sostener un arma, pasaban los últimos años de su vida relatando viejas historias de los tiempos felices en los que la bandera del Temple ondeaba en lo más alto de los formidables castillos de Tierra Santa.

Influido por el sentir general y acuciado por el consejo de capitanes que no sólo reclamaban una nueva victoria sobre los turcos sino también más botín, Roger de Flor ordenó abandonar Quíos y regresar al continente. El emperador le había pedido que acudiera a liberar el cerco que los turcos habían cerrado sobre la ciudad de Filadelfia, tras cuyas murallas resistían los bizantinos. Como ayuda le envió varios escuadrones de caballería de la tribu de los alanos, las tropas mercenarias más afamadas del ejército bizantino.

La noticia de la espantosa matanza ejecutada por los almogávares sobre el campamento turco ya había llegado a oídos del general Alí Schir, que dirigía el ejército otomano que estaba asediando Filadelfia. Este general contaba con un formidable contingente de ocho mil jinetes y doce mil infantes, y al saber que los almogávares apenas eran seis mil combatientes se sintió tranquilo. Ante su superioridad numérica e informado por sus espías de que los almogávares venían directos hacia Filadelfia, imaginó que conseguiría dos triunfos en uno: derrotar a los mercenarios del emperador bizantino y vengar así a sus hombres muertos en el campamento, y conquistar Filadelfia, pues sus defensores no dudarían en rendirse al enterarse de la derrota de quienes venían en su auxilio.

La vanguardia almogávar, encabezada por el mismísimo Roger de Flor, apareció al amanecer de una mañana de mayo sobre la cima de unas colinas cubiertas de arbustos florecidos. Los turcos había formado su ejército en una llanura muy abierta, entre las colinas y la ciudad; su superioridad era manifiesta, pues por cada combatiente almogávar formaban cuatro turcos.

El general otomano sonrió; la desproporción de fuerzas era tal que ni el más loco de los generales se arriesgaría a atacarlo ante la evidente inferioridad almogávar. Se equivocó. Roger de Flor recorrió uno a uno todos los batallones y arengó a sus tropas prometiéndoles la victoria.

Castelnou formaba en una de las alas, montado sobre un caballo que le habían proporcionado al considerar su condición. Tras escuchar la orden de atacar dada por Roger de Flor, miró con serenidad a Rocafort, situado a su derecha.

—¿No te inquieta que vayamos a cargar en campo abierto contra un enemigo muy superior? —le preguntó el capitán.

—No. La victoria suele ser patrimonio de los atrevidos —respondió Castelnou.

—No parece nervioso —volvió a preguntarle Rocafort.

—Me he visto en situaciones peores que ésta.

—No lo dudo. Alguien que maneja la espada como tú ha tenido que utilizarla en

numerosas ocasiones.

En el centro de la línea de combate se alzó de pronto la bandera a franjas rojas y amarillas del rey de Aragón. Seis mil gargantas comenzaron a gritar atronadoras «Aragón, Aragón». Después, Roger de Flor alzó su espada y los almogávares desenvainaron sus cuchillos de hoja ancha y comenzaron a golpearlos provocando un estruendo que se extendió hacia la llanura como si de repente se hubiera desatado un millón de truenos.

Los turcos, que hasta entonces se habían mostrado confiados y firmes en sus posiciones, comenzaron a dudar, y un rumor se extendió entre sus filas: aquellos adversarios no eran hombres, sino espíritus recién llegados del averno.

Roger de Flor bajó despacio su brazo y con su espada apuntó hacia el enemigo otomano. Como impulsados por un mismo resorte, los seis mil almogávares se lanzaron ladera abajo gritando «Desperta ferro» y «Aragón, Aragón», a la vez que aullaban como lobos hambrientos en busca de su presa.

El general turco no podía creer lo que estaba viendo, y al advertir la inquietud que se extendía por los batallones de su ejército tuvo miedo. El estandarte del rey de Aragón tremolaba en la primera línea y sus brillantes colores guiaban a los combatientes como un faro de esperanza.

El primer envite fue demoledor para los turcos. Paralizados por el avance almogávar, por sus gritos salvajes y terribles y por su aspecto fiero y animal, apenas tuvieron valor para enfrentarse a ellos y las primeras filas de la formación turca fueron arrasadas como si se tratara de un arbusto podado por un jardinero. Conforme iban cayendo los combatientes de las líneas de la vanguardia, los que estaban por detrás se sintieron poseídos de un pánico incontrolado y dieron media vuelta para intentar huir de la acometida de aquellos demonios. Pero al darse la vuelta se encontraron con las filas de la retaguardia, a las que sus oficiales amenazaban con espadas para que no huyeran.

Y entonces se produjo el caos. Los combatientes turcos se golpeaban unos con otros, apretujados en filas tan compactas que ni siquiera podían extender los brazos para defenderse. Mientras tanto, los almogávares los iban liquidando como a corderos dispuestos para el sacrificio. En aquella barahúnda de aullidos y estridencias, la caballería almogávar causó un destrozo tremendo.

Castelnou dio varias órdenes que los jinetes de su escuadrón obedecieron pese a que el templario no había sido investido de ningún grado en el ejército almogávar; el mismo Rocafort, aunque era su capitán, también le obedeció. Siguiendo las tácticas de la carga de caballería que había aprendido durante su estancia en el Temple, Castelnou dirigió un ataque frontal, formando a su escuadrón en una línea de veinte caballeros en frente por tres en fondo, que irrumpió en el centro del ejército turco desbaratándolo por completo.

El brazo izquierdo de Jaime repartía mandobles con tal contundencia que con cada uno de ellos abatía a un enemigo o lo dejaba inútil para seguir combatiendo. En su brazo derecho no llevaba escudo, sino una maza de hierro con la que causó estragos entre los infantes turcos, cuyas líneas se abrieron por el centro antes de descomponerse por completo.

A mediodía todo había terminado. Varios miles de turcos lograron huir ante la imposibilidad de retenerlos a todos, pero cinco mil cadáveres quedaron sobre el campo de batalla; de ellos apenas doscientos eran almogávares.

Roger de Flor se mostró satisfecho tras el recuento de bajas.

—Esta batalla será recordada en los anales de la Historia; por cada uno de los nuestros que ha caído hemos abatido a veinticinco sarracenos. Jamás se logró una victoria

semejante.

Castelnou observó con atención a su caudillo; en verdad era un soldado formidable.

—«¿Qué gran templario hubiera podido llegar a ser si no hubiera cometido aquella infamia en Acre?», pensó.

Y de nuevo lo asaltaron las dudas. No podía renegar de su misión, pero ¿qué podía hacer? Roger de Flor estaba en la cumbre de su poder y de su gloria, era megaduque de Bizancio, estaba casado con la sobrina del emperador, incluso, a efectos públicos y protocolarios, había cambiado su nombre por el de Miguel Paleólogo Comneno, y sus soldados lo admiraban, lo respetaban y cualquiera estaba dispuesto a dar la vida por él. Pero no, Jaime era un templario, y Roger un renegado que merecía un justo castigo. Sentimientos contradictorios se amontonaban en su alma. Su cabeza le decía que su deber era entregar a Roger al Temple para que fuera juzgado por traición a la Orden, por robo y por desobediencia, pero su corazón le transmitía sensaciones bien distintas.

¿Se estaba convirtiendo él también en un renegado? No supo qué responderse y supuso que lo mejor sería dejar de pensar en ello por unos días y un poco más adelante decidir si seguir con el plan que le había ordenado el maestre o por el contrario convertirse en un almogávar más hasta que se le presentara la oportunidad de abandonar la Compañía y regresar a Chipre.

\* \* \*

El cerco a Filadelfia fue levantado y los bizantinos colmaron a sus liberadores de regalos. Comoquiera que los turcos huyeron en desbandada, Roger de Flor los persiguió por el sur de Anatolia hasta que ordenó el regreso a Constantinopla; sabía que aquellas victorias lo habían encumbrado y que el destino del Imperio estaba en sus manos.

A fines de verano, los almogávares entraron triunfantes en Constantinopla; la población de la gran ciudad imperial los recibió con un sentimiento mezcla de admiración y envidia. Los ricos ciudadanos sabían que aquellos aguerridos soldados constituían la única garantía de su independencia, pero a la vez no albergaban ninguna duda de que dependían en demasía de ellos.

El emperador Andrónico le había dicho a Roger de Flor que no quería más de seis mil almogávares en su imperio, pero la atracción del hijo del halconero era tal que su compañía estaba integrada por más de ocho mil soldados, muchos de ellos con familia.

En Constantinopla Jaime de Castelnou se enteró de dos noticias terribles: ese mismo año de 1303 una flota mameluca compuesta por veinte barcos había ocupado la isla de Ruad, eliminando a la mayor parte de la guarnición templaria que la custodiaba, de la que sólo unos pocos supervivientes habían logrado alcanzar las costas de Chipre a bordo de una maltrecha galera. Sin duda, muchos de los templarios caídos en Ruad habían sido compañeros de armas de Castelnou. Y además, un ejército mameluco había derrotado a la nueva coalición de armenios y mongoles en una localidad al sur de Damasco. La vieja esperanza de una Tierra Santa en poder de los cristianos se había esfumado definitivamente.

Si los templarios seguían albergando algunas esperanzas de regresar en breve a Jerusalén, aquellas dos derrotas acabaron con ellas. De nuevo estallaron las contradicciones en su corazón. Jaime hubiera deseado estar allí, en Ruad, al lado de sus hermanos, y en Siria, intentando ayudar a sus antiguos aliados en la batalla que acabó con los intereses mongoles y templarios en Tierra Santa. Pero estaba en Constantinopla, contribuyendo con su espada a agrandar la fama, la leyenda y la fortuna del renegado al que se había propuesto poner en manos de la justicia templaria. ¿Qué hacer en esas circunstancias? El Temple

parecía abocado al fracaso y en cambio el empuje de los almogávares podía ser la solución al desgaste de los cristianos en Ultramar. ¿Y si el futuro dependiera de los soldados de Roger de Flor? El destino solía ofrecer aquellas ironías.

Con los mongoles derrotados y poco interesados en Tierra Santa, los templarios jamás podrían disponer de la fuerza numérica suficiente como para vencer a los mamelucos. Tal vez los almogávares pudieran ser sus posibles aliados en el futuro, pensó Castelnou. Pero mientras estuviera a su frente Roger de Flor, esa alianza era imposible.

Los bizantinos habían quedado impresionados ante la demostración de valor y de fiereza que los almogávares habían desplegado contra los turcos; eran desde luego los soldados que necesitaba el Imperio para mantener sus ya menguadas fronteras, pero suponían también una carga muy pesada. El dinero que el emperador se había comprometido a destinar a los salarios de los mercenarios era demasiado para ser soportado por las arcas del Estado, de modo que algunos consejeros de la corte plantearon como solución entregarles las tierras que pudieran conquistar a los turcos y vivir de ellas. Pero los almogávares ni eran campesinos, ni estaban dispuestos a serlo. Habían vivido toda su vida como soldados de fortuna, enrolados en compañías de armas bajo la dirección de un general como Roger de Flor. Su vida era la guerra y vivían de la guerra, no les interesaba un trabajo ni en el campo ni en la ciudad, sino seguir luchando para ganarse el pan. Ya no tenían raíces que conservar, ni una tierra que añorar, ni un rey o un señor al que servir. Su patria era el inminente horizonte, su esperanza ver cada día un nuevo amanecer, su ilusión tan sólo la próxima victoria.

Su origen estaba en las rudas y ásperas montañas del reino de Aragón, en las sierras frías del condado de Barcelona y en las tierras montañosas del interior del reino de Valencia, y por ello guardaban en la memoria un vago recuerdo de haber sido alguna vez súbditos del rey de Aragón, por ello enarbolaban su estandarte barrado con franjas rojas y amarillas, por eso gritaban «Aragón, Aragón», para estimularse inmediatamente antes de iniciar un combate, y por eso seguían manteniendo en su corazón una cierta sensación de ser miembros de la gran corona del rey de Aragón, a quien la profecía anunciaba como futuro señor de todo el Mediterráneo.

## CAPÍTULO VIII

De regreso a Constantinopla, los almogávares volvieron a los albergues que el emperador les había concedido en el barrio de Blanquernas.

Una mañana, pocos días después de haber regresado de la campaña en Anatolia, Jaime de Castelnou recibió la visita de Rocafort. Su capitán le dijo que acababa de entrevistarse con Roger de Flor y que el jefe de los almogávares deseaba dar la enhorabuena personalmente al guerrero zurdo del que todos elogiaban su valor y su destreza con la espada. Jaime sintió entonces renacer su alma de templario; al fin podría estar cara a cara con el traidor de Acre y tal vez tuviera una oportunidad para acabar con él, pues pese a todo no había renunciado a ejecutar su venganza.

—¿Qué desea de mí el megaduque? —preguntó Castelnou.

—Conocerte mejor. Algunos de los nuestros, bueno, yo también, le han hablado de ti. Somos varios capitanes los que estimamos que posees dotes para el mando, que no te falta valor y que conoces tácticas de estrategia en la batalla. Creo que Roger quiere proponerte como capitán de uno de nuestros regimientos de caballería.

—Llevo poco tiempo entre vosotros, no sé si merezco...

—Claro que lo mereces; aunque sigo pensando que ocultas algo, hasta ahora has demostrado plena fidelidad a la Compañía. En la batalla de Filadelfia contra los turcos tu comportamiento fue extraordinario. Jamás había visto combatir a nadie con tu destreza y tú..., digamos frialdad. Nosotros luchamos como fieras sanguinarias, nuestros rostros y nuestros ojos parecen emitir por sí mismos un mensaje de muerte; miramos a nuestros enemigos como perros rabiosos y gritamos como si nos hubieran poseído mil demonios, pero tú..., tú eres frío como un carámbano de hielo, te limitas a liquidar a cuantos enemigos se te ponen delante con la misma naturalidad del artesano que trenza un cesto de mimbre tras otro o del tejedor acostumbrado a pasar la lanzadera una y otra vez entre la urdimbre del telar. Creo que en todo este tiempo que te conozco jamás te he visto reír, ni llorar, ni emocionarte por nada ni por nadie. Ni siquiera te he visto desear a una mujer; y eso sólo les ocurre a los maricones, y evidentemente tú no lo eres. No pareces albergar ningún sentimiento en tu corazón, pero sé que hay algo en tu pasado que, aunque no lo manifiestes, te atormenta. Bueno, al menos espero que seas un ser humano.

—Lo soy, no lo dudes.

—Pero basta de cháchara y vayamos a ver a Roger de Flor; te está esperando.

—¿Puedo coger mis armas?

—Claro, un almogávar debe tenerlas siempre a mano.

Castelnou se ajustó el cinturón de cuero del que pendían la vaina y la espada y ocultó entre sus calzas, a la altura de la pantorrilla, un pequeño y afilado cuchillo.

De camino hacia el palacete donde Roger de Flor vivía con su joven esposa, la princesa imperial María Asanina, intentó maquinarse un plan. Había llegado a la conclusión de que capturar al caudillo de los almogávares para conducirlo vivo ante un tribunal del Temple para que lo juzgara por sus delitos contra la Orden era imposible, de modo que decidió que él mismo sería el ejecutor. En cuanto tuviera una oportunidad, saltaría sobre el hijo del halconero y lo liquidaría, con su espada o con el cuchillo. Sabía que Roger era un luchador bravísimo y que había sido formado como sargento templario, pero confiaba en que la mezcla de su habilidad con la espada y la sorpresa no darían la menor opción de defenderse al traidor de Acre.

El palacete de Flor estaba protegido por una guardia personal de cuarenta

almogávares, que vigilaban cualquier movimiento que se produjera en las inmediaciones. Rocafort y Castelnou llegaron ante la puerta y se identificaron; los guardias los dejaron pasar sin registrarlos siquiera. Atravesaron un patio porticado con finas columnas de mármol verde y alcanzaron una estancia suntuosa decorada con mosaicos de teselas doradas. En el centro de la sala, debatiendo con media docena de capitanes almogávares, estaba Roger de Flor.

Castelnou evaluó enseguida la situación; los seis capitanes, más el propio Rocafort, estaban armados y no dudarían en lanzarse contra él si atisbaban la menor intención de que iba a atacar contra su caudillo. Roger de Flor portaba su espada, pero no tenía sobre su cuerpo ningún equipo de defensa, pues se vestía con una sencilla túnica hasta la rodilla y unas calzas. Jaime pensó que no sería difícil desenvainar con rapidez la espada y acertar con una certera estocada en el corazón del jefe almogávar, pero después tendría que vérselas con siete capitanes, hombres bregados en la pelea, a los cuales podría derrotar uno a uno, pero jamás a los siete a la vez. Sólo tenía dos opciones: matar a Roger de Flor y luego morir, o dejar pasar la ocasión en espera de otra más propicia en la que al menos pudiera disponer de una oportunidad para escapar. Roger de Flor se giró hacia Rocafort y Castelnou, y al verlos acercarse los saludó.

—Bienvenidos, amigos. Vaya, de modo que tú eres ese formidable luchador zurdo del que todos hablan. Sé que te incorporaste a nosotros ya en Grecia, y que eres del condado de Ampurias, buena y hermosa tierra, y que no careces ni de valor ni de dotes para el mando. Necesitamos capitanes que sepan luchar y capaces de dirigir a nuestros hombres. Rocafort te ha recomendado para que seas nombrado capitán. ¿Aceptas?

Roger de Flor se dio entonces media vuelta para coger una copa y una jarra de encima de una mesa con la intención de servírsela a Jaime. Aquella era la oportunidad: el general tenía las dos manos ocupadas con la copa y la jarra, los capitanes estaban confiados saludando al recién llegado Rocafort y nadie se interponía entre ellos dos. Bastaría con desenvainar la espada con rapidez y lanzar una estocada directa al pecho desprotegido de Flor para acabar con ese bastardo.

El caudillo almogávar extendió su brazo ofreciéndole la copa a Jaime, y el templario la aceptó.

Castelnou dio un sorbo.

—Carezco de méritos para dirigir uno de nuestros regimientos. —Jaime se extrañó al oírse a sí mismo hablando con tanta naturalidad de «nuestros regimientos».

—Los que han combatido a tu lado no opinan así.

—En ese caso, acepto.

—Una cosa más. Quiero que enseñes a nuestros hombres a manejar la espada como sólo tú sabes.

—Esos hombres tienen poco que aprender; jamás he visto a nadie pelear con su bravura y su determinación. No necesitan nada más.

—El valor es importante, pero la técnica en el combate también. Nos esperan tiempos de duras batallas, y para vencer en ellas debemos estar perfectamente preparados, de modo que te harás cargo de la instrucción en esgrima de nuestros hombres.

—Pasaremos el invierno aquí, pero no podemos permanecer ociosos. Hemos de seguir ejercitándonos para que ni nuestros músculos ni nuestros sentidos se resientan por la inactividad. La próxima primavera nos aguardan combates para los que hemos de estar bien dispuestos.

—Y ahora, amigos, permitid que me retire, el emperador Andrónico desea hablar

conmigo; imagino que intentará persuadirme para que admita una rebaja de nuestra paga. Los capitanes emitieron casi al unísono un murmullo de reprobación.

—Si no fuera por nosotros, los turcos ya estarían a las puertas de Constantinopla y el trono de ese emperador no valdría un besante —comentó uno de los capitanes, llamado Fernando Ahonés.

—Es probable que así fuera, pero habrá que convencer al emperador de ello.

—No os marchéis, he dejado ordenado que os sirvan más vino y algo de comer.

—Lo haremos a tu salud —dijo Ahonés.

Antes de abandonar la estancia, Roger de Flor se detuvo, giró sobre sus pasos y, como sin darle la menor importancia, le dijo a Jaime:

—Sigo dándole vueltas a la cabeza para recordar dónde he visto antes tus ojos.

Y Roger de Flor salió de la sala con pasos firmes pero ligeros.

—Vaya, se acordaba de mí —dijo Jaime.

—Enhorabuena, capitán —le felicitó Martín de Rocafort.

—Enhorabuena... —reiteró Fernando Ahonés, alargando la palabra.

—...Jaime, Jaime de Ampurias. —Castelnou le dio su nombre falso por el que lo conocían los almogávares.

—Si te parece, yo también asistiré a tus clases de esgrima. He oído contar maravillas de tu manera de manejar la espada —dijo Ahonés.

—Cuestión de práctica —asentó Castelnou.

—¿Dónde aprendiste a luchar? —preguntó Ahonés.

—En la corte del conde de Ampurias. Tuve un maestro extraordinario, el mejor de la cristiandad. Luego mejoré algunas fintas en Tierra Santa, combatiendo al lado de los mongoles y de los armenios, de ellos aprendí ciertos trucos.

—Yo sólo he visto luchar así a unos caballeros: los templarios —enfaticó Ahonés muy serio.

—Los conozco; también luché con ellos en Hims, al lado de los mongoles y los armenios. Son buenos con la espada, pero demasiado previsibles en su envite. Fían todo a la contundencia de su carga de caballería, y no siempre resulta una buena táctica.

Ahonés desenvainó su espada y apuntó con ella hacia Castelnou.

—Veamos si eres tan bueno como se comenta —le retó Ahonés.

—Aguarda, Fernando, estamos en casa de nuestro jefe, y combatimos del mismo lado. ¿Qué pretendes? —intervino Martín de Rocafort.

—Sólo cruzar unas fintas con el nuevo capitán. Quiero comprobar si sabe pelear como todos comentan o si su habilidad es tan sólo una leyenda.

—Yo ni deseo ni pretendo luchar contra uno de los nuestros —dijo Castelnou.

—Vamos, será un mero ejercicio de esgrima —insistió Ahonés.

La situación empezaba a ser demasiado tensa. Castelnou escudriñó los rostros de los capitanes, que observaban impacientes.

—Uno de los dos podría resultar herido —se excusó Jaime.

—Procuraré que no sea así. Vamos, en guardia —exigió Ahonés.

Castelnou desenvainó su espada con desgana. Ambos contendientes se estudiaron erguidos uno frente al otro, tensos como dos panteras dispuestas a lanzarse en un instante sobre su oponente.

—¡Basta, es suficiente! —gritó Rocafort, colocándose entre los dos adversarios.

—Sólo era un juego, amigo Martín, un simple e inocente juego —dijo Ahonés mientras envainaba su espada.

—Pues deja ese juego para nuestros enemigos.

Jaime también envainó la suya. Su rostro, sereno e inexpresivo, contrastaba con la burla irónica que se dibujaba en el de Ahonés.

Ya de regreso a sus casas, Rocafort previno a Castelnou.

—Ten cuidado con Ahonés. Es un hombre valiente y buen luchador, pero le pudre la envidia. Se cree el mejor de todos nosotros y no admite que nadie pueda hacerle sombra ante Roger. Se considera como el almogávar con más méritos para sustituir a nuestro jefe si éste faltara alguna vez. Tiene el título de almirante y está casado con una prima del emperador Andrónico, y disfruta de la plena confianza de nuestro caudillo.

—Me ha parecido un fanfarrón —dijo Jaime.

—Lo es, pero también es peligroso. No te acerques demasiado a él y procura evitarlo en lo que puedas.

## CAPÍTULO IX

El invierno discurrió entre constantes problemas. La onerosa carga económica que los almogávares representaban para el Imperio empezaba a ser insoportable. La paga de los soldados llegaba cada vez con más retraso y Roger de Flor tenía que insistir ante el emperador, quien apenas podía ya conseguir los fondos necesarios para los pagos de la soldada de sus tropas mercenarias, para que cumpliera con sus compromisos. Y por si ya fueran pocos, a los seis mil integrantes de la Compañía que habían llegado a Constantinopla con Roger de Flor se unieron otros dos mil más encabezados por los capitanes Bernart de Rocafort y Berenguer de Entenza.

Los bizantinos comenzaban a estar agobiados con tantos almogávares a los que mantener, y algunos cortesanos hicieron todo lo posible para que entre ellos estallaran conflictos. Para enemistar a los recién llegados con la compañía de Roger de Flor, le ofrecieron a Berenguer de Entenza el título de cesar del Imperio, pero éste declinó y le dijo al emperador que quien realmente lo merecía era Roger. Este cargo era el segundo en importancia tras el de emperador; se sentaba en una silla casi de la misma altura y vestía ropas azules con listas de oro, frente a las carmesíes con listas doradas del *basileus*.

Pero todas aquellas maniobras de protocolo y de nombramientos honoríficos eran meramente dilatorias. El imperio Bizantino se descomponía preso de una larga agonía; hacía siglos, desde que los turcos lo derrotaran en Manzikert, que no se había recuperado, y aunque mantenía la importancia económica y política de su gran capital de Constantinopla, la mayoría de sus antiguas ricas tierras agrícolas estaban en poder de los turcos en el este o de los eslavos en el oeste.

Roger de Flor supo por algunos informadores que mantenía a sueldo como espías en la corte imperial que las dificultades financieras colapsarían el erario imperial en pocos meses y que no habría dinero suficiente en las arcas estatales para pagar a sus hombres. Las alternativas eran escasas; la Compañía de Roger de Flor dependía de los salarios que recibían sus soldados mercenarios, y el mismo Flor debía su fortuna y su poder al hecho de haber logrado mantener siempre sus compromisos cerrados con sus hombres. Pero, ¿qué ocurriría en caso de no poder hacer frente a las soldadas? Los almogávares podían rebelarse, cargar contra los bizantinos y provocar una verdadera masacre. Ni el mismo Roger de Flor era capaz de suponer lo que serían capaces de hacer sus hombres en caso de que se vieran abocados a tener que ganarse la vida al margen del sueldo que les procuraba el emperador.

Jaime de Castelnou y Martín de Rocafort conversaban en una de las moradas del barrio de Blanquernas mientras en el hogar de la cocina un pavo se asaba a fuego lento. El templario había sido ascendido a capitán y se le había encargado el mando de un regimiento de almogávares en el que formaban medio centenar de hombres a los que estaba enseñando el secreto del combate con espada.

—Roger ha decidido dividirnos en tres compañías: una a su mando, otra bajo el de mi pariente Bernart de Rocafort y la tercera dirigida por Berenguer de Entenza. Ha cedido a los deseos del emperador, que le ha pedido que no estemos concentrados todos nosotros en un solo ejército. Creo que se trata de una trampa, o al menos de una treta para debilitarnos. Ahora somos ocho mil soldados, que juntos suponemos un ejército casi invencible pero que segregados en tres grupos perdemos buena parte de nuestro potencial —dijo Martín de Rocafort.

—Nuestro comandante es un soldado muy experto: imagino que habrá valorado esa

circunstancia antes de tomar el acuerdo de dividir en tres la Compañía —supuso Castelnou.

—Tal vez, pero yo no me fiaría demasiado; esos bizantinos son maestros consumados en el arte de la mentira y del engaño. Son capaces de pactar una cosa y darle de tal modo la vuelta que parezca que el acuerdo ha sido el contrario. No en vano hay quien asegura que su diplomacia es la mejor del mundo.

—Roger es muy astuto. Fíjate que ni siquiera el Temple ha podido apresarlos todavía.

Ese «todavía» sonó en los labios de Castelnou como una amenaza.

—El Temple está herido de muerte, mi querido amigo; nadie en su sano juicio apostaría un besante por su supervivencia. Si fuera tan poderoso como lo llegó a ser antaño, hace tiempo que Flor estaría preso en sus mazmorras. No, los templarios ya no son lo que fueron; no poseen sus poderosos castillos de Tierra Santa, ni sus encomiendas de Europa son tan ricas y abundantes en rentas. Hace tiempo que sus ejércitos, otrora nutridos con la flor y nata de la nobleza europea, no son sino vagos remedos de lo que llegaron a ser.

—En cambio, el Imperio de Bizancio continúa siendo una extraordinaria potencia; es verdad que han disminuido su influencia y su capital políticos, pero todavía mantiene muchas tierras, y sobre todo esta ciudad, la más rica de la cristiandad.

—Pero nos necesitan —añadió Castelnou.

—Por ahora sí, pero tal vez dentro de unos meses seamos para ellos más un problema que un remedio. Tú no estuviste en Sicilia durante la guerra con los franceses; allí también nos necesitaban..., hasta que sólo fuimos un estorbo. Y entonces se limitaron a darnos una patada en el trasero y mandarnos hacia Oriente. Ese es nuestro sino: buscar un mecenas que contrate nuestros servicios militares, ganar una soldada, hacer nuestra faena y cuando esté acabada marchar a otra parte...; y así una y otra vez. Somos nómadas de la guerra; ésa fue nuestra elección, ésa ha sido la tuya. No sabemos, y tal vez ni queremos ni podemos hacer otra cosa.

Castelnou no supo qué decir. Su vida como almogávar no era demasiado diferente a la de un templario, pero los caballeros de Cristo respondían a un ideal, la defensa de la cristiandad y de los peregrinos cristianos, y los almogávares sólo combatían por ganar su pan día a día.

Pasaron varios meses en los que los almogávares se replegaron a sus bases en Gallípolis, al sur de Constantinopla, donde el emperador les había concedido un asentamiento estable para mantenerlos fuera de la capital.

## CAPÍTULO X

Roger de Flor se creía invencible. Al frente de sus fieros almogávares había derrotado en todas las ocasiones en que se había enfrentado con ellos a los turcos, a pesar de haber afrontado las batallas siendo sus tropas siempre inferiores en número.

Pero algunos cortesanos bizantinos estimaron que las cosas habían ido demasiado lejos. El caudillo de los almogávares era muy poderoso y podía ocurrir que en cualquier momento se sintiera con las fuerzas y la ambición necesarias como para proclamarse incluso emperador.

El príncipe Miguel, heredero del trono, tenía celos de Flor. Era un ser taimado y poco dado a actos heroicos, y en su corazón anidaba un odio profundo hacia el caudillo almogávar, de quien envidiaba su valor, su determinación y su espíritu aventurero. No soportaba que su padre el emperador lo comparara siempre con el caudillo almogávar, a quien citaba continuamente como ejemplo de valor y de fuerza, y que le hubiera concedido más títulos y honores que a él mismo. Algunos de sus consejeros, siempre prestos a urdir conjuras y conspiraciones, le propusieron que acabara con Flor. Al principio, el príncipe Miguel dudó; no se atrevía a enfrentarse con el almogávar, pero al fin concluyó que era la única manera de poner remedio a la agobiante presencia del hijo del halconero en el Imperio. Para ello tenía que preparar una trampa lo suficientemente hábil y creíble como para que un soldado tan experto y astuto como Roger acudiera hasta ella y cayera confiado.

Los agentes secretos del príncipe Miguel se pusieron de inmediato a preparar la celada. Miguel ya había sido proclamado heredero al trono de Bizancio, de modo que envió una carta a Roger invitándole a celebrar una reunión para tratar los asuntos de la guerra contra los turcos y para solucionar el pago de los salarios de los almogávares, que una vez más estaban bastante retrasados.

Roger dudó, pero cuando su esposa, la princesa María, le comunicó que estaba embarazada, supuso que ya no tenía nada que temer, pues no sólo había emparentado mediante ese matrimonio con la familia imperial sino que iba a tener un hijo cuyas venas contendrían parte de esa sangre. El hijo del halconero ordenó a su fiel Fernando Ahonés que se dirigiera a Constantinopla con cuatro galeras y que trasladara a la capital imperial a su joven esposa, en tanto él decidió ir al encuentro con el príncipe Miguel.

—Nos vamos a Adrianópolis—anunció Roger de Flor a sus capitanes, entre los que ya se encontraba Jaime de Castelnou—. El príncipe Miguel quiere hablar conmigo, y además asegura que dispone del dinero para pagar los atrasos que se nos deben.

—Yo desconfiaría; puede ser una trampa.

Los capitanes se volvieron atónitos hacia Castelnou, que era quien había pronunciado estas palabras.

Roger de Flor se acercó hasta el templario y le preguntó:

—¿En qué te basas para afirmar eso?

—Los bizantinos son gente taimada. Están arrepentidos por habernos entregado la defensa de su maltrecho Imperio y ahora desean librarse de nosotros. Yo creo que no deberías acudir a esa cita, o en su caso solicitar garantías fiables.

—Yo también dudé, pero estoy casado con la prima del príncipe y pronto seré padre de su sobrino. ¿No te parece suficiente garantía?

—Todo lo contrario. Tu hijo portará sangre imperial en sus venas, y por ello puede convertirse en un candidato al trono cuando tenga la edad para ello, es decir, en un rival para el príncipe Miguel y para su descendencia. Ahora sí eres realmente un adversario. Ten

cuidado.

Roger de Flor se quedó pensativo. Tras unos instantes de silencio, Ramón de Alquer, un caballero de Castellón de Ampurias, habló.

—Mi señor, si no aceptas esa amable invitación, el príncipe Miguel considerará tu actitud un desaire, o incluso un desprecio. Este invierno apenas hemos recibido suministros y dinero del Imperio, y nuestras despensas y nuestras bolsas están casi vacías. Te ofrecen la entrega del dinero que nos deben; creo que deberías ir. Necesitamos ese dinero. La mayoría de los capitanes asintieron. Jaime de Castelnou no se atrevió a intervenir de nuevo, pues Ramón de Alquer era originario del condado de Ampurias y si le contradecía tal vez intentara averiguar quién era en realidad.

El templario calló. Cuando acabó aquella reunión, Jaime de Castelnou se acercó a la orilla del mar de Mármara, frente al estrecho de los Dardanelos. Sentado sobre una piedra pulida durante siglos por la brisa y la lluvia, contempló el cielo anaranjado del atardecer invernal y el sol rojo y enorme ocultándose tras una capa de espumosas nubes amarillas. Un millar de dudas se amontonaban en su cabeza. Tras más de dos años enrolado en la Compañía de los almogávares no había ejecutado su plan de acabar con Roger de Flor o al menos de tratar de capturarlo. Y además, ya no sentía el menor rencor hacia aquel hombre al que hubiera matado con sus propias manos si hubiera podido atraparlo en el puerto de Acre tiempo atrás. Durante varios años la captura de Roger de Flor había sido una obsesión; en decenas de ocasiones había recordado y maldecido la figura burlona y desafiante del antiguo sargento templario sonriendo irónicamente sobre el castillo de proa de la galera *El halcón*. Una y otra vez le habían martilleado los oídos las últimas palabras que Flor le dijo cuando la enorme galera se separaba del muelle: «Nos veremos en el infierno». Y aún regresaban a su mente los rostros de las decenas de cristianos que suplicaban angustiados al hijo del halconero que les permitiera subir a bordo, rogando por sus vidas, y cómo éste se negaba a que lo hicieran quienes no podían pagar las abusivas cantidades de dinero o de joyas que les exigía por el pasaje a la salvación.

Castelnou había sido educado para obedecer, para actuar durante todo el resto de su vida como el soldado de Cristo que había jurado ser. Y no lo estaba haciendo. En más de una ocasión había tenido a Roger al alcance de su espada, pero en el último instante, en el decisivo de desenvainar el acero y hundirlo con todas sus fuerzas en el corazón del caudillo almogávar, alguna fuerza interior que no era capaz de controlar le había impedido ejecutar la orden que el maestre Molay le había dado en Chipre.

—Poniendo en orden tus ideas, ¿no es así?

Jaime se volvió al oír la voz conocida de Martín de Rocafort.

—No, sólo estaba contemplando el atardecer; es muy hermoso —mintió.

—Tus argumentos han sido convincentes, y tu actitud muy leal, pero la mayoría está a favor de que Roger acuda a entrevistarse con ese príncipe y regrese con nuestro dinero.

—Es una trampa, lo intuyo.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. Así es como actúan algunas gentes por estas tierras. En Oriente rigen otros códigos de conducta, y la traición suele ser habitual.

—Bueno, en ese aspecto no se diferencian demasiado de nosotros, ¿no crees?

—Tal vez, pero por eso mismo deberíamos actuar con sumo cuidado.

—¿Y si fuera cierto que el príncipe Miguel dice la verdad? Si Roger no asistiera a ese encuentro sería tachado de desleal, o lo que es mucho peor, de cobarde.

—Yo preferiría definir esa actitud como prudente, así me lo enseñaron...

—¿Los templarios? —preguntó Rocafort ante la duda de Castelnou.

—Ya sabes que combatí a su lado en Hims.

—Creo que has hecho algo más que combatir a su lado.

—¿A qué te refieres?

—Desde que estás con nosotros sé que no has contado toda la verdad sobre tu oscuro pasado. Siempre te he dicho que ocultabas algo, y que no me importaba lo que fuera, pero ahora nuestro futuro está en juego. Dime quién eres.

—Ya lo sabes: Jaime de Ampurias, un caballero de fortuna que perdió a sus dos mejores amigos luchando contra los mamelucos y que sólo aspira a ver amanecer un nuevo día.

—Ramón Alquer nació en Castellón de Ampurias y dice que nunca ha oído hablar de un caballero que se llamara Jaime de Ampurias.

—El condado es grande.

—¿No serás un maldito espía bizantino?

—¿Acaso me ves así?

—¡Claro!, ¡seré estúpido!

Castelnou tensó sus músculos ante la exclamación de Rocafort, y al contemplar sus ojos supo que podía haber sido descubierto. Por un instante pensó en desenvainar su acero y acabar con Rocafort, al que ya había vencido con facilidad cuando pelearon en la playa de Corfú con espadas de madera, pero apreciaba demasiado a aquel hombre como para hacerle daño.

—¿Y bien?

—¡Eres un templario renegado! Por eso combates de esa manera, por eso conoces sus tácticas militares, por eso dijo Roger que había visto en alguna ocasión anterior tus ojos. Vaya, vaya..., bienvenido de nuevo.

—¿Guardarás mi secreto?

—Por supuesto, ¿a quién le interesa un renegado monje blanco?, porque tú eras caballero, ¿no?, de esos que usan el hábito y la capa blancos —dijo Rocafort.

—Nunca imaginé que pudieras identificarme, pero ahora que ya lo sabes creo que nuestra amistad sale reforzada.

—Así es, aunque debiste decírmelo desde el principio. Pero lo importante es que has aclarado mis dudas; ahora ya puedo confiar plenamente en ti.

Castelnou respiró aliviado, y dio gracias por no haber tenido que liquidar a Martín.

## CAPÍTULO XI

Al día siguiente Roger de Flor anunció que viajaría hasta la ciudad de Adrianópolis para entrevistarse con el príncipe Miguel. Esta ciudad, la puerta trasera de Constantinopla, está ubicada a cuatro jornadas de camino al norte de Gallípolis. El hijo del halconero eligió para acompañarlo a una escolta de trescientos caballeros y mil almogávares de a pie.

Cuando le comunicaron a Jaime de Castelnou que él dirigiría uno de los destacamentos de caballería, el templario organizó a sus hombres, pero le extrañó el escaso número de efectivos que Roger iba a llevar consigo.

En Adrianópolis, Miguel Paleólogo ya tenía preparada la celada. En cuanto recibió la confirmación de que Flor asistiría a la entrevista, hizo llamar a un capitán de nombre Girgon que comandaba un regimiento de alanos, y a otro llamado Melich, jefe de una partida de soldados turcopoles, los mismos que la Orden del Temple había empleado en las guerras de Tierra Santa como tropas auxiliares de caballería ligera. Cuando los mil trescientos almogávares llegaron a Adrianópolis, los aguardaban emboscados ocho mil mercenarios alanos y turcopoles.

—No parece una trampa —comentó Martín de Rocafort al presentarse ante los muros de Adrianópolis cabalgando al lado de Castelnou en las primeras líneas de la comitiva almogávar.

La ciudad estaba tranquila, la gente acudía al mercado y trabajaba en los campos de los alrededores con aparente normalidad.

—Ya veremos; las mejores trampas no se detectan hasta que no caes en ellas —dijo Castelnou.

La comitiva almogávar acampó cerca de las murallas de la ciudad y Roger de Flor envió una delegación para que anunciara al príncipe Miguel que ya estaba allí. La respuesta del príncipe fue inmediata: elogió a Flor y le envió un cofre con ricas joyas, una bolsa con monedas de oro y varias tinajas de vino dulce de Malvasía.

Durante tres días dejó que Roger de Flor fuera confiándose, y al fin lo invitó a comer a su palacio. Castelnou advirtió a Roger que acudiera con una guardia armada, a lo que el príncipe accedió.

Por fin, una semana después de varios banquetes sin el menor incidente y con una cierta armonía en cada una de las comidas, Roger de Flor acudió a uno más con doscientos de sus hombres. Aquel día el vino corrió con profusión y algunas jóvenes muy sensuales se encargaron de distraer a varios de los almogávares atrayéndolos a dependencias del castillo con la promesa de una tarde de amor. Jaime rechazó la insinuante invitación de una hermosa joven morena de cabello negro y brillante que le recordó a aquella esclava de El Cairo; sus votos de castidad eran para él impedimento suficiente como para tan siquiera mirar a una mujer.

Ya se habían servido varios platos cuando el príncipe Miguel se levantó y pidió que escanciaran más vino mientras unos criados recogían la vajilla y otros ofrecían bandejas llenas de confituras y pastelitos de miel. Un sirviente le llenó la copa con un delicado caldo dulce de malvasía y el heredero del Imperio la alzó brindando por la eterna e indestructible amistad entre almogávares y bizantinos.

—Y ahora, una gran sorpresa —anunció el príncipe dando dos sonoras palmadas.

Los almogávares se miraron confundidos al ver a Miguel desplazarse hacia la puerta principal de la sala de banquetes.

—Es una trampa —le bisbisó Castelnou a Rocafort; ambos capitanes comían en una

de las mesas laterales.

—¡La sorpresa, señores!

El príncipe abrió la puerta con sus propias manos y salió raudo a la vez que, espada en guardia, decenas de alanos entraron en tropel cargando contra los confiados y ebrios almogávares, la mayoría de los cuales había dejado sus armas en una alacena junto a la puerta.

—¡Coged los cuchillos, coged los cuchillos! —gritó Castelnou señalando las mesas.

Pero encima de aquellas mesas no había ni un solo cuchillo; con extraordinaria habilidad, los criados los habían retirado antes de servir las bandejas con los dulces.

—¡Se los han llevado, esos malditos se los han llevado! —gritó desesperado Rocafort.

Castelnou sacó de su bota una daga de palmo y medio de longitud, pero era el único que había tenido la precaución de esconder un arma entre sus ropas.

Entre la barahúnda que se formó en la sala, Jaime pudo ver cómo varios alanos cubiertos con corazas de hierro y portando hachas de combate y espadas cortas se dirigieron a por Roger de Flor, quien intentó defenderse con la silla de madera en la que se había sentado. Pero la resistencia del caudillo almogávar fue en vano; tres fornidos alanos lo sujetaron por las manos y los pies mientras un cuarto tiraba de su rubia cabellera hasta hacerle apoyar la cabeza sobre la mesa. Girgon, el capitán alano mercenario contratado por el príncipe, descargó entonces un certero golpe con su hacha que cercenó el cuello de Flor.

Mientras tanto, los alanos fueron liquidando a los indefensos almogávares, muchos de ellos tan borrachos que apenas podían mantenerse en pie; sólo un grupo de cinco se defendía con las sillas en un rincón de la sala; al frente de ellos estaba Castelnou, que por el momento estaba consiguiendo mantener a raya a varios alanos utilizando su daga. Ante los gritos de júbilo de Girgon, que se subió encima de la mesa mostrando la cabeza de Roger en su mano, los que acosaban al grupo de Castelnou detuvieron su ataque por unos instantes para presenciar el triunfo de su jefe.

—¡Ahora, coged esa mesa, protegeos con ella y empujad hacia la puerta!

Los cinco almogávares, con Rocafort y Castelnou en vanguardia, alzaron en vilo una de las mesas y utilizándola como escudo empujaron hacia la puerta, en tanto Jaime protegía uno de los lados amenazando con su daga a los alanos.

En medio del caos consiguieron ganar la puerta y salir de la sala; pero al comenzar a correr para llegar al exterior del palacio, Rocafort fue alcanzado por un golpe en la cabeza. Al oír el grito de su amigo, Castelnou se volvió y se encontró de bruces con un enorme alano presto a descargar de nuevo su enorme maza. El templario esquivó el golpe y contraatacó clavando toda la hoja de acero de su daga en el hueco que se abría entre dos placas de acero del costado de la coraza del gigante. En el suelo, con el cráneo destrozado y sobre un gran charco de sangre, yacía el capitán Martín de Rocafort. Jaime comprobó que había muerto, apretó los puños y corrió cuanto pudo. Sólo cuatro almogávares pudieron escapar de aquella matanza.

Se dirigieron al exterior de la ciudad hacia el campamento, pero desde la distancia contemplaron cómo ardían las tiendas. Los miles de alanos y de turcopoles ocultos en la ciudad habían caído sobre los desprevenidos almogávares que se habían quedado en el campamento y los habían masacrado.

—La venganza puede esperar. Ahora nada hacemos aquí. Debemos regresar a Gallípolis, avisar a los demás y defender a los nuestros.

Los tres supervivientes aceptaron la propuesta de Castelnou, se ocultaron de los

caminos y marcharon hacia el sur.

Berenguer de Entenza, reconocido como nuevo comandante de la Compañía, reunió en Gallípolis a todos los capitanes. Allí se decidió vengar la traición y muerte de los compañeros asesinados en Adrianópolis. La terrible ira de los almogávares caería sobre todos los griegos.

La noche era tibia y la luna brillaba como un círculo de plata. Castelnou la observó y pudo ver en el centro la mancha oscura que una leyenda identificaba como la sombra de Caín portando un haz de leña sobre la espalda, la imagen grabada en la superficie lunar del castigo divino que Dios impuso al hombre para que ganara el pan con el sudor de su frente.

El hombre al que había venido a matar ya estaba muerto, pero si hubiera podido salvarlo, lo hubiera hecho. Entonces comprendió que ya no tenía nada que hacer allí. Durante más de dos años había vivido como un almogávar más, había matado a varios hombres, habían muerto otros con los que había entablado amistad y había roto varias veces sus votos como templario. Era hora, pensó, de regresar al seno de la Orden. No tenía ningún otro lugar a donde ir.

## CAPÍTULO XII

El mar estaba tan en calma que las olas apenas levantaban una fina orla de espuma al barrer las doradas arenas de las playas de Limasol. Hacía quince días que Castelnou había abandonado Gallípolis embarcado en una galera veneciana que lo había dejado en la isla de Rodas, el dominio de la Orden de San Juan, rival de los templarios, y desde allí había conseguido llegar a Chipre a bordo de un barco de carga que transportaba habitualmente caballos tanto para los templarios como para los hospitalarios.

Cuando llegó a la casa de la encomienda de Nicosia, el sol estival caía ardiente y pesado como plomo fundido sobre los asolados campos de Chipre. Antes de presentarse ante el maestre, Castelnou se arregló la barba, se rasuró la cabeza y vistió el hábito reglamentario de la Orden. A sus treinta y cinco años, algunas canas comenzaban a poblar sus sienes pero su fortaleza se mantenía intacta; incluso tal vez había ganado en fuerza lo que había perdido en velocidad. Los dos años y medio pasados entre los almogávares lo habían mantenido en buena forma, pues no hubo día en el que no estuviera o guerreando o de marcha o dirigiendo el entrenamiento con espada de sus hombres.

El maestre Jacques de Molay estaba más delgado y parecía haber envejecido diez años. Recibió a Castelnou con un beso y lo apretó con fuerza en un largo abrazo.

—Sabía que lo conseguirías, hermano; nunca dudé de que más tarde o más temprano ibas a liquidar a ese bastardo que nos humilló en Acre —le dijo Molay.

—No fui yo, hermano maestre. Lo intenté, pero... no pude —dijo Castelnou.

—Hace un mes que nos enteramos de la noticia de la muerte de ese hijo de perra, y te aseguro que en todo el convento hubo una gran alegría, sobre todo entre los hermanos que sufrieron la derrota de Acre. La venganza de aquella afrenta ya está lograda; ésa era una cuenta pendiente que no podíamos perdonar. Toda la Orden te lo agradece.

—Perdona, hermano maestre, yo no tuve nada que ver con la muerte de Roger de Flor; fue el heredero de Bizancio quien le tendió la trampa, yo estaba con él...

—No importa cómo sucedió; ese perro está muerto y ahora arderá en el infierno por toda la eternidad. Nadie puede escapar de la justicia del Temple.

Castelnou intentó explicarle al maestre lo ocurrido, pero Molay no deseaba escucharlo; sólo le interesaba que el renegado que los había humillado estaba muerto, y que habría muchos que pensarían que quien se enfrentaba a los templarios tenía todas las de perder.

\* \* \*

A comienzos del siglo XIV el Temple seguía siendo demasiado poderoso. La disminución de las rentas de sus encomiendas en Europa se había suplido con el ahorro que le suponía el no mantener ninguna fortaleza en Tierra Santa, y aunque ya no llegaban ni hombres ni dinero en las enormes cantidades de épocas anteriores, su red de encomiendas y sus negocios seguían siendo los más importantes de la cristiandad.

Tantas riquezas despertaron la envidia de algunos príncipes, y fueron los agentes de estos soberanos quienes iniciaron una soterrada campaña para desprestigiar a la Orden templaria. El más interesado en apoderarse de las propiedades del Temple era el rey Felipe de Francia. Este monarca era de complexión equilibrada, miembros proporcionados, piel blanquísima y rostro sereno, de ahí que sus súbditos lo conocieran como Felipe el Hermoso.

Había razones muy poderosas para la ambición del rey francés. La monarquía

francesa estaba en la ruina a causa de las guerras con Aragón y de las enormes deudas acumuladas por los predecesores del rey Felipe. Los agentes reales habían advertido a su soberano que o se buscaba algún remedio urgente a sus maltrechas finanzas o la corona de Francia acabaría en bancarrota, y eso podría hacer peligrar la continuidad de la dinastía que fundara hacía más de trescientos años el rey Hugo Capeto. El tesoro de la corona francesa se guardaba en la casa del Temple en París, de manera que los funcionarios reales estimaban que la Orden era dueña de una considerable fortuna. Al ser informado Felipe de ello, el rey de Francia ideó un plan demoníaco. Si lograba apoderarse de las riquezas del Temple no sólo acabaría de golpe con sus problemas financieros, sino que conseguiría además el reconocimiento de sus súbditos, siempre adversos al excesivo orgullo que mostraban los caballeros templarios cada vez que aparecían en público.

Para llevar a cabo su plan, el rey de Francia necesitaba controlar el papado, la única autoridad a la que los templarios prestaban obediencia, pero en ese camino el papa Bonifacio VIII era un inconveniente. Este pontífice no había aceptado la sumisión a Francia, y por ello los agentes de Felipe el Hermoso planificaron una terrible e injuriosa campaña contra él. Mediante pasquines y cartas enviadas a diversas personalidades de la Iglesia, acusaron al papa Bonifacio de cometer hasta veintinueve delitos de manera reiterada, dos de ellos gravísimos, los pecados terribles de herejía y de sodomía, que se contaban entre los más horrendos en los que podía incurrir un cristiano.

El papa lo acusó de intromisión y excomulgó al rey de Francia, pero éste respondió sitiándolo en la localidad de Agnani en el mes de septiembre de 1303; acosado por los agentes de Felipe el Hermoso, uno de ellos, un florentino llamado Sciarra Colonna, lo abofeteó en público. Bonifacio VIII no pudo soportar semejante afrenta y murió poco después de vergüenza. A su muerte fue elegido papa Benedicto XI, que falleció envenenado unos meses más tarde.

Cuando Jaime de Castelnou apareció en Chipre, Jacques de Molay estaba preparando un viaje a Europa. El maestro había recibido un informe secreto del comendador de la Orden en París en el que le transmitía su preocupación por las apetencias que el rey de Francia estaba mostrando hacia el Temple. En la casa de París se guardaba el tesoro de la corona francesa, y Felipe IV, que atravesaba por gravísimos problemas financieros, había comentado en alguna ocasión entre sus consejeros que con el tesoro del Temple en sus manos quedarían zanjadas todas sus dificultades.

Molay le explicó la situación a Castelnou.

—Vendrás conmigo a Roma y a París. Dentro de unos días zarparemos hacia Europa. Antes de que muriera pude convencer al papa Benedicto XI para que convocara una nueva cruzada, pero no hubo tiempo de hacerlo; lo..., lo asesinaron antes de que eso sucediera. Hace meses que la cristiandad carece de pontífice, y hemos de lograr que el que sea nombrado acepte predicar esa cruzada. Si conseguimos que lo haga y que respondan a su llamada los reyes de la cristiandad, y sobre todo el rey de Francia, en ese caso tal vez se olvide por algún tiempo de nuestro tesoro. Hay que convencerlo de que puede ganar mucho oro y plata en Tierra Santa, luchando contra los mamelucos y conquistando sus tierras.

—Todavía confío en que los mongoles y los armenios vuelvan a combatir junto a nosotros en caso de que un gran ejército cristiano desembarque aquí en Ultramar.

—Son tiempos muy convulsos para la cristiandad. Te puedo asegurar, hermano maestro, que no existe voluntad de los cristianos para luchar unidos contra un enemigo común. Tal vez haya pasado el tiempo de la unidad, ahora priman la traición y el engaño; yo mismo he visto cómo se extendían estos pecados entre los cristianos.

—Lo sé. El papa me previno en una carta sobre las intenciones de Felipe de Francia, su extrema ambición y su avidez por el dinero y el poder; tal vez él fuera asesinado por eso. De ahí que nuestra única posibilidad sea desviar la atención del rey.

—Voy a revelarte un secreto. Desde la derrota en Acre y en la isla de Ruad nuestra Orden apenas dispone de caballeros en condiciones de luchar. Lo mejor del ejército templario ha caído combatiendo por Cristo en los campos de batalla de Oriente; los hermanos de las encomiendas de Europa son viejos, tullidos o mutilados que no están en condiciones de luchar. Lo que queda de la gloriosa caballería del Temple es lo que puedes ver en Chipre: unos pocos centenares de caballeros y sargentos, y algunos ballesteros.

—Tú mismo eres nuestro mejor soldado, y mírate, ¿qué edad tienes?, treinta y tres, treinta y cuatro años...

—Treinta y cinco —precisó Castelnou.

—Y eres de los más jóvenes...

—Por eso no tenemos otro remedio que tratar de llegar a acuerdos con Felipe el Hermoso. ¡Ay si tuviéramos un ejército de caballeros de Cristo como antes! Si fuéramos cuatro o cinco mil, yo mismo dirigiría las tropas contra el corazón del sultanato mameluco, y te aseguro, hermano Jaime, que entraríamos triunfantes en El Cairo. Pero nuestra verdadera situación es bien distinta. Nuestras encomiendas ya no envían las rentas que antaño remitían. Nuestras explotaciones agrícolas producen menos trigo, menos vino, menos aceite, y aunque ya no tenemos que cubrir los gastos de mantenimiento de los castillos y fortalezas que antes poseíamos en Tierra Santa, cada vez cuesta más mantener nuestra red de casas y conventos.

—Conseguí convencer al papa Benedicto para que convocara esa nueva cruzada, y ahora quiero ir en persona hasta París para intentar hacer lo mismo con el rey Francia y con la nobleza de esa nación. Te necesito en esta empresa.

—Mi deber es cumplir tus órdenes, maestro, así lo juré cuando profesé en el Temple.

—El sepulcro de Cristo debe ser liberado del dominio de los infieles sarracenos. Nosotros somos los últimos verdaderos soldados de Cristo que quedamos sobre la Tierra no le podemos fallar a Nuestro Salvador.

—Haré lo que dispongas, hermano maestro.

Molay, Castelnou y veinte templarios más zarparon del puerto de Limasol rumbo a Occidente. Vestidos con sus hábitos blancos, la cruz roja sobre el hombro izquierdo parecían fantasmas perdidos en un tiempo que ya no el suyo.

## CAPÍTULO XIII

El destino del viaje de los templarios era París. Vacante el trono de la Iglesia, la ciudad de Roma no tenía para ellos el menor interés. Molay sabía por los informes llegados de Francia que Felipe el Hermoso estaba tramando un plan para controlar directamente el pontificado, y que no dudaría, como señalaba el rumor, en asesinar a cuantos papas se cruzaran en su camino si se oponían a sus deseos. La presión del rey sobre los cardenales que tenían que elegir al nuevo pontífice era cada vez mayor, y nadie dudaba de que la larga mano del soberano Capeto estaba detrás de cuanto se movía en torno a la Santa Sede.

Tras desembarcar en Marsella y cruzar Francia de sur a norte, la comitiva templaria entró en París el primer día de agosto. Al llegar a la sede parisina del Temple, Castelnou se quedó asombrado. La casa de los templarios en la capital del reino de Francia era una enorme propiedad en la que, protegidos por un poderoso muro, se alzaban varios edificios, entre los que destacaba un enorme torreón de planta cuadrada con torrecillas ultra semicirculares en cada una de las cuatro esquinas y una iglesia construida en el nuevo arte de la luz, tan grande como una catedral.

Entraron en el recinto a través de un portón donde varios sirvientes hacían guardia bajo el mando de un sargento. Allí los esperaban el comendador de París, el tesorero y todo el Capítulo de la casa parisina del Temple.

Molay fue saludando con un beso a todos y cada uno de los hermanos de la encomienda, y les presentó a los miembros de su comitiva. En cuanto descabalaron se dirigieron a la iglesia y rezaron una oración de acción de gracias. Una luz tornasolada en varios colores iluminaba la iglesia y envolvía a aquellos hombres en un profundo halo de misticismo.

Tras finalizar el oficio religioso, Jacques de Molay convocó una reunión en la sala capitular. En ella ordenó la celebración de un cónclave de la Orden a celebrar en París a partir del día 24 de agosto. Quedaba poco tiempo, pero deberían acudir cuantos comendadores de Francia estuvieran en disposición de hacerlo.

Durante todo el mes de agosto Molay y Castelnou fueron perfilando la estrategia que seguirían en el cónclave. La intención del maestre era influir en la elección del nuevo papa, pero no era precisamente un prodigio en diplomacia, de modo que se limitó a rezar para que el papa elegido considerara la convocatoria de una nueva cruzada.

En el cónclave, Molay transmitió a los comendadores sus deseos. Durante cinco días se debatió en la sala del Capítulo del Temple de París la conveniencia de intervenir de manera mucho más activa en la Iglesia. Algunos comendadores se quejaron de la pérdida de influencia y echaron de menos los pasados tiempos en los que la Orden era la más poderosa y adinerada organización de toda la cristiandad.

Pero Molay estaba como paralizado; una y otra vez, ante las propuestas para actuar de manera más combativa, respondía que el deber de todo templario era obedecer al papa y que, como por el momento la Iglesia carecía de su cabeza visible, lo único que podían hacer era rezar para que el nuevo pontífice convocara a una nueva cruzada. El cónclave finalizó sin otra acción que rezar y rezar para que el nuevo papa se comprometiera con el espíritu de los cruzados.

Mientras la cristiandad aguardaba expectante a que los cardenales eligieran nuevo pontífice, Jaime de Castelnou intentó enterarse de las verdaderas intenciones del rey de Francia. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que Molay no era nada astuto, y de que su labor al frente de la Orden no iba a procurar ningún beneficio a la misma, pero era el

maestre legítimo y su deber era apoyarlo.

Durante varias semanas se preocupó de recabar información acerca de las intenciones del astuto rey de Francia, y cuanto más sabía, más convencido estaba de que el soberano francés estaba tramando algún tipo de plan para apoderarse de los bienes de la Orden. Consiguió del maestro permiso para revisar el tesoro del Temple, los fondos privados y los de la corona de Francia depositados en la sala del tesoro del enorme torreón, y tras lograrlo, pudo comprobar que las cuantías allí custodiadas eran mucho menores de lo que pudiera pensarse. Desde luego, con los fondos del rey apenas podían cubrirse siete u ocho meses de sus gastos, de modo que en cuanto se acabaran no le quedaría más remedio que expoliar los del Temple.

Un joven templario recién incorporado a la Orden y con el que solía conversar en los momentos de descanso entre las horas dedicadas a la oración en la iglesia, le informó de que ese mismo verano algunos agentes del rey habían ido divulgando ciertas falsedades sobre el Temple. Aquello le interesó mucho a Castelnou.

—Así que dices que circulan por ahí agentes al servicio del rey Felipe que están divulgando falsas noticias con respecto a nosotros—le dijo.

—No sé si debería hablar de esto; son sólo vagos rumores.

—Debes hablar de cuanto sirva para el bien de nuestra Orden.

El joven templario comenzó entonces a desvelar que los espías del rey y sus agentes iban diciendo a cuantos querían oírlos que los hermanos del Temple eran unos orgullosos engreídos, que por ellos se había perdido Tierra Santa y que en sus conventos solían cometerse todo tipo de delitos y de herejías.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha contado mi hermano; es el cabeza de nuestra familia y un caballero muy prestigioso. Lo ha hecho para prevenirme, porque él es leal a su rey.

—Informaré de esto al maestro.

—Por favor, no le digas que te lo he contado yo—suplicó el joven.

—No lo haré, pero si te enteras de algo más debes informarme de inmediato.

—Así será.

Castelnou reflexionó durante un buen rato. Acudió a la iglesia y se sentó cerca del altar. El día estaba gris y la luz del sol apenas brillaba, pero las vidrieras reflejaban un ilusorio mundo de escenas de colores. Tras escuchar a su joven compañero y conocer los fondos del tesoro, estaba convencido de que Felipe el Hermoso no se contentaría con un nuevo préstamo. Anduvo durante largo rato dándole vueltas a la cabeza sobre qué hacer. Su obligación como templario era informar al maestro de lo que sabía, pero dudaba de que Molay reaccionara de la manera más oportuna y apropiada a los intereses de la Orden. Conforme pasaban los días en París, el maestro demostraba una considerable incompetencia, mayor inoperancia y una enorme incapacidad para atajar los graves peligros que estaban acechando al Temple.

Aun así, Jaime era un templario y se debía a sus votos, y al fin decidió que debía informar a su maestro.

—Tengo noticias de que el rey de Francia está llevando a cabo una campaña para desprestigiarnos; por lo que he podido averiguar, varios agentes reales están difamando a nuestra Orden entre los habitantes de París y de otras ciudades del reino. Según mis apreciaciones, el rey está intentando crear un clima de animadversión hacia nosotros con la intención de acabar con el Temple, o al menos de apoderarse de nuestros bienes.

Jacques de Molay escuchaba atento las palabras de Castelnou.

—¿Cómo sabes que es verdad lo que dices?

—Todo concuerda, hermano maestro. El asesinato del papa, los movimientos de los agentes del rey, sus cuentas... La moneda emitida ha sido disminuida varias veces en su valor en los últimos años, sin que esos remedios hayan logrado ninguna mejora; la gente de las ciudades empieza a pasar hambre. La cosecha de este año ha sido exigua, los almacenes de París carecen de reservas para llegar hasta la próxima cosecha y no hay fondos para comprar alimentos.

—La corona de Francia es rica —alegó el maestro.

—Está llena de deudas a las que no puede hacer frente. Me temo que Felipe el Hermoso no tardará en volver sus ojos hacia las propiedades del Temple.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó Molay.

—Desde luego, sacar el tesoro de la Orden de París y llevarlo a Chipre con el resto.

—Se notaría demasiado.

—No si lo hacemos con discreción. Todos los días entran y salen de esta encomienda varios carros cargados con todo tipo de mercancías; no sería difícil camuflar unas cuantas bolsas de monedas bajo un cargamento de heno o de paja.

Molay meditó unos instantes.

—No. Somos templarios, los mejores soldados de Cristo. El nos protegerá.

—Pero hermano maestro, el peligro...

—No insistas, hermano Jaime. Tal vez algún día ocupes mi puesto y entonces entenderás la razón de mis decisiones. Debo velar por la Orden, pero sobre todo por la cristiandad, a ella nos debemos, y por ella debemos realizar todo tipo de sacrificios. Es mi última palabra.

Castelnou acató la orden de su superior, pero estaba convencido de que la actitud del maestro constituía un grave error.

## CAPÍTULO XIV

En noviembre, tras una larga espera, fue elegido en la ciudad de Viterbo como nuevo papa Bertrand de Got, el arzobispo de Burdeos, hombre de probada fidelidad a Felipe de Francia.

Al enterarse de la noticia de la elección, Castelnou vio confirmadas todas sus sospechas. El nuevo papa no predicaría ninguna cruzada, no se opondría a los intereses del rey de Francia y no apoyaría al Temple. Los agentes de Felipe, encabezados por el siniestro Guillermo de Nogaret, un jurista que se había convertido en la mano derecha y hombre de confianza del soberano, habían actuado con extraordinaria eficacia.

El nuevo papa adoptó el nombre de Clemente V, y de inmediato comenzó a favorecer todo cuanto supusiera un beneficio para el rey de Francia. A finales de 1305, Felipe el Hermoso hizo declaración solemne y votos de cruzado, como ya hiciera su abuelo, el rey San Luis, pero a la vez pidió al papa que estudiara la posibilidad de que se fusionaran en una sola las grandes órdenes militares de la cristiandad, sobre todo las del Temple y el Hospital, con lo que se conseguiría una mayor efectividad. Eso sí, la nueva y gran orden resultante debería ser dirigida por uno de los hijos del rey.

—Aquí ya no hacemos nada —dijo el maestre a Castelnou—. Encárgate de organizar el viaje de regreso; volvemos a Chipre.

—¿Y el tesoro?

—Se queda en París; está más seguro que en Chipre.

La comitiva templaria regresó a Nicosia en pleno invierno, desafiando las adversas condiciones de navegación que en esa época se suelen presentar en el Mediterráneo. Cuando llegaron al puerto de Limasol, todos dieron gracias a Dios por haberlos protegido en la travesía.

\* \* \*

Entretanto, Felipe el Hermoso seguía adelante con su plan. El taimado Nogaret manejaba los hilos de una trama que cada vez era más tupida. Pero la situación del reino empeoraba por momentos. A comienzos de la primavera de 1306 las provisiones se habían agotado en la mayoría de las ciudades de Francia, y estallaron revueltas en las que la gente, desesperada por el hambre, se lanzó a las calles a protestar contra su rey.

En París, la gravedad de la rebelión fue tal que el mismísimo rey tuvo que correr a refugiarse en el recinto amurallado del Temple; fue allí y en ese momento cuando Felipe el Hermoso, ante el asombro de los hermanos de la encomienda parisina, solicitó ser admitido como miembro honorífico de la Orden. El comendador de París, avalado por todo el Capítulo, rechazó la petición del rey, quien se mostró muy ofendido por ello.

Superadas las dificultades de las revueltas del pueblo parisino, Felipe IV ordenó a sus agentes que incrementaran la difamación sobre el Temple. Los sicarios de Nogaret comenzaron a difundir por tabernas y mercados que los culpables de la carestía y de la hambruna no eran otros que los templarios, que nadaban en la abundancia en sus conventos mientras el resto de la gente pasaba todo tipo de escaseces. Las acusaciones de acumular dinero y alimentos se mezclaron con habilidad con las de la comisión de graves delitos. Un segundo consejero del rey, Pedro de Blois, fue el encargado de escribir unos panfletos en los que se decía que los templarios estaban realizando prácticas de culto al diablo y ritos satánicos, y que Dios estaba castigando por ello a todos los hombres. Seis meses después de que Molay, Castelnou y el resto de la comitiva regresaran a Chipre, se presentó en Nicosia

un correo templario con una carta del comendador de París para el maestre Molay. El portador de la misiva era Hugo de Bon, el joven templario que confesara a Jaime las intenciones del rey de Francia.

El informe que portaba Hugo de Bon era demoledor. Durante la primavera de 1306 Guillermo de Nogaret y Pedro de Blois había movilizado a decenas de agentes para calumniar y difamar al Temple; en panfletos distribuidos por todas partes se decía que los templarios constituían una secta satánica en la que los neófitos eran obligados a escupir sobre el crucifijo, a blasfemar, a practicar actos de homosexualidad y a venerar a ídolos demoníacos, delitos que la Iglesia castigaba con la muerte.

Ante el Capítulo de la Orden reunido en Nicosia, Hugo de Bon mostró uno de aquellos panfletos. Molay lo examinó detenidamente, hizo que Castelnou lo leyera en voz alta y luego preguntó si estaba firmado.

—No, hermano maestre, es un escrito anónimo —dijo Jaime.

—En ese caso, ha podido escribirlo cualquiera —supuso Molay.

—Pero se han distribuido cientos, tal vez miles de ellos en todas las ciudades del reino de Francia; eso sólo han podido hacerlo gentes al servicio del rey —alegó Hugo de Bon.

—¿Tienes pruebas fidedignas de que ha sido así? —le preguntó Molay.

—Hay muchas evidencias, hermano maestre.

—Quiero pruebas, testigos, firmas...

—En París todo el mundo sabe que es el rey quien ha inspirado y consentido esta campaña —insistió Hugo.

—Sin pruebas nada podemos hacer. Además, se asegura en ese informe que el rey solicitó entrar en el Temple, y que el Capítulo de París le negó la petición. No es lógico que pida ingresar en una Orden a la que por otro lado quiere desprestigiar de semejante modo. ¿No crees?

—Esa petición fue una estratagema, una burla. La hizo cuando estaba a nuestra merced, refugiado en nuestra casa de París para protegerse de la multitud que quería lincharlo. De no haber sido por el Temple, Felipe el Hermoso estaría muerto.

—Además está ese malvado de Nogaret...

—Es un fiel consejero real.

—Si me permites, hermano maestre, te diré que estudió leyes en Montpellier, en el país de los cátaros, y que fue escalando puestos hasta que el rey le encomendó acabar con el papa Bonifacio VIII. Se dice de él que es hijo de un hereje cátaro y que por ello ha jurado destruir a la Iglesia, o al menos hacerle todo el daño que pueda. Es un hombre lleno de ambición que no se detendrá ante nada para lograr sus propósitos. —El joven Hugo de Bon hablaba con la contundencia y la seguridad de quien está convencido de decir la verdad.

—Haz caso al hermano Hugo, hermano maestre, nuestra Orden está en un grave peligro. Nogaret es un individuo demasiado peligroso —terció Castelnou.

—Debemos confiar en Dios; somos sus soldados y estamos a su servicio. Nuestro Señor y Su madre la Virgen no consentirán que nos ocurra ningún daño —aseveró Molay.

## CAPÍTULO XV

A fines del verano unos mercaderes fieles al Temple llegaron a Nicosia con un nuevo mensaje del comendador de París. En él se decía que corrían por toda Francia rumores sobre las actividades heréticas de los templarios, y que ya se habían extendido a otras naciones de la cristiandad. Molay reunió al Capítulo de la Orden en Nicosia, ante el cual Castelnou fue el primero en hablar.

—Ya no se trata de unos comentarios aislados en una taberna de París pronunciados por un borracho. Los agentes del rey de Francia están calumniando a nuestra Orden por todas partes. Las acusaciones que se nos hacen son gravísimas; se nos tilda de altaneros y orgullosos, de acumular riquezas a costa de la pobreza de los demás cristianos, de practicar ritos secretos, y de Dios sabe cuántas falsedades más. Todas estas mentiras han calado al parecer entre las gentes sencillas, que han comenzado a mirar al Temple como a su gran enemigo. El rey de Francia está haciendo todo lo posible para poner a la cristiandad en nuestra contra —dijo Castelnou.

—¿Con qué motivo crees que lo hace, hermano Jaime? —demandó el maestro.

—Es evidente, hermano maestro, que ambiciona nuestras propiedades, nuestro tesoro, y no se detendrá hasta conseguirlos. Hemos sabido que a comienzos del mes de julio Felipe el Hermoso expulsó a los judíos de su reino, y lo hizo para apropiarse de la mayoría de sus bienes. ¿Sabéis, hermanos?, creo que con el Temple hará lo mismo.

—Los judíos asesinaron a Nuestro Salvador, nosotros los templarios somos sus soldados; existe una enorme diferencia entre ambos —intervino Molay.

—Para un hombre tan codicioso como el rey francés, no. En los judíos no ha visto unos enemigos de la fe cristiana, sino una fuente de ingresos para sus arcas; en nosotros no verá a los defensores de la religión cristiana, sino a los propietarios de unos bienes que ambiciona. El color y el valor de la plata y del oro de los judíos y de los templarios es el mismo. Lo que les ha ocurrido a los judíos no es sino el precedente de lo que nos pasará a nosotros si no reaccionamos —señaló Castelnou.

Entre los templarios asistentes al Capítulo se extendió un rumor que Molay acalló de inmediato.

—Silencio, hermanos. El papa Clemente acaba de enviar una misiva en la que nos cita en Poitiers a mí y al maestro del Hospital para mediados del mes de noviembre de este año. En la misma indica que es su deseo la fusión de nuestras dos órdenes en una sola, y nos pide que preparemos sendos informes sobre esta cuestión. Por tanto, partiré de inmediato hacia Francia; vendrán conmigo veinticinco caballeros, cincuenta sargentos, cien escuderos y doscientos sirvientes. Viajaremos con todo el boato posible. Hemos de mostrar en todas las tierras que atravesemos que el Temple sigue siendo poderoso y fuerte.

\* \* \*

—Se equivoca, el maestro se equivoca. Cuanta mayor sea la ostentación con la que aparezcamos ante la gente, mayor será su rencor hacia nosotros. Ese ha sido tal vez el principal error del Temple: vivir al margen de la gente cristiana a la que juramos defender. Hemos seguido la regla de San Benito desde nuestros orígenes, pero no nos dimos cuenta de los cambios que se produjeron en la cristiandad. Sólo los observó y supo entenderlos Francisco de Asís. —Jaime de Castelnou comentaba la resolución del maestro con Hugo de Bon una vez finalizada la sesión del Capítulo.

—¿Abogas por una Iglesia de los pobres, como los herejes Dulcino o Pedro el

Ermitaño? Eso es una herejía —preguntó extrañado Bon.

—No, claro que no. Dios ha puesto en la tierra a cada hombre en su sitio, y el plan de Dios debe cumplirse, pero Su hijo Jesucristo nos ordenó practicar la caridad, aunque tal vez no le hayamos hecho demasiado caso.

—Nosotros damos de comer a muchos pobres en nuestra casa de París.

—Sí, es uno de los preceptos de la regla, pero fíjate, hermano, en las enormes riquezas que atesoran algunas abadías y catedrales.

—El Temple también dispone de un gran tesoro.

—Ya no es tan grande, te lo aseguro, pero sólo se emplea para mayor gloria de Cristo, para rescatar cautivos y para luchar en defensa de la cristiandad. Al profesar en la Orden juramos el voto de pobreza, junto con los de castidad y obediencia, pero el primero es el de pobreza. Cuando un hombre decide hacerse templario sabe que debe renunciar al mundo, a sus riquezas, al placer de las mujeres, a su propia voluntad. Sólo somos humildes siervos y pobres caballeros de Cristo y de su Iglesia... Así ha sido y así debería haber seguido siendo, pero nos hemos alejado demasiado de las cosas de este mundo.

—Estamos en él —alegó Hugo de Bon.

—Eres demasiado joven, hermano, y no has tenido, probablemente no la tengas nunca, oportunidad de luchar contra el enemigo común de todos los cristianos: el Islam. Hubo un tiempo ya lejano en el que los reyes de la cristiandad acudían a la llamada del papa y enviaban sus mejores tropas, o venían ellos mismos hasta Ultramar, henchidos sus pechos de amor a Cristo, dispuestos a derramar su sangre para recuperar primero y mantener después los Lugares Santos bajo dominio cristiano. Era un tiempo difícil pero hermoso en el que los hermanos templarios cabalgábamos bajo el estandarte blanco y negro, unidos por un mismo grito: *Non nobis, Domine, non nobis, sed Tuo nomine da gloriam*.

—¿Viviste aquellos tiempos?

—El final de los mismos. Cuando yo llegué a Tierra Santa tenía más o menos tu edad; de esto hace ya dieciséis años. Los mamelucos estaban a punto de asediar Acre y de expulsar a los cristianos de Tierra Santa. Luché sobre los muros de San Juan de Acre, y allí me hubiera gustado morir, al lado de mis hermanos, pero me encomendaron una misión: custodiar el tesoro del Temple y llevarlo hasta Chipre, y ¿sabes?, todavía no he podido averiguar por qué fui yo el elegido para sacar de allí nuestro tesoro.

—Me hubiera gustado estar en Acre.

—Fue terrible. Murieron miles de cristianos y centenares de hermanos templarios; los mamelucos estaban dispuestos a acabar con todos nosotros. La guerra en ese tiempo fue despiadada. En las batallas la sangre corría por el suelo como el agua de lluvia tras una tormenta. Yo he visto mezclarse la sangre con la tierra de tal manera que se formaba un barro que llegaba a teñirse de rojo.

—En la batalla de Hims se derramó tanta sangre que a su final no era posible distinguir los hábitos blancos de los templarios de los rojos de los hospitalarios. He visto tanta muerte...

—Aseguran por aquí que eres el mejor luchador del Temple.

Castelnou sonrió con un cierto deje de amargura.

—Tuve un gran maestro de esgrima y Dios me ha dado un brazo fuerte y un cuerpo ágil; si tengo algún mérito por ello, es porque así lo ha querido el Señor.

—¿Lucharías contra el rey de Francia?

—¿Por qué preguntas eso, hermano Hugo?

—Porque temo que no nos quedará otro remedio.

—No. Los templarios no debemos pelear contra otros cristianos, lo prohíbe nuestra regla.

—Pero ya lo hemos hecho en algunas ocasiones. Uno de los hermanos de este convento de Nicosia me contó hace unos días que no le importaría liquidar a unos cuantos hospitalarios.

—Bueno, se trata de una vieja rivalidad entre ambas órdenes, no le hagas demasiado caso. Además, existe ese plan del papa para que ambas se fusionen en una sola.

—Sí, ya lo sé, pero, por lo que he oído a los hermanos mayores, ningún templario parece dispuesto a que esa unión se produzca. Y el maestre ha dejado clara su postura de decir que no a la unión de las dos órdenes.

—Claro que no. El Temple se fundó hace casi doscientos años, y así debe seguir siendo. Y ahora vayamos a la capilla, es hora del rezo. Y no hables tanto; deberías saber que nuestra regla recomienda silencio, mucho silencio.

## CAPÍTULO XVI

Dos galeras templarias y dos barcos de carga especialmente contruidos para transportar caballos estaban fondeados en el puerto de Limasol. El maestre Molay y toda su comitiva, integrada por cuatrocientos hombres y doscientos caballos, estaba ya embarcada en espera de que se diera la orden de levar anclas. Sobre los mástiles más elevados de las cuatro embarcaciones ondeaba el estandarte blanco y negro de los templarios.

El capitán de la galera donde iba embarcado Molay informó que todos estaban listos, y el maestre le autorizó a zarpar. El capitán enarboló la bandera negra y blanca del Temple y la flota comenzó a bogar rumbo al oeste. La orden de Molay había sido escueta: navegar rumbo a Marsella y llegar a este puerto controlado por el emperador de Alemania en el menor tiempo posible. Los barcos se habían aprovisionado de tal manera que si no había contratiempo podrían llegar a Marsella sin recalar en ningún puerto.

El ritmo de navegación fue frenético; las dos galeras se adelantaron enseguida a las dos naves de carga, y al segundo día ya habían perdido contacto visual con ellas. Día tras día, sin detenerse para nada, las galeras avanzaron con celeridad, aunque debieron esperar a las naves de carga, que navegaban más despacio. Tres semanas después de haber partido de Limasol avistaban la costa de Marsella, a pesar de que aguardaron a las naves de carga, para protegerlas de un posible ataque pirata.

El maestre del Temple había escrito una carta al papa, y ambos habían quedado citados en la ciudad de Poitiers a mediados del mes de noviembre de 1306, junto con el maestre del Hospital.

Los templarios hicieron el camino de Marsella a Poitiers formados como un espléndido ejército. En la vanguardia, y tras el portaestandarte, cabalgaban veinte caballeros, todos de blanco, con sus capas marcadas por la cruz roja, escoltando al maestre Molay; después iban los carros con los sirvientes y escuderos, y en la retaguardia los cincuenta sargentos con sus mantos negros y cinco caballeros, que cerraban el grupo.

Al pasar por pueblos y aldeas, decenas de personas salían de todas partes a presenciar aquel cortejo; los caballeros y los sargentos cabalgaban orgullosos y altivos, tal cual les había pedido Molay que lo hicieran, sin descomponer en ningún momento el paso.

Castelnou marchaba tras el estandarte picazo, al lado del joven Hugo de Bon, que parecía encantado con aquel desfile que estaba atravesando media Francia.

Al llegar a Poitiers, los templarios se instalaron en la encomienda; hubo que habilitar espacios en los graneros e incluso en los establos para acomodar a todo el séquito que venía con el maestre.

La entrevista con el papa Clemente V y con el maestre del Hospital se celebró en la iglesia de Santa María. Ambos maestros habían preparado sus respectivos informes y en ambos se reiteraba la negativa a fusionarse. Eran demasiados años de enfrentamientos como para saldarlos con un mero decreto de unión.

El humo del incienso recién quemado ascendía a lo alto de las naves del templo de Poitiers inundándolo de un olor profundo y embriagador. El papa Clemente estaba sentado delante del altar mayor, en un sitial que se había preparado al efecto, rodeado por su curia de cardenales y obispos.

A su derecha, en unos bancos, lo hacían los hospitalarios, con su maestre en el primer lugar, y a su izquierda los templarios, con el maestre Jacques de Molay. Todos vestían sus hábitos reglamentarios.

El papa ofició un *Te Deum* y comenzó la entrevista.

—Hermanos, la Iglesia de Cristo atraviesa unos momentos muy delicados. El Maligno acecha en espera que entre nosotros, los cristianos, estallen disensiones, que él se encarga de sembrar día a día. No le escuchéis. Hoy, más que nunca, es necesaria la unidad de todos los católicos, y para ello, los hombres de fe debemos dar ejemplo. Hace ya tiempo que algunas voces dentro de la Iglesia han abogado por la unión de vuestras dos órdenes. Los caballeros del Temple y los del Hospital sois los primeros defensores de Cristo y de los fieles de la Iglesia. Durante muchos años habéis luchado en la primera línea, donde había más peligro, donde el sacrificio era mayor. Habéis entregado a Cristo a vuestros mejores hermanos, y nadie como vosotros ha combatido con tanto ardor en defensa de la cristiandad. Pero los tiempos cambian, las viejas ideas se desvanecen y los cristianos necesitan nueva savia vivificadora. Así, es nuestro deseo que las dos órdenes más importantes de la cristiandad os unáis en una sola, que los hermanos templarios y los hermanos hospitalarios se fundan en una sola nueva orden de caballería. Vuestros objetivos son los mismos, vuestros deseos también y vuestra identidad no puede estar por encima de los intereses de la Iglesia.

—Nos, como vicario de Cristo en la tierra, y por la autoridad que nos confiere el Espíritu Santo, os convocamos para que os pongáis de acuerdo, y que ambas órdenes, las más excelsas de la caballería cristiana, renunciéis a vuestras diferencias y en beneficio de la Santa Madre Iglesia iniciéis un proceso que conduzca a la unidad en una sola orden, más grande, más poderosa, más eficaz en la defensa de la fe de Dios y de los intereses de su Iglesia.

—¿Qué tenéis que decir?

—Santidad —el primero en hablar fue el maestre del Temple, que se levantó de su banco y se colocó en el centro de la iglesia para dirigirse al papa—, la Orden templaria fue instituida para la defensa de los Santos Lugares, la protección de los peregrinos y la lucha contra los infieles. Uno de los mayores santos de nuestra Iglesia, el venerable Bernardo de Claraval, realizó el elogio de nuestra misión, y nos llamó «los pobres caballeros de Cristo». Desde entonces, nuestra tarea no ha sido otra que la que nos marcaron nuestros fundadores. Durante dos siglos hemos atesorado bienes y riquezas con una sola finalidad: que sirvieran a la causa de Cristo en la Tierra.

—Es por eso que hemos administrado nuestros bienes con prudencia, tratando siempre de que fueran útiles para cumplir nuestra misión. Si aceptamos la unión que vuestra santidad nos propone, esos bienes dejarían de ser administrados por nosotros y podrían ser empleados para fines bien distintos para los que fueron destinados.

—Ser templario es la mayor distinción que pueda recaer sobre un caballero cristiano. Este hábito ha sido vestido por los mejores hombres del mundo y por él han caído en los campos de batalla de Ultramar miles de nuestros hermanos. Sería una traición a su memoria, a sus ideales, a todo aquello por lo que lucharon el que ahora renunciáramos a él. Nuestra posición, santidad, es que la Orden del Temple debe continuar tal cual se fundó.

Molay se sentó entre los murmullos de aprobación que surgían de los bancos templarios por su discurso. El papa, con rostro severo, indicó con un gesto de su mano al maestre de los hospitalarios que había llegado su turno. El maestre se levantó, inclinó la cabeza en una reverencia hacia Clemente V, y habló desde su sitio.

—Nuestra orden es más antigua que la de los hermanos templarios. Nacimos para acoger a los peregrinos cristianos que acudían a los Santos Lugares para venerar el nombre de Dios. Nadie puede darnos lecciones de defensa de la cristiandad. Durante todo este tiempo hemos estado al lado de los débiles, de los indefensos, de los enfermos; todo nuestro

afán consiste en contribuir al triunfo de la Iglesia.

—Este hábito —el maestre se aferró a su capa roja con la cruz blanca—, ha sido llevado antes que yo por miles de hermanos. Creo que ninguno de ellos permitiría que fuera sustituido por otro. Por ello, el Capítulo general del Hospital me ha encomendado que os comunique, santidad, que ni un solo hermano hospitalario está dispuesto a unirse a los templarios. El Hospital debe seguir siendo una orden autónoma.

Castelnou, sentado en el segundo banco del Temple, contempló el rostro airado del papa. Estaba seguro de que Clemente V había recibido de Felipe el Hermoso instrucciones de presionar a los templarios para que aceptaran la unión con los hospitalarios. Creía que el plan pasaba por integrar a las dos órdenes en una sola y así conseguir la verdadera disolución de los templarios. Una vez perdida su identidad, sería más fácil apoderarse de sus riquezas. Y en ello se ratificaba tras haber oído la intervención del maestre de los hospitalarios, que le había parecido un tanto falsa, como si la negativa a la unión dependiera de la actitud del Temple y no de la propia voluntad del Hospital.

—Creíamos que vuestros legítimos intereses estarían supeditados al bien común de la cristiandad, pero vemos que no es así —intervino el papa Clemente tras oír a los dos maestros.

—Los intereses de la cristiandad son los mismos que los de los templarios, santidad. No veo ninguna contradicción en nuestra actitud de querer mantener la Orden y defender a la vez a todos los creyentes en Cristo —dijo Molay.

—¿No entendéis que seríais mucho más eficaces junto que separados? —demandó el papa.

—La Iglesia tiene muchas órdenes, y siguen apareciendo otras nuevas; San Agustín, San Benito, San Francisco de Asís o Santo Tomás de Aquino fundaron órdenes religiosas para mayor gloria de la Iglesia. Nadie ha dudado jamás de su esencia, y nadie ha postulado la unificación en una sola de todas las órdenes monásticas o mendicantes.

—A Cristo y a su Iglesia se les puede servir desde distintas opciones —dijo Molay.

—Esas órdenes a las que os referís tan sólo rezan; vosotros, además, lucháis, y ahí es donde la unidad es necesaria, en el combate contra el Islam.

—No somos dueños de la Orden en la que profesamos; sólo Cristo es Nuestro Señor. Y Él inspiró nuestra sagrada regla, a la que no podemos traicionar.

—Jurasteis obediencia al papa, y el papa somos Nos, y Nos representamos a Cristo en la Tierra, somos su vicario.

—Sí, santidad, sois el vicario de Cristo, por eso sé que jamás actuaréis en contra de sus designios, porque gracias a ellos existe el Temple, y por ellos y para ellos ha de seguir existiendo. ¿Acaso estaban equivocados todos nuestros predecesores?; ¿estaba equivocado san Bernardo cuando inspiró el espíritu que dictó nuestra regla?; ¿estaban equivocados todos los maestros que me han precedido en el gobierno del Temple? Creo que no; creo firmemente en la verdad revelada a nuestros antecesores; creo en la fuerza divina que ha guiado nuestro brazo durante dos siglos; creo en la sangre de nuestros hermanos vertida en las arenas de Tierra Santa para mayor gloria de Cristo y de su Iglesia... No, santidad, sé que vuestra mente piensa lo mismo, y que por haber sido ungido por el Espíritu Santo, sé que no ordenaréis la unión del Temple y del Hospital. Se lo debemos a nuestros hermanos muertos.

—Aquí os dejo este memorando. —Molay depositó encima del altar un legajo de varias hojas de pergamino encuadradas en cuero rojo—. Comprobaréis en él que la unión sería además muy injusta, pues el Temple es más rico, más poderoso y tiene más bienes y

propiedades que la Orden de San Juan, y ello es debido a que durante dos siglos nuestros hermanos han sido los más diligentes a la hora de administrarla. Veréis en él, santidad, que si bien consideramos que podrían extraerse ciertos beneficios de esa unión, lo cual reconocemos y admitimos, hemos concluido que serían mayores los perjuicios, por lo que el Capítulo General de la Orden del Temple ha aprobado por unanimidad rechazar dicha propuesta de unión.

—No obstante, creemos que la unidad de acción debe ser nuestra guía en la guerra contra los sarracenos; por ello, proponemos a vuestra santidad que emita una bula convocando a los príncipes de la cristiandad a realizar una nueva cruzada que ponga fin de manera definitiva a la presencia de los musulmanes en Tierra Santa y en todo el mundo si es posible —sentenció Molay.

En la iglesia de Santa María se hizo un silencio metálico que incluso permitía oír el crepitar de las llamas de los cirios encendidos en torno al altar. El papa unió sus manos, levantó la cabeza lentamente, y al fin dijo:

—El hermano maestro del Temple ha hablado con la contundencia de un hombre de fe. Como servidor de la Iglesia estamos convencidos de que lo mejor es la unión de las órdenes de caballería, pero entendemos la postura de ambos maestros y sabemos que lo que hacéis está guiado por vuestro amor al Temple y al Hospital. En virtud de lo cual, declaramos que se detenga cualquier proceso de unificación entre los caballeros templarios y los hospitalarios en una sola orden, y que ambas sigan ostentando sus títulos, privilegios y regla.

—Y atendiendo a la justa proposición del hermano Molay, procuraremos que los reyes de la cristiandad consideren la oportunidad de poner en marcha una nueva cruzada.

Al oír la decisión papal, Molay apretó los puños y dibujó en sus labios un rictus de satisfacción. El delegado del rey de Francia frunció el ceño y se levantó contrariado, saliendo de la iglesia a toda prisa.

De vuelta al convento, Jaime de Castelnou y Hugo de Bon comentaron la entrevista. Ambos estuvieron de acuerdo en que la intervención del maestro había estado muy bien, y que se había mostrado sereno y confiado, pero a la vez rotundo y convincente en sus declaraciones.

Antes de partir hacia París se enteraron de que los almogávares habían puesto en marcha una terrible venganza por la muerte de Roger de Flor. Encabezados por su nuevo caudillo, Berenguer de Entenza, y a la temprana muerte de éste por Rocafort, se habían juramentado para ejecutar una sangrienta represión y durante varios meses se habían dedicado al saqueo y al pillaje; y allí seguían, intentando acabar con todo bizantino, turco o griego que se pusiera a su alcance.

**Tercera parte**  
**EL SUEÑO DEL GRIAL**

**CAPÍTULO I**

Una lluvia fina y helada caía inmisericorde sobre la comitiva de los templarios. Había salido de Poitiers de madrugada, días después de celebrada la entrevista con el papa Clemente, en la que se había logrado mantener la independencia y singularidad de la Orden, y avanzaba por el camino del norte hacia París en fila de a dos. Aunque el agua empapaba los capotes de viaje, seguía pareciendo un cortejo digno de un rey. Los caballeros y los sargentos mantenían sus lanzas erguidas hacia el cielo plomizo, mientras cabalgaban en completo silencio, sólo preocupados de mantener las líneas perfectamente ajustadas, como si estuvieran a punto de entrar en batalla.

Tras siete días de viaje avistaron las torres de la catedral de Nuestra Señora. Los bloques de caliza blanca recién tallados refulgían bajo la luz grisácea del cielo parisino. La ciudad se extendía por ambas orillas del Sena, en torno a dos islas abrazadas por el cauce del río y en las cuales se levantaban la propia catedral de Nuestra Señora y la Santa Capilla, en cuyo interior se guardaban las más preciadas reliquias de la pasión de Cristo.

En la casa del Temple ya sabían que el maestre había resultado triunfante de su entrevista con el papa en Poitiers, pero los templarios parisinos recelaban de ese éxito. Sabían bien que desde que se le negara el ingreso honorífico en la Orden, Felipe de Francia había mostrado su disgusto con los templarios, y no había olvidado lo que consideraba una enorme ofensa contra su excelsa majestad.

Una vez instalados en la casa de París, los templarios de Chipre y los de Francia asistieron juntos a los oficios religiosos. Molay había ordenado que la vida de la Orden siguiera su curso habitual, y así las primeras semanas del año del Señor de 1307 discurrieron en la plácida monotonía por la que se regía el Temple en tiempos de paz.

Una mañana, después de la oración de la hora tercia, Molay hizo llamar a Castelnou. Jaime entró en la habitación donde estaba el maestre acompañado por un criado, que se retiró en cuanto los dos caballeros se saludaron. Molay estaba de pie, de espaldas a la puerta, mirando a través de una ventana que daba a unos jardines en el interior del convento.

—Siéntate, hermano Jaime —le ordenó el maestre sin siquiera volverse para mirarlo.

Jaime dio dos pasos y se acomodó en una silla colocada ante una mesa sobre la cual había una caja de plata sobredorada con nueve cruces templarias en oro que le resultó familiar.

—¿Qué deseas, hermano maestre?

—¿Recuerdas esta caja? —le preguntó señalándola.

—Me parece que sí. Si no me falla la memoria, es la misma en la que se guardaba el Santo Grial en Acre. El maestre Guillermo de Beaujeu me encargó personalmente que la custodiara con el resto del tesoro hasta ponerlos a salvo en Chipre y se hiciera cargo de ella un nuevo maestre.

—Así es. ¿Llegaste a ver el Grial?

—No. No abrí la caja, nadie me autorizó a hacerlo.

—¿Entonces, no viste el cáliz?

—No, sólo la caja.

Molay se acercó a la mesa, se sentó en la silla que había de su lado y abrió con cuidado la caja de plata. De su interior extrajo un lujoso paño que contenía un objeto y lo fue extendiendo lentamente sobre la mesa. Sobre el paño quedó al descubierto un sencillo vaso de piedra semipreciosa, de color rojizo con vetas oscuras. Molay se arrodilló y se santiguó; Jaime hizo lo mismo. El maestro inició el rezo de un padrenuestro que Castelnou continuó con devoción. Al acabar la oración, ambos volvieron a santiguarse y se sentaron cada uno en su silla.

—He aquí el Santo Grial. Este es el vaso en el que Cristo consagró el vino en su sangre en la primera celebración eucarística.

Jaime contempló la sagrada reliquia; los rayos de luz que penetraban por la ventana provocaban en la brillante y bruñida piedra del cáliz irisaciones tornasoladas.

—¿Qué tipo de piedra es? —preguntó Castelnou.

—La llaman ónice. Es una piedra semipreciosa que presenta diversas variedades; sólo se encuentra en canteras de Oriente; los romanos la apreciaban mucho, y llegaron a fabricar con ella camafeos y piezas muy delicadas. Fíjate en su brillo y su finura. —Molay cogió el cáliz y lo acercó a Castelnou—. Tómalo.

—¿Puedo tocarlo, no es un sacrilegio?

—Por supuesto que no. Los templarios hemos sido los guardianes del cáliz durante dos siglos. Sólo unos pocos conocemos su historia. Tú eres uno de los elegidos. Escucha.

—¿Yo?, no tengo ningún mérito para ello.

—Lo tienes; primero escucha esta historia, y después sabrás por qué se te encargó la sagrada misión de ponerlo a salvo con el tesoro de la Orden antes de la caída de Acre. Ahora bien, tal vez no te guste cuanto vas a oír, pero es tiempo de que sepas la verdad.

—Nuestra Orden se fundó pocos años después de la conquista de Jerusalén en la primera gran cruzada. El rey Balduino, el segundo de ese nombre en la Ciudad Santa, concedió a nuestro fundador, el maestro Hugo de Payns, el solar del templo de Salomón, para que allí tuviera el Temple su primera casa. El edificio que le cedió había sido una mezquita llamada de al-Aqsa, de gran veneración para los musulmanes. Hubo que consagrar la mezquita como iglesia, construir habitaciones para los nueve primeros caballeros templarios y habilitar unas bodegas para establos. Fue en el curso de esas obras donde apareció esta copa de piedra: el Santo Grial.

—No quisiera dudar, nunca lo he hecho, pero ¿cómo podemos saber que este cáliz es en verdad el de la Última Cena? —preguntó Castelnou.

—Uno de los nuestros, un caballero templario de la nación alemana llamado Wolfram von Eschenbach, escribió un largo poema al que tituló *Parsifal*, el nombre de uno de los caballeros de la mesa redonda del rey Arturo de Bretaña. Von Eschenbach creó una trama en la que el Grial era una esmeralda que se desprendió de la diadema de Lucifer, el ángel de la luz, cuando éste se convirtió en el demonio al rebelarse contra Dios en el principio de los tiempos. En ese poema también se dice que la historia la tomó su autor de un cristiano de la ciudad hispana de Toledo, de nombre Kyot, quien a su vez se la había oído contar a un pagano llamado Flegetanis, hijo de un musulmán y una judía.

—El cáliz sagrado se había perdido, y el rey Arturo, el más noble y famoso de los caballeros, creó una orden de caballería, la Mesa Redonda, para buscarlo. Los mejores caballeros del reino de Bretaña, Lanzarote del Lago, Galahad, Ajax y Parsifal, salieron en su busca. Pero para poder encontrarlo era necesario tener limpio el corazón, y no todos los caballeros estaban libres de pecado. El más valeroso y fuerte de todos ellos, Lanzarote, había cometido adulterio con la reina Ginebra, la esposa del rey Arturo, y por ello no era

puro ni cumplía las condiciones para ser el recuperador del Grial; algunos otros caballeros eran orgullosos y altivos, y también fracasaron en la búsqueda. Sólo Galahad era limpio y sin tacha, y por ello era el destinado a recuperar el Grial. Galahad es el soldado que vive en la espiritualidad, la verdadera imagen de Cristo, el único caballero que cumple los requisitos para ser redentor en un mundo en el que reina la vanidad y el pecado.

—¿Pero si apareció el Grial en Jerusalén, cómo es posible que estuviera antes en Bretaña? —preguntó Castelnuou.

—Robert de Boron escribió un relato en el que cuenta que José de Arimatea recibió el cáliz de la Última Cena, el primero en el que se consagró el vino en la sangre de Cristo. José era un rico mercader que recogió el cuerpo de Jesús de la Cruz y lo llevó a un sepulcro que había ordenado construir a sus expensas en Jerusalén. Según Boron, José tomó en el cáliz unas gotas de la sangre de Jesús cuando éste estaba todavía en la cruz y las guardó en el Grial. Desde entonces el cáliz se habría custodiado entre los descendientes de José de Arimatea, pero no en Francia. El Grial se ocultó en Jerusalén, cerca de la tumba de Cristo, y allí tenía que permanecer hasta que la Ciudad Santa fuera liberada del yugo sarraceno.

—No entiendo...

—No es fácil. El Grial encierra conocimientos que están al alcance de muy pocos, de los más limpios de corazón, los puros, los perfectos... Tu abuelo era uno de ellos, un hereje.

—La Iglesia así los considera, pero ellos decían ser puros. Tu padre no supo nada del suyo hasta que, poco antes de la cruzada del rey Jaime de Aragón, el conde de Ampurias se lo contó. Su corazón se convulsionó al saber que su padre había sido un hereje y se embarcó rumbo a Jerusalén para tratar de borrar el pecado de su progenitor combatiendo en Tierra Santa contra los infieles. Por eso abandonó a tu madre cuando estaba embarazada y tú todavía no habías nacido. El resto ya lo conoces: una tempestad desbarató la flota del rey de Aragón, algunas galeras se fueron al fondo y una de ellas fue la de tu padre.

—La Orden decidió que el hijo de Raimundo de Castelnuou debería profesar en el Temple, y el conde de Ampurias se mostró de acuerdo con ello. Por eso se te educó desde niño en la disciplina y en los valores de los templarios. Afortunadamente, los hermanos que decidieron tu futuro no se equivocaron: tu expediente es el más limpio de todos los que componemos la Orden.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con el Grial, con esta copa?

Jaime de Castelnuou cogió el cáliz, hasta entonces había permanecido entre las manos de Molay, y sintió la extraordinaria finura de su tacto, a la vez que una especie de convulsión le recorrió la espina dorsal provocándole un profundo escalofrío.

—En realidad, nuestro hermano Von Eschenbach no escribió un poema sobre el pasado del Grial, sino sobre su futuro. Y tú eres el encargado de que se conserve alejado de manos indeseables. Si le ocurriera algo a nuestra Orden, debes poner a salvo el Grial, y para ello deberás ir a las montañas del norte de Hispania, buscar el lugar que indica Von Eschenbach en su poema y depositarlo allí. Jamás debe caer en poder del rey de Francia.

—Aquí tienes una copia del poema de Von Eschenbach —Molay sacó un códice de un cajón de la mesa—; léelo atentamente y busca en él el lugar donde ha de ser guardado el Grial.

—¿Pero cómo lo encontraré?; ¿cómo sabré cuál es ese lugar?

—Te será fácil; sólo sigue las pistas del poema.

—¿En verdad está nuestra Orden en peligro?

—Felipe el Hermoso es un soberano al que ciegan la codicia por el dinero y la ambición por el poder, y cree que si la riqueza del Temple pasa a sus manos se convertirá en el soberano más poderoso de toda la cristiandad. Ya domina la Santa Sede, pues ha logrado que sea nombrado papa un hombre de su confianza, y sabemos por nuestros hermanos en todo el reino de Francia que en las últimas semanas el rey ha ordenado que se incrementa la campaña contra nosotros difundiendo todo tipo de calumnias y falsedades. Los agentes del monarca, sobre todo esa rata de Nogaret, son extraordinariamente eficaces en la práctica de la difamación. Hasta ahora se contentaban con acusarnos de ser orgullosos, de acumular riquezas y de no obedecer a nadie, pero las cosas han ido mucho más lejos y también se nos tilda de herejes y blasfemos.

—Esas acusaciones pueden acarrear...

—La condena a muerte, hermano Jaime.

—No pueden hacer eso.

—Claro que pueden. Ayer mismo el tesorero de la casa de París me puso al corriente de las deudas que ha contraído el rey de Francia con nosotros; gracias a nuestros préstamos ha sufragado sus guerras, ha construido sus palacios y ha pagado la dote por el matrimonio de su hermana Margarita con el rey Eduardo de Inglaterra y por el de su hija Isabel con el príncipe de Gales. Su débito a nuestra Orden es de tal magnitud que jamás podrá pagarlo. Todas las rentas de la corona de Francia, y lo sabemos bien porque el tesoro del reino se guarda aquí, no podrían hacer frente a la deuda ni en cincuenta años.

—Pero ir contra el Temple es ir contra Cristo, somos sus soldados —alegó Castelnou.

—El papa también es su vicario en la tierra y Felipe no dudó en acusar a Bonifacio de todo tipo de crímenes y pecados. Nogaret es su brazo ejecutor.

—¿Qué podemos hacer?

—Te he hecho llamar para que investigues a los templarios de París.

—¿A nuestros hermanos?, ¿sospechas de ellos?

—Su tesorero, Hugo de Peraud, prestó dinero a Felipe sin tener en cuenta las consecuencias.

—¿Peraud..., Hugo de Peraud, no fue quien compitió contigo por el cargo de maestro?

—El mismo. Yo jamás hubiera querido dirigir la Orden; sé que no estaba lo suficientemente preparado, pero varios hermanos me convencieron alegando que si Peraud se convertía en maestro el Temple quedaría a merced del rey de Francia. Hubo que pugnar duro y convencer a algunos hermanos... ¿Lo recuerdas? Tú fuiste el comendador de aquella elección. ¿Vas comprendiendo...? No queríamos que el cargo recayera en un títere del rey de Francia, y por eso quisimos que fueras tú quien dirigiera aquel proceso, porque sabíamos que tu corazón era limpio y tu voluntad insobornable. Y así fue. El hermano Ainaud de Troyes me confesó, una vez concluido el proceso de mi elección, que actuaste siguiendo siempre el interés de la Orden.

—Pero yo no sabía nada de todo esto. —Castelnou no le dijo que en el momento de decantarse por uno de los candidatos lo había hecho por Molay, aunque lo consideraban hombre de poca inteligencia, porque creía que era el más capaz para continuar la guerra contra los musulmanes en Tierra Santa.

—¿Qué importa! Tú fuiste quien proclamó mi nombre como maestro; con ello salvaguardaste la independencia de la Orden.

—Por eso debes investigar ahora cuál es la actitud de nuestros hermanos templarios

de París. Tengo la sospecha de que alguien de esta casa informa a Felipe el Hermoso de cuanto aquí sucede. Averigua lo que puedas y mantenme informado.

Molay volvió a tomar el Grial de las manos de Castelnou, lo envolvió en el lienzo y lo guardó en la arqueta de plata y oro.

—¿Estás convencido de que ese cáliz es el verdadero Santo Grial? —le preguntó a Molay.

—Lo ha sido para los hermanos que nos han precedido, y eso es suficiente para mí. Y ahora, continuemos con nuestra tarea, seguimos siendo templarios sometidos a la regla.

## CAPÍTULO II

Las calles de París estaban llenas de barro. El final de la primavera estaba siendo muy lluvioso y en los tramos más cercanos al río el concejo de la ciudad había tenido que colocar pasarelas de madera para que los transeúntes pudieran caminar sin que se hundieran en el lodo hasta las rodillas.

Hacía varios días que Castelnou deambulaba por esas calles intentando recabar cualquier información para preparar la defensa contra los rumores que difundían los agentes del rey acerca de los templarios. El joven templario Hugo de Bon le había dado una lista con los lugares en los que podría ser más fácil encontrar lo que buscaba. Con permiso del maestro, se vestía cual un comerciante más y recorría los mercados y las tabernas intentando hacer oídos a cuanto se decía sobre el Temple.

Tras varios días con resultados infructuosos, al fin escuchó en una taberna del burgo de Saint-Denis una conversación que parecía interesante. Dos individuos de aspecto elegante debatían en una de las mesas de la taberna, junto a la que ocupaba Castelnou mientras comía un pedazo de venado asado y un poco de queso y bebía una jarra de vino, sobre los pecados atribuidos al Temple. El de más edad de los dos aseguraba con vehemencia que los templarios eran siervos del demonio, y que habían engañado a los buenos cristianos durante años y años, robándoles su dinero y enriqueciéndose a costa de los hombres de buena voluntad que les habían dejado en herencia sus bienes porque creían que así contribuían a la defensa de la fe cristiana y de la Iglesia.

—Son herejes, malditos seguidores del diablo, perversos criminales que profanan templos, blasfeman y obligan a los novicios a cometer graves pecados contra la natura — dijo aquel hombre, y lo hizo en voz tan alta que parecía evidente que su intención era que lo escucharan cuantos estaban en aquella taberna.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el más joven, asimismo a voz en grito.

—Todo el mundo conoce la verdadera faz de esos templarios. ¿No es así? — preguntó dirigiéndose ahora a las dos docenas de clientes que había en ese momento en el local, donde solían recalar muchos comerciantes en viaje de negocios a París—. ¿Alguien duda de la maldad de esos ufanos caballeros de blanco?

—¿A qué os referís señor?, soy extranjero y no sé nada de ese asunto —preguntó Castelnou intentando simular ignorancia.

—¿De dónde sois vos? —le preguntó.

—Soy catalán, del condado de Ampurias. Estoy de viaje en París para comprar ungüentos aromáticos y perfumes. Os he oído y me habéis dejado muy preocupado, pues parte del dinero de mi compañía está depositado en un convento del Temple en Barcelona; el tesorero me ha garantizado su plena disponibilidad en cualquier momento.

—Perdonad, señor, pero os están engañando. Esos templarios son malvados herejes que viven en connivencia con los sarracenos de Ultramar.

—¿Conocéis Tierra Santa? —le preguntó Castelnou poniendo cara de ingenuo.

—No, pero todos cuantos allí han estado saben que si se perdió Jerusalén fue a causa de la traición de los templarios.

—Pero me han dicho que muchos de ellos han muerto luchando por la fe de la Santa Madre Iglesia.

—Bueno, eso es lo que sus sicarios se han encargado de contar para que lo creamos aquí; en realidad, los templarios son unos perros cobardes que han vendido Jerusalén y Acre a cambio de unas bolsas de monedas de oro.

—Pero he oído por ahí que el rey de Francia ha confiado su tesoro a los templarios, y que las joyas de la corona de Francia se guardan en el convento del Temple en París — alegó Castelnou.

—Sabéis demasiado para ser un mercader extranjero.

—Bueno, me gusta informarme antes de hacer negocios. Pregunté sobre la solvencia del Temple y eso es lo que me dijeron. Si un rey le confía su tesoro a alguien, no parece que ese alguien sea de temer.

Castelnou advirtió que la mayoría de los clientes parecían mostrarse de acuerdo con sus argumentos.

—El rey, nuestro señor, sabe lo que hace; pero creedme, amigo catalán, esos templarios son sicarios del mismo demonio, hijos de Satanás.

Apenas quedaba asado y queso en el plato y un poco de vino en la jarra; Castelnou dio los últimos bocados y apuró el vaso.

—Señores, quedad con Dios —dijo mientras se levantaba.

—¡Aguardad un momento! —exclamó el hombre que había dialogado con él—. Los parisinos somos gente hospitalaria, os acompañaremos al lugar donde os hospedáis. Por lo que parece, vais a pie, podemos acompañaros.

—Os lo agradezco, pero no es necesario. Tengo la tarde libre y me gusta pasear un rato después de comer.

—Insisto, señor.

La situación se volvió de pronto tensa. Jaime de Castelnou comprendió entonces que aquellos dos hombres eran agentes del rey y que había cometido un error al no haberse dado cuenta antes de ello. Además, aunque se había recortado la barba hasta dejarla no más larga de un dedo y se había dejado crecer el cabello, su aspecto estaba más próximo al de un templario que al de un mercader.

—Ya os dije que no es necesario.

Los dos hombres se acercaron de manera amenazante hacia Jaime.

—¿Tenéis algo que ocultar? —le preguntó el de mayor edad.

El tabernero hizo un gesto y los dos criados que servían las mesas salieron del local para regresar de inmediato armados con sendas gruesas varas. Los clientes asistían en silencio a la escena.

—No, nada en absoluto, pero creo que vos sí.

Aquella respuesta de Castelnou causó desconcierto en el agente real.

—¿A qué os referís?

—Vamos, no tratéis de disimular. Sois perfumero, lo he notado enseguida, y tratáis de convencerme para llevarme hasta vuestra tienda para venderme vuestros productos. Está bien, veámoslos; os acompañaré, pero os aseguro que soy un experto en perfumes, de modo que no intentéis engañarme ofreciéndome algalia de gatos de primera calidad, cuando en realidad está mezclada con aceite de áloe, o almizcle de buey como si fuera de castor; conozco bien esos trucos.

Los dos agentes del rey no supieron qué decir. El mesonero hizo una nueva indicación a los criados y éstos se retiraron enseguida.

—Dejadlo estar. Que tengáis una buena estancia en París, y recordad lo dicho: los templarios son hijos del diablo; procurad no hacer negocios con ellos.

Castelnou respiró confiado; por un momento se había visto metido en un enorme lío del que había podido salir con habilidad. Desde entonces debería andar con mucho más cuidado. Salió de la taberna y se dirigió de regreso al Temple, dando un rodeo y

comprobando cada cierto tiempo que nadie lo seguía. Lo que había salido a comprobar era cierto: agentes del rey estaban difamando a los templarios para predisponer a la población contra ellos. Quedaba claro que Felipe de Francia algo estaba tramando; Castelnou se propuso averiguar el qué.

\* \* \*

—¿Existe alguna manera de infiltrarse entre los agentes del rey, hermano Hugo? —le preguntó Castelnou a Bon ya de vuelta en el convento.

—No es fácil. Nogaret es un personaje muy astuto y está siempre atento a cualquier cosa que suceda en París. Suele supervisar personalmente todo cuanto es de su incumbencia, e incluso lo que no lo es.

—De acuerdo, pero ¿puede hacerse?

—Es peligroso. Además, yo no confiaría en todos los hermanos de la Orden en París.

—¿A qué te refieres?

—Hace años que las encomiendas de Francia no envían caballeros a Ultramar; los jóvenes somos ya muy pocos en el Temple; la mayoría son veteranos cansados o ancianos inanes, y los que se han incorporado en los últimos años ya no conocen el espíritu de lucha que os sostiene a los que todavía estáis allá. Cuando me hablabas de vuestras batallas contra los musulmanes me sonaba a algo lejano y ajeno. A los nuevos templarios ya no nos educan como antes. Ahora somos algo así como usureros sin escrúpulos y hombres de negocios que vivimos en un convento y cumplimos una regla monacal, pero las viejas ideas y las nobles ilusiones del Temple ya no se inculcan en nosotros. Por eso, muchos hermanos están más cerca del rey de Francia, que del maestre Molay.

—No obstante, nuestro comendador en París tiene relaciones y contactos suficientes como para que pudieras infiltrarte entre los hombres de Nogaret, pero no sería capaz de garantizar que alguno de nuestros propios hermanos no te delatara.

—Correré el riesgo. Lo que verdaderamente importa ahora es conocer los planes del rey y saber si corre peligro la Orden —asentó Castelnou.

—Si te descubren, date por muerto.

—Hace tiempo que he asumido mi muerte; desde que salí vivo de Acre, hace ya varios años, cada día que pasa es un regalo del Señor. Además, tal vez yo sea el último de los hermanos que fue educado al viejo estilo templario, y todavía creo en que el sacrificio personal es necesario si ello sirve para beneficio de los demás.

—A mí jamás me enseñaron eso —dijo Hugo de Bon—. En fin, ¿cómo quieres presentarte ante Nogaret? Habrá que idear un buen argumento.

—Creo que lo tengo. Si no me han informado mal, hace un año fueron expulsados de Francia los judíos mediante una orden personal del rey. ¿No es así?

—Sí, así es. Felipe el Hermoso dictó el decreto de expulsión de los hebreos de todos sus dominios, y lo hizo para quedarse con todos sus bienes y propiedades, y además también con lo que se le debía, de modo que nobles y comerciantes que adeudaban dinero a los judíos pasaron a debérselo de un día para otro al rey. El negocio que hizo Felipe fue extraordinario.

—Me haré pasar por agente secreto del rey Jaime en viaje a París para informarse sobre cómo se expulsó de Francia a los judíos para hacer lo mismo en Aragón.

—Eso es muy complicado.

—Tanto como convertir a un templario en un comerciante catalán en El Cairo; y

créeme, hermano Hugo, que yo lo he hecho.

—Pero tus credenciales...

—Imagino que en este convento habrá escribanos lo suficientemente expertos como para falsificar un diploma con el sello del rey de Aragón.

—Sí, creo que sí.

—Pues vamos a ello.

### CAPÍTULO III

Castelnou informó al maestro Molay sobre su plan, y éste asintió. Una vez más el templario se rasuró por completo la barba y se dejó crecer el cabello de la cabeza. En la escribanía del convento de París un escribano redactó un documento en el que el rey Jaime de Aragón presentaba al portador del mismo, el notario real Jaime de Ampurias, como su embajador secreto ante el rey de Francia, con el encargo de interesarse por el proceso de expulsión de los judíos de los dominios de su majestad don Felipe.

Vestido con ropas seculares de gran calidad pero nada ampulosas y a lomos de un buen caballo, Jaime de Castelnou se presentó en su nueva identidad de Jaime de Ampurias a las puertas del castillo-palacio del Louvre de París, la residencia del rey de Francia. Los guardias de la puerta le dieron el alto y le conminaron a marcharse, pero el templario sacó de una bolsa de cuero el pergamino con su salvoconducto falsificado y al desplegarlo, con el gran sello de lacre rojo pendiente, quedaron impresionados.

—Soy embajador plenipotenciario de su majestad don Jaime, rey de Aragón, de Valencia, de Murcia, de Sicilia, de Cerdeña, duque de Atenas y de Neopatria y conde de Barcelona.

Aquella retahíla de títulos todavía les impresionó más. Uno de los soldados fue a llamar al capitán de la guardia.

—Señor, dice uno de mis hombres que sois embajador del rey de Aragón. ¿Tenéis credenciales?

—Por supuesto, vedlas vos mismo.

Castelnou tendió el pergamino al capitán, que lo tomó y lo observó dubitativo. El templario se dio cuenta enseguida de que aquel tipo apenas sabía leer.

—Humm..., sí, sí, así lo parece.

—Mirad ahí abajo, en la última línea; ahí tenéis la suscripción auténtica de mi señor el rey don Jaime, y su sello real, como veo que ya habéis comprobado.

—Ejem..., de acuerdo, pasad.

Jaime arreó su caballo y entró en el patio del palacio, donde descabalgó y entregó las riendas a un criado.

—Cuídalo bien, es propiedad del rey de Aragón —le dijo.

El capitán acompañó a Castelnou a través de un largo pasillo hasta una estancia en la que varios escribas estaban redactando documentos de la cancillería real de Francia. Se dirigió a uno de ellos y le susurró unas palabras al oído.

—Me dice el capitán que sois embajador del rey de Aragón; ¿cómo no hemos sabido antes nada de vuestra llegada? Vuestra manera de irrumpir aquí me parece muy extraña.

—Señoría, dejad que me presente; soy Jaime de Ampurias, notario de su majestad don Jaime, rey de Aragón, de Val...

—Sí, sí, ya conozco todos los títulos de vuestro soberano, pero ¿qué os trae por aquí?, y ¿por qué nadie ha avisado de vuestra llegada?

—Si me lo permitís, señor...

—Antoine de Villeneuve, vicescanciller de su majestad el rey Felipe.

—... señor Antoine de Villeneuve, mi misión es secreta, bueno, digamos mejor que es reservada. Aquí tengo mi credencial.

Villeneuve cogió el pergamino y lo leyó. Castelnou rezó para que no se diera cuenta del engaño.

—¡Vaya!, de modo que el rey de Aragón también desea expulsar a los judíos.

—Bueno, es una posibilidad que se está estudiando en la corte de Barcelona. Mi señor el rey don Jaime cree que los judíos causan un grave perjuicio a sus súbditos cristianos y que en estos tiempos de zozobra se aprovechan para extorsionar a los ciudadanos honrados con préstamos abusivos. Creemos que lo que hizo vuestro soberano el verano pasado es una buena medida contra esos abusos, tal vez haga lo mismo en los reinos de su corona, y me ha enviado para...

—Para entrevistaros con don Felipe...

—Bueno, sería suficiente hacerlo con alguno de sus ministros, digamos con... Guillermo de Nogaret.

—Permitid que me ría. Guillermo de Nogaret es el más poderoso señor de Francia, después de su majestad, claro.

—Pues quién mejor que él para recibir a un embajador personal de un rey.

—Desconozco vuestras intenciones, pero veo difícil que os reciba don Guillermo.

—Tal vez lo haga si le decís que don Jaime estaría interesado además en firmar un tratado definitivo y perpetuo sobre los litigios seculares que han enfrentado a Francia con Aragón; ya sabéis, Sicilia, vuestro flanco sur...

Villeneuve se acercó a una ventana y examinó con detenimiento el pergamino que le había mostrado Castelnou. Lo dejó encima de una mesa y se dirigió a un enorme armario de madera que había en una de las paredes de la sala; lo abrió y tras cotejar una lista clavada en el interior de la puerta, abrió uno de los cajones del armario y sacó un pergamino del que colgaba un sello de lacre rojo. Con cuidado, cotejó ambos sellos, el del documento de Castelnou y el que acababa de extraer del cajón, durante unos momentos que a Jaime le parecieron eternos.

—¿Por qué vos?

—¿Perdonad...?

—Sí, a pesar de que ya no sois un niño, nunca antes habíamos recibido una visita o una carta en la que figurarais. ¿Por qué don Jaime confía esta misión..., reservada, como vos habéis dicho, a alguien que jamás antes ha tenido relaciones con la corte de Francia? Parece extraño.

—Si me dais vuestra palabra de guardar el secreto...

—Adelante, la tenéis.

—Mis antepasados fueron judíos de Mallorca. Es una larga historia; se bautizaron en tiempos del rey Jaime el Conquistador, el abuelo de mi señor. Mi padre ya nació en una familia de cristianos... Bueno, ahora entenderéis...

—No, no lo entiendo —dijo Villeneuve.

—Don Jaime quiere demostrar que antiguas familias judías pueden abrazar la luz de Cristo y convertirse en buenos cristianos. Es la mejor manera de demostrar que una conversión sincera es posible.

—Eso no suele ocurrir, al menos en Francia.

—Vamos, don Antoine, Jesús nació judío, nuestra madre la Virgen María nació judía, todos los apóstoles nacieron judíos, todos los primeros cristianos fueron judíos.

—En eso tenéis razón.

—El documento parece auténtico...

—Es auténtico. ¿Puedo entrevistarme con don Guillermo de Nogaret?

—Veré qué puedo hacer. ¿Dónde os hospedáis?

—Todavía no tengo posada; he dormido en varias por el camino, anoche en una en

Saint-Denis; si me recomendáis alguna...

—La Torre de Plata, es la mejor; sábanas limpias, buena comida... y apenas os inquietarán las pulgas. Los precios son caros, pero un embajador de Aragón bien podrá pagarlos.

—Sí, claro.

—Bien, está cerca de la catedral de Nuestra Señora. Preguntad por ella, todo el mundo la conoce. Y aguardad allí hasta que os llamemos.

—¿Tendré que esperar mucho tiempo?

—No lo sé, don Guillermo está muy ocupado en estas últimas semanas.

—Imagino que con el asunto de los judíos.

—No, eso fue rápido y demasiado sencillo. Ahora... —Villeneuve se acercó a Castelnou y bajó la voz—, ¿me prometéis guardar secreto?

—El vuestro por el mío.

—Ahora se trata de los templarios.

—¡Los soldados de Cristo! —exclamó Castelnou.

—Bajad la voz.

—¿Qué pretende?

—Se han hecho demasiado poderosos, demasiado ricos; la gente no los quiere, los considera seres orgullosos y altivos. Una expropiación de los bienes templarios sería bien vista por los parisinos y contribuiría a paliar las deudas de la corona.

—Vuestro rey es muy audaz.

—No, simplemente necesita dinero, mucho dinero, y los templarios son quienes lo tienen.

## CAPÍTULO IV

Castelnou se dirigió a La Torre de Plata. En efecto, tal como le había informado Villeneuve, era la mejor posada de París. Estaba ubicada en la isla de la Cité, la más grande de las dos que habían dado origen a la ciudad, en la que además se levantaba la catedral de Nuestra Señora, cuyas torres blancas recién terminadas se veían emerger sobre los grisáceos tejados parisinos desde las ventanas del segundo piso. Allí alquiló una habitación, en principio por una semana.

Antes de salir del convento, Jaime había acordado con Hugo de Bon que se verían mediada la mañana cada dos días en la plaza de Nuestra Señora, enfrente de la catedral, para informarse mutuamente de sus pesquisas, y para que Bon mantuviera al maestre al tanto de lo que averiguara.

Los dos templarios se saludaron con discreción y se sentaron sobre unas piedras que los operarios del taller de cantería de la catedral habían amontonado a un lado de la plaza en espera de darles forma en el cobertizo de madera que usaban para tallar las rocas de caliza. La catedral de Nuestra Señora, el orgullo de París, estaba prácticamente acabada, pero en algunas zonas todavía quedaba por rematar pequeños detalles que estaban siendo ultimados por media docena de canteros.

—¿Qué tal ha ido todo, hermano Jaime? —le preguntó Hugo de Bon.

—Mejor de lo esperado. El documento ha sido cotejado y considerado auténtico. Felicita al hermano que lo escribió, ha hecho un excelente trabajo. Me he entrevistado con un vicescanciller llamado Antoine de Villeneuve, ¿lo conoces?

—No, jamás he oído ese nombre.

—Está al frente de una oficina en el castillo-palacio real.

—En ese caso debe de ser alguien importante.

—Le he pedido una entrevista con Nogaret.

—¡Ese sí que es importante!

—Pero entre tanto, debo aguardar su llamada en La Torre de Plata.

—¡Vaya!, tienes buen gusto, hermano, es la posada más lujosa y cara de París. Un templario jamás debería hospedarse en un lugar como ése.

—No me ha quedado más remedio. Por cierto, necesitaré algo de dinero, con lo que me entregó el maestre ayer no puedo pagar ni siquiera dos días de hospedaje en la Torre.

—Dile al maestre que las sospechas que teníamos estaban bien fundadas. Villeneuve me confesó que el rey Felipe está pensando en expropiar los bienes de la Orden.

—¡No puede ser!

—Sí, así es. Los agentes del rey, seguramente aleccionados por Nogaret, llevan meses divulgando rumores calumniosos contra nosotros, creo que la expulsión de los judíos y la confiscación de sus bienes fue una especie de ensayo general; si no me equivoco, los siguientes seremos los templarios.

—¿Cómo os confió tantas cosas ese tal Villeneuve en la primera entrevista?

—Bueno, secreto por secreto, yo le acababa de decir que mis abuelos fueron judíos. Imagino que esa confesión le despertó cierta confianza en mí.

—Por ahora, eso es todo. Nos veremos aquí mismo dentro de dos días, y procura que no te sigan, hermano Hugo.

—¿Sigo pareciendo un templario pese a este disfraz?

Hugo de Bon iba vestido como un criado.

—Tienes el porte de un caballero, porque eres un caballero, pero en la vorágine de

gente que deambula por esta ciudad pasas desapercibido. Ten cuidado, hermano.

—Tú también.

Castelnou regresó a la posada; era la hora del almuerzo y tenía apetito. La Torre de Plata era famosa por sus exquisitos guisos de venado al vino y la pimienta y su sopa de cebolla con queso, pero Castelnou se limitó a pedir unas costillas de cerdo braseadas, una crema de puerros y zanahorias y una jarra de vino.

Estaba acabando su comida cuando un individuo de aspecto servil se le acercó sigiloso.

—¿Sois vos don Jaime de Ampurias?

—¿Quién lo pregunta?

—Don Guillermo de Nogaret.

—¡Vos sois Nogaret!

—No, por supuesto que no, tan sólo soy uno de sus criados. Me envía el vicescanciller Villeneuve. Es urgente. Desea veros enseguida.

\* \* \*

Castelnou salió de La Torre de Plata siguiendo al criado, que lo condujo hasta una casona de piedra cerca de la Santa Capilla; la luz de los primeros días del verano parisino la iluminaba filtrando los rayos del sol a través de sus enormes vidrieras multicolores.

Entraron en la casa a través de un amplio portón y se dirigieron por una escalera al salón de la planta superior. El criado llamó con los nudillos y entró seguido de Jaime; el criado hizo una reverencia y salió cerrando la puerta tras él. En la estancia había dos hombres. Uno de ellos era Antoine de Villeneuve, el vicescanciller, que se acercó unos pasos para saludar al templario. El otro estaba de espaldas a la puerta, y miraba a través de una ventana de vidrio emplomado hacia el exterior.

—Sed bienvenido, don Jaime; os presento a don Guillermo de Nogaret, jurista y consejero real.

Nogaret se dio la vuelta y miró fijamente a Castelnou. Sus ojos eran fríos y acuosos, como los de un buey, pero rezumaban un brillo acerado en el que el templario atisbo un aire de maldad.

—De modo que vos sois el embajador del rey de Aragón.

—Jaime de Ampurias, para servirlos.

—Me ha dicho Villeneuve que estáis muy interesado en entrevistarnos conmigo para hablar de un posible tratado entre nuestros reinos, pero yo no soy el canciller, ese tema debe quedar en manos del señor arzobispo de Narbona, que es quien ocupa ese alto cargo —dijo Nogaret.

—En la corte de mi señor el rey don Jaime se sabe que sois vos quien ejerce mayor influencia en su majestad el rey Felipe de Francia, por eso deseamos cerrar un acuerdo con vos.

—Si no me han informado mal —Nogaret miró de soslayo a Villeneuve—, en la cabeza de vuestro rey anida la idea de expulsar a los judíos, como hicimos en Francia el año pasado; bien, pues echadlos y ya está, os aseguro que nadie moverá un dedo por ellos.

—Sí, ése es un tema importante, pero hay algo más. Don Jaime desea sellar un acuerdo perpetuo sobre Sicilia y Nápoles. Mi señor está dispuesto a ceder los futuros derechos de Francia al reino de Nápoles si se le garantiza a Aragón la posesión de Sicilia.

—No es tan fácil, amigo embajador; no creo que en esa transacción estuvieran de acuerdo el emperador y el papa.

—Vamos, don Guillermo, sabéis bien que Francia puede, digamos..., convencer al papa, mientras Aragón podría hacer lo mismo con el emperador. Y además..., está ese asunto del Temple.

Nogaret enarcó las cejas al oír esa palabra.

—¿Qué queréis decir?

—Hasta la corte de Barcelona han llegado rumores de que estáis impulsando una campaña para desacreditar esos caballeros del demonio. En eso mismo también comedimos. Mi señor el rey don Jaime anda buscando pruebas contra los templarios, pero no ha encontrado nada para acusarlos de haber cometido delito de herejía. Y por lo que nos han confiado, sabemos que vos estáis haciendo lo mismo.

Nogaret se puso tenso.

—¿Qué sabéis de este asunto?

—Sólo rumores; los que se oyen todos los días en las tabernas y posadas de París.

—¿Y creéis que son ciertos?

—¿Y por qué no? ¿Quién no ambicionaría quedarse con los bienes del Temple?

—Cuidado con lo que decís, embajador, son una orden religiosa de la Santa Madre Iglesia.

—Son un peligro para la Iglesia —afirmó Castelnou.

—Han defendido Tierra Santa.

—Han pactado con los infieles y han cometido muchos pecados, y vos lo sabéis.

Castelnou estaba tensionando la conversación al máximo; quería dar la imagen de un hombre enemigo del Temple, pero sabía que si se excedía en su sobreactuación, Nogaret, un individuo muy astuto y hábil, sospecharía.

—¿Por qué me decís todo esto?

—Porque creo que sentís hacia ellos el mismo odio que yo.

—Aclaraos, embajador.

—¿Puedo hablaros con plena confianza? —preguntó Jaime.

—Hacedlo; Villeneuve es uno de mis más fieles confidentes.

—Mi abuelo era uno de los «perfectos». Era un gran hombre, y amaba a Dios, pero fue perseguido por ser un cátaro, un hereje para la Iglesia. Los templarios fueron sus ejecutores; ellos lo delataron y ellos ayudaron a acabar con casi toda mi familia. Mi padre les juró odio eterno, y ahora soy yo quien se lo profesa.

Al oír el relato de Jaime, Nogaret palideció. Sin decir palabra, se dirigió hacia una silla y se sentó apesadumbrado.

—Esos malditos... —bisbisó.

—Por lo que me han informado, también vos tenéis alguna cuenta pendiente con ellos.

—¿Qué sabéis vos de eso? —preguntó Nogaret un tanto alterado.

—Que vuestros padres murieron en la hoguera condenados por herejes cátaros, como mi abuelo, y que los templarios también fueron el brazo ejecutor de la sentencia eclesiástica. Como podéis comprobar, nuestros corazones desean la misma venganza y nuestras almas guardan el mismo odio hacia los caballeros blancos.

Castelnou había llevado las cosas demasiado lejos, pero ya no había marcha atrás; sólo existían dos posibilidades, o Nogaret se tragaba el engaño y la trampa de Jaime y le confiaba sus planes sobre los templarios, o recelaba de él, averiguaba la verdad y lo ejecutaba.

El consejero real permaneció en silencio un buen rato. Antoine de Villeneuve, que

había asistido a aquella conversación sin decir una sola palabra, miró a Castelnou y le hizo una mueca de complicidad. Por fin, Nogaret se levantó, se acercó hasta un paso de distancia del templario y le confesó:

—Voy a hacer todo lo posible para acabar con esos caballeros del demonio.

—Me alegro; yo, en vuestro caso, haría lo mismo, pero tened cuidado porque son muy poderosos.

—Los judíos, Sicilia y Nápoles, ahora el Temple..., tenemos muchos puntos que discutir, señor embajador.

—Sobre los que espero que Aragón y Francia lleguen a un buen acuerdo.

—Yo también lo deseo. Y ahora, si me lo permitís, tengo que acudir a ver a su majestad.

Nogaret le dio la mano a Castelnou y salió de la sala.

—Agradezco vuestra mediación para esta entrevista, señor Villeneuve —le dijo Castelnou a Antoine.

—No tiene importancia, es mi trabajo. Y además, vos me caéis bien.

\* \* \*

Jaime de Castelnou y Hugo de Bon se encontraron, según el plan de citas previsto, frente a la catedral de Nuestra Señora. Tras comprobar que no eran seguidos, los dos templarios se dirigieron por separado hasta la orilla del río Sena y se sentaron en una zona discreta.

—¿Has averiguado algo, hermano Jaime? —le preguntó Bon.

—No demasiado. Nogaret trama algo, y desde luego odia al Temple, pero no me ha avanzado nada sobre sus planes —Jaime no se atrevió a confiarle todo lo que le había dicho Nogaret, pues por un momento receló del joven Bon.

—Dicen que ese hombre es muy inteligente y astuto, y muy difícil de engañar. Seguro que ha intentado confundirte.

—No lo sé; cuando le confesé que conocía la historia de sus padres pareció muy afectado, pero reaccionó enseguida y mostró sin ambages su animosidad contra el Temple. Dile al maestro que tome precauciones, tal vez debería poner en alerta a todas la encomiendas.

—¿Crees que el rey será capaz de atacar al Temple?

—Creo que no, pero sí es capaz de denunciar a la Orden ante el papa. Los cargos que se nos atribuyen en los rumores que Nogaret ha hecho circular por París son tan graves que la Inquisición podría actuar contra nosotros y acusarnos de herejía.

—¿Sin pruebas? —preguntó Bon.

—Estuve dos años en Roma y puedo asegurarte que para la Iglesia no es necesaria prueba alguna para acusar e incluso condenar a un hombre.

## CAPÍTULO V

Los rumores sobre los templarios eran cada vez más escandalosos. Nogaret había recopilado todo un listado de cargos contra los caballeros de Cristo y para asentar su denuncia estaba recabando información contraria a la Orden. Sus agentes localizaban a caballeros y sargentos que habían sido expulsados del Temple para que a cambio de dinero ratificaran todas las acusaciones.

A mediados del verano de 1307 Jaime de Castelnou había recabado suficiente información como para estar seguro de las intenciones de Nogaret y de su rey. A principios de agosto se presentó ante el consejero real para decirle que tenía que regresar a Aragón.

—Hace ya varias semanas que intento alcanzar un acuerdo con vos, pero me dais largas y más largas. Mi señor don Jaime me requiere; debo volver a Barcelona, y lamento hacerlo sin ningún resultado positivo para nuestros reinos —dijo Castelnou.

—Lo siento, embajador, pero el reino de Francia está preocupado por asuntos más urgentes. ¿Necesitáis un salvoconducto?

—No estaría de más.

—El vicescanciller os lo expedirá; con él no tendréis ningún problema para llegar hasta los dominios del rey de Aragón.

Los dos hombres se saludaron con frialdad. Por un momento Castelnou pensó en que no hubiera estado de más liquidar allí mismo a ese tipo, pero se contuvo, aunque en aquel momento supo que más adelante tal vez se arrepintiera de no haberlo hecho.

Se despidió de La Torre de Plata y pagó la cuenta, que ascendió a una buena suma; después paseó por las calles de París hasta que comenzó a anochecer, y con las últimas luces del día se dirigió hacia el Temple, deteniéndose en cada esquina y comprobando bien que no lo seguía nadie.

\* \* \*

Jacques de Molay acababa de cenar y aguardaba a Jaime de Castelnou en la sala capitular del convento parisino. El maestro saludó al templario y le ofreció un poco de vino.

—Me alegro de que no hayas sufrido ningún contratiempo. Temí que ese Nogaret pudiera descubrirte.

—En el Temple me han enseñado a superar este tipo de situaciones.

—¿No has podido averiguar nada más?

—No; por más que lo intenté, lo único que pude sacar de Nogaret es que odia al Temple y que, si pudiera, acabaría con nosotros. Los rumores de los delitos que los agentes de Nogaret nos atribuyen se conocen en todo París y he decirte, hermano maestro, que la mayoría de la gente los cree.

—Tenemos que informar al papa de todo esto; él nos dará protección y desmentirá tan falsas acusaciones.

—Yo no haría eso.

—¿Por qué?

—Clemente V está al servicio de los intereses de Francia; no se puede confiar en él.

—El papa es el vicario de Cristo en la Tierra y su elección está inspirada directamente por el Espíritu Santo; es la única autoridad a la que los templarios debemos obediencia. Si negamos esa realidad, rechazamos todo aquello en lo que se sostiene nuestra fe.

—Pero el papa ha obrado en beneficio de Felipe el Hermoso, a quien le debe su

tiara pontificia.

—Voy a pedirle a su santidad que abra una investigación sobre esas acusaciones que nos atribuyen los rumores. Así, todo el mundo verá que no tenemos nada que temer, ni ningún delito que ocultar.

—Antes de eso deberíamos pactar con el papa el resultado final de las pesquisas.

—No hay nada que temer, somos inocentes.

—Conozco a más de un inocente que ha ardidido en la hoguera, hermano maestro.

—No digas eso, hermano Jaime, ni tan siquiera lo insinúes, porque podrías ser acusado de herejía.

Castelnou calló. Aunque en la elección de maestro había votado por Molay para evitar que saliera elegido el candidato del rey de Francia, siempre le había parecido un hombre pusilánime y poco inteligente.

—Ahora deberé ocultarme por algún tiempo en el convento; si me reconocieran los agentes del rey, podríamos tener dificultades.

—Claro, claro. Recupera el aspecto de un templario, rápate la cabeza y deja crecer tu barba; y toma de nuevo el hábito de caballero.

Al día siguiente Molay reunió al Capítulo de los templarios de París. Su propuesta de escribir una carta al papa para pedirle que iniciara una investigación sobre los rumores contra el Temple fue aprobada por una amplísima mayoría. Castelnou opinó que era perjudicial hacerlo, y le sorprendió que el joven Hugo de Bon se mostrara tan entusiasta de la propuesta del maestro.

\* \* \*

El papa Clemente V nunca había ido a Roma; desde que fuera elegido sumo pontífice bajo la presión del rey Felipe, viajaba de una ciudad a otra de Francia, siempre escoltado por un pequeño ejército. Gracias a las riquezas de la Iglesia, vivía en la opulencia, gastando con ligereza las enormes sumas de dinero que le proporcionaban las cuantiosas rentas eclesiásticas. El 24 de agosto de 1307, Clemente V accedió a la petición de los templarios y anunció solemnemente que se incoaba el proceso para averiguar si había algo de cierto en aquellas gravísimas acusaciones que se difundían a través de rumores. Molay comunicó a sus hermanos templarios el inicio de las pesquisas papales. En el Temple todos estaban paralizados; nadie reaccionaba ante lo que estaba pasando. Castelnou comprendió que el espíritu del Temple se había esfumado. Desde que fueran derrotados en Acre, hacía dieciséis años, las encomiendas de Europa no habían vuelto a enviar caballeros armados a Tierra Santa. En Chipre sólo quedaban los veteranos de las últimas batallas contra los sarracenos, la mayoría viejos, cansados o inútiles para el combate, mientras que en las encomiendas europeas los caballeros que profesaban en el Temple ya no lo hacían para combatir por la cristiandad, sino para formar parte de una elite señorial que controlaba tierras, rentas y dinero. Los templarios de cada convento estaban más próximos a su nación que a los intereses de la Orden, que se estaba convirtiendo en un fantasma sin objetivos, sin ideales y sin horizontes. Entre los templarios de uno y otro lado del Mediterráneo había muy pocas cosas en común, y desde luego, entre ellas no estaban los ideales que habían hecho posible la fundación de la Orden en Jerusalén dos siglos atrás.

—Apenas resta nada de aquello en lo que yo creí. En la encomienda de Mas Deu me enseñaron a defender a la cristiandad, me convirtieron en un caballero de Cristo, y ahora siento que aquellos ideales han sido borrados de la Orden templaria. Soy un hombre ajeno a este tiempo. No me identifico con lo que veo a mi alrededor; mis hermanos templarios de

las encomiendas de Europa sólo parecen preocupados por sus rentas, por sus negocios y por su poder, los reyes de la cristiandad ya no miran hacia el sepulcro del Señor, ya no ambicionan ganar Tierra Santa, ya no desean la gloria para Dios sino alcanzar la suya propia, los obispos y los abades viven en la opulencia, dilapidando las rentas que pagan los campesinos, y el papa y sus cardenales sólo atienden a sus instintos más banales, se alían con los poderosos del mundo y dejan de lado a los pobres.

Castelnou lamentaba la situación del Temple tras la hora de la cena, en el tiempo de receso, charlando en uno de los claustros del convento de París con el joven Hugo de Bon. La noche de principios de septiembre era cálida y corría una brisa suave que acariciaba la piel como un guante de terciopelo.

—Siempre he admirado tu pundonor, hermano Jaime, pero debes ser consciente de la mudanza de los tiempos. El mundo está cambiando demasiado deprisa; ya no hay soldados cristianos en Tierra Santa, y dudo que los monarcas cristianos estén interesados en que los haya, nadie hace nada por amor de Dios, sino por su beneficio propio, y además, hace ya algunos años que las rentas de los poderosos disminuyen, las cosechas menguan y el comercio ha dejado de proporcionar tan cuantiosos beneficios como antaño.

—Nosotros somos la vanguardia del mundo cristiano, el ariete de la cristiandad frente a la barbarie. Los templarios hemos garantizado durante casi dos siglos la defensa de la frontera del reino de Cristo en Oriente. ¿Sabes cuántos hermanos he visto morir desde que lucho como templario?, cientos, tal vez miles, y cada uno de ellos dio su vida por la Orden, por la cristiandad y por Dios Nuestro Señor. ¿Y sabes qué pedía a cambio de ese supremo sacrificio cada uno de ellos?, nada, absolutamente nada. Los templarios hemos regado con nuestra sangre cada rincón de Oriente, y ahora parecemos apestados a los que hay que olvidar.

—Yo soy caballero templario, como tú, pero no he vivido esa época; es probable que la Orden necesite algunos cambios. Jerusalén no es el objetivo inmediato.

—Jerusalén sigue ahí. Ahora el sepulcro del Señor está bajo gobierno sarraceno, el templo de Salomón se ha convertido de nuevo en una mezquita donde se reza al falso dios de los musulmanes y los peregrinos no tienen la seguridad de que sus pasos los conduzcan hasta las sendas que pisó Jesucristo.

—Y el papa... Su santidad debería defender nuestra Orden, de la que él es la máxima autoridad, por encima de los intereses del rey de Francia, pero ahí tienes al papa Clemente errando de un sitio para otro, más preocupado por agradar a Felipe el Hermoso con cada una de sus decisiones que en ser el siervo de los siervos de Dios que necesita la Iglesia.

—Esto que estás diciendo, hermano Jaime, casi suena a herético. El papa es...

—Es un hombre, sólo un hombre.

—Pero su elección y su inspiración provienen del Espíritu Santo.

—Tal vez, pero a veces da la impresión de que el Espíritu Santo está ocupado en otras cosas, como si no le interesaran demasiado los asuntos de este mundo.

## CAPÍTULO VI

Jacques de Molay envió al papa Clemente un completo memorial en el que se rebatían punto por punto todas las acusaciones a través de los rumores que en los últimos meses se habían lanzado sobre los templarios. El maestro estaba indignado pero a la vez convencido de que el papa les daría la razón y restituiría el honor cuestionado a los miembros de la Orden. Los delegados papales comenzaron toda una retahíla de interrogatorios en los que los templarios colaboraron sin la menor sospecha de que estaban cayendo en una trampa.

Pero entre tanto esto ocurría, el rey de Francia acababa de tejer su plan. En una entrevista con el taimado Nogaret, el monarca le había encargado la redacción de una orden por la cual todos los templarios del reino de Francia serían apresados y encerrados a la vez.

El día 14 de septiembre Nogaret envió a todos los altos funcionarios de las provincias de Francia una circular en la que les ordenaba que tuvieran preparada una fuerza armada compuesta por una compañía de soldados para la noche del próximo día 12 de octubre en todas las localidades donde hubiera una encomienda del Temple. La carta era enigmática, pues se acompañaba de otra cerrada, sellada y lacrada que no debería de ser abierta hasta ese mismo día 12 de octubre bajo severísimas penas. La mayoría de los delegados del rey en las provincias de Francia creyeron que la intención de su soberano era tener todo dispuesto para declarar la guerra a Inglaterra, y lanzarse a la conquista de las tierras que los ingleses todavía poseían en el continente, en las costas atlánticas entre Bretaña y los Pirineos.

Un sargento templario de la encomienda de París se enteró de la expedición de esa orden real y acudió ante el maestro para transmitírsela. Jacques de Molay receló de aquella información y, aunque supuso que detrás de ella había una operación contra el Temple, no le dio demasiada importancia y se limitó a comentar que ningún cristiano sería capaz de atentar contra los intereses de la Orden.

—Esa carta real ha sido dirigida a todos los senescales del reino de Francia; me temo que algo se oculta tras ella, y que no es bueno para nosotros.

—Vamos, hermano Jaime, esa circular sólo alerta para que los soldados estén prevenidos en todas partes; probablemente los espías del rey Felipe habrán detectado algunos movimientos de las tropas inglesas y lo que pretende su majestad es que, si se produce un ataque inglés, no le coja desprevenido.

—Quien ha ordenado la formación de fuerzas armadas para que estén preparadas ese día ha sido Nogaret en persona. Yo lo conozco, y sé que es un hombre que no se anda con disquisiciones ni etiquetas. Odia al Temple, ambiciona nuestras riquezas y está obsesionado con nuestra desaparición. Deberíamos actuar con habilidad y destreza y tratar de enterarnos de qué es lo que realmente pretende.

—Ya lo hiciste, y sin ningún resultado —le reprochó Molay a Castelnou.

—Eso no es del todo cierto, hermano maestro; el vicescanciller Villeneuve me confesó que la expulsión y confiscación de bienes de los judíos era una especie de ensayo previo a la futura expropiación de los bienes de nuestra Orden, y gracias a mi entrevista con Nogaret hemos podido conocer la enorme inquina que ese hombre nos profesa. Estoy convencido de que será capaz de llegar lo más lejos posible para acabar con el Temple.

—Eres demasiado receloso, hermano Jaime, nadie en su sano juicio atentaría contra la orden militar más poderosa de la cristiandad. No me imagino a uno de los consejeros del rey de Francia conspirando en contra de los templarios.

—Permíteme, hermano maestro, que insista, pero...

—No, ya basta. Eres uno de los mejores caballeros del Temple, y en los años que llevas entre nosotros has demostrado una absoluta fidelidad a la Orden, a la defensa de sus integrantes y a la salvaguarda de sus propiedades. Sabes que pienso en ti para que el día en el que Dios decida que tengo que dejar este mundo me sucedas al frente de nuestros hermanos, pero para que ello ocurra tienes que demostrar serenidad, prudencia y obediencia, mucha obediencia. Recuerda que en tus votos te comprometiste a ello. Olvida pues esas veleidades conspirativas y céntrate en los esfuerzos por desmontar las acusaciones que se han vertido sobre nosotros.

—Nada tenemos que ocultar; somos inocentes de todo delito y nadie podrá demostrar lo contrario.

Jaime de Castelnou se retiró apesadumbrado. En los ojos de Nogaret había visto reflejados la ambición y el odio, y por ello estaba convencido de que aquel hombre estaba tramando algo, y no precisamente beneficioso para los templarios.

El maestro era un ingenuo que no atendía a ninguna de las señales y que no era capaz de poner en marcha los mecanismos de autodefensa que poseía la Orden.

En los días siguientes Castelnou volvió a intentar convencer al maestro para que reaccionara, pero Molay seguía insistiendo en que ningún cristiano haría daño al Temple, y pese a que algunos comendadores le informaron de que sentían que una cierta amenaza se cernía sobre sus encomiendas, nada hizo para garantizar su protección, ni siquiera cuando el día 22 de septiembre dimitió de su cargo de canciller del reino de Francia el titular del puesto hasta entonces, el arzobispo de Narbona. Cuando el rey Felipe nombró a Nogaret como sustituto del arzobispo, ya no le cupo a Castelnou la menor duda de que negros nubarrones se cernían amenazantes sobre los templarios.

\* \* \*

Varios caballeros templarios, alarmados ante la pasividad que mostraba el maestro en el proceso abierto, se dirigieron a Castelnou para mostrarle su inquietud. Le advirtieron de que los oficiales de Nogaret estaban organizando algo realmente importante, pues se había movilizado a un gran número de soldados, y desde luego no parecía que se tratara precisamente de preparativos para una posible guerra contra Inglaterra, pues ni se habían detectado movimientos de tropas inglesas en ese reino y en sus posesiones en el continente ni las tropas francesas se dirigían hacia las fronteras de occidente. Algunos de los caballeros sospechaban que el verdadero objetivo de toda aquella movilización era la Orden del Temple.

—Nuestro maestro asegura que no hay peligro, y que el rey de Francia jamás atentará contra nosotros —le dijo Jaime a la media docena de caballeros que se habían reunido con él para manifestarle sus preocupaciones.

—El maestro no nos hace caso, pero tú, hermano Jaime, tienes gran ascendiente sobre él. Te rogamos que intentes convencerlo para que reaccione. La amenaza que se cierne sobre nuestra Orden es real, y algo tenemos que hacer —propuso el portavoz de los caballeros.

—Ya he hablado de este asunto con el maestro. Nuestros informantes nos han hecho saber que ese peligro existe, y yo mismo he podido comprobarlo, pero el maestro no quiere verlo.

—Siempre sostuve que Molay era hombre poco imaginativo, demasiado inflexible y carente de astucia, y lo que está haciendo corrobora la impresión que me produjo cuando lo

conocí, hace ahora más de diez años. No es capaz de darse cuenta de lo que está ocurriendo ante sus propias narices; si le dejamos, nos conducirá a la ruina —sostuvo el portavoz.

—Recuerda, hermano, que es nuestro maestro y le debemos obediencia —dijo Jaime.

—Debemos obediencia al Temple y al espíritu que lo inspiró. Si dejamos que Molay siga al frente de la Orden, estaremos perdidos.

—Y en ese caso, ¿qué proponéis?

—Sustituir a Jacques de Molay como maestro de la Orden del Temple.

—Eso es alta traición.

—No. Nuestra regla deja bien claro que si un hermano no puede o no sabe cómo ejecutar una orden del maestro deberá pedir a alguien que le ruegue al maestro que lo libere de la obligación de cumplir su orden, porque o no puede ejecutarla, o no sabe cómo hacerlo, o la orden no es razonable. En este último caso no ha de cumplirse la orden. Y es evidente que no es razonable permanecer de brazos cruzados mientras se está urdiendo la liquidación del Temple.

—Juramos obedecer a nuestros superiores; la existencia de nuestra Orden se basa en la obediencia, si rompemos ese principio estamos acabados...

—Y si dejamos que Molay siga anclado en esa inanidad absurda, también. Al menos pon a salvo el tesoro.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Castelnou.

—Lo que buscan el rey Felipe y su lacayo Nogaret es nuestro tesoro. Ordena que se lo lleven de aquí, que se oculte en algún lugar seguro. No podemos consentir que caiga en sus manos.

—¿Tesoro?, vamos, aquí apenas hay unos miles de libras. El esfuerzo que hicimos en Tierra Santa acabó con la mayor parte de nuestras rentas.

—No me refiero al dinero.

—¿Entonces? —se extrañó Castelnou.

—Al Grial, al Santo Grial. Los reyes de Francia están obsesionados con las reliquias; el abuelo de Felipe, Luis el Santo, ordenó construir la Santa Capilla para guardar las suyas y se gastó una fortuna en adquirir las más preciadas de la cristiandad, pero el Grial, la más notable de todas ellas, está en nuestras manos, y en ellas debe seguir. Nosotros seis —el portavoz señaló a sus compañeros—, hemos decidido crear un grupo para defender y proteger el Santo Grial. Tú fuiste su guardián en Acre, y gracias a ti se salvó con el resto del tesoro de aquella encomienda. Ahora te rogamus que presidas nuestro grupo y salves el sagrado cáliz.

—Aquí está.

A una indicación del portavoz, uno de los caballeros sacó de debajo de su capa blanca un paño que envolvía un pequeño objeto; al destaparlo, Jaime observó que era la misma copa que Jacques de Molay le había enseñado.

—¿Cómo lo habéis conseguido?, el maestro guarda siempre consigo la llave del cofre.

—El herrero del convento está con nosotros; para él ha sido fácil abrir el cofre y volverlo a cerrar.

—No puedo aceptar esto que estáis haciendo; lo pondré de inmediato en conocimiento del maestro, y él decidirá qué hacer con vosotros —asentó Castelnou.

—Aguarda un momento. Sólo te pedimos que lo conserves, a buen recaudo, hasta el día 13 de octubre. Ese es el día señalado para que los soldados del rey estén listos Para

actuar. Si su objetivo no es el Temple, en ese caso lo devolveremos a su cofre original, pero si los soldados del rey intervienen en nuestras encomiendas, al menos no podrán apropiarse del Grial.

—No puedo hacer lo que me pedís, va contra nuestra regla.

—Ya te he dicho que nuestra regla permite, en casos de pérdida del buen sentido, desobedecer al maestro, y tú, hermano Jaime, sabes perfectamente que aquí se da esa circunstancia.

El corazón de Castelnou le decía que aquellos hombres tenían razón, y que el maestro Molay carecía de cualidades para ser un buen maestro, pero su cabeza le ordenaba ser fiel al juramento de obediencia que había realizado al entrar en la Orden. Toda su vida había sido un templario ejemplar, y no estaba dispuesto a manchar su expediente en un momento tan difícil. Pero conocía a Nogaret y sabía que la ambición del canciller real no tenía límite. Por una vez, dejó de lado lo que le pedía su cabeza e hizo caso a su corazón.

—De acuerdo, pero sólo el Santo Grial. El resto del tesoro se quedará en el convento —aceptó Castelnou.

El templario que guardaba el cáliz extendió los brazos y le entregó la sagrada copa.

—Gracias, hermano Jaime, por aceptar.

—Pero recordad que si el día 13 no pasa nada, el Santo Grial regresará a su cofre.

—Ojalá que así sea, pero mucho nos tememos que no ocurrirá de ese modo. Entretanto, te confiamos nuestra más preciada reliquia.

Los seis templarios juramentados se despidieron y dejaron a Castelnou con el Grial en las manos. Jaime lo ocultó entre su hábito y se dirigió al dormitorio, donde lo escondió bajo su colchón, en espera de encontrar un lugar seguro donde depositarlo. Sabía que lo que había hecho no estaba bien y que si se descubría sería expulsado del Temple y tal vez encarcelado de por vida, pero estaba convencido de que el rey de Francia y Nogaret estaban dispuestos a actuar contra el Temple y que la pasividad del maestro era perjudicial para la Orden.

## CAPÍTULO VII

Se acercaba el día 13 de octubre, pero en la encomienda de París todo parecía tranquilo. Castelnou había ordenado a dos hermanos sargentos que de vez en cuando se dieran una vuelta por los alrededores del complejo por si veían algún movimiento sospechoso. Todo estaba en calma, aunque en los últimos días se había notado un considerable descenso en el número de personas que se acercaban al Temple para depositar allí sus bienes, y algunos ricos comerciantes incluso habían retirado los fondos que los templarios les administraban, lo que hizo sospechar a Castelnou que los rumores sobre los delitos del Temple eran ya conocidos por todos y que se estaba provocando una cierta alarma entre los que tenían sus bienes allí custodiados.

En aquellos días de principios de octubre de 1307 murió Catalina de Courtenay, esposa de Carlos de Valoy, hermano del rey de Francia. Fue el propio monarca quien decidió que las exequias funerarias de su cuñada se celebraran como si las de una reina se tratara. El día 8 llegó una carta con el sello real de Felipe de Francia en la cual se dirigía al maestre Molay con grandes elogios y le invitaba a participar en el desfile solemne, ofreciéndole el honor de que portara el paño fúnebre durante el funeral.

Tras la cena, el maestre buscó a Castelnou.

—Tus temores eran infundados. El rey me ha invitado a portar el paño fúnebre en los funerales de su cuñada doña Catalina. Ese solemne honor se reserva sólo a personas muy próximas y afectas al soberano. Ya te dije que no había que temer nada —comentó Molay.

—Me alegro de que sea así, hermano maestre, pero ¿no te parece extraño que las exequias se celebren justo el día anterior a la orden de que los soldados estén preparados para sabe Dios qué?

—No veo ninguna relación en ello.

—Tal vez no la haya, pero con esa invitación el rey se asegura que ese día estés en París. Si, como supongo, la acción del día 13 está dirigida contra los templarios, parece obvio que Nogaret quiera que el maestre de la Orden esté localizado.

—No disponemos de ninguna prueba para suponer, ni siquiera para especular, que el rey de Francia trame algo en nuestra contra. Siempre hemos dispuesto de excelentes informadores y de espías muy eficaces; tú mismo desempeñaste ese papel en Tierra Santa en más de una ocasión, y hace unos meses volviste a ejercer como tal cuando te hiciste pasar por un embajador del rey de Aragón ante el mismísimo Nogaret. Ni uno solo de nuestros informantes ha sido capaz de descubrir nada, ni el menor indicio de lo que tú supones.

—Perdona, hermano maestre, pero yo mismo fui testigo en una taberna de cómo los agentes del rey azuzaban a la gente contra nosotros. ¿Qué sentido tiene que el rey Felipe sea el promotor de esa campaña de rumores si no es para humillarnos, condenarnos y así hacerse con nuestros bienes?

—Ya hemos hablado suficientemente de este asunto. No quiero volver a ello. Asistiré a la ceremonia del día 12, dormiré esa noche en la casa de París y al día siguiente no ocurrirá nada malo.

—Ojalá tengas razón, hermano.

—La tengo, hermano Jaime, la tengo —el maestre llenó dos copas de vino, le ofreció una a Castelnou y añadió—: y además, confío en convencer al rey Felipe para que encabece una nueva cruzada.

—Siento que no puedas acompañarme en el séquito por las exequias, imagino que asistirá el canciller Nogaret y podría reconocerte.

La ingenuidad del maestro, o su enorme torpeza política, nunca dejaba de sorprender a Castelnou.

Finalizadas las exequias por la cuñada del rey, el maestro y su séquito de diez templarios que como guardia personal le había acompañado regresaron al convento de París, mediada la tarde. Molay estaba contento, pues los templarios habían destacado en el cortejo funerario con sus immaculadas capas blancas con la cruz roja, y además el rey le había agradecido personalmente la asistencia y le había dicho que en los próximos días lo citaría para celebrar una entrevista.

Entretanto, todos los senescales del reino de Francia acudían a los lugares indicados en los que se había ordenado que se concentraran los destacamentos de soldados, listos para intervenir al día siguiente.

A medianoche abrieron la segunda carta, la que sellada con lacre con el escudo real acompañaba a la recibida un mes antes con la orden tajante de no abrirla hasta esa precisa noche del 12 al 13 de octubre.

El senescal de París rompió el lacre, desplegó la carta, y al leer lo que allí se ordenaba no pudo por menos que mostrar una cierta sorpresa. Felipe, rey de Francia por la gracia de Dios, ordenaba a todos los oficiales de su reino que se dirigieran con las tropas armadas convocadas para esa noche y procedieran a asaltar todos los conventos del Temple, requisar sus propiedades y detener a todos los templarios.

La operación se había preparado días atrás con todo sigilo, pues para que nada fallara debía llevarse a cabo con una perfecta sincronización.

\* \* \*

La llamada a la oración de maitines sobresaltó a Jaime de Castelnou. Mientras caminaba junto al resto de los hermanos hacia la capilla del convento de París para rezar las primeras oraciones preceptivas en la regla, pudo contemplar por un momento el oscuro cielo emplomado y tuvo una especie de premonición; una sensación de agobio invadió su alma y le provocó un desasosiego como nunca antes había sentido. No era como ese miedo que oprimía el corazón de los caballeros antes de cada batalla, ni como el sentimiento de angustia por el hermano caído en combate, sino una profunda inquietud, a la vez cortante y fría, que se hubiera introducido en cada una de sus venas como un líquido helado y lacerante.

Cuando regresó al dormitorio y se acostó tras la primera de las oraciones del día, no pudo conciliar el sueño. Una fuerza interior poderosa e irresistible le empujaba a salir de aquella enorme sala donde dormían sus hermanos templarios. Al amanecer se cumpliría el día 13, la fecha en la que estaba convencido de que algo terrible iba a sucederle al Temple, y esa obsesión no le permitía conciliar el sueño.

Con sumo cuidado se incorporó de su catre y cogió su capa; en ese momento recordó que bajo su colchón estaba oculto el Santo Grial. Metió la mano bajo el colchón y palpó con cuidado la zona donde lo había colocado hasta encontrarlo; después lo guardó bajo su capa y salió del dormitorio. Un hermano sargento que hacía guardia en la puerta se limitó a saludarlo con un leve movimiento de cabeza. Tal vez creyó que el hermano Castelnou no había podido aguantar sus necesidades y se dirigía a satisfacer la natural demanda del cuerpo.

Jaime salió al gran patio de la casa del Temple de París y contempló de nuevo el

oscuro cielo encapotado de nubes tan oscuras y negras que parecían el presagio de una terrible calamidad; el enorme torreón se perfilaba sobre el cielo de la madrugada como un gigante inmóvil, en tanto a través de las ventanas del dormitorio y de la iglesia podían intuirse las tenues luces de los velones que le conferían una discreta luminosidad ambarina.

La noche parecía tranquila. Inquieto, subió por una escalera hasta lo alto de los muros y se sentó junto a las almenas, oteando las calles que rodeaban la encomienda. Sacó el Grial y acarició la piedra tan bien pulida. Cuando, algo más sosegado, estaba a punto de regresar al dormitorio oyó unos ruidos al otro lado de los muros. En un primer momento pensó que podrían provenir de parisinos que se dirigían a sus talleres para comenzar la jornada de trabajo y no les dio mayor importancia, pero de pronto cayó en la cuenta de que faltaban todavía algunas horas para el amanecer. Se asomó por las almenas y, en la casi absoluta oscuridad, pudo atisbar varias sombras que se movían con rapidez hacia la puerta del convento y el reflejo metálico de las espadas que portaban en las manos. Con presteza se ocultó para no ser visto y se asomó de nuevo, ahora con sumo cuidado, a fin de ver qué estaba ocurriendo.

Y en un instante pasó por su cabeza todo cuanto había temido. Aquellos tipos eran sin duda los soldados a los que se había citado para que estuvieran prestos a intervenir el día 13 de octubre, y estaba claro que su objetivo eran los templarios. Agachado para no ser visto se dirigió hacia la escalera y bajó deprisa los peldaños pero con cuidado para no tropezar debido a la falta de luz. Cuando alcanzó el patio y se dirigió hacia el dormitorio para alertar a sus hermanos templarios, observó que varios hombres armados con lanzas, espadas y escudos ya se encontraban allí, y se aprestaban junto a la puerta. Varias antorchas se encendieron a la vez y aquellos hombres entraron en el dormitorio gritando a los sorprendidos templarios que se levantaran y que no temieran nada, que eran hombres del rey y que estaban allí para protegerlos.

Castelnou se ocultó tras un montón de piedras procedentes del taller en el que unos canteros estaban trabajando para la construcción de una nueva sacristía para la iglesia. Intentando no ser descubierto, Jaime se asomó con sigilo para ver cómo sus hermanos eran sacados del dormitorio y colocados, todavía somnolientos, agrupados en el centro del patio, rodeados de soldados bien armados que habían formado un círculo para que nadie pudiera escapar de allí.

—¿Cuántos templarios habitáis en este convento? —preguntó el que parecía dirigir aquella tropa.

El maestre Molay dio un paso al frente.

—¿Quién lo pregunta?

—El rey don Felipe de Francia —respondió el capitán.

—Vos no sois el rey.

—Actúo en su nombre.

—¿Qué os trae para interrumpir de esta manera la regla de nuestra Orden?

—Imagino que vos sois el maestre Jacques de Molay, ¿me equivoco?

—En efecto, lo soy, y creo que nos debéis una explicación.

—Yo sólo cumplo órdenes de su majestad. Aquí está el decreto real por el que se nos ordena que en el día de hoy, 13 de octubre del año del Señor de 1307, sean detenidos todos los templarios de este reino.

—¿Por qué causa?

—Por vuestros crímenes. Se os acusa de cometer pecado de orgullo, de ser avaros, de crueldad, de celebrar ceremonias degradantes para los buenos cristianos, de proferir

blasfemias, de practicar ritos paganos, de rendir culto a los ídolos y de sodomía. ¿Queréis que siga?

—¡Qué!, ¿quién es capaz de acusarnos de semejantes falsedades?

—Su majestad el rey y su canciller, don Guillermo de Nogaret, en su nombre.

Desde su escondite, apenas a treinta pasos del círculo de soldados, Castelnou podía escuchar toda la conversación; maldijo el que sus temores se hubieran confirmado e intentó pensar alguna solución rápida para salir de aquella situación.

Con el patio iluminado por las antorchas de los soldados, cualquier movimiento brusco para huir sería detectado de inmediato; algunos de los soldados portaban ballestas y, aunque consiguiera ganar unos metros a causa de la sorpresa, estaba convencido de que los soldados iban en serio y era probable que incluso tuvieran instrucciones para matar en caso de resistencia.

Desde luego, y aunque lo había supuesto y lo estaba viendo con sus propios ojos, Castelnou apenas podía creerlo. Ante su mirada atónita, los soldados del rey de la cristianísima Francia estaban apresando a los templarios sin que ninguno de ellos opusiera la menor resistencia. Y es que aquellos monjes-guerreros habían sido entrenados para combatir contra los sarracenos, contra los seguidores del malvado Mahoma, y no sabían hacer otra cosa. Todo aquello estaba ocurriendo sin que el maestre hubiera puesto remedio alguno pese a las advertencias de que algo similar podía ocurrir. Las voces que se habían alzado para estar preparados para una situación como aquélla no habían sido escuchadas, y ahora se pagaban las consecuencias de aquella insensata falta de previsión.

—¡Contestad!, ¿cuántos templarios sois en este convento? —preguntó de nuevo el capitán del grupo de soldados.

—Contadnos vos mismo, si es que sabéis hacerlo; aquí estamos todos.

El soldado se mostró confuso. Estaba claro que no quería aparecer a los ojos de sus subordinados como un ignorante.

—Está bien, parece que aquí están todos, de modo que daos por presos del señor rey don Felipe de Francia. Os conduciremos a las cárceles para que allí esperéis el momento del juicio.

Jaime de Castelnou se arrastró entre la oscuridad y las sombras que provocaban las antorchas hasta alcanzar uno de los edificios, donde se guardaban las armas de los templarios, pero se encontró cerrada la gruesa puerta de madera. Tenía que pensar rápido y sobre todo evitar ser sorprendido. Entretanto, los soldados estaban revisando uno a uno todos los edificios del convento. Si se encontraban una puerta cerrada, no aguardaban a que alguien viniera con la llave y la echaban abajo sin contemplaciones. Ni siquiera la de la iglesia fue respetada.

—¿Dónde está el tesoro, malditos hijos del demonio, dónde lo habéis escondido?

El capitán preguntaba a los templarios chillando como un poseso sobre el que se creía mayor tesoro de la cristiandad.

—No poseemos otra cosa que lo que hayáis podido ver —respondió Molay con serenidad.

—Eso no es cierto; todo el mundo sabe que el Temple es enormemente rico, y aquí sólo hay unos pocos miles de libras.

—Pues eso es todo cuanto en dinero posee nuestra Orden aquí en París —asentó Molay.

La primera claridad que anuncia el día comenzaba a iluminar el horizonte oriental. Los soldados iban y venían de uno a otro edificio, amontonando en el centro del patio, junto

a los templarios, cuanto de valor iban requisando.

—¿Dónde está el tesoro, maldita sea, dónde está?

El capitán maldecía a los templarios cada vez que sus soldados acudían con algún objeto valioso, pero sin que aparecieran por ninguna parte las deslumbrantes riquezas que se les atribuían.

—¿Dónde está el oro, el oro? —demandó el capitán a gritos, ante el rostro del maestro.

—Gastado en Tierra Santa, en la construcción de castillos y fortalezas, en el rescate de cristianos, en la defensa de nuestra fe.

—¿Me tomáis el pelo?

—En absoluto.

—Tiene que estar en alguna parte; y más vale que confeséis dónde se oculta, porque mi señor Nogaret no va a ser tan caritativo.

—No hay nada más; cuanto posee nuestra encomienda de París lo tenéis aquí.

Molay señaló el montón de objetos de valor y de bolsas de monedas que los soldados habían ido sacando hasta el patio. El capitán parecía desesperado; Nogaret le había dicho que tras los muros de la casa del Temple se almacenaban riquezas sin cuento y que allí estaba custodiado el mayor tesoro jamás concentrado por hombres algunos, y por el momento sólo había encontrado unos pocos miles de libras.

Oculto tras una puerta en la sala capitular, a la que había llegado aprovechando el revuelo que se había formado cuando unos soldados encontraron varias cajas llenas de monedas de plata, Castelnou oyó acercarse a uno de los soldados. A través de una rendija vio que iba solo, y aunque colgaba una espada de su cinto, parecía descuidado. En cuanto el soldado entró en la sala, el templario no lo dudó y le golpeó con fuerza con un pedazo de madera justo en lo alto de la espalda, en el lugar donde acababa la protección del casco. El soldado se plegó como un pesado fardo, sin emitir un solo sonido. Castelnou se apresuró a sostenerlo para que no cayera al suelo de golpe y el ruido pudiera alertar a los demás. Con suma rapidez le quitó la sobreveste y el casco y se los colocó él mismo. Después arrastró el cuerpo y lo ocultó bajo uno de los bancos de la sala, de manera que para descubrirlo fuera necesario agacharse y mirar debajo de los asientos de los templarios.

Con decisión y vestido con la ropa y el yelmo del soldado, salió al exterior y se cruzó con varios de sus compañeros que lo ignoraron por completo. Una vez en el patio avanzó por uno de los lados hacia la puerta del convento, procurando no llamar la atención de nadie. Instantes después estaba fuera de la casa del Temple de París, tras cuyos muros resplandecía fantasmagórico el fuego de las antorchas. Se despojó de las ropas del soldado, que arrojó por encima de unas tapias, y salió corriendo hacia la posada de La Torre de Plata, donde esperaba disponer de alojamiento; ya lo conocían, de modo que no sería difícil hacerse pasar de nuevo por embajador del rey de Aragón.

## CAPÍTULO VIII

Tuvo que esperar oculto por las callejuelas de los alrededores de la catedral hasta que amaneció y la ciudad recuperó la vitalidad callejera que perdía al ponerse el sol. Durante el día París era un verdadero trajín de gentes que iban y venían sin que nadie supiera adonde y de dónde, pero en cuanto caía la noche las calles quedaban desiertas y sólo se atrevían a transitarlas grupos de jóvenes en busca de diversión violenta que formaban grupos llamados charivaris que de vez en cuando asaltaban la casa de una joven viuda para violarla. Las autoridades de la ciudad solían consentir este tipo de actos en los que la energía juvenil se derramaba, evitando que se cebara en otros ámbitos.

Mezclado al fin con la vorágine de gentes que atestaron las calles al poco de amanecer, llegó a La Torre de Plata. La posada estaba abierta y algunos huéspedes daban cuenta de un suculento desayuno con pan horneado, tajadas de tocino ahumado, queso curado y cerveza.

En la calle el atuendo de Jaime, la camisa larga que usaban los templarios para dormir y los calzones, había pasado desapercibida, tal vez confundido con uno más del ejército de menesterosos que vagaban de convento en convento en busca de un pedazo de pan o de un vestido viejo, pero para hospedarse en la mejor posada de la ciudad su aspecto no era precisamente el más adecuado.

El posadero estaba a punto de echarlo a patadas cuando Jaime de Castelnou se identificó ante él como Jaime de Ampurias, consejero áulico y embajador del rey de Aragón.

—¿Sois vos, en verdad que sois vos? Jamás os hubiera reconocido con esa ropa. Pero decidme, ¿qué os ha pasado, señor?

—Se trata de una larga historia que no creeríais. Necesito vuestra comprensión y vuestra ayuda. He sido atracado por unos ladrones que robaron todas mis pertenencias hace un par de días. Fue en el camino de Chartres a París, y desde entonces he sobrevivido de milagro. Os ruego que me fiéis cama y comida hasta que pueda recibir fondos de mi señor el rey de Aragón.

El posadero frunció el ceño y se atusó el bigote.

—Bueno, me pagasteis bien en la anterior ocasión. ¿Cuánto tiempo tardaréis en recibir esos fondos?

—En cuanto pueda comunicarme con mi señor el rey.

—Podéis pedir prestado entre tanto a uno de esos cambistas del mercado, o a la Orden del Temple...

—Si me fiáis dos semanas, os daré una moneda por cada diez que me adelantéis.

—Eso está bien, pero si no me pagáis en tres semanas, serán dos monedas por cada diez.

—De acuerdo. Y ahora...

—¡Ah!, claro, desearéis instalaros. Acompañadme, os daré una de las mejores estancias.

Ya en la soledad de la habitación de la posada, Jaime de Castelnou intentó serenarse. Las últimas horas habían sido demasiado intensas. Había presenciado la detención de los templarios de París, había escapado del convento tras golpear a uno de los soldados del rey, se había escondido por las calles y había llegado a La Torre de Plata donde se encontraba sin ropa adecuada, sin dinero y probablemente con decenas de soldados buscándolo por toda la ciudad. Sólo tenía dos alternativas, o entregarse a los

hombres de Nogaret, compartir su suerte con la de sus hermanos templarios y entregar su destino a las manos del canciller real, o tratar de huir..., pero ¿adonde?

Supuso que la redada contra los templarios habría sido general en todas las encomiendas del reino de Francia, y que por tanto no podría buscar refugio ni amparo en ninguna de ellas, e incluso es probable que detrás de ese plan estuviera el mismísimo papa y que todas las encomiendas del Temple en toda la cristiandad hubieran sido intervenidas esa fatídica noche de octubre, en cuyo caso no tendría ningún lugar al que poder acudir en ninguna parte.

Desde luego, tras conocer a Nogaret estaba convencido de que de aquel individuo no podía esperarse ningún gesto de condescendencia y que si en sus manos estaba la suerte del Temple, como así parecía, el futuro de la Orden no era precisamente halagüeño.

La redada sobre el Temple de Francia había sido un éxito absoluto. Con una precisión asombrosa, las tres mil casas y encomiendas de los templarios franceses habían sido ocupadas, intervenidas y expoliadas, y sus moradores, Unos veinte mil miembros de la Orden, detenidos sin que ninguno ofreciera la menor resistencia. De ellos, sólo quinientos cuarenta y seis eran caballeros, los demás eran sargentos, artesanos, criados, siervos y capellanes.

Para llevar a cabo aquella operación, el rey había movilizado a unos cincuenta mil hombres armados. Tenían orden de actuar con toda contundencia si se producía algún conato de resistencia, pero la inmensa mayoría de los hombres que vivía en las encomiendas de la Orden templaria en el reino de Francia no había empuñado jamás un arma. Los legendarios combatientes templarios o estaban en Chipre o estaban muertos. Pero algunos caballeros y sargentos sí estaban en condiciones de resistir, como los que escoltaban al maestre Molay en París, o algunos otros en las encomiendas más grandes, pero ninguno de ellos movió un solo dedo para defenderse cuando los agentes y los soldados reales intervinieron en los conventos del Temple. Todos se dejaron atrapar convencidos de que lo que les estaba ocurriendo no podía ser real, como si se tratara de una especie de pesado sueño colectivo del que iban a despertar sobresaltados pero libres.

No, a la Orden cristiana que más había luchado por la defensa de los Santos Lugares, a los caballeros que más sangre habían derramado por la cristiandad en la tierras de Ultramar no podía ocurrirle semejante tragedia.

\* \* \*

Durante la primera jornada que Castelnou pasó en La Torre de Plata, el templario apenas salió de su aposento. Sólo bajó al comedor para cenar, y allí oyó a unos comensales que hablaban de la gran redada contra los templarios. El hostelero le proporcionó ropa adecuada y pudo deshacerse del vestido con el que huyó del convento.

Durante dos días no paró de darle vueltas a la cabeza sobre qué hacer. Imaginó que los caminos estarían vigilados y supo que la intervención se había producido en todas las encomiendas de Francia, de modo que su única salida posible era inventar un formidable engaño, tan grande, absurdo e increíble que por ello mismo nadie dudara de su veracidad.

Tras dos días de reflexión y de urdir su plan, se rasuró la barba, que todavía no le había crecido más allá de mitad del cuello, se vistió con la ropa que le había proporcionado el hostelero, salió de la posada y se dirigió hacia la cancillería. Antes había ocultado el Santo Grial en el techo de su alcoba, tras una tabla que arrancó con cuidado y que volvió a colocar después. Las calles de París seguían rebosantes de gente que sólo se refugiaba en las casas, tiendas y tabernas durante las dos o tres horas en las que cada tarde caía una

lluvia fina pero constante.

La entrada a la cancillería estaba custodiada por dos guardias que le impidieron el paso. Jaime de Castelnou se identificó como Jaime de Ampurias, embajador del rey don Jaime de Aragón. Aquel título impresionó a los soldados, que le pidieron sus credenciales. Castelnou dijo que se las habían robado pero que el canciller Guillermo de Nogaret lo conocía perfectamente y que lo recibiría en cuanto lo anunciaran. Los soldados dudaron, pero uno de ellos decidió dar aviso al jefe de la guardia, que salió a entrevistarse con el templario.

—¿Qué deseáis, señor? —le preguntó.

—Ver a don Guillermo de Nogaret. Es urgente.

—El canciller está muy ocupado, no puede recibirnos.

—Dile que está aquí don Jaime de Ampurias, y que deseo hablar con él.

—Ya os he dicho que está muy ocupado; ¿no os habéis enterado de que hace dos días fueron detenidos todos los templarios de Francia?

—Claro que lo sé, y de eso precisamente he venido a hablar con él.

—Pues no va a poder ser —zanjó la cuestión, tajante, el jefe de la guardia.

Castelnou estaba a punto de retirarse cuando reconoció a Antoine de Villeneuve, el vicecanciller, que descendía de una carreta justo a la puerta de la cancillería.

—¡Señor de Villeneuve, señor de Villeneuve! —gritó Jaime.

El vicecanciller lo miró y reconoció en él a Jaime de Ampurias.

—¡Don Jaime!, ¿qué hacéis aquí?

—¡Ah!, se trata de una larga historia. He venido a ver al canciller Nogaret, pero vuestros guardias me impiden el paso; dicen que está muy ocupado.

—Y es verdad. ¿No os habéis enterado de la noticia?. Hace dos días han sido detenidos y encarcelados todos los templarios de Francia.

—Sí, llegué a París la noche anterior a que eso ocurriera. Estoy instalado en La Torre de Plata, como hace unos meses, pero ahora mi situación es distinta.

—¿Venís a ofrecernos un nuevo tratado?

—No, ahora se trata de ponerme a vuestro servicio.

—¿Habéis abandonado al rey de Aragón?

—Más o menos, pero tal vez os interesen algunas informaciones sobre los templarios.

—Como cuáles.

—Su tesoro.

—¿Sabéis dónde está?

—Por lo que intuyo de vuestra pregunta, no lo habéis encontrado.

—Requisamos la encomienda de París y encontramos unos miles de libras en monedas de oro y de plata, algunos objetos valiosos y varias reliquias. Estamos recibiendo noticias de toda Francia sobre la operación, y ha sido todo un éxito. La noche del pasado día 13 todos los templarios de Francia quedaron presos bajo la custodia de los oficiales del rey don Felipe y todas sus encomiendas fueron intervenidas. Don Guillermo de Nogaret diseñó un plan perfecto.

—¿Todos? serán miles.

—Unos veinte mil. Estamos haciendo el recuento. Es probable que alguno haya escapado. Aquí, en la encomienda de París, nos falta uno, pero caerá pronto.

—Vaya, os felicito; conociendo vuestra competencia, imagino que algo habréis tenido que ver vos con el éxito de esa operación. —Castelnou halagó a Villeneuve para

ganarse su confianza.

—Bueno, mi aportación fue modesta. Me encargué de coordinar la acción para que todos los conventos fueran intervenidos a la misma hora, y creedme que no era fácil.

—Ya imagino, pero supongo que habrá habido resistencia; los templarios tienen fama de hombres duros e indomables.

—Pues no; por lo que sabemos hasta ahora, no ha habido ni un solo conato de rechazar la intervención real en ninguna de las encomiendas. Este trajín que veis se debe a que está llegando información de toda Francia; todavía queda por conocer lo ocurrido en las casas del Temple más alejadas de París, pero por el momento todo ha discurrido conforme a lo previsto.

—Pero pasad, acompañadme, si puedo os procuraré esa entrevista con don Guillermo, aunque ya os adelanto que está muy ocupado con la incautación de los bienes de los templarios. Son centenares los informes que hay que leer y otras tantas las medidas que adoptar. Tened en cuenta que los bienes del Temple pasan a ser administrados desde ahora mismo por la corona, y eso requiere de un gran esfuerzo por nuestra parte.

—Y volviendo al tesoro, ¿sabéis dónde está?

Castelnou y Villeneuve entraron en la cancillería mientras el templario pensaba qué respuesta dar a esa pregunta.

—En Chipre, está en Chipre. Lo custodian mil caballeros y dos mil sargentos en la encomienda de Nicosia —dijo Castelnou.

—No son ésas nuestras noticias. Uno de nuestros espías nos informó sobre el traslado del tesoro templario desde Chipre hasta París. Venía con el maestro Molay y su séquito.

—¿Un espía? Sólo pudo ser uno de los templarios. ¡No!, ¿habéis logrado convertir a un templario en uno de vuestros agentes? Nosotros, desde Aragón, lo procuramos, pero no hubo manera, ni uno sólo de los templarios aragoneses a los que intentamos comprar accedió a traicionar a su Orden. ¿Lo habéis logrado vos? Si es así, sois todavía más eficaz de lo que suponía.

—Sí, así es. Uno de los templarios de la casa de París trabaja para nosotros. Lo infiltramos en el Temple y nos proporcionó información suficiente como para llevar a cabo la intervención con éxito.

—En ese caso, ese templario sabrá dónde está el tesoro.

—El vio cómo trasladaban decenas de arcones de Nicosia a París, y cómo en uno de ellos se guardaba el Santo Grial.

—¿Tenéis el Grial?! —Castelnou se hizo el sorprendido.

—No. La caja preciosa en la que viajó a París desde Chipre estaba vacía. Alguien se nos adelantó y se lo llevó.

—¿Alguien del Temple?

—Por supuesto. Creemos que la mayor parte del tesoro y el Santo Grial fueron sacados de la casa de los templarios de París dos días antes de nuestra intervención. Uno de nuestros hombres que vigilaba el convento vio salir una carreta llena de heno; ¿no os parece sospechoso?

—¿No, por qué iba a serlo? —preguntó Castelnou.

—Porque las carretas que entran en el Temple van siempre llenas, y de allí salen vacías. Una carreta que entra en el convento con heno lleva ese forraje para los caballos, pero una carreta que sale llena de heno sólo puede significar una cosa: que oculta algo.

—Vaya, vuestra sagacidad sigue asombrándome. ¿Habéis localizado esa carreta?

—No, nadie sabe ni dónde fue ni qué llevaba oculto bajo el heno, pero no me cabe duda de que ahí estaba escondido el Santo Grial y probablemente el oro del Temple —dijo el vicescanciller Villeneuve.

Tras recorrer el patio y varios pasillos de la cancellería, los dos hombres llegaron al gabinete de Villeneuve, una amplia sala con las paredes repletas de estanterías de madera donde se acumulaban legajos de papel y rollos de pergamino. Sobre dos amplias mesas se extendían dos docenas de documentos recién escritos.

—¡Sí que tenéis trabajo! —exclamó Jaime.

—Y el que se avecina. Hasta ahora las cosas han ido rodadas: el plan ha sido un éxito, ningún templario se ha resistido a la incautación y nadie ha salido en su defensa, ni el mismísimo papa, que por otra parte hará lo que disponga don Felipe, pero a partir de este momento debemos actuar con rapidez y diligencia.

—Ayer mismo el canciller convocó a varios doctores de la universidad de París, que como sabéis es la más afamada de la cristiandad, y les explicó con todo detalle las acusaciones que hemos dictado contra los templarios. En esa reunión estaban los más prestigiosos teólogos y juristas de la universidad, hombres dedicados al estudio y la enseñanza, y ninguno de ellos criticó la intervención contra el Temple; todos, de manera unánime, apoyaron la decisión real.

—Siempre os consideré un hombre muy eficaz; estaréis orgulloso.

—Sí, hemos hecho un buen trabajo. Las diez acusaciones contra los templarios están bien justificadas y son irrefutables. Los maestros de la universidad así lo han ratificado, de modo que hemos obrado bien, siguiendo las directrices de la justicia y la voluntad de Dios.

—¿Puedo saber cuáles son esas acusaciones? —preguntó Castelnou, aparentando ingenuidad.

El vicescanciller se acercó a una de las dos mesas grandes, ojeó varios pergaminos y cogió uno de ellos.

—Claro, aquí están. Las redactaron ayer mismo nuestros escribanos. Leedlas vos mismo.

Castelnou tomó el pergamino y en ese momento agradeció haber aprendido latín en Roma.

Tras bisbisear el preámbulo del diploma, leyó en voz alta el decálogo de acusaciones, que tradujo del latín sobre la marcha, pues imaginó que ese gesto del vicescanciller podía ser una prueba para demostrar que en efecto era un embajador que sabía latín.

Item, en primer lugar obligar a los novicios a abjurar de Dios, de Su hijo Jesucristo, de la Virgen Santa María, madre del Salvador, y de los santos.

Item, realizar actos sacrílegos contra la Santa Cruz y contra la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Item, practicar ceremonias infames y actos contra natura en la recepción de los novicios, con besos inmundos en la boca, ombligo y nalgas.

Item, no consagrar las hostias en la eucaristía y no creer en los sacramentos de la Iglesia romana, así como omitir en la misa las palabras de la consagración.

Item, adorar diabólicamente a ídolos con forma de gatos y de cabezas humanas.

Item, practicar actos de sodomía, con besos y tocamientos en las partes pudendas a los novicios, y yacer con ellos como varón con mujer.

Item, arrogarse por el maestro y por los oficiales del Temple la facultad de perdonar

los pecados sin haber sido investidos del sacramento sacerdotal.

Item, celebrar ceremonias nocturnas en las que se practican ritos secretos contrarios a los autorizados por la Iglesia.

Item, apoderarse fraudulentamente de las riquezas de los fieles cristianos y de la propia Iglesia, abusando del poder a ellos conferido.

Item, caer en los pecados de orgullo, avaricia y crueldad, realizar ceremonias degradantes para los novicios y proferir y obligar a proferir blasfemias.

—¿Todo esto es cierto? —preguntó Castelnou al acabar de leer el memorial de acusaciones y agravios.

—Sí, rotundamente cierto. Tenemos testigos que ratificarán punto por punto cada una de esas acusaciones.

Jaime sabía que no se había movido un solo dedo y que nadie lo movería en el futuro para defender al Temple. Además de las acusaciones oficiales del rey de Francia, sus agentes habían difundido con éxito, como él mismo había podido comprobar en las calles de París, la leyenda de que los templarios atesoraban riquezas sin cuento, que eran orgullosos hasta rayar en la altanería, que tenían ingentes posesiones por toda Europa obtenidas con engaños y fraudes, que nadaban en la abundancia y derrochaban todo tipo de lujos mientras los campesinos y los menesterosos de las ciudades pasaban hambre, que realizaban sus ritos y ceremonias al margen de la Iglesia, con plena autonomía, que habían sido los culpables de la pérdida de Jerusalén y de los demás territorios conquistados por los cruzados en Tierra Santa al no aceptar unirse con la Orden de San Juan, como propuso el papa, y que todos sus actos estaban cubiertos por un secretismo tras el cual sólo podía esconderse un influjo diabólico.

—Los templarios están perdidos —sentenció Jaime.

—Así es, don Jaime, así es. Nadie puede salvarlos. Mañana, recibidos todos los informes de todas las intervenciones, el rey don Felipe pondrá en marcha un gran despliegue diplomático para tratar de convencer a los reyes de todas las monarquías y a los gobernantes de todos los Estados de la cristiandad de que hagan lo mismo en sus dominios.

—¿Qué creéis que hará vuestro soberano, el rey de Aragón?

—De eso quería precisamente hablaros. Ya no soy embajador de don Jaime.

—¿Qué os ha ocurrido?

—Tuve ciertas desavenencias con su majestad. No aceptó mi fracaso diplomático de hace unos meses. Mi situación en la corte se complicó y no me quedó más remedio que huir de Barcelona. En realidad, estoy aquí buscando refugio y asilo, y así lo quería solicitar al canciller.

—No esperaba esto; hablaré con el canciller, tal vez pueda hacer algo por vos.

—Tengo información que quizás os interese. Recordad que he sido oficial en la corte de don Jaime.

—Nunca os hubiera catalogado como un traidor.

—No lo soy, pero debo sobrevivir.

—Lo entiendo. Acompañadme.

Los dos salieron de la sala y recorrieron varios pasillos y salones hasta que alcanzaron el gabinete del canciller, a cuya puerta había varios soldados, ujieres, criados y oficiales. El secretario del canciller se acercó a Villeneuve, y éste le susurró algo al oído.

—Pasad, pasad, creo que don Guillermo os recibirá ahora mismo.

Guillermo de Nogaret, canciller del reino de Francia, estaba de pie, en medio de una amplia sala en una de cuyas paredes se abría una gran chimenea en la que crepitaban varios

leños mientras el fuego los consumía lentamente.

El secretario se acercó hasta el canciller, habló unos instantes con él y le señaló a los recién llegados.

—Don Jaime de Ampurias, me alegro de volver a veros. Ya perdonaréis este desorden, pero han pasado cosas muy importantes en los últimos días —dijo Nogaret a la vez que saludaba a Castelnou.

—Sí, ya me he enterado de vuestra acción contra los templarios. Habéis sido muy audaz.

—Era imprescindible; esos caballeros blancos se habían convertido en una grave amenaza para Francia y para toda la cristiandad. Ahora mismo estamos redactando una serie de cartas para enviar a todos los soberanos cristianos para que hagan lo mismo en sus dominios, aunque por lo que me ha dicho mi secretario no podré pedirlos que se lo transmitáis al rey de Aragón, pues habéis perdido sus favores.

—Digamos mejor que he decidido cambiar de aires. Os ofrezco toda la información que conozco.

—¿A cambio de qué?

—De dinero, claro, y de ayuda para no caer en manos del rey don Jaime.

—¿Qué tipo de información tenéis?

—Castillos y fortalezas del rey de Aragón, sus guarniciones, la marina real, sus puertos, número de galeras, pactos y acuerdos secretos..., y además, noticias del Temple.

—¿Qué sabéis vos del Temple?

—Antes, necesito contar con vuestro auxilio; tuve que huir precipitadamente de Barcelona y no tengo dinero ni para pagar mi deuda en La Torre de Plata.

—Para no disponer de dinero, no habéis elegido mal lugar para hospedaros en París.

—Ya estuve allí cuando vine a veros como embajador de Aragón.

—Mi tesorero os proporcionará unas cuantas libras para que no tengáis problemas. Más adelante hablaremos despacio, ahora estoy demasiado ocupado. Encargaos vos de que le entreguen diez libras de plata a don Jaime —ordenó Nogaret a Villeneuve.

## CAPÍTULO IX

El día 24 de octubre comenzaron los interrogatorios; el primero de los templarios que compareció ante el tribunal nombrado por Nogaret fue el propio maestre Molay. Durante la sesión de preguntas estuvieron presentes varios maestros de la Universidad de París. El rey Felipe el Hermoso había dado órdenes tajantes a su canciller para que todo aquel proceso tuviera un aspecto de incuestionable legalidad.

Tres días después se recibió en el palacio real una carta del papa Clemente V. El sumo pontífice se mostraba aparentemente indignado por la acción del rey de Francia y protestaba con energía sobre la detención de los templarios en ese reino a la vez que denominaba al Temple el verdadero ejército de la Iglesia.

En la cancillería, a donde se desplazaba todos los días, Castelnou fue informado por Villeneuve de esa carta.

—¿No teme el rey que el papa lo excomulgue, o que coloque su reino bajo interdicto? Por lo que me habéis contado, esa carta es muy dura.

—¿Juráis guardarme un secreto? —le preguntó Villeneuve, bajando la voz a pesar de que en la sala de la cancillería donde se encontraban estaban ellos dos solos.

—Claro. Sabéis que soy una tumba.

—El papa Clemente lo sabía todo y ha estado de acuerdo con la intervención que hemos llevado a cabo contra el Temple. Esta carta es una impostura. Está todo previsto. Acordamos con su santidad que, una vez detenidos los templarios, él se mostraría indignado y ofendido, y que protestaría mediante una carta ante el rey de Francia, pero nada más. La Iglesia atraviesa momentos muy delicados, como bien sabréis, y nuestro rey don Felipe es su único sostén. Si le retirara su apoyo, Clemente V no duraría ni una semana en el solio de San Pedro. Ya veréis, todo se quedará en esa protesta formal, pero después el papa aceptará cuanto el rey proponga.

—Pero el Temple depende directamente del papa...

—Bueno, las acusaciones son tan terribles que el propio pontífice admitirá que los templarios tienen que desaparecer.

—Entonces, el plan consiste en suprimir la Orden del Temple —supuso Jaime.

—En efecto. Así se decidió hace casi dos años, y hasta ahora el plan se ha cumplido con precisión. Fue el rey quien lo ideó y Nogaret quien lo ejecutó; brillante, ¿no os parece?

—Muy brillante, en efecto.

—Hubo que atraer al maestre Molay desde Chipre hasta Francia con argucias diplomáticas, infiltrar a alguno de nuestros agentes en la Orden y llevarlo todo en sigilo para que los templarios no sospecharan lo que se les avecinaba. En ese momento aparecisteis vos proponiendo un tratado entre Francia y Aragón, y Nogaret, entonces consejero real, no os hizo el menor caso porque, como bien comprenderéis, estaba metido de lleno en la ejecución de este plan.

—Sorprendente. Lo que no entiendo es cómo los templarios no se enteraron de nada. Sé muy bien que disponen de espías e informantes en todas partes. Me extraña que el maestre Molay no llegara siquiera a sospechar lo que ocurría.

—Tuvimos mucho cuidado en que nadie se fuera de la lengua, y os aseguro que hubo que cortar algunas. Además, entre los templarios más próximos al maestre hay varios agentes reales.

Al oír aquellas palabras del vicescanciller, Castelnou se mostró inquieto. Si Villeneuve estaba diciendo la verdad, alguno de los hermanos era un traidor, y lógicamente

quedaría libre, lo reconocería y su engaño quedaría al descubierto.

Pese a que su siguiente pregunta podía despertar sospechas, no tuvo más remedio que hacerla:

—¿Esos agentes reales infiltrados, están libres?

—No, claro que no. Han sido apresados con los demás templarios. Su trabajo no ha terminado todavía, tienen que aparentar que siguen siendo caballeros de la Orden, pues en caso contrario todo nuestro plan podría venirse abajo.

En ese momento el canciller Guillermo de Nogaret entró en la sala hecho una furia.

—¡Ni el tesoro fabuloso, ni los ídolos satánicos, ni un solo documento comprometedor! Hemos registrado hasta debajo de las piedras todas y cada una de las encomiendas, hasta hemos excavado algunas tumbas en el cementerio de los templarios en el convento de París, y no hemos encontrado nada, ¡nada!

—Acabo de informar en palacio a su majestad y se ha sentido tremendamente frustrado. Ni una sola prueba para ratificar nuestras acusaciones, me oís Villeneuve, ¡ni una sola!

Nogaret parecía fuera de sí, tanto que tardó unos instantes en apercibirse de la presencia de Castelnou.

—Pero Hugo nos aseguró que al menos el Santo Grial estaba en París —intentó justificarse el vicescanciller.

Al oír el nombre de Hugo, Jaime de Castelnou sintió una punzada en su estómago. Ese Hugo no podría ser otro que el joven templario Hugo de Bon, el mismo que había acudido a Chipre con aquella carta del comendador del convento de París que provocó el viaje del maestro a Francia, el mismo que había transmitido sus informes a Molay, el mismo que se había mostrado tan entusiasta de la propuesta del maestro de solicitar del papa el inicio de una investigación sobre los rumores que pesaban sobre el Temple.

Entonces lo vio claro y entendió todo. Hugo de Bon era el traidor infiltrado, o al menos uno de ellos. Con dificultad, y haciendo uso de toda su experiencia en situaciones extremas, Castelnou pudo mantener la calma.

—¡Ah!, estáis aquí, don Jaime. Me alegro, ha llegado el momento de que me contéis cuanto sepáis del Temple. Os escucho.

—Por lo que acabo de oír de vuestra propia boca, no tenéis pruebas para sostener las acusaciones contra los templarios. Esta situación puede ser un grave problema para vos.

—Así es. El rey quiere pruebas contundentes, irrefutables; y las tendrá. Si no las encontramos, las fabricaremos, pero decidme, ¿qué sabéis de esos caballeros del demonio?

—Que no existe ningún tesoro. —Castelnou improvisó sobre la marcha—. Hace tres años viajé hasta Chipre en misión secreta para el rey don Jaime de Aragón. Como bien sabéis, mi antiguo señor desea imponer su dominio en todo el Mediterráneo, y para ello necesita controlar las islas, desde Mallorca, ahora en manos de una rama secundaria de su dinastía, hasta Chipre. Fui allí para ofrecer a los templarios un gran acuerdo. Si ellos le entregaban Chipre, el rey don Jaime les prestaría ayuda para recuperar Jerusalén y para crear un principado propio en Palestina. Don Jaime sería coronado como rey de Jerusalén, y los templarios administrarían el nuevo reino en su nombre, pero con total autonomía.

—Durante mi estancia en la isla viajé hasta la ciudad de Nicosia, donde ahora se encuentra la casa central del Temple; allí me mostraron sus reliquias y pude ver su tesoro. Creedme, sólo había unos cuantos miles de libras, algunos objetos valiosos y reliquias, muchas reliquias.

—¿Visteis el Santo Grial? —preguntó Nogaret.

—Me enseñaron un cofre y me dijeron que guardaba ese santo cáliz, pero no llegué a verlo. Creo que se trataba de un engaño.

—No puedo creerlo. Durante doscientos años han acumulado propiedades, rentas, oro, plata, joyas..., todo ese tesoro tiene que estar escondido en algún lugar.

—No, canciller, no existe tal tesoro. Yo supuse lo mismo que vos, pero me convencí de que no había tal cuando me explicaron la enorme cantidad de castillos y fortalezas que habían construido en Tierra Santa, los miles de caballos comprados y después muertos o capturados en las guerras contra los sarracenos; sólo en la batalla de Hattin, de la que habréis oído hablar, se perdieron más de trescientos caballos y caballeros y buena parte del tesoro templario acumulado hasta entonces. ¿Sabéis cuánto costó levantar la Bóveda de Acre, o el castillo Peregrino?, cientos de miles de libras. Ahí está el tesoro de los templarios, enterrado en las ruinas de Tierra Santa.

—¿Y sobre la abjuración de Dios, de Cristo, de la Virgen y de los santos a la que se obligaba a los neófitos para entrar en la Orden, qué podéis decirme?

—Que durante mi estancia en Chipre jamás presencié nada de eso. Pero si tenéis infiltrados en ella podréis preguntarles, sabrán mucho más que yo.

—Sabemos que adoran a ídolos —asentó Nogaret.

—En una ocasión presencié una escena que podía parecerlo, pero no había nada de eso. Unos templarios veteranos construyeron una especie de cabeza monstruosa con pelos de caballo y dientes de jabalí, y la enseñaron a unos novicios para amedrentarlos. Se trató de una chanza. Me dijeron que a los jóvenes que ingresan en el Temple suelen gastarles este tipo de bromas para poner a prueba su serenidad y su valor.

—Les obligan a blasfemar.

—Se trata de otra prueba. Tras la ceremonia de entrada en la Orden, a veces se pide a los caballeros recién admitidos que escupan sobre la cruz, y con ello se fuerza su fe al límite. Si lo hacen, son inmediatamente expulsados. Pero os aseguro que no vi jamás a ninguno de los templarios hacer gestos obscenos o proferir blasfemias.

—Pese a lo que os he oído decir sobre los templarios en alguna otra ocasión, de vuestras palabras deduzco que esos caballeros de blanco no os desagradan del todo; seríais un buen defensor en el proceso que estamos incoando contra ellos.

Castelnou se dio cuenta de que se había dejado llevar por su espíritu templario, y de que Nogaret comenzaba a sospechar algo. Entonces decidió cambiar de táctica.

—Sois tan inteligente como imaginaba. He tratado de defender a esos templarios utilizando argumentos que se derivan de la falta de pruebas a la que habéis aludido, y os habéis dado cuenta enseguida. Os felicito.

Nogaret era astuto, pero todavía era más soberbio y presuntuoso, y entendió las palabras de Castelnou como un reconocimiento a su superioridad dialéctica.

—Habrá que buscar una solución; don Felipe quiere pruebas, y enseguida. ¿Se os ocurre algo, don Jaime?

—¿¡Cómo!?

—Los templarios sólo obedecen al papa. El de obediencia es uno de sus votos sagrados. Sabemos que el rey don Felipe ejerce una gran influencia sobre el papa Clemente, de modo que su intervención resultará clave en todo este proceso. Si su santidad ratifica las acusaciones del rey, los templarios están definitivamente perdidos.

—Lo están de todos modos, don Jaime, pero acertáis en eso, una condena del papa nos dejaría con las manos limpias y nos otorgaría toda la razón.

—¿Habéis hablado con él?

—Por supuesto; Clemente V estaba al corriente de toda la operación. Conocía que íbamos a intervenir en las encomiendas templarias —confesó Nogaret.

—Y en ese caso, ¿por qué no ha emitido una condena tajante contra el Temple?

—Porque necesita alguna prueba contundente e incontestable. Clemente es un cobarde, y aunque jamás se enfrentará a don Felipe, no en vano sabe que su solio depende de nuestro rey, no le interesa que otros monarcas de la cristiandad lo consideren como un mero agente de Francia. Ya sabéis que hay un enorme malestar por la manera en que intervenimos en su elección como sumo pontífice, de modo que no podemos forzar demasiado las cosas porque podría producirse un cisma en la cristiandad. Debemos actuar con sumo cuidado y sigilo, o en caso contrario Aragón, Inglaterra, Venecia y algunos otros Estados podrían negar la legitimidad de Clemente V y provocar un terrible cisma en la Iglesia, lo que sería muy perjudicial para los intereses de Francia.

—Por lo que veo, canciller, no tenéis una sola prueba que sea definitiva contra los templarios —dijo Jaime de Castelnou.

—Disponemos de un contundente decálogo de acusaciones, pero nos falta un testigo, una voz dentro del Temple que ratifique todos los cargos contra esos caballeros del demonio.

—Conozco a los templarios; ni uno solo declarará en contra de la Orden —asentó Jaime.

—Os equivocáis; no sabéis lo que es capaz de declarar un hombre si se le somete a un profundo interrogatorio.

—¿Os referís a torturarlo?

—Llamadlo como prefiráis.

## CAPÍTULO X

Jaime de Castelnou regresó a La Torre de Plata. En su conversación con el canciller Nogaret se había enterado de cómo el papa sabía que los templarios iban a ser arrestados y que no había ninguna posibilidad de que desde la Iglesia se denunciara el apresamiento de los templarios y la intervención en sus encomiendas. Su situación era muy difícil. Desde luego, el rey de Francia había conseguido un éxito total en su reino, porque todas las encomiendas de Francia habían sido intervenidas, todos los templarios encerrados en prisiones reales y todos sus bienes confiscados.

La única esperanza llegó del exterior. Las cartas enviadas por el rey Felipe el Hermoso a los reyes y soberanos de la cristiandad para que hicieran con los templarios lo mismo que él había hecho no tuvieron efecto. A los pocos días se entregó en París una carta del rey Jaime de Aragón en la que rechazaba esa propuesta; el aragonés alegaba que los templarios siempre habían vivido en su Estados como hombres religiosos, en una vida piadosa digna de encomio para cualquier buen cristiano; y además añadía que como caballeros y soldados de Cristo siempre habían sido leales, luchando con valor contra los infieles. Por todo ello no creía necesario la intervención en su contra, que además no se sustentaba en pruebas fidedignas.

Tras sopesar todas las posibilidades, Castelnou llegó a la conclusión de que los templarios sólo tenían una posibilidad: hacerse fuertes en Chipre y tratar por todos los medios de lograr la división entre el rey de Francia y los demás monarcas cristianos. Desde luego Felipe IV no iba a reblar en sus decisiones, por lo que sólo una intervención contundente de la Iglesia, si se lograba cuando dejara de ser papa Clemente V, y de los demás reinos cristianos podría librar a los templarios de su final. Jaime sabía que una acción tan rotunda podría provocar un cisma en la Iglesia y entre los cristianos, y que las remotísimas posibilidades de iniciar una nueva cruzada desaparecerían por completo, pero en esos momentos lo más importante era salvar al Temple.

Tendría que actuar con enorme prudencia y sin ninguna ayuda; estaba sólo en Francia, no podía marcharse sin levantar sospechas, y además tenía en su poder el Grial, que seguía oculto en las tablas del techo de su habitación en la posada parisina.

Tras varios días de interrogatorios, la pesquisa puesta en marcha por Nogaret no había obtenido ningún resultado; los templarios mantenían que eran inocentes de todas las acusaciones, y una y otra vez declaraban ante los inquisidores que todos esos rumores eran falsos y que la Orden templaria siempre se había comportado con el decoro y la decencia de los buenos cristianos. El tiempo pasaba y Nogaret no lograba ninguna confesión de culpabilidad; y entonces decidió someter a los hermanos templarios a crueles torturas.

Y ni aun así logró extraer de sus bocas ninguna confesión de culpa. Desesperado ante la falta de resultados, presionado por el rey para que consiguiera alguna declaración auto inculpatória, Nogaret ordenó al inquisidor general de Francia que intensificara las torturas, que atormentara a los templarios presos hasta que confesaran sus pecados. La dureza de las torturas fue tal que casi medio centenar de templarios murieron en las dos primeras semanas de suplicios.

Cuando se enteró de ello, Castelnou acudió a la cancillería. Allí se encontró a Villeneuve abatido.

—¿Es cierto lo que he oído, vicescanciller?; ¿es cierto que han muerto varias decenas de templarios a causa de las torturas?

—Así es, don Jaime, así es. Al inquisidor general se le ha ido la mano. El canciller

ordenó que se practicaran torturas para obtener algunas confesiones, pero los agentes inquisitoriales han ido demasiado lejos.

—¡Medio centenar de muertos!; por el amor de Dios, os habéis vuelto locos. Vais a provocar el efecto contrario al perseguido. Si convertís a los templarios en mártires, vuestro plan estará abocado al fracaso.

—Treinta y seis, son treinta y seis los muertos.

—Lleváis bien la cuenta.

—Tenemos informes detallados de cada caso.

El vicescanciller se acercó a una mesa, cogió varios cuadernillos de papel y se los entregó a Castelnou. El templario ojeó los informes y sintió un hondo estremecimiento en su interior. Sus hermanos habían sido sometidos a todo tipo de torturas y vejaciones. Les habían arrancado las uñas con tenazas, les habían extraído los dientes uno a uno, les habían quemado los pies, les habían arrancado la piel a tiras con cardadores de púas de hierro, les habían aplicado brasas ardientes en diversas partes del cuerpo, y otras atrocidades semejantes.

El templario dejó los informes sobre la mesa e intentó disimular el enorme odio que sentía hacia los culpables de aquellos tormentos.

—No se ha producido una sola confesión de culpa.

—No; esos templarios deben de estar forjados con hierro. Sólo dos de ellos han declarado que vieron la cabeza, a la que llaman «Bafomet», y que en una de las encomiendas había un ídolo en forma de gato, la figura del demonio, como bien sabéis.

—Eso no es suficiente. Ya os dije que yo también vi una vez una de esas cabezas, que se utilizaban como máscaras burlescas para asustar a los neófitos. Y en cuanto al ídolo en forma de gato..., ¿os habéis fijado en las esculturas de nuestras catedrales, aquí mismo, en Nuestra Señora de París? Están llenas de esculturas que representan figuras monstruosas, y animales satánicos: dragones que devoran hombres, cerdos que bailan, asnos tocados con tiaras episcopales, leones, jabalíes, toros, caballos, serpientes, dragones, arpías, quimeras... Todo tipo de animales satánicos, representaciones del mismísimo Satanás incluso, decoran las paredes y los pórticos de la casa de Dios.

—Pero no se les rinde culto. Están ahí para que los hombres recordemos que el mal acecha por todas partes, y que es preciso estar prevenidos ante él.

—Esas pruebas son demasiado endebles.

—El papa las ha aceptado.

—¿Qué ha dicho el papa?

—Aparentemente se ha enfadado. Ha escrito una carta protestando por las muertes de los templarios, a la que hemos respondido alegando que fue su santidad quien animó a abrir la investigación contra el Temple, y ello a petición de la propia Orden.

—Pero en el proceso de investigación no se contemplaba la tortura —dijo Castelnou.

—Tampoco se rechazaba; y bien sabéis que la tortura es en ocasiones la única manera de lograr que los acusados confiesen sus pecados y sus delitos.

—Por lo que me habéis dicho, los templarios no lo han hecho, ni uno sólo de ellos ha aceptado ser responsable de cuanto se les acusa, ¿no es así?

—Sí, en efecto, pero todo está a punto de cambiar.

—¿A qué os referís?

—Hemos encontrado una prueba irrefutable que condenará a los templarios de manera inexorable.

—Decidme.

—No puedo, es un secreto..., por el momento. Pero sí puedo avanzaros que el papa Clemente va a emitir una bula esta misma semana en la que elogiará al rey Felipe el Hermoso y lo proclamará defensor de la fe y verdadero hijo de la Iglesia, y además reconocerá que las acusaciones contra el Temple son ciertas.

—Pero eso puede suponer la ruptura de la Iglesia con los demás reinos cristianos; Aragón no acepta la persecución contra el Temple...

—Ni tampoco los portugueses, ni siquiera Eduardo de Inglaterra, que ha rechazado las acusaciones contra los templarios y se ha negado a perseguirlos..., pero no os preocupéis, se trata de una estratagema.

—¿Qué queréis decir?

—Que ese respaldo al Temple por parte de los reyes de Aragón, de Portugal y de Inglaterra es una impostura. Todos ellos están preparando una intervención en sus respectivos reinos similar a la que nosotros llevamos a cabo hace un mes. ¿O acaso creéis que esos monarcas no ambicionan las riquezas de los templarios? Sí, los declararán inocentes de los cargos que les imputamos, y ya sabemos que así va a ocurrir en Castilla, en Aragón, en el Imperio alemán y por supuesto en Chipre, pero se trata de un ardid de sus soberanos. Creedme, de aquí a unos meses, del Temple sólo quedará el recuerdo.

—Pero los templarios siguen resistiendo.

—Por poco tiempo. El canciller ha ordenado que se mantengan las torturas a todos los que están presos, incluido el maestre Molay si no coopera.

—¡Pero si es un anciano!

—Los delitos no entienden de edades.

## CAPÍTULO XI

La prueba irrefutable a la que se refería el canciller Villeneuve se conoció pronto. El delator que Nogaret buscaba lo encontró en un oscuro personaje.

—Os he mandado llamar porque al fin hemos encontrado la prueba de la culpabilidad de los templarios, y os ataño a vos, don Jaime.

El canciller Nogaret había recabado en la cancillería la presencia de Jaime de Castelnou, que acudió enseguida.

—¿De qué se trata?

—Tenemos un testigo dispuesto a ratificar todas nuestras acusaciones.

—¿Un templario?

—Sí.

—¿Quién es?

—Se llama Esquiú de Floyrán.

Castelnou recordó aquel nombre, pues su caso había sido tratado en un Capítulo de la Orden estando el maestre en París.

—No lo conozco de nada —mintió.

—Pues deberíais conocerlo. Fue prior del Temple en la encomienda de Montfaucon, una aldea de la región del Périgieux. El Temple lo acusó, injustamente, por supuesto, de haber asesinado al comendador de esa provincia, despedido porque lo había depuesto de su cargo, y lo condenó a muerte. Pero Floyrán consiguió escapar. ¿Y sabéis dónde buscó refugio?

—No, no lo sé, ¿cómo iba a saberlo?

—Pues deberíais saberlo, don Jaime de Ampurias.

Castelnou intuyó que Nogaret sabía más de lo que estaba diciendo.

—No sé por qué tendría que saberlo.

—Porque el prior huyó a Aragón y se presentó en la corte del rey Jaime, quien lo rechazó. Después regresó a Francia y aquí contó todo cuanto ocurría en las encomiendas templarias. Lo enviamos a compartir una celda con un templario renegado, que le relató las herejías que se cometían en el interior de esa guarida de hijos del demonio en que se había convertido el Temple. Aquí está toda su confesión, las pruebas irrefutables que necesitábamos contra el Temple —dijo Nogaret, señalando un legajo de varios folios en papel.

—Vamos, canciller, sois un gran jurista; esa confesión ha sido realizada por un hombre despedido que lo que busca es la venganza contra el Temple, no la justicia.

—Os equivocáis, don Jaime, este testimonio de cargo es el definitivo contra el Temple.

—Ningún tribunal serio admitirá esa declaración como prueba.

—Ya lo ha hecho. Guillermo de París, nuestro inquisidor general, y confesor de nuestro rey, la ha admitido. Y como deberíais saber, cuando existe una acusación en firme, es el acusado quien debe probar su inocencia.

—¿Habéis comprado al testigo?

—Bueno, digamos que le hemos compensado por su colaboración con la justicia —ironizó Nogaret.

—Los argumentos de este testigo son demasiado burdos, nadie los creerá.

—¿Estáis seguro de eso? ¿A quién le importa lo que les ocurra a los templarios? ¿Habéis presenciado alguna manifestación en su defensa?, ¿habéis visto al pueblo de París

gritando a favor de su inocencia?, ¿conocéis a alguien que los haya defendido? No, amigo, no, a nadie le preocupa la suerte que vayan a correr los caballeros blancos. Los templarios son pasado.

Castelnou tuvo que apretar los puños y morderse los labios para no saltar sobre Nogaret y acabar con el canciller. Aquel individuo acababa de asestar un golpe mortal al Temple.

—Se trata de la declaración de un solo hombre contra la de centenares.

—Ahí también os equivocáis. Las torturas están causando efecto; algunos templarios ya han confesado y tarde o temprano la mayoría de ellos reconocerá que las acusaciones son ciertas; el propio maestro también lo hará.

—Y aquí está la bula del papa Clemente. Además de reconocer como ciertos los pecados y los delitos de los templarios, conmina a todos los soberanos de la cristiandad a que ordenen la confiscación de todos sus bienes hasta que se haga cargo de ellos la Iglesia.

La bula del papa Clemente V estaba fechada en Aviñón, donde había fijado la nueva sede papal, el día 22 de noviembre de 1307.

—¿Habéis torturado al maestro?

—No, aún no. Una comisión pontificia integrada por tres cardenales llegará la semana próxima a París para interrogar a Molay; si no se declara culpable de cuanto se le acusa, entonces sí será torturado.

El interrogatorio de los tres cardenales fue intenso; tenían orden expresa del papa Clemente para que convencieran a Molay de que lo mejor era confesar la comisión de los delitos de los que se les acusaba. Si lo hacía así, conseguiría que su prisión fuera en Aviñón, en el palacio papal, y que tras unos meses de encierro quedaría libre.

Pero el maestro se mantuvo firme. A pesar de la insistencia de los cardenales, rechazó las acusaciones una y otra vez, afirmando con rotundidad que él era inocente, que los caballeros templarios eran inocentes y que la Orden del Temple era inocente.

Pero el rey de Francia no estaba dispuesto a ceder, y procuró a través de sus agentes que el proceso se complicara cuanto fuera posible. Por todas partes fueron surgiendo nuevas acusaciones, en cualquier lado aparecía un oscuro testigo que declaraba bajo juramento haber presenciado prácticas heréticas en el comportamiento y en las ceremonias rituales de los templarios.

Las torturas se intensificaron y el propio maestro Molay fue sometido a ellas. A finales de 1307, tras varias semanas de duros castigos corporales, algunos templarios cruelmente atormentados comenzaron a derrumbarse. El maestro no pudo soportar ni su suplicio ni el de sus hermanos, y acabó confesando que todas las acusaciones eran ciertas, y con él confesaron todos los altos cargos de la Orden.

Nogaret dibujó en sus afilados labios una maléfica sonrisa cuando uno de sus hombres depositó encima de su mesa del gabinete de la cancillería la declaración de culpabilidad del maestro y de los más relevantes caballeros templarios. Ahí estaba lo que había perseguido, la prueba indiscutible de su triunfo, la confesión que necesitaba para que el rey Felipe tuviera en sus manos el argumento que le había exigido tantas veces.

El canciller fue pasando una a una las hojas del expediente y en ellas pudo leer cómo el notario ponía en boca del maestro del Temple la inculpación de él mismo y de toda la Orden por haber renegado de Cristo, por haber practicado actos de sodomía, por haber adorado a ídolos con forma de cabeza humana y de gato, por haber escupido sobre la Santa Cruz y haber blasfemado, por no creer en los sacramentos, por omitir la consagración en la santa misa, por arrogarse la facultad de perdonar los pecados pese a no estar investido de

las órdenes sacerdotales, por celebrar ceremonias nocturnas y ritos secretos, por apropiarse de riquezas de la Iglesia mediante fraude y abuso de poder, y por haber mostrado orgullo, altivez, avaricia, soberbia y crueldad.

En el expediente de confesión, ciento treinta y cuatro de los ciento treinta y ocho templarios sometidos a interrogatorio mediante tortura habían confesado su culpabilidad; sólo los cuatro restantes las habían negado.

\* \* \*

El dinero que le había entregado Nogaret a Castelnou se estaba acabando. El templario apenas podía sostener ya su engaño, sobre todo desde que el canciller recelara de él tras la conversación en la que había salido a colación el viaje del delator Floyrán a la corte de Jaime II de Aragón. Tal y como estaban desencadenándose los acontecimientos, Castelnou era consciente de que no tardarían en descubrir su artimaña, y que lo más prudente sería huir de París, pero ¿adonde? Los caminos estaban vigilados y nadie entraba ni salía de la ciudad sin que Nogaret se enterara al instante. Para viajar por Francia hacía falta el salvoconducto de alguna autoridad real, y no tenía ninguna excusa para pedirlo. Y además estaba el Grial. Desde luego, no era una pieza demasiado grande y podía ocultarse fácilmente entre el ropaje, pero en una inspección detallada no sería difícil localizarlo. Claro que ¿quién sería capaz de identificar aquella copa de piedra rojiza con el cáliz en el que Jesucristo convirtió el vino en su sangre en la primera eucaristía de la cristiandad celebrada, paradójicamente, en la Última Cena?

Decidió acudir a visitar al vicescanciller, tal vez el único a quien podría engañar una vez más, para pedirle que le expidiera un salvoconducto. Le diría que quería viajar hasta Castilla, y ya se inventaría alguna excusa.

Comprobó que el Santo Cáliz seguía oculto en su sitio, se abrigó con una capa de piel que le había regalado el canciller para soportar la humedad y el frío del invierno parisino y se dirigió hacia la cancillería. Estaba a punto de entrar cuando vio acercarse a un joven acompañado por otros dos hombres vestidos con el uniforme de la guardia real; sus sospechas quedaron confirmadas. No le cupo ninguna duda, aquel individuo era Hugo de Bon.

Todo estaba claro; había sido él el agente infiltrado en el Temple que había logrado que Molay viajara desde Chipre hasta París para caer así en la trampa que se había tejido desde la corona de Francia, y el que había influido para que el maestro decidiera solicitar al papa que se abriera una investigación oficial sobre las acusaciones, desatando así todo el proceso en el que estaban inmersos.

Si lo reconocía estaba perdido, de modo que Jaime se giró y se cubrió la cabeza con la capa; Hugo de Bon pasó a su lado charlando animadamente con los dos guardias reales; el trío entró en la cancillería entre risotadas. Jaime volvió sobre sus pasos y aceleró su marcha de regreso a La Torre de Plata.

No había tiempo que perder. Recogió sus escasísimas pertenencias en una bolsa de cuero, envolvió el Grial en un paño, lo colocó en la bolsa, pagó la cuenta y salió de la posada. En sus bolsillos sólo había unas pocas monedas.

Las calles de París estaban llenas de barro, hacía frío y una neblina gris y densa cubría la ciudad como una gasa plateada. Se puso a caminar hacia el sur, porque sólo había un lugar en el mundo donde podría ser acogido: el condado de Ampurias, su tierra natal, de la que partiera casi veinte años atrás y a la que no había regresado desde entonces. El camino era largo y estaba lleno de dificultades, pero un templario sabía cómo ingeniárselas

para llegar.

Pudo salir de París sin que los guardias de la puerta de Orléans se interesaran por él y tomó el camino del sur. Pasarían al menos dos, tal vez tres días hasta que en la cancillería lo echaran de menos, y entonces es probable que ordenaran su búsqueda. Pero para entonces, y si no ocurría ningún contratiempo, estaría lejos del alcance de los agentes de Nogaret, que, en caso de que intentaran localizarlo, sin duda tendrían muchas dificultades para encontrar a un anónimo peregrino en el marasmo de señoríos en los que se dividía Francia.

Para no despertar sospechas, Castelnou decía en cada uno de los lugares a los que llegaba que era un caballero que había perdido todo en las cruzadas y que vagaba por la cristiandad en busca del perdón divino por no haber tenido fuerzas para defender Tierra Santa contra los musulmanes. Durante cuatro semanas caminó hacia el sur, atravesando las tierras del condado de Angulema, del vizcondado de Limoges y del condado de Toulouse, hasta que una mañana de fines del invierno avistó las cumbres nevadas de los Pirineos.

En algunos lugares por los que pasó pudo comprobar que la orden real de intervenir en las encomiendas templarias había sido cumplida con éxito, y que nadie de cuantas personas se encontró en el camino defendió a la Orden del Temple. La campaña de propaganda desplegada por los agentes reales había sido demoledora, y la inmensa mayoría de la gente creía que los templarios eran en verdad culpables de todo aquello de lo que se les acusaba. Había rumores que implicaban a los caballeros blancos en terribles conjuras contra los cristianos; en una aldea cercana a Carcasona escuchó a un juglar recitar una especie de profecía en la que anunciaba que pronto caerían sobre Francia terribles desgracias y que los templarios se habían aliado con los musulmanes para acabar con la cristiandad.

## CAPÍTULO XII

El aire del condado de Ampurias le pareció el más puro de cuantos había respirado en mucho tiempo. Habían pasado demasiados años desde que los templarios lo enviaran a Ultramar, pero no había olvidado el perfil de las montañas de su tierra. Al entrar en el condado le vinieron a la memoria sus años infantiles en la corte del conde, su educación como aspirante a caballero y el día en el que dos templarios, los hermanos Raimundo Sa Guardia y Guillem de Perelló, se lo llevaron consigo para ingresar en el convento templario de Mas Deu, en el Languedoc, de donde salió convertido en caballero, listo para combatir en Tierra Santa.

El castillo de Castelnou se alzaba en lo alto de la colina al pie de la cual, en la ladera meridional, se recostaba una pequeña aldea de casas de paredes de mampostería y tejados de paja y barro. Aquél había sido el feudo de su padre y allí había sido engendrado, pero aquélla era la primera vez que sus ojos veían esa fortaleza. Recordó entonces lo que el conde de Ampurias le había contado sobre sus orígenes, el pasado cátaro de sus abuelos y su ejecución en Montsegur, la pérdida de su padre en la tempestad que hundió parte de la flota que el rey de Aragón envió a la cruzada y la muerte de su madre en el momento del parto. Mientras ascendía por el sendero que serpenteaba en la ladera camino del castillo, toda su vida pasó por su cabeza, como si apenas hubiera durado el tiempo de un suspiro.

En la puerta de la fortaleza hacía guardia un soldado, que al ver acercarse a Jaime le cortó el paso.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—Me gustaría conocer al señor de este castillo —dijo con cierto aire de solemnidad, el que le habían enseñado a mostrar en el Temple.

—¿Qué es lo que quieres?

—Sólo conocerlo.

—¿Te has vuelto loco? Vamos, vete por donde has venido o tendré que darte una buena tunda.

—Mi nombre es Jaime de Castelnou; hubo un tiempo en el que mi padre fue señor de esta fortaleza.

El soldado dudó por unos instantes.

—¿Jaime de Castelnou? No conozco a nadie con ese nombre.

—Pregúntale a tu señor, seguro que él sí ha oído hablar de mí.

—Mi señor no está en la fortaleza. Ha salido muy temprano a cazar con su halcón. Tardará en volver.

—Puedo esperar.

—Tal vez no regrese hasta la caída de la tarde.

—No tengo prisa.

El templario se sentó cerca de la puerta del castillo. El día era fresco y limpio, y los campos verdes anunciaban que la primavera estaba próxima. Pasado el mediodía, Jaime vio a lo lejos una pequeña comitiva que se acercaba al castillo. La formaban seis caballeros que avanzaban ladera arriba. Cuando llegaron a la altura de donde estaba sentado Jaime, éste se levantó y preguntó por el señor de Castelnou.

—Busco al señor de Castelnou —dijo.

—¿Y quién lo busca? —preguntó uno de los caballeros.

—Jaime..., Jaime de Castelnou.

Los seis caballeros, de cuyas sillas de montar colgaban algunas perdices y faisanes y

dos de los cuales portaban sendos halcones sobre sus guanteletes, se miraron asombrados.

—¿Tú..., vos sois Jaime de Castelnou?

—En efecto.

—Acompañadnos.

Los seis jinetes y Jaime entraron en el castillo ante la mirada atónita del guardián de la puerta.

El que había hablado con Jaime saltó con agilidad de su caballo, entregó las riendas a uno de sus compañeros y se dirigió hacia el templario.

—Soy Guillem de Moncada, barón y señor de Castelnou, vasallo del conde de Ampurias —se presentó.

—Jaime de Castelnou, hijo de Raimundo de Castelnou, antiguo señor de este castillo.

—He oído hablar de vos, pero os hacía muerto en algún lugar de Oriente.

—Pude sobrevivir.

—El conde me habló de vuestro padre, y de vuestra hermosa madre. Los dos murieron tan jóvenes... Pero y vos, ¿qué os trae por aquí? ¿No habíais jurado la regla del Temple?

—Así es, pero dejé el Temple hace algún tiempo —Jaime mintió.

—Por lo que sé, jamás se deja de pertenecer al Temple.

—Aquí tal vez, pero en Oriente las cosas son distintas.

—¿Y qué buscáis?

—Un empleo.

—¿No tenéis nada?

—Cuando dejé el Temple puse mi espada al servicio de don Roger de Flor; estuve con la Compañía durante varios años, luchando contra los turcos en Bizancio, hasta que fue asesinado Flor.

—¿Estabais allí? —preguntó Moncada muy interesado.

—Sí; fui uno de los invitados al banquete que nos ofreció el príncipe heredero al trono imperial de Constantinopla. Conseguí escapar de aquella celada, pero no pude ayudar a Roger de Flor.

—Debió de ser un gran soldado.

—En efecto, lo fue.

—Venid conmigo; comeremos y seguiremos hablando.

El barón de Moncada ordenó a sus criados que asaran carne y que sacaran de la bodega la mejor de las barricas de vino; poco después, un cordero daba vueltas sobre el fuego en la gran chimenea de la cocina del castillo.

Mientras servían la carne y el vino, el barón le ofreció a Jaime que se incorporara a su mesnada.

—¿Queréis ser uno de mis caballeros? Sé que os invistió como tal nuestro señor el conde, y por lo que he oído de vos manejaís bien la espada. Vuestra experiencia nos será de mucha utilidad, y además creo que será necesaria porque es probable que el rey de Francia no se contente con las riquezas de los templarios. Los condados del Rosellón y la Cerdaña siempre han sido codiciados por los soberanos de París, que desearían ver sus dominios ampliados hasta los Pirineos, y aún más acá si fuera posible. Me habéis dicho que buscáis un empleo, bien, yo os ofrezco formar parte de mis caballeros.

—Necesitaréis la autorización del conde de Ampurias —supuso Jaime.

—No, no, no es necesario, aunque como vasallo suyo que soy se lo comunicaré

enseguida. Creo que estará muy contento de que hayáis vuelto, sé que os crió como a un hijo.

—¡Todavía vive!

—Está muy anciano y apenas sale de Perelada, pero su cabeza sigue bien asentada; el rey don Jaime lo aprecia mucho y de vez en cuando va a visitarlo.

—Me gustaría ir a verlo.

—Iremos en las próximas semanas. Entretanto, os buscaré acomodo en la fortaleza. Dispondréis de un caballo, un equipo militar y una renta, que será pequeña, pues esta baronía no es nada rica..., como bien sabréis.

Jaime fue instalado en una pequeña salita en un pabellón adosado al interior de la muralla del castillo. Buscó un lugar donde esconder el Grial y, tras inspeccionar la pequeña estancia, observó que en uno de los rincones había una laja de piedra de dos palmos de longitud por uno de anchura, la mayor de las que cubrían el suelo de la habitación. Cogió su cuchillo y la levantó con cuidado, desprendiendo la capa de argamasa con la que estaba adherida a las demás. Excavó en la tierra hasta hacer un agujero lo suficientemente grande como para contener el Grial, lo sacó de su bolsa y lo observó con cuidado. No estaba convencido de que aquella fuera la copa en la que Jesucristo celebrara la primera eucaristía del rito cristiano, pero aquel objeto era lo único que lo mantenía anclado al pasado, y tal vez la única esperanza que le quedaba de volver a ser alguna vez un caballero templario.

Recordó entonces lo que le dijera el maestre Molay sobre el futuro de aquel vaso, y el encargo de buscar el lugar en el que debería ser depositado, el señalado en el poema del templario alemán Von Eschenbach, el mismo que había identificado a la Orden del Temple con la Orden del Grial.

Una semana después de aquel encuentro, el barón de Moncada y Jaime de Castelnou firmaron un contrato de vasallaje. El barón admitía como a uno de sus hombres al caballero Jaime de Castelnou, y le otorgaba sustento, un caballo, espada, lanza, escudo, cota de malla, casco y varios vestidos; a cambio, Jaime de Castelnou prometía fidelidad y ayuda a su nuevo señor y se comprometía a prestarle consejo y auxilio. El contrato se certificó con la imposición de manos por parte del barón a su nuevo vasallo y un beso entre ambos. Por fin, el barón le entregó un cinturón de cuero, símbolo de la nobleza y la pureza del caballero.

## CAPÍTULO XIII

En París, Nogaret había tardado cinco días en enterarse de la desaparición de Castelnou. Burlado y engañado, pronto supo que quien se hacía pasar por Jaime de Ampurias, primero como embajador del rey Jaime II de Aragón y después como renegado consejero de ese monarca, no era otro que Jaime de Castelnou, caballero templario, uno de los pocos que habían logrado huir de la gran redada del 13 de octubre.

El canciller de Francia había dictado una orden de captura contra Castelnou, pero tras varias semanas de búsqueda infructuosa decidió que no merecía la pena realizar más esfuerzos para localizar al templario fugitivo. No obstante, encargó a Hugo de Bon, el traidor, que no olvidara el asunto y que estuviera alerta por si alguna vez Castelnou volvía a cruzarse en su camino.

Mediado el año del Señor de 1308, Nogaret había recuperado la plena confianza del rey. En el mes de mayo, el rey Felipe el Hermoso había convocado una asamblea de los Estados Generales de Francia que debía celebrarse en la ciudad de Tours. A fines de ese mes se entrevistó en Poitiers con el papa Clemente, y en ese encuentro ambos pactaron que a partir de ese momento el papado sería quien encabezaría el proceso contra los templarios, que quedaban bajo custodia de la Iglesia. El maestre Molay, que seguía preso en París, sería trasladado al castillo de Chinon, cerca de Tours, donde sería custodiado y donde continuarían los interrogatorios.

Si alguna esperanza quedaba a los templarios de los demás reinos y Estados de la cristiandad de mantener sus posesiones y de que sus soberanos no imitaran lo que había hecho Felipe IV en Francia, lo pactado en Poitiers acabó con ella. Hasta ese verano, los monarcas más poderosos de Occidente, como Jaime de Aragón o Eduardo de Inglaterra, se habían negado a detener y a juzgar a los templarios de sus dominios. Pero ahora la situación era muy distinta: ya no se trataba de un capricho o de una maniobra política del rey de Francia, ahora era el mismísimo papa quien decretaba abrir el proceso contra todos los templarios de todos los países cristianos.

En bulas papales emitidas en el mes de agosto se ordenaba a los obispos de todas las diócesis cristianas que crearan en sus respectivas diócesis comisiones con la finalidad de interrogar a los templarios de su jurisdicción eclesiástica, nombrando para ello a dos canónigos, dos dominicos, dos franciscanos y presididas por el propio obispo. Conforme esas órdenes fueron llegando a todas las diócesis, los templarios de cada reino respondieron de manera desigual.

Los templarios de Chipre, acostumbrados a luchar en Tierra Santa contra los musulmanes y a defender a los peregrinos cristianos, se entregaron sin la menor resistencia, pero los templarios de los reinos y Estados del rey de Aragón se refugiaron en sus fortalezas, se aprovisionaron de cuanto pudieron y se dispusieron a defenderse en ellas.

La cara de Moncada mostraba un rictus serio y Jaime, que regresó al castillo tras haber acudido a una de las aldeas de la baronía para recaudar unas rentas, se dio cuenta enseguida de que algo grave estaba ocurriendo. Bajó del caballo y saludó a su señor.

—Los campesinos dicen que sus cosechas son cada año más menguadas, y que no pueden seguir pagando las mismas rentas, o pasarán hambre—dijo Castelnou.

—Todos los años lo mismo; esos labriegos no hacen sino lamentarse.

—Tal vez tengan razón.

—No. Seguro que ocultan trigo, aceite y vino en sus cabañas, o en cuevas en el bosque. ¿Habéis mirado bien?

—Sí, claro que sí; y además vuestro administrador lleva un control muy exhaustivo de cuanto se produce en esta baronía. Es difícil que se le escape algo. Pero no creo que el gesto de vuestro rostro se deba a la actitud de esos campesinos.

—No, claro que no. Se trata de algo más grave que os atañe a vos, Jaime.

—Decidme.

—Nuestro señor el rey don Jaime ha prohibido a todos sus vasallos que ofrezcan ayuda a los templarios de sus reinos.

—Creo que no la necesitan. Los conozco bien y saben cuidarse solos.

—Pero no es todo. Como sabéis, los templarios de estos reinos se han refugiado en sus fortalezas, y hasta ahora el rey don Jaime, aunque les había conminado a entregarse, apenas había hecho nada contra ellos, pero ahora ha decidido que ya es hora de acabar con esa situación y ha movilizado a varias milicias concejiles y a tropas de la nobleza. El conde de Ampurias tiene que aportar varios caballeros, y me ha pedido que acuda con todos mis hombres contra los templarios, y eso os incluye a vos.

—Pero don Jaime rechazó la petición del rey de Francia de detener a los templarios, e incluso alegó que su comportamiento era ejemplar y que siempre habían servido a la Iglesia y a la cristiandad.

—Eso fue hace meses; pero desde que la Iglesia ha tomado las riendas del proceso y el papa ha ordenado apresar a todos los caballeros blancos, las cosas han cambiado. Nuestro rey no puede provocar un desaire al papa; si lo hiciera así, Clemente podría emitir un interdicto contra el rey de Aragón, despojarle de sus reinos y excomulgarlo. Y si eso ocurriera, Francia tendría una excusa perfecta para reclamar el Rosellón y la Cerdaña, y quién sabe si el mismísimo condado de Barcelona, sobre el que los reyes de Francia siguen considerando que tienen derechos a su dominio desde los tiempos del emperador Carlomagno. La mayoría de los templarios se ha rendido ya, y casi todos sus castillos y fortalezas están bajo dominio real, pero quedan algunos por entregarse, especialmente el de Monzón, en el reino de Aragón, el más importante. Tenemos que acudir allí; el rey ha encomendado la dirección de las operaciones militares contra la fortaleza templaria de Monzón a don Alfonso de Castelnou, un oficial real que gobierna la sobrejuntería de Huesca. Ambos lleváis el mismo apellido. ¿Lo conocéis?

—No. No sé quién es.

—Tal vez seáis familia.

—Castelnou es un apellido muy frecuente en las tierras del Pirineo.

—¿Os atreveréis a luchar contra vuestros antiguos hermanos templarios? —le preguntó de pronto Moncada.

—Os juré auxilio y ayuda.

—También jurasteis guardar la regla del Temple.

—Eso ocurrió hace ya mucho tiempo, demasiado.

—En ese caso, espero que no tengáis ninguna duda si llega el momento de atravesar con vuestra espada el corazón de uno de esos templarios.

\* \* \*

El viaje de cinco días hasta Monzón lo hizo Castelnou en silencio. Cabalgaba a lomos de su caballo como lo hiciera cuando profesaba en la Orden del Temple: taciturno, erguido sobre su silla de montar, con la cabeza recta y el mentón ligeramente levantado, en esa pose orgullosa y solemne que mostraban los caballeros templarios cada vez que salían de sus encomiendas para realizar una patrulla.

La comitiva guerrera la encabezaba el barón, escoltado por dos portaestandartes, uno con el pendón del conde de Ampurias y otro con el del linaje de los Moncada, y tras él formaban veinte caballeros, todos los suyos y doce más del conde de Ampurias, varios escuderos y criados y dos carretas cargadas de víveres y enseres de guerra.

Al llegar a Monzón, Jaime contempló la formidable fortaleza templaria. El poderosísimo castillo se alzaba en lo alto de un escarpado cerro de laderas terrosas casi verticales. Era muy amplio y estaba fuertemente murado. En su interior sintió un cierto alivio; si los templarios encerrados en el castillo decidían resistir y tenían víveres suficientes para soportar el asedio de los sitiadores, podrían aguantar varios meses allá arriba, tal vez podrían aguantar hasta que alguien con cordura y poder para hacerlo decidiera poner fin a semejante despropósito desencadenado por el rey de Francia y secundado por el papa.

El castillo estaba rodeado por varios campamentos, el más cercano estaba al lado mismo de la villa de Monzón, cuyos vecinos seguían realizando sus actividades cotidianas como si aquel asedio no fuera con ellos.

Alfonso de Castelnou, el sobrejuntero de Huesca y oficial real al mando del ejército sitiador, recibió a los hombres de Ampurias en su tienda de mando.

—Sed bienvenidos a Monzón, señores. Como habréis podido observar vosotros mismos, la fortaleza del Temple es prácticamente inexpugnable. Casi todas las fortalezas templarias de los dominios de nuestro rey don Jaime o se han rendido o están a punto de hacerlo, pero Monzón resiste. Quiero ponerlos al corriente de cómo está la situación:

—Creemos que ahí arriba residen al menos veinte caballeros templarios, cuarenta sargentos y probablemente un centenar de escuderos y criados. Al frente de todos ellos está su comendador, Berenguer de Bellvis, lugarteniente además del maestre de la provincia templaria de Aragón, y conocemos los nombres de algunos caballeros, como Dalmau de Timor, Arnau de Banyuls y Bernat de Belliusen, además de otros que ignoramos. Todos ellos parecen soldados experimentados.

—Nosotros somos muchos más. A mis órdenes forman milicias concejiles de varias ciudades y villas de Aragón, además de la caballería nobiliaria. En los próximos días recibiremos nuevas tropas procedentes de Lérida. Hace tres días llegó don Artal de Luna con máquinas de asedio traídas de Huesca y de Zaragoza. Por supuesto, ni uno solo de esos templarios podrá escapar de la fortaleza; el problema es que nosotros tampoco podemos entrar en ella con facilidad. Hemos debatido con don Artal varias posibilidades para conquistar el castillo. Desde luego, un asalto frontal queda descartado; las laderas son casi verticales y además el terreno es arenoso y se desmorona con facilidad. Hemos sopesado la posibilidad de excavar un túnel, pero esa misma fragilidad del terreno, que lo hace fácil de horadar, provoca que sea muy inestable y habría que emplear mucho tiempo en entibar cada tramo para evitar que se derrumbara. Las máquinas de guerra de las que disponemos son capaces de lanzar algunas piedras hasta lo alto de la fortaleza, pero dada la distancia a la que habría que colocarlas y la altura a alcanzar tendríamos que lanzar proyectiles de poco peso, con lo que los daños que les causaríamos no serían demasiado importantes.

—Como veréis, la mejor estrategia es sitiar el castillo y aguardar a que esos testarudos templarios se rindan. Al menos ésa es la orden que de momento nos ha dado su majestad don Jaime.

—Perdonad, don Alfonso, ¿y la gente de Monzón, qué opina? —preguntó Moncada.

—Hasta ahora se han mostrado absolutamente indiferentes. Actúan como si este asunto no fuera con ellos. No creo que sientan el menor interés en lo que les ocurra a esos

monjes soldados. Siempre han vivido a la sombra de ese castillo, y tal vez consideren que es hora de acabar con esos orgullosos templarios.

Castelnou volvió a reconocer entonces que el gran error de los caballeros del Temple había consistido en vivir al margen de la realidad que afectaba a la mayoría de la gente de su tiempo. Dedicados al servicio de Cristo, empeñados en proteger los Santos Lugares y a los peregrinos a Tierra Santa, se habían separado de su verdadera misión, y sobre todo se habían alejado de los sentimientos de la gente. Habían querido emular la vida de Cristo, pero sólo habían logrado alcanzar la indiferencia cuando no el rechazo de los cristianos. Eran hombres del pasado viviendo en un tiempo que para ellos se estaba acabando, y nada parecía indicar que fueran a cambiar demasiado las cosas. En su corazón sólo había lugar para la desesperanza. Había entregado su vida, toda su vida, al Temple, había luchado por los ideales que le habían inculcado en la Orden y ahora empezaba a dudar de si su esfuerzo había servido para algo. Se sentía vacío, como si alguien le hubiera robado el alma.

—¿Tenéis órdenes precisas de su majestad? —preguntó Moncada.

—Dispongo de instrucciones generales. Don Jaime no quiere que haya derramamiento de sangre. Espera que los templarios se entreguen sin luchar, y me ha pedido que tenga paciencia, mucha paciencia. Por las noticias que nos están llegando de otras fortalezas templarias en el reino de Aragón, no está habiendo batalla, sino rendición pactada y con condiciones. Espero y deseo que los templarios de Monzón hagan lo mismo.

—¿Y si no se entregan? —preguntó Jaime de Castelnou.

—En ese caso, que de momento no contemplo, tendríamos que asaltar el castillo.

—¡Ah!, perdonad, don Alfonso, os presento a Jaime de Castelnou, uno de mis caballeros. Ya veis, lleva vuestro mismo apellido, tal vez seáis parientes —intervino Moncada, omitiendo que Jaime había sido caballero templario.

—No lo creo. ¿De dónde procedéis?

—Del condado de Ampurias, pero mis abuelos eran del Languedoc —respondió Jaime.

—¡El Languedoc!, los viejos vasallos del rey de Aragón. Allí murió nuestro gran rey don Pedro, luchando al lado de sus vasallos herejes. Ironías del destino, un rey apelado el Católico luchando a favor de los herejes cátaros contra las tropas del papa. ¿No os parece asombroso?

—No. Conozco casos similares. En Tierra Santa he visto aliarse a musulmanes con cristianos, a tártaros con cristianos, a griegos con alanos, y así decenas de alianzas contrarias al sentido común.

—Vaya, ¿habéis luchado en Ultramar? —le preguntó el sobrejuntero de Huesca.

—Sí; fui hasta allí a causa de unos votos, y os puedo asegurar que cualquier combinación de alianzas es posible.

—¿Conocéis tácticas de asedio de fortalezas? Por lo que he oído, en el sitio de Acre se emplearon máquinas extraordinarias. ¿Estuvisteis allí?

—Esa fue mi primera acción de guerra. Y sí, los mamelucos utilizaron muchas máquinas de asedio, sobre todo dos enormes catapultas con las que demolieron las murallas de la ciudad.

—¿Sabríais construir una de éstas?, por si esos testarudos templarios no se rinden y llegara el momento de atacar esa fortaleza.

—No, no sabría hacerlo. Vi las catapultas a lo lejos, desde lo alto de los muros de Acre, pero no pude acercarme lo suficiente como para poder descubrir su modo de

funcionar. Sólo sé que eran enormes y que lanzaban los proyectiles más pesados que jamás he visto arrojar a máquina alguna.

—¡Lástima!, con unos ingenios como éstos hubiéramos conseguido que se rindieran antes.

Los templarios de Monzón se habían juramentado para no rendirse hasta que no lo hicieran todos los castillos de la Orden en el reino de Aragón. Como encomienda principal del Temple resistirían hasta que no quedara un solo castillo en sus manos.

## CAPÍTULO XIV

Y así ocurrió. Durante varios meses las tropas del rey de Aragón mantuvieron el asedio al castillo de Monzón, en tanto iban llegando noticias de la rendición de las demás fortalezas del reino. A lo largo del otoño de 1308 se entregaron las principales encomiendas con sus castillos. En todos los casos la rendición fue pactada. A fines de ese año, el castillo de Monzón era el único que los templarios seguían manteniendo bajo su posesión.

—Llevamos aquí varios meses y esos condenados hijos de Satanás no se entregan. O lo hacen pronto o no me quedará más remedio que abandonar el asedio, no puedo dejar desamparadas mis tierras —comentó Guillem de Moncada a finales de 1308, un día de invierno en el que la mole rojiza y ocre del castillo de Monzón se recortaba nítida en el intenso cielo azul.

Moncada solicitó permiso para retirarse y, tras obtenerlo, se marchó a su feudo unos días antes de la Navidad, pero dejó a Jaime de Castelnou al frente de la hueste del conde de Ampurias, prometiendo que regresaría en cuanto revisara sus propiedades.

Los días discurrían monótonos; sitiados y sitiadores se observaban y permanecían a la espera, ambos convencidos de que el único final posible era la rendición de la fortaleza.

Mediada la primavera, Guillem de Moncada regresó. Traía para el sobrejuntero de Huesca y para el noble aragonés Artal de Luna, los dos jefes de los sitiadores, instrucciones muy precisas del rey don Jaime.

En la tienda de don Artal se reunieron los generales del ejército real.

—Nuestro señor el rey don Jaime desea que este sitio acabe cuanto antes. Ha dispuesto que dialoguemos con los templarios y que oigamos sus condiciones. En este documento se contienen las cláusulas hasta donde podemos acordar con los rebeldes. Si las aceptan y nos entregan el castillo, quedarán libres. Hace falta nombrar a un negociador. Yo propongo a don Jaime de Castelnou —dijo Moncada.

—Me parece bien —añadió el sobrejuntero.

—Por mi parte no hay ningún problema. Mañana subiréis a ese castillo y pediréis al comendador de los templarios que os proponga sus requisitos para entregar la fortaleza. ¿Estáis de acuerdo con vuestra misión? —le preguntó don Artal de Luna.

—Por supuesto —asentó Castelnou.

—Que Dios os guíe.

\* \* \*

A la mañana siguiente Jaime de Castelnou dejó sus armas, se vistió con una sobreveste verde y comenzó a ascender por el camino empinado que por la ladera del cerro ascendía hasta la puerta del castillo. En su mano sostenía una bandera blanca que agitaba de manera acompasada.

Unos sitiados apostados en una fortificación exenta cercana al castillo lo dejaron pasar y cuando llegó ante la puerta un sargento templario que vestía el reglamentario hábito negro con la cruz roja de la Orden se asomó desde las almenas.

—¿Quién eres y qué te trae por aquí?

—Soy Jaime de Castelnou y quiero hablar con el hermano que gobierna esta fortaleza —respondió con aplomo.

—Márchate.

—Un templario no se retira jamás. *Non nobis, Domini, non nobis, sine Tuo nomine da gloriam* —dijo Castelnou, citando la divisa del Temple.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con tal convicción que el sargento dudó.

—¿Eres un templario?

—Déjame pasar —insistió Castelnou—. Voy desarmado.

Al instante se abrió la enorme puerta y Jaime entró en una zona oscura, un túnel que daba acceso a otro espacio abierto y a una nueva puerta. Desde luego, la fortaleza estaba construida para soportar un ataque directo.

El sargento, acompañado por dos soldados armados con lanzas, se plantó ante él y le indicó que lo siguiera. Entraron en la zona alta de la fortaleza y se dirigieron a una pequeña iglesia que desde el exterior ofrecía el aspecto de un macizo torreón de piedra. Frente al altar, de rodillas, estaba el comendador de Monzón.

—Hermano, este hombre dice llamarse Jaime de Castelnou; creo que es uno de los nuestros —dijo el sargento.

Berenguer de Bellvis se incorporó, se santiguó, hizo una reverencia a la imagen de la Virgen que presidía el altar del templo y se giró hacia la entrada. Una cálida luz estival bañaba la nave de la iglesia desde el único ventanal del lado sur. Los rayos del sol se tamizaban a través de la lámina de alabastro bañando todo el interior de un tono dorado con reflejos nacarados.

El comendador Bellvis miró a Jaime con serenidad, se acercó hasta él y le tendió las manos.

—Bienvenido, hermano.

—¿Me conoces? —preguntó Jaime.

—No, pero sé que eres uno de los nuestros. He oído hablar de ti; además, sólo un templario se comportaría así en esta situación. Vamos al refectorio, imagino que tendrás muchas cosas que contar.

Durante varias horas Jaime de Castelnou narró a los templarios de Monzón todo cuanto les había ocurrido a sus hermanos en Francia y la amarga sensación que tenía ante la ausencia de esperanza alguna.

—El Temple está perdido. No existe ninguna posibilidad de supervivencia. El papa Clemente es un esbirro al servicio del rey Felipe y los monarcas de la cristiandad que en principio se negaron a condenar a nuestra Orden han visto ahora que nuestras propiedades pueden acarrearles importantes beneficios. La mayoría de esos soberanos deben mucho dinero al Temple, y si desaparecemos, esas deudas quedarán canceladas. Todas las encomiendas de todas las provincias se han rendido, muchas de ellas sin la menor resistencia. En Francia nuestros hermanos se entregaron como corderos, y en Chipre mis compañeros, habituados a luchar a muerte en los campos de batalla de Tierra Santa, se entregaron sin una sola protesta.

—Entonces, ¿no hay posibilidad de resistir?

—No, ni la más mínima. El rey de Francia y el papa han lanzado sobre nosotros todo tipo de calumnias e infamias, y han conseguido que la gente se crea todas esas mentiras. Yo mismo lo pude comprobar en París, y lo he vuelto a hacer aquí, en Monzón. Los habitantes de esta villa miran hacia aquí arriba con una indiferencia absoluta.

—Entonces, ¿qué nos recomiendas?

—Una rendición pactada. Nuestro rey don Jaime no tiene la menor intención de causar daño a los templarios. Las instrucciones que acaba de dar a los sitiadores son bien concisas; por el momento, no se producirá ningún ataque a esta fortaleza. No desea que haya derramamiento de sangre, pero el rey de Aragón no puede ser ajeno a las instrucciones del papa Clemente, porque en ese caso podría ser condenado por hereje, su reino puesto en

interdicto y anatemizado.

—Yo me comprometo a que tengáis unas buenas condiciones de capitulación.

El comendador Bellvis se dirigió al resto de sus hermanos templarios y todos estuvieron de acuerdo en entregar el castillo previa concesión de garantías. Todos los caballeros templarios eran soldados experimentados, pero también eran conscientes de que su resistencia sería inútil.

—De acuerdo. Fijaremos nuestras condiciones para la entrega del castillo, pero no nos rendiremos hasta que no agotemos todas nuestras reservas —dijo el comendador.

—¿Y para cuánto tiempo tenéis alimentos?

—Al menos para ocho meses.

—Así lo transmitiré, pero tal vez sea demasiado tiempo.

—Eres un templario, comprenderás que no podemos entregarnos sin agotar todas nuestras posibilidades.

—No hay esperanza alguna, hermano.

—Mientras nos quede un pedazo de pan, sí. Cuando profesé en el Temple me enseñaron que, mientras le reste un soplo de vida, un templario debe seguir combatiendo.

Jaime de Castelnou se despidió de sus hermanos templarios abrazándolos uno a uno, y antes de salir de la fortaleza compartió con ellos una oración en la iglesia.

Don Artal de Luna escuchó el informe de Castelnou y frunció el ceño cuando oyó que la capitulación tardaría varios meses en producirse. Tenía órdenes directas del rey de no atacar la fortaleza de Monzón, pero quiso dar una sensación de fuerza y de decisión y pidió más tropas. A comienzos del otoño, una vez acabadas las tareas de la siega y la vendimia, llegaron a Monzón refuerzos procedentes de varias milicias concejiles de ciudades y aldeas del este de Aragón. Más de dos mil hombres se prepararon para pasar el invierno ante la poderosa fortaleza de los templarios.

\* \* \*

Los templarios de Monzón, a los que cada semana visitaba Castelnou, mantenían la esperanza de que el papa perdonara a la Orden y le reintegrara sus bienes. Pero las torturas a las que habían sido sometidos el maestre Jacques de Molay y los principales cargos del Temple habían tenido éxito y todos habían confesado su participación en los crímenes de los que se les acusaba. Molay, agotado y cruelmente torturado, admitió que había escupido sobre la cruz, que había practicado la sodomía y que había renegado de la fe en Cristo.

Satisfecho por aquellas confesiones, el rey Felipe había puesto a los templarios bajo la custodia de la Iglesia. Y entonces se produjo una situación que el rey de Francia no esperaba. Al verse fuera de las manos de los agentes reales y custodiados por soldados del papa, los templarios, encabezados por el propio maestre, se retractaron de sus anteriores declaraciones de culpabilidad y negaron todas las acusaciones que contra ellos se habían vertido, alegando que habían sido conseguidas mediante torturas, y que por tanto no eran ni válidas ni legítimas.

Castelnou les transmitió a sus hermanos de Monzón esta nueva situación.

—Ahora sí que no hay ningún remedio. Nuestro maestre ha cometido una gran torpeza al retractarse de sus confesiones. La Iglesia condena a los relapsos a la hoguera. No hay salida, el Temple está definitivamente perdido.

—Hubo un momento para la esperanza, ¿no es cierto? —le preguntó el comendador Bellvis.

—No, nunca lo hubo. Si el hermano Molay y los demás altos caballeros de la Orden

no hubieran admitido los cargos, tal vez hubieran sido torturados hasta la muerte y ahora serían mártires. Pero al hacerlo, dieron la razón al rey de Francia, y eso hubiera bastado para que el castigo no fuera demasiado duro. Tal vez hubieran conformado al rey Felipe admitiendo esos pecados que nunca cometimos. Desde luego, la Orden estaba condenada de cualquier manera, pero nuestros hermanos hubieran sido encarcelados por algún tiempo, y quién sabe si dentro de dos o tres años las cosas hubieran cambiado. Más al retractarse de su confesión, han provocado la ira del rey, y ahora su situación es mucho peor. Las torturas van a continuar, y el fin se encuentra mucho más cerca.

—Hemos preparado un borrador con nuestras condiciones para la entrega de la fortaleza. Estas son. —El comendador le indicó a uno de los tres hermanos capellanes refugiados en el castillo que las leyera.

—«Solicitamos —empezó el capellán— poder ir ante el papa cuatro o cinco de los frailes del convento de Monzón para tratar nuestros derechos; podremos conservar nuestras joyas e inmuebles; entregaremos nuestras armas al rey de Aragón, que serán guardadas para sernos devueltas si la Orden sigue en vigor una vez acabado el proceso en el que está inmersa; conservaremos todas nuestras mulas y cada comendador de cada una de las encomiendas templarias de los dominios del rey de Aragón tendrá derecho a disponer de dos criados; nuestro señor el rey de Aragón intercederá ante el papa para que ninguno de los hermanos de las encomiendas de la tierra del señor rey sea sometido a tormento alguno; los seglares que prestan servicio en la fortaleza de Monzón serán perdonados; los hermanos templarios podrán vivir libremente en los lugares donde haya conventos de la Orden...»

—Creo que serán admitidos todos esos puntos.

—¿Y tú, hermano Jaime, qué vas a hacer tú?

Aquella pregunta lo dejó desconcertado. Desde que los soldados del rey de Francia asaltaron la sede del Temple en París y hasta ese momento, Castelnou sólo se había preocupado de sobrevivir. Los acontecimientos se habían sucedido demasiado deprisa como para detenerse a pensar en otra cosa que en vivir día a día. Su instinto, tal vez adquirido en el asedio de Acre y en las batallas en Ultramar, le había empujado a no dejarse apresar, a no entregarse como el resto de sus hermanos, a seguir manteniendo una chispa de esperanza, tal vez la que él negaba a los demás.

—Hace tiempo varios hermanos me encargaron una misión que debo cumplir. Dedicaré el resto de mi vida a ello.

—Espero que tengas éxito; sé que cuanto hagas será en beneficio de nuestra Orden.

—Y ahora prepararemos la capitulación. Primero entregaremos la fortificación de la muela situada delante del castillo, ésa será la señal de que comenzamos la rendición, y dos semanas después entregaremos el castillo.

—Me parece bien. Así habrá tiempo para cerrar los términos de la capitulación.

Cuando Jaime bajó del castillo y le transmitió a don Artal de Luna las condiciones solicitadas por los templarios, el jefe de las tropas reales no puso una sola objeción aceptó todos los puntos.

Tal como estaba previsto en el acuerdo, la fortificación de la muela, un baluarte defensivo avanzado fuera del castillo, fue entregado a las tropas reales, y el 24 de mayo las puertas de la fortaleza se abrieron para que entrara una delegación de los sitiadores de la que formaba parte Castelnou.

En el patio de armas estaban formados con sus uniformes reglamentarios pero sin armas dieciocho caballeros, treinta y nueve sargentos y tres capellanes templarios, y tras ellos casi un centenar de escuderos, artesanos y criados.

Berenguer de Bellvis se adelantó y, como comendador de la Orden en Monzón, hizo entrega del castillo a don Artal de Luna, que solemnemente prometió en nombre del rey de Aragón respetar el acuerdo de capitulación al que habían llegado sitiadores y sitiados.

Los campamentos de los sitiadores fueron levantándose y los hombres de las milicias concejiles se marcharon hacia sus casas deseosos de llegar a tiempo para la cosecha. A pesar de los relevos, algunos habían permanecido al pie del castillo de Monzón varios meses, y no deseaban otra cosa que volver a encontrarse en sus hogares con sus esposas y sus familias.

Los hombres del conde de Ampurias recogieron sus tiendas, cargaron sus carros y emprendieron marcha de regreso por el camino hacia Lérida. Seis días después, Jaime de Castelnou avistaba el torreón de piedra del castillo que había sido gobernado por su padre.

## CAPÍTULO XV

El Grial permanecía en el mismo sitio donde lo había escondido, bajo la mayor de las lajas de piedra del suelo, en un rincón de la estancia que su señor le había asignado en las dependencias del castillo. Lo cogió con sus manos y tras santiguarse creyó que había llegado el momento de buscar el lugar donde debía depositarlo. Las claves para identificar ese sitio estaban en el libro titulado *Parsifal*, del templario Von Eschenbach, pero el ejemplar que le había entregado el maestre Molay cuando le confirió la responsabilidad de llevarlo a ese misterioso lugar en caso de peligro para el Temple lo había perdido en el asalto de la casa templaria en París. Recordó entonces que había guardado el libro en su saco y que la noche en la que huyó de la casa parisina el libro se había quedado en el dormitorio, en el saco donde guardaba las escasas pertenencias que le permitía poseer la regla de la Orden.

Sin aquel libro jamás podría encontrar el lugar al que tenía que llevar el Santo Grial. Sólo recordaba que era un sitio perdido en las montañas del norte de Hispania, pero aquella pista era demasiado escueta. Las montañas del norte de Hispania podían ser los Pirineos, que se extendían desde el mar Mediterráneo hasta el mar de los cántabros, Pero también las montañas de la tierra de los vascos, en el reino de Castilla, o incluso las de Cantabria y Asturias, las de Galicia, en el fin del mundo; demasiadas millas y demasiados lugares como para poder ser recorridos en toda una vida.

No tenía otro remedio que conseguir un ejemplar del libro de Von Eschenbach, y procuró imaginar algún lugar cercano donde pudiera encontrar uno.

—¡Mas Deu!, claro, la encomienda de Mas Deu. Seguro que allí tenían uno, pensó.

Mas Deu era la casa templaria donde Jaime se había educado como templario, y decidió ir hasta allí en su busca. Pidió permiso al barón de Moncada con la excusa de que quería ver el convento donde se había educado y partió hacia el norte. Mas Deu estaba a dos jornadas de marcha desde Castelnou, y cuando llegó se encontró que las dependencias de la encomienda habían sido intervenidas por soldados del rey de Aragón.

Jaime se identificó y solicitó al capitán que mandaba el pequeño destacamento que le dejara ver la biblioteca del convento. Al principio el oficial puso algún reparo, pero cuando Jaime le dijo que había estado en el ejército real que había ocupado el castillo de Monzón, le dejó revisar los estantes de la biblioteca de Mas Deu.

En las estanterías de madera de una salita anexa a la sala capitular sólo había dos docenas de libros; la mayoría eran misales, libros de horas y de liturgia, pero en una pequeña alacena se guardaba media docena de códices que Jaime revisó con cuidado. Uno era una copia de la regla del Temple, que incluía los artículos aprobados en la última reforma de la Orden, otro el *Elogio de la milicia templaria*, el libro que escribiera san Bernardo de Claraval y que tanto influyera en su época para el reconocimiento del Temple como la gran Orden de la cristiandad, y por fin, el tercero de los ejemplares de la alacena era el *Parsifal*, de Wolfram von Eschenbach.

Castelnou lo hojeó con cuidado y observó que el códice estaba completo.

El capitán lo observaba entre curioso y extrañado ante el interés de aquel caballero por los libros.

—No hay ningún libro satánico —dijo Jaime a la vez que cerraba el *Parsifal*.

—¡Libros satánicos! —exclamó el oficial.

—Sí. Como ya sabréis, una de las acusaciones contra los templarios es que practicaban ritos de exaltación del demonio. Estoy buscando en sus bibliotecas por si

encontrara alguno, pero ya veo que en ésta no hay ninguno.

Jaime sacó su puñal, empujó con él uno de los libros y lo dejó de manera descuidada pero a propósito encima de la estantería mientras abría otro.

—Siento que hayáis perdido el tiempo.

—No importa, tenía que hacerlo. Bueno, regreso a Castelnou.

Jaime dio media vuelta y seguido por el capitán salió de la salita donde estaba la pequeña biblioteca. Tras alejarse unos pasos se echó mano a la vaina del puñal.

—¡Vaya!, seré idiota. He olvidado mi puñal ahí dentro. Esperad, ahora vuelvo.

Sin darle tiempo a pensar al capitán, Jaime regresó a la biblioteca a paso ligero, cogió el *Parsifal* y lo guardó entre su ropa justo en el momento en el que asomaba el oficial por la puerta.

—¿Lo habéis encontrado?

—Sí, aquí está —dijo Jaime enseñando el puñal que acababa de recoger de la estantería.

—Espero que tengáis suerte la próxima vez.

—Tal vez.

Jaime cogió a su caballo por las riendas y se marchó caminando; el libro le impedía doblar bien la cintura, por lo que desistió de subir a su montura hasta que no se hubo alejado de la encomienda para que no descubrieran que había robado uno de los códices.

\* \* \*

De regreso a Castelnou, Jaime abrió el libro de Von Eschenbach y comenzó a leer.

El caballero Parsifal, o Perceval, era uno de los doce que constituyeron la alianza llamada la Mesa Redonda, que presidida por el rey Arturo de Bretaña tenía como principal misión la búsqueda del Santo Grial, el cáliz en el que Jesucristo había consagrado su sangre en la Última Cena, y el mismo en el que José de Arimatea había recogido las últimas gotas de sangre que brotaron del costado de Cristo cuando el soldado romano Longinos lo atravesó con su lanza. Parsifal, originario del País de Gales y lleno de espiritualidad, no era sin embargo el caballero más apropiado para encontrar el Grial; el elegido era Galahad, el de corazón más puro y limpio de todos ellos

Las páginas del libro contaban la historia del rey Arturo, y de su fabuloso reino de Camelot, en la isla de Avalón, donde vivió una hermosa historia de amor con su esposa la reina Ginebra hasta que el más poderoso de los caballeros, Lanzarote del Lago, cometió adulterio con la reina y el hasta entonces brillante y luminoso Camelot entró en una época de luchas y de guerras que provocaron la muerte de Arturo y el fin de su reino.

Los caballeros de la Mesa Redonda, juramentados para encontrar el Grial, partieron en todas las direcciones para procurar su localización, pues sólo con el Grial recuperaría Camelot los buenos tiempos. Jaime de Castelnou leía y releía una y otra vez cada uno de los párrafos pero no encontraba ninguna pista para identificar el lugar donde debía depositar el Santo Cáliz. Dentro de su cabeza repetía una y otra vez las palabras que le había dicho el maestro Molay: «Te será fácil; sólo sigue las pistas del poema».

Pero, ¿y si el libro que tenía en sus manos no era exactamente el mismo que le había entregado el maestro? Jaime sabía que algunos copistas modificaban el texto del libro que estaban copiando, que suprimían algunos párrafos, que incluían otros nuevos o que cambiaban a propósito nombres de ciudades y de personas. Si el copista que había transcrito el libro que tenía en las manos había hecho algo así, las pistas contenidas en el original serían muy distintas, y jamás podría encontrar el lugar destinado para depositar el

Grial.

Doce caballeros, un cáliz sagrado, una mesa y un mago llamado Merlín; el único paralelo que encontraba en ese texto era la reunión de los doce apóstoles con Jesús para celebrar la primera eucaristía cristiana en la Última Cena, pero nada más.

Siguió leyendo. Todos los caballeros salieron en busca del Grial, pero sólo Galahad, el más puro e inocente, fue a parar a un castillo llamado Monsalvat, es decir, la montaña del Salvador. Según el texto que tenía delante, el castillo del Grial estaba en el centro de una región llamada «el país del Templo», construido en una montaña pedregosa y casi inaccesible, junto a una cueva bajo un gran peñasco. El castillo había sido edificado por una dinastía de reyes y en él había una cofradía de monjes que lo custodiaban. El castillo estaba ubicado en las montañas del norte de la antigua Hispania romana y lo poseía un rey llamado Anfortas, a quien se conocía como el rey Pescador.

Demasiado poco. Las montañas del norte de Hispania se extendían desde el mar Mediterráneo hasta el fin del mundo, en Compostela, donde acababa el camino de los peregrinos a la tumba del apóstol Santiago. A lo largo de ese camino había centenares, tal vez miles de castillos en los que depositar el Grial. Lo único que decía el libro era que estaba construido en un lugar inaccesible junto a una gran cueva.

Si lo que había dejado escrito Von Eschenbach era una pista para localizar un castillo en el que esconder el Grial, su búsqueda era bien difícil. Una cueva, una roca, un lugar de complicado acceso, la montaña del Salvador..., tenía que preguntar a los peregrinos, a todos cuantos hubieran hecho el camino a Santiago, y tratar de averiguar si había algún lugar como el que describía el poeta templario.

Durante varias semanas, tratando de mostrar cierta indiferencia, procuró preguntar a todos cuantos viajeros cruzaron por Castelnou, y cada uno le daba una ubicación diferente. Para algunos el lugar no tenía dudas, era la cueva de Covadonga, en las montañas del reino de León, donde comenzara la lucha de los cristianos contra los musulmanes, para otros era un castillo en el camino de Roncesvalles, en el reino de Navarra, para otros un castillo cerca de Pamplona, pero nadie adujo argumentos convincentes.

Un día llegó a Castelnou un personaje que dijo ser mercader de la ciudad de Dijon y que regresaba de Compostela, hasta donde había peregrinado para dar las gracias al apóstol por haberle librado de una enfermedad que los cirujanos le habían pronosticado como mortal. El borgoñón preguntó por un caballero llamado Jaime de Ampurias, pero le dijeron que allí no había nadie con ese nombre; entonces preguntó por Jaime de Castelnou. Cuando los hombres estuvieron frente a frente ambos supieron, con sólo mirarse, que tenían mucho en común.

—¿Vos sois Jaime de Castelnou? —le preguntó el mercader.

—En efecto.

—Entonces escuchad atentamente: el lugar que buscáis se encuentra en el norte del reino de Aragón, en las montañas de Jaca.

—¿Cómo sabéis...?

—Lo sé. Y os aseguro que es el mejor lugar que alguien como vos buscaría para custodiar algo valioso.

—No, os equivocáis...

—Id a la ciudad de Jaca y preguntad por el prior de la antigua catedral, allí encontraréis lo que buscáis.

—Esperad, ¿quién sois?

—Ya os lo he dicho, un humilde mercader de Borgoña que regresa a casa tras haber

cumplido sus votos de peregrino.

El encuentro con el mercader dejó a Jaime lleno de inquietud.

## CAPÍTULO XVI

Su espíritu de templario seguía firme, pero las noticias que llegaron a Castelnou fueron terribles. A fines del año del Señor de 1309 el papa Clemente V, que había instalado definitivamente la sede papal en Aviñón, decretó que todos los reyes de la cristiandad deberían apresar a todos los templarios en todos los lugares donde se encontraran. El propio maestre Molay, agotado por los interrogatorios, las torturas y los años de cárcel, acabó por declararse incapaz de defender la Orden. En ese mismo tiempo varias decenas más de caballeros templarios fueron torturados y quemados en París.

Estaba claro que la Orden del Temple había sido condenada y que ningún poder en la tierra podría salvarla de su exterminio. Los templarios de los reinos cristianos comenzaron a desertar, a renegar de su Orden o a pedir el ingreso en la del Hospital, su tradicional enemiga.

Jaime dudaba entre descubrirse como templario y afrontar el destino como el resto de sus hermanos o mantenerse oculto bajo aquel disfraz de caballero del conde. Sabía que si se auto delataba le podría esperar la prisión, la tortura e incluso la muerte, salvo que renunciara al Temple e ingresara en el Hospital. Pero si así lo hacía, el Grial, del que era el custodio, podría caer en cualquier mano desaprensiva, y él, como caballero cristiano, no podía consentirlo. También podía llevar el Cáliz a Monsalvat, a las montañas de Jaca, como había deducido tras releer una y otra vez *Parsifal*, y tras haber recibido la misteriosa visita del mercader de Dijon, dejarlo allí y después entregarse a las autoridades para correr la misma suerte que sus hermanos templarios.

El invierno se echó encima sin aviso. Una tempestad de nieve cubrió los caminos e hizo imposible durante dos meses el tránsito por aquellos parajes. Jaime aprovechó las largas veladas invernales para releer el manuscrito del *Parsifal* hasta convencerse de que realmente Monsalvat estaba en las montañas de Aragón.

Una mañana de principios de primavera, cuando los hielos y las nieves ya se habían retirado de los caminos, Jaime de Castelnou pidió permiso a su señor, el barón de Moncada, para ir en peregrinación a Santiago de Compostela.

—¿Estáis seguro, don Jaime, de que ése es vuestro deseo? —le preguntó Guillem de Moncada.

—Sí, necesito encontrar algunas respuestas.

—¿A qué preguntas?

—Permitid que me reserve esa cuestión.

—Por supuesto. En fin, siento perder por algún tiempo a mi mejor caballero, pero no puedo negarme a vuestra solicitud. ¿Cuándo pensáis iniciar vuestra peregrinación?

—La semana próxima.

—De acuerdo. Comunicaré vuestra partida al conde. Id con Dios, don Jaime.

—Quedad con él, don Guillem.

\* \* \*

Jaime de Castelnou había mentido. Por supuesto, no tenía la menor intención de ir en peregrinación a Compostela; todo su empeño estaba volcado en localizar el país del Templo en las montañas aragonesas, y comprobar cuál era el lugar preciso para depositar allí el Santo Grial. Para ello tenía que dirigirse a la ciudad de Jaca y buscar al prior de la catedral.

La noche antes de partir extrajo el Grial de su escondite, lo acarició con mimo, se

santiguó, rezó un padrenuestro, lo besó y lo protegió con cuidado para que no sufriera ningún daño en el viaje.

Con las primeras luces del alba, Jaime de Castelnou dejó el castillo que regentara su padre y marchó sobre su caballo hacia occidente. Su edad rondaba ya los cuarenta años, pero salvo algunas canas que manchaban de un gris desvaído sus sienes, su aspecto seguía siendo formidable. Alzado sobre su caballo, con la espalda recta, el mentón ligeramente elevado, pero no de forma exagerada, cabalgaba tal cual le habían enseñado a hacerlo en el Temple, con la altivez digna de los mejores caballeros de Cristo pero sin mostrar un perfil avasallador.

Para ir hasta Jaca, donde el prior le daría cuenta de la ubicación de Monsalvat, decidió seguir el camino de los peregrinos que iban a Compostela desde la ciudad de Gerona, de modo que optó por dirigirse hacia Ripoll, desde allí atravesar el condado de Urgel y entrar en el reino de Aragón por la villa de Bonansa, de donde le habían dicho que arrancaba un camino que bordeaba los Pirineos por el sur y que atravesaba varios valles hasta alcanzar la ciudad de Jaca.

El tiempo era lluvioso, de modo que se pertrechó con una capa encerada, un amplio sombrero de ala muy ancha, al estilo del que solían llevar los templarios en sus largas cabalgadas, y avanzó en solitario.

Durante los primeros días no tuvo ningún contratiempo. La lluvia, fina pero incesante, no era tan copiosa como para interrumpir su marcha, de modo que consiguió hacer en un solo día etapas que los peregrinos tardaban habitualmente dos jornadas en culminar. Acostumbrado a las marchas agotadoras en el desierto de Siria y del Sinaí, a coronar los altos y fríos puertos de los montes de Armenia o a cabalgar horas y horas sobre su montura en formación junto a sus hermanos templarios bajo un sol inclemente, el camino hacia Santiago le parecía poco menos que un paseo de recreo por el bosque de Castelnou un domingo de primavera por la mañana.

Vestía como un caballero y no había olvidado su espada, su escudo, un puñal largo y otro corto y su casco cónico de combate. Pese a su aspecto noble, podía pasar por un peregrino si así lo proclamaba, pues las gentes de las localidades por las que discurría el camino estaban acostumbradas a ver discurrir a todo tipo de personajes, pobres y ricos, nobles y plebeyos, santos y demonios, damas y rameras, en una especie de pasacalles que a veces se asemejaba más a un desfile de vanidades mundanas que a una verdadera peregrinación.

En el camino le pareció haber recobrado algo del espíritu de la regla del Temple que cumpliera durante tantos años. En cierto modo, un peregrino y un templario vivían vidas parejas; el templario adaptaba su actividad vital al ritmo que le marcaba la regla, mientras que el peregrino lo hacía al que le obligaba el camino, una especie de regla no escrita pero que exigía ser cumplida como la de los caballeros del hábito blanco y la cruz roja.

La noche comenzó a caer cuando ascendía una larga y empinada ladera de una sierra que, según le habían dicho en la última aldea, separaba las tierras del condado de Urgel, en el país del conde de Barcelona, de las del condado de Ribagorza, en el reino de Aragón; claro que desde hacía siglo y medio el de rey de Aragón y el de conde de Barcelona eran títulos que habían recaído en la misma persona.

A la salida de esa misma aldea, tres hombres le habían señalado que justo en lo alto de la cuesta, tras un bosquecillo de alerces, había un albergue en donde podría pasar la noche. La oscuridad se le echaba encima y Jaime arreó a su caballo para que ascendiera más deprisa. Al llegar a la cumbre comprobó que allí no había ninguna construcción. Dio

varias vueltas por los alrededores hasta que comprobó que no era cierto lo que le habían asegurado y receló por ello.

Quienes le habían informado al pie de la larga cuesta eran tres hombres que charlaban entretenidamente al lado de una fuente, justo en la última choza de la aldea. Jaime había atisbado en sus rostros un cierto reflejo de codicia, y sospechó de ellos por cómo cruzaban miradas cómplices. Tal vez pensaron que un caballero solitario podía ser una presa fácil para los tres y que quizá portara una buena bolsa con dinero. De hecho, el caballo por sí solo ya costaba una pequeña fortuna.

Atendió a su instinto de soldado experimentado en las trampas y emboscadas vividas en Tierra Santa y preparó en un claro del bosquecillo un círculo de piedras en el que encendió un fuego, como solían hacer todos los viajeros que acampaban en el monte para ahuyentar a algún lobo que merodeara por los alrededores.

Al lado de la fogata dispuso un montón de ramas y hojas moldeándolas como si de una forma humana se tratara y colocó en la cabecera la silla de montar; después las cubrió con su manta de viaje simulando la figura de un hombre acostado y depositó sobre la zona de la presunta cabeza, junto a la silla, el amplio sombrero de viaje. Alejó el caballo a un centenar de pasos y lo ocultó en la espesura, atado de la brida a un árbol. Avivó la hoguera y le añadió los leños más gruesos que pudo encontrar para conseguir que el fulgor de las brasas perdurara el máximo tiempo posible, y se ocultó entre el ramaje no muy lejos del fuego, de cara al camino que por la cuesta conducía hasta la aldea que había dejado atrás; y se dispuso a esperar.

Las horas transcurrieron lentas y pesadas; la noche, pese a la altitud de aquellas sierras y a la temprana primavera, no era demasiado fría, aunque comenzaba a notar en sus huesos la humedad acumulada por las últimas jornadas de lluvia casi ininterrumpida.

Pese al cansancio y al sueño, procuró mantener sus reflejos bien dispuestos, y de nuevo agradeció a la disciplina aprendida y practicada en el Temple que pudiera permanecer despierto y concentrado, y que le hubieran enseñado a saber superar el dolor, el calor, el frío y el miedo.

Pasada ya la mitad de la noche, aunque no lo pudo calcular con exactitud porque las nubes cubrían por completo el firmamento y no podía comprobar el decurso de las estrellas, sintió en su agudo oído unos leves ruidos. Aguzó la vista y detuvo la respiración para intentar oír con mayor detalle y entonces pudo observar unas sombras, que se hicieron más nítidas conforme se acercaron hacia las brasas de la hoguera, provistas de lo que parecían unos palos o tal vez espadas. Cuando se encontraban a unos pocos pasos del fuego vio con mayor claridad, con sus ojos acostumbrados a escudriñar la oscuridad de la noche cerrada, a tres individuos dispuestos a atacar al presunto viajero que dormía junto a la fogata. Uno de ellos fue el primero en levantar la estaca, al recortarse su figura en el horizonte Jaime percibió que no era una espada, y la descargó con enorme violencia sobre el bulto que cubría la manta, justo en el borde del sombrero, donde se suponía que estaba el cuello de la víctima. Un golpe de semejante contundencia y en ese preciso lugar hubiera sido suficiente para dejar sin vida a un hombre.

De inmediato los otros dos secuaces se lanzaron a golpear la zona de las piernas, uno a cada lado. Desde luego, aquellos canallas sabían bien lo que hacían. El ataque traidor había sido perfectamente organizado; el primero de los golpes, tal vez lanzado por el más fuerte, había ido directo a la base del cuello, y los otros dos a las piernas, a ambas a la vez, mientras el primero de los hombres volvía a descargar otro garrotazo ahora justo en el centro de la cabeza.

Pero en contra de lo que esperaban, bajo la manta no había ningún cuerpo, sólo un montón de hojas y ramas. Al comprobar su error, los tres salteadores comenzaron a proferir juramentos y a lanzar palos a ciegas en todas las direcciones. El templario cogió su espada, que había clavado en el suelo a su lado, y salió de su escondite a toda velocidad en dirección hacia los malhechores. El primero de ellos recibió un tremendo golpe en la espalda que lo dejó tumbado y sin aliento, el segundo cayó de bruces tras sufrir una estocada en el muslo y el tercero, el que había golpeado en primer lugar, perdió medio brazo derecho cuando intentó defenderse de la acometida de Castelnou, quien con un rápido tajo de su espada le cercenó la mano a la altura del antebrazo. Con la misma rapidez con la que había cargado, Jaime se puso en guardia por si a alguno de aquellos tres ladrones le quedaban ganas de volver a la carga; pero los tres gemían de dolor en el suelo suplicando que no los matara.

—Debería liquidaros ahora mismo y dejar que las alimañas se dieran un festín con vuestros despojos, pero me parece que no es ésta la primera vez que atacáis a alguien, de modo que imagino que la justicia estará deseosa de atraparos. Tumbaos los tres bocabajo y colocad las manos en la espalda. Y si atisbo el menor movimiento en cualquiera de vosotros, el más leve, que se dé por muerto el que lo haga.

—¡No puedo, me falta una mano, me la habéis tronchado! —exclamó entre sollozos el que había perdido medio brazo mientras se sujetaba la extremidad cercenada con la otra mano.

—Pues hazlo con el muñón que te quede o perderás también la mano izquierda.

En un momento, el templario avivó el fuego con hojas y ramas secas para tener más luz y ató las manos de sus tres asaltantes a la espalda, forzándoles los codos cuanto dieron de sí las articulaciones. Después los ató a los tres uno tras otro formando una especie de cuerda de presos y les trabó los pies con cuerdas dejándoles apenas un par de palmos para que pudieran caminar siempre a pasos cortos. Sin perderlos de vista acudió a por su caballo y regresó junto a la hoguera.

—Aguardaremos a que salga el sol y continuaremos camino hacia Bonansa. Imagino que allí se harán cargo de vosotros, en espera de que un oficial del rey os encierre en una mazmorra.

Jaime limpió la hoja de su espada y la envainó.

—¡Es un caballero del demonio! —dijo uno de los tres ladrones—. Fijaos, lucha con la mano izquierda.

—Me estoy desangrando —clamó quejoso el que había perdido el antebrazo derecho.

Jaime puso al fuego su puñal y le practicó un torniquete, tal como había visto hacer tantas veces en las batallas en Ultramar, y después le aplicó la hoja ardiente al muñón. El ladrón mutilado perdió el sentido y cayó al suelo fulminado por el dolor, derribando al que estaba a su lado, quien, herido en la pierna, apenas se sostenía en pie, y que a su vez arrastró al tercero. Olía a carne asada.

—Mejor así; no os levantéis hasta que os avise.

Con las primeras luces del alba, el extraño cortejo descendió hacia Bonansa. Los aldeanos que vieron aparecer a Jaime de Castelnou sobre su caballo y tras él a los tres bandidos, con un aspecto lamentable, atados en una cuerda de presos, se quedaron sorprendidos.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Jaime, aunque sabía que al otro lado de la sierra estaba la aldea de Bonansa.

—Bonansa, en el reino de Aragón.

—¿Y quién es la máxima autoridad en este lugar? —preguntó el templario en voz alta a la docena y media de curiosos que se habían arremolinado para contemplar una escena que no se daba precisamente todos los días y que para ellos rompía la rutinaria monotonía cotidiana.

—El jurado Marcelo Mezquita.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Su casa es la última de esta fila; daos prisa, señor, porque está a punto de salir al campo —respondió uno de los aldeanos.

Jaime de Castelnou, seguido por un grupo de curiosos cada vez mayor, se acercó hasta la casa señalada, en la aldea de Bonansa apenas había tres docenas de edificios, y llamó a la puerta.

Un varón de complexión recia y rostro severo la abrió.

—¿Don Marcelo Mezquita, jurado de Bonansa?

—Soy yo, caballero. ¿Qué deseáis? —preguntó el jurado, mientras alargaba el cuello con perplejidad para ver a los presos.

Castelnou descendió de su caballo y ató las bridas a una anilla de hierro en la pared.

—Que os hagáis cargo de estos malhechores Ayer mientras descansaba en lo alto de aquella cuesta, me atacaron aprovechando la oscuridad de la noche. Como podéis comprobar, su envite traidor no tuvo éxito por la forma en que actuaron me parece que no es primera vez que intentan atracar a un viajero.

—¡Son los bandoleros que andábamos buscando! —gritó una de las personas allí congregadas.

—¡Sí, son ellos! —gritó otra—. ¿Los habéis capturado vos solo, señor...? —preguntó el jurado haciendo un gesto para que callaran sus convecinos.

—Sí; tuve suerte en el envite. Mi nombre es Jaime y soy caballero del barón don Guillem de Moncada, señor de Castelnou. Voy en peregrinación a Santiago. Os entrego a estos delincuentes para que sean juzgados.

—¡Oh, sí!, avisaremos al sobrejuntero de Ribagorza que es a quien compete la jurisdicción real en este lugar —entre tanto, los encerraremos en una choza.

—Procurad que no escapen.

—En las condiciones en las que los habéis dejado no creo que les queden ganas.

—¡Son ellos, son ellos, deberíamos colgarlos ahora mismo! —volvió a gritar uno de los aldeanos.

—Eso es cosa de la justicia —gritó el jurado.

—Por lo que oigo, estos tipos son conocidos en estos parajes —supuso Castelnou.

—Hace tiempo que tres bandidos tenían amedrentados a cuantos se atrevían a viajar de noche por estos caminos. Hasta ahora nadie había podido capturarlos a pesar de que han cometido varios robos, pero siempre habían logrado huir. Os agradecemos su captura, señor.

—Procurad, don Marcelo, que no escapen, y que sean juzgados conforme a vuestras leyes.

—Así lo haré.

—Pero si os parece, don Jaime, puedo ofreceros un buen desayuno. En el fuego están cocinando unas gachas de ordio con tocino y costillas ahumadas de jabalí.

—Gracias, pero debo seguir mi camino.

—Tenéis aspecto de haber dormido poco, imagino que esta pasada noche habrá sido

muy larga para vos y para vuestro caballo. Mi casa es humilde pero hay una cama con ropa limpia y heno recién segado en el establo para vuestra montura, que a lo que parece también necesita un tiempo de reposo.

Jaime miró la cabeza de su caballo y vio que, en efecto, el pobre animal estaba agotado.

—De acuerdo. Acepto, pero os pagaré por ello.

—No es necesario.

—Para mí, sí lo es.

El templario durmió toda la mañana, aunque tuvo la previsión de atrancar la puerta de la humilde estancia y colocar su espada a su lado sobre la cama, y la bolsa con el Grial bajo la almohada de paja.

A mediodía ordenó sus cosas, se aprovisionó de algo de cerdo ahumado, embutido curado, queso y pan y se puso en marcha hacia el oeste. El jurado de Bonansa le había indicado que para ir hasta Jaca en esas fechas de primavera lo más seguro era descender por el curso del río Isábena hasta la villa de Graus, y de allí por Aínsa y Boltaña, subir por el curso de un río llamado Ara hasta la aldea de Broto, cruzar el collado de Cotefablo y llegar hasta Biescas. Desde esa villa hasta Jaca el camino era casi llano y se podía hacer en una sola jornada. En total, entre cuatro y seis días de viaje, según estuvieran los caminos y los puertos.

Al atardecer del quinto día de haber partido de Bonansa, Jaime de Castelnou atisbó sobre una colina amesetada las murallas de Jaca.

## CAPÍTULO XVII

La ciudad de Jaca era más pequeña de lo que había imaginado. Por su caserío y el número de vecinos era poco más que una de las villas que había atravesado en la última semana, pero además de las murallas, que le conferían el carácter de ciudad, había un edificio imponente que le llamó la atención, una gran iglesia de piedra en el viejo estilo ubicada cerca de la puerta norte, por donde arribaba la mayoría de los peregrinos procedentes del otro lado de los Pirineos.

A pesar del pequeño tamaño de la ciudad, junto a la que había un burgo rodeado de su propia muralla, las calles estaban atestadas de peregrinos que acababan de llegar de Aquitania, de Francia y de Alemania sobre todo, y que visitaban las tiendas de zapatos para reponer el calzado gastado en el paso del camino por los puertos de las altas montañas. Hacía apenas dos semanas que la ruta a través del Somport había quedado libre de nieve y los peregrinos que habían aguardado el invierno en el lado francés habían comenzado a acudir a Jaca.

Castelnou se dirigió directamente a la gran iglesia de piedra, que tenía el tamaño de una catedral y cuyo tejado sobresalía sobremanera por encima del caserío. La puerta principal se abría a los pies, en la calle que continuaba dentro de la ciudad el camino de los peregrinos, tras un pórtico, y en el lado sur, junto a otra puerta, había una plazuela en la que todo indicaba que ese mismo día se había celebrado un mercado.

El templario descendió de su caballo y se acercó hasta la entrada del templo. Un par de sayones armados con varas le dijeron que esa noche sólo podían dormir allí peregrinos, y que los caballos no podían entrar en la iglesia.

—No es mi intención pasar la noche en la casa del Señor, y mucho menos hacerlo con mi caballo, sólo deseo hablar con el prior de esta catedral.

—Ya no es catedral, señor —dijo uno de los sayones—; hace tiempo que el obispo de Jaca mudó la sede episcopal a Huesca, cuando aquella ciudad se ganó a la morisma. Ahora la gobierna un prior. Su nombre es Arnal de Lizana y vive en esa casa de piedra.

—Con su criada —añadió con una picara sonrisa el otro sayón.

Jaime se dirigió a la casa y llamó a la puerta. El prior de la antigua catedral era un hombre enjuto, de baja estatura y de unos cincuenta años de edad. El templario se quedó con la boca abierta al reconocer en el prior al mercader de Dijon que había preguntado por él en Castelnou.

—Pasad, hace tiempo que os esperaba —dijo el prior, abriendo la puerta de par en par.

—¿Vos, sois vos, el mercader...? —preguntó Jaime sorprendido.

—El mismo; os esperaba, pasad.

—¿Mi caballo...?

—Perdonad, traedlo, la cuadra está al fondo del zaguán.

El templario entró en la casa prioral tirando de las riendas y anduvo unos pasos hasta el fondo del pequeño patio; el prior abrió la puerta de la cuadra y el animal entró él solo.

—Necesita comer algo —dijo Castelnou mientras acariciaba el anca del caballo.

—Hay paja en el pesebre; aquí podrá descansar vuestra montura. Y vos, seguidme. El prior condujo a Jaime hasta una estancia iluminada por dos candiles de aceite y la lumbre de una chimenea en la que en un puchero de hierro se cocinaban unas verduras y un pedazo de carnero.

—Explicadme... —dijo Castelnou todavía sorprendido.

—Es muy simple. Hace cuatro años, dos caballeros templarios vinieron a verme; yo era un freire capellán de la encomienda del Temple de Huesca. Se identificaron como portadores de un mensaje secreto de nuestro maestro y buscaban un lugar dedicado a Nuestro Salvador, un lugar en una montaña de complicado acceso, junto a una cueva profunda en las soledades de estas sierras frías. Dijeron que en ese lugar había un castillo al que uno de nuestros hermanos había denominado con el nombre de Monsalvat en un libro que escribió sobre el Santo Grial. Yo les indiqué que el lugar a que se referían no era un castillo, sino un monasterio dedicado a San Juan, el monasterio de San Juan de la Peña.

—Ellos se miraron y sonrieron: "El castillo sólo lo pueden contemplar los elegidos por Dios, tal vez no lo vean todos los ojos, pero está allí, sobre la peña de la cueva". Yo me quedé sobrecogido, pero los caballeros me tranquilizaron: "Dentro de algún tiempo, si nuestra Orden está en peligro, un caballero templario vendrá preguntando por ese castillo, dirá que busca el castillo de Monsalvat, y traerá con él un objeto muy preciado que deberá ser depositado en la cueva para ser custodiado allí. El Temple te ha designado para que seas el encargado de informarle sobre dónde debe depositar el Grial. El obispo de Huesca te designará como prior de la antigua catedral de Jaca, allá deberás esperar a que te busque el templario que vendrá demandando la ubicación de Monsalvat". Dijeron que su nombre era Jaime, Jaime de Castelnou.

—Les pregunté que por qué había sido yo el elegido para esa misión y me respondieron que un templario debe limitarse a obedecer.

—Cuando fue encarcelado el maestro Molay me inquieté, y esperé algún tiempo aquí en Jaca a que se presentara el caballero templario, pero nadie lo hizo. Intenté contactar con alguno de los hermanos templarios, pero todos estaban detenidos y nadie vino hasta mí para darme ninguna instrucción. Imaginé entonces que los hermanos que se presentaron en Huesca habían muerto o estaban presos en Francia, y que el tal Jaime de Castelnou habría corrido la misma suerte. Pero hace unos meses un peregrino me preguntó por el castillo de Monsalvat; en principio creí que él sería el hermano que tenía que contactar conmigo, pero cuando le pregunté que por qué buscaba Monsalvat me dijo que un caballero le había preguntado por él en la aldea de Castelnou, en el condado de Ampurias, y tenía cierta curiosidad. Lo demás fue fácil. Me convertí por unos días en un mercader borgoñón y me fui en vuestra búsqueda. Lo demás ya lo sabéis.

—Ningún hermano me dijo que debía preguntar por el prior de Jaca.

—Debieron de detenerlos antes de que pudieran hacerlo. Ellos sabían que tú, hermano Jaime, eras el custodio de ese preciado objeto.

Al fin, el prior se dirigió a Jaime como lo hacían entre sí los templarios.

—¿Te dijeron de qué objeto se trataba?

—No, pero no hacía falta. Hace siglos que lo esperamos.

—¿Qué es lo que esperáis, quién lo espera? —preguntó Jaime cada vez más sorprendido.

—El Santo Grial, y los caballeros de San Juan.

—¿Los hospitalarios?

—Claro que no, los templarios jamás habríamos confiado el objeto más preciado de la cristiandad a nuestros máximos rivales. Los caballeros de San Juan son los monjes del monasterio de la Peña.

—Sólo un templario puede entender lo que significa ese cáliz. ¿Lo llevas contigo?

—¿Cómo sé que cuanto me estás contando es cierto? —demandó Castelnou.

—Porque tu corazón te dice que no miento.

Jaime miró los ojos de aquel hombre; su mirada parecía sincera y limpia.

—¿Dónde está ese monasterio?

—Muy cerca, a una jornada de camino. Pasarás la noche en mi casa y mañana podrás seguir tu ruta. En San Juan te esperan, como te he esperado yo.

—Pero entretanto..., ¿puedo pedirte un deseo?

—Si puedo concedértelo...

—¿Podría ver el Grial?

Castelnou abrió la bolsa de cuero en la que guardaba su ligero equipaje y sacó el paño que contenía el Grial; lo desplegó lentamente y cogió el sagrado cáliz. Se santiguó y dijo:

—Este es, hermano prior.

El prior de la catedral de Jaca cayó de rodillas ante la vista de la copa rojiza, cuya superficie bruñida reflejaba, cual si de gemas de ámbar engastadas se tratara, las llamas doradas de la chimenea.

Como si hubiera sido inducido por una sacudida mística, Arnal de Lizana, puesto de rodillas, se santiguó con énfasis y rezó devotamente un padrenuestro. Luego besó el Grial y se persignó de nuevo.

—¡La sangre de Cristo! ¡Este cáliz contuvo la sangre de Cristo! Y ésta es al fin la tierra del sagrado vaso, la tierra de la sangre de Cristo —dijo el prior.

Durante la cena, los dos templarios hablaron sobre lo ocurrido a la Orden en la que profesaban. Jaime de Castelnou puso a Arnal de Lizana al corriente de cuanto había sucedido desde que el rey Felipe de Francia pusiera en marcha la campaña de difamación contra los templarios, la persecución contra ellos y la captura de todos los hermanos de todas las encomiendas francesas. Mediada la primavera del año 1310, la situación de la Orden continuaba siendo muy confusa. Desde luego, la inmensa mayoría de los templarios franceses seguían presos del rey, aunque tras varios meses de confusión y de perplejidad eran ya muchos los hermanos que habían reaccionado al trauma de la detención y al de la catarata de acusaciones para retractarse de sus primeras declaraciones y proclamarse inocentes de cuantos delitos eran acusados. En mayo de ese año eran ya más de quinientos los que habían manifestado ante los tribunales que los juzgaban que cuanto se había dicho de ellos y de sus prácticas era falso y que siempre se habían comportado como buenos cristianos y fieles servidores de la Iglesia y de sus mandamientos.

La cantidad de retractaciones había causado un tremendo malestar en el rey de Francia, que al ver peligrar su plan demandó a sus agentes que aplicaran las sanciones más duras a los que se echaran atrás de su auto inculpación. Y así ocurrió; el arzobispo de Sens, un lacayo al servicio de Felipe el Hermoso, condenó a la hoguera al medio centenar de templarios que se había retractado en su diócesis.

Toda la cristiandad estaba expectante ante lo que pudiera suceder. La situación era muy delicada. La bonanza de los decenios anteriores se había acabado, el hambre, la carestía, la enfermedad y la muerte parecían haber salido del infierno para establecerse en la tierra entre los seres humanos. Las cosechas no rendían lo que antaño, las rentas no fluían con la abundancia de otros tiempos y las obras de las grandes catedrales levantadas en el sutil arte de la luz, las casas de Dios en la Tierra, estaban interrumpidas a causa de la falta de recursos con los que cubrir los costes de los talleres de artesanos que las estaban construyendo. Parecía como si Dios hubiera apartado su mirada de los ojos de los hombres.

\* \* \*

El prior Lizana desayunó con Castelnou; tras rezar un padrenuestro comieron unas tajadas de tocino frito, unas rebanadas de pan tostado con miel y un vaso de vino especiado con canela.

—Desde Jaca hasta el monasterio de San Juan de la Peña sólo hay una jornada de viaje. Toma el curso del río Aragón y desciende por su ribera siguiendo el camino de Compostela. A ocho millas, a tu izquierda, un estrecho valle secundario conduce hasta el monasterio de Santa Cruz, regentado por las hermanas benitas. Lo identificarás enseguida por la torre de la iglesia del convento, construida en el viejo arte de la piedra. Hasta ahí el camino es llano y fácil. Pero justo en Santa Cruz comienza lo más difícil de la ruta hasta San Juan. Para llegar al monasterio de la cueva santa hay que ascender una difícil senda a través de un bosque denso y en una tierra áspera y fragosa. La senda es muy empinada y está llena de guijarros y de dificultades. Ten cuidado porque tu caballo puede lesionarse una pata con facilidad. El monasterio está en lo más alto de los farallones de rocas rojas, ubicado debajo de una cornisa pétreo que lo protege como un manto de piedra. Está tan oculto por la vegetación y las rocas que no te darás cuenta de que existe hasta que no te topes de bruces con él —le explicó Lizana.

—¿A quién debo dirigirme?

—El abad es don Pedro de Setzera, pero no creo que lo encuentres allí; suele dejarse ver poco por el monasterio, pues pasa más tiempo en Jaca o en Huesca, que en su casa abacial. Además, la situación de ese cenobio no es nada boyante. Hace tiempo fue el más rico del reino de Aragón, y los reyes lo colmaron de privilegios y donaciones, pero, como bien sabes, no corren buenos tiempos. Hace ya algunos años que la situación del monasterio, como la de tantos otros, es muy delicada. Las rentas apenas dan para mantener a la comunidad de monjes y hace ochos años el rey don Jaime tuvo que acudir en ayuda de este cenobio y colocarlo bajo su especial protección para evitar que la comunidad monacal se deshiciera y quedara incluso abandonado.

—Entonces, si las condiciones de San Juan son tan deficientes como me estás diciendo, ¿no será peligroso dejar allí el Santo Grial?

—Todo lo contrario. Ese cáliz se convertirá en un acicate para los monjes. Esa comunidad necesita un estímulo para recuperar la esperanza. Los monjes que allí viven están esperando que el Grial llegue a ellos. Conocen la leyenda, saben que su cenobio es el elegido, y hace tiempo que aguardan la llegada de la más importante reliquia de la cristiandad. Saben que han sido designados para custodiar el Grial y esperan ansiosos el momento de recibirlo.

—¿Cómo me reconocerán?

—No te preocupes por eso. Tiempo antes de que escales hasta lo alto ya sabrán de tu llegada. Te estará aguardando un comité de monjes; todo estará preparado.

Acabado el desayuno, Castelnou aparejó su caballo, lo sacó de la cuadra y, ya en la calle, frente a la puerta de la casa del prior, montó sobre él.

—Te agradezco cuanto has hecho por mí y por el Grial; eres un buen hombre.

—Tan sólo he cumplido con mi compromiso como capellán templario.

—Cuídate, hermano Arnal, y queda con Dios.

—Que El te proteja en tu destino.

Jaime de Castelnou arreó su montura y salió de Jaca por el camino que seguían los peregrinos hacia su destino en el confín del mundo conocido.

## CAPÍTULO XVIII

El camino discurría por un amplio valle a cuya derecha se atisbaban las altas cumbres nevadas de los Pirineos y a la izquierda unas sierras escarpadas en las que, en algún lugar escondido entre las selvas y las rocas, se alzaba el monasterio de San Juan. Jaime siguió aguas abajo el curso del río Aragón, que diera nombre al legendario condado origen del reino, y no tuvo que preguntar a ningún campesino para saber que uno de los vallecitos ubicado a la izquierda de la calzada era el que conducía primero a Santa Cruz y desde allí a San Juan.

Al llegar ante la silueta maciza y a la vez paradójicamente grácil de la torre de piedra, se dirigió hacia el palacio abacial de las hermanas benitas. Todavía no era mediodía. El templario echó pie a tierra, acarició el cuello de su caballo y lo llevó hasta la orilla de un arroyo para que bebiera agua fresca. Unos campesinos segaban alfalfa en un prado y varias mujeres lavaban aguas abajo diversas prendas que luego extendían al sol sobre un prado de hierba limpia.

El sol calentaba casi en lo más alto, el cielo estaba espejado, de un azul luminoso y claro, y una brisa suave y fresca traía aromas cargados de olor a tomillos y retamas. Juan sintió entonces una sensación de paz interior como nunca antes había conocido. Y durante unos breves instantes toda su vida pareció discurrir por delante de sus ojos, como si en su cabeza pasaran a la vez todas las imágenes que su vista había presenciado en tantos años y en tantos lugares. Y comprendió que sería capaz de quedarse allí, en aquel valle oculto entre las estribaciones de la sierra de San Juan, el resto de su vida.

Sacó de su bolsa de viaje un pedazo de pan, queso y embutido, se sentó sobre una piedra y comió despacio mientras entre cada bocado aspiraba el aire perfumado.

Cuando acabó de comer se dirigió hacia dos de los campesinos y les preguntó por el camino hacia el monasterio de San Juan. Los dos hombres no recelaron del caballero y le indicaron el inicio de una senda que se abría entre la espesura del bosque, pero le advirtieron que se trataba de un camino pedregoso y empinado, más propio para ser recorrido con una acémila que con una cabalgadura tan galana.

Dentro del bosque el silencio apenas era interrumpido por el canto de los pájaros y un ruido de hojas y ramas que de vez en cuando se sacudían tal vez movidas por algún animal que corría a esconderse ante los pasos del hombre y su caballo. Conforme ascendía hacia lo alto de la cumbre de las rocas bermejas, la senda se iba haciendo más empinada hasta que para dar cada paso era necesario un enorme esfuerzo.

Poco a poco, con la paciencia adquirida en los conventos del Temple, ayudando a su montura a avanzar y procurando aplicar todos los cuidados requeridos para evitarle daños, Jaime ascendió hasta salir de la espesura del bosque justo en una zona en la que sobre su cabeza se elevaba una cornisa de rocas en lo más alto de la montaña. Tras un recodo rocoso, a unos pocos pasos al frente, debajo de una amplia visera de piedra, vio el monasterio, construido dentro de la enorme cueva. En verdad, el aspecto era el de una formidable fortaleza que ni siquiera un ejército de diez mil hombres hubiera podido abatir. Una enorme pared de sillares cerraba la cueva de arriba abajo y ante ella se levantaban algunos edificios recientes, tal vez fruto de la última época de esplendor del monasterio.

Conforme se iba acercando, unos monjes que se afanaban en ayudar a descargar unas cántaras de aceite que un comerciante había subido en dos borricos por la ladera sur de la sierra acudieron a su encuentro.

El que los encabezaba portaba una cruz de plata y los que lo seguían comenzaron a cantar un himno de David. Jaime de Castelnou, un tanto perplejo, se detuvo y aguardó en pie hasta que la comitiva de monjes llegó ante él y se detuvo a unos pocos pasos.

—Tú eres el caballero del Templo. Sé bienvenido, hace tiempo que te esperábamos. ¿Traes contigo el Sagrado Cáliz?

Castelnou, sin mediar palabra, sacó de la bolsa el cáliz, lo extrajo de su paño y lo mostró. Los monjes cayeron de rodillas y se persignaron repetidas veces proclamando loas de alabanza a Dios, a su hijo Jesucristo, a la virgen María y a una larga retahíla de santos entre los que estaban algunos de los más venerados por los templarios.

—Aquí está y aquí debe quedarse.

—Has recorrido un largo camino, acompáñanos.

Un monje se hizo cargo del caballo y los demás entraron en el monasterio. De inmediato, a través de unas salas abovedadas, una de cuyas paredes era la propia roca de la cueva, llegaron hasta la iglesia, cuya triple cabecera estaba excavada en la piedra.

—En cuanto supimos que habíais llegado a Santa Cruz comprendimos que erais el enviado, y preparamos todo para vuestra presencia, aunque en realidad hace años que aguardábamos este momento, desde que dos de vuestros hermanos llegaron hasta aquí y comprobaron que éste era el sagrado lugar para custodiar el Sagrado Cáliz.

—Ahora celebremos la eucaristía en acción de gracias a Nuestro Salvador por haber permitido que esté entre nosotros el vaso en el que su hijo Jesús redimió al mundo de sus pecados y nos procuró la vida eterna con su sangre.

Todos los monjes de la comunidad asistieron a la ceremonia, que acabó con la adoración del Grial colocado sobre la mesa del altar.

Acabada la misa, el monje que había portado la cruz se dirigió al templario.

—Nuestro señor el abad don Pedro no se encuentra aquí, pero le comunicaremos de inmediato que lo que esperábamos ya está entre nosotros. Mientras, os rogamos, caballero, que permanezcáis en este lugar. Se acerca el verano y esta época es la más propicia para vivir aquí. Supongo que estaréis agotado y que merecéis un descanso. Aquí podréis recuperar fuerzas antes de continuar vuestro camino, si es que todavía tenéis que ir a alguna parte, porque si no sabéis adonde ir, esta comunidad os acogerá como un hermano más y os hará partícipe de su mesa. Los tiempos que corren no son los mejores, como os habrán dicho, pero en la mesa del refectorio siempre hay un plato de verduras y un pedazo de carne, y un lecho caliente para que conciliéis el sueño.

—Os lo agradezco...

—Mi nombre es Martín de Cercito; sustituyo al abad en su ausencia.

—Pues gracias por vuestra hospitalidad. Y ya que así o habéis ofrecido, me quedaré un tiempo, hasta que ponga en orden mis ideas.

—Hacedlo cuanto queráis; aquí os encontraréis bien. Por vuestra mirada intuyo que habéis tenido una vida llena de contratiempos y esfuerzos; en este monasterio, si la buscáis, encontraréis la paz de Dios que tal vez reclame vuestra alma.

El verano discurrió plácido y sereno. El templario se acomodó una vez más a la regla de los frailes, y vestido como uno más de ellos se aplicó a las tareas cotidianas de los monjes de San Juan. A sus cuarenta años cumplidos ya no era ningún joven. Su pelo antaño oscuro se había ido plateando hasta que los cabellos blancos eran ya más abundantes que los negros, y aunque seguía siendo un hombre fuerte y fornido, tantos años de privaciones, esfuerzos, batallas y heridas comenzaban a hacer mella en su naturaleza.

Todavía era capaz de moverse con agilidad y de manejar una espada con la fuerza

de la juventud, como había demostrado al enfrentarse y derrotar con facilidad a los tres malhechores que intentaron asaltarlo cerca de Bonansa pero se estaba dando cuenta de que, si alguna vez regresaba a Tierra Santa, sus condiciones en el campo de batalla ya no serían las mismas que antaño y que ya no sería capaz de salir victorioso de una lid con tres enemigos a la vez.

Estaba cansado; había logrado culminar el encargo que le hiciera su maestro antes de que los templarios fueran apresados por los soldados del rey de Francia, y se había comportado como un hombre de fe y de honor, pero sabía que su tiempo se estaba acabando.

A pesar de lo alejado del monasterio y del difícil acceso, cada quince días llegaban al cenobio noticias de lo que ocurría en el mundo, las que traían monjes que regresaban de Jaca o de Huesca, a donde iban a menudo en busca de la recaudación de rentas que se generaban en tantos lugares o de suministros para el cenobio.

Uno de esos monjes contó que la cristiandad seguía convulsionada ante las decisiones que estaba tomando el papa Clemente V y que algunos cristianos empezaban a cuestionar a un pontífice que se mostraba más como un agente del rey de Francia que como el primero de los príncipes de la Iglesia.

A finales de octubre, cuando los bosques de hayas y robles habían perdido el color verde para convertirse en una sinfonía de ocre, amarillos y rojos, cayó la primera nevada. A la hora de la oración de prima toda la sierra amaneció cubierta de un denso manto blanco.

El invierno sería largo, pero durante el verano y los primeros meses del otoño el hermano cillero se había preocupado de que la despensa estuviera repleta de víveres y las cocinas provistas de leña suficiente para cocinarlos y para alimentar las chimeneas. Todos los inviernos el monasterio solía quedar dos o tres meses bloqueado por la nieve, que en ocasiones caía en tan grandes cantidades que podía pasar tres o cuatro semanas completamente incomunicado.

Durante aquel invierno tuvo tiempo suficiente para buscar una razón para seguir adelante. En el monasterio había alcanzado la paz que durante toda su vida no había tenido, pero algo le decía en su interior que aquél no era su destino. Se sentía un hombre ajeno al mundo del que venía, un ser atrapado entre sus recuerdos, sus ideales y la memoria de un tiempo pasado. Nada había sucedido como lo había imaginado, nada sucedería jamás como él hubiera querido. Los días comenzaron a hacerse tediosos y eternos, y ni siquiera la primavera, que irrumpió en las montañas como un catarata de sol un día de mediados de abril, cambió esa sensación de tedio que lo invadía.

Habló con Martín de Cercito, a quien el abad confiaba el mando de la comunidad de monjes en sus largas ausencias, y decidió partir del cenobio pinatense. Su caballo había superado el frío invierno de la montaña, estaba bien alimentado y parecía tan sano y robusto como cuando partiera del castillo de Castelnou camino de Jaca muchos meses atrás.

Lo ensilló con cuidado, acariciando las negras crines que le caían sobre el cuello, y lo montó con delicadeza, para que se acostumbrara al peso del jinete tras tan largo período sin ser montado. Poco antes se había quitado su hábito de monje, había vestido su traje de caballero, se había encajado los guantes y colocado al cinto su espada y su puñal. Y había ido hasta la iglesia, sobre cuyo altar contempló por última vez el Grial.

—Ten cuidado con el descenso, es más peligroso aún que la subida —le recomendó el monje Martín.

—Descuida, hermano, bajaré despacio, como si no quisiera alejarme nunca de aquí —le replicó Jaime.

—Si no lograras encontrar tu destino, recuerda que siempre habrá en este cenobio pinatense un lugar para ti.

—Si alguna vez regreso, espero de vuestra hospitalidad una acogida similar.

El templario azuzó a su caballo y le soltó las riendas para que el animal supiera que podía empezar a descender hacia el valle a través de la senda que se perdía entre la espesura.

## CAPÍTULO XIX

Jaca estaba de nuevo llena de peregrinos aquella mañana de primavera de 1311. Decenas de ellos se agolpaban ante la puerta de la catedral esperando recibir la bendición del prior para reanudar el camino hacia Compostela. En la plaza del mercado dos individuos discutían sobre la longitud de un paño de lana, en tanto comprobaban la medida cortada por el mercader con la de la vara jaquesa que estaba grabada en piedra en la puerta lateral de la catedral.

Arnal de Lizana acabó su bendición sobre el grupo de peregrinos que iban a iniciar una nueva etapa y se acercó hacia Jaime de Castelnou, que aguardaba paciente sobre su caballo en un lado de la plaza. El templario descendió de la montura y saludó al prior, que le invitó a entrar en su casa.

—Espero que hayas tenido un buen año.

—Lo mismo te digo. A lo que veo, has decidido dejar el monasterio.

—Sí, no era el lugar para acabar mis días. Todavía tengo cosas que hacer.

—Imagino que no sabrás nada de lo ocurrido en París.

—Un poco, allá arriba apenas llegaron noticias durante el invierno; además, a los monjes de San Juan sólo les interesan su monasterio y sus rentas, que por cierto cada día son más menguadas, por lo que me contaron.

—Así es; pero Dios proveerá, como hace siempre.

—Durante este año han continuado las torturas a nuestros hermanos. Un sargento, asustado por el castigo que estaba recibiendo y por lo que veía que hacían a sus compañeros, fue atormentado hasta tal extremo que declaró que «Mataría al mismo Dios si me lo pidieran». Las ejecuciones se cuentan ya por centenares; el maestre Molay ha quedado absolutamente quebrantado y muchos hermanos se han declarado culpables para poner fin a tanto sufrimiento. El malvado Felipe el Hermoso se ha auto proclamado «Guardián de la cristiandad», y ha confiscado todos los bienes del Temple, pero sigue buscando el tesoro, que no aparece por ninguna parte.

—Nunca hubo tal tesoro.

—¿Estás seguro? Se dice que unos hermanos salieron con él de París poco antes de la intervención del rey de Francia.

—Te aseguro, hermano Arnal, que no hay tal tesoro. Puedo ratificar que las riquezas del Temple están enterradas en Ultramar. Durante dos siglos las rentas del Temple han ido a parar a la construcción de fortalezas, al pago del rescate de cautivos y a la formación de nuestros ejércitos en Tierra Santa. Cuando abandonamos Acre, apenas pudimos salvar unos cuantos miles de libras. El fabuloso tesoro del Temple es una leyenda que urdieron los agentes del rey de Francia para engañar a la población y hacerle creer que éramos inmensamente ricos, y así cultivar en la gente un sentimiento de odio y rechazo hacia nosotros.

—Pero, ¿y las rentas de las encomiendas, las donaciones, los intereses de los préstamos...?

—Todo eso es ahora un montón de ruinas en los campos de Ultramar.

—Entonces, ¿todo es mentira?

—Sí, una gran mentira urdida por Nogaret, el astuto y malvado canciller de Francia, un hombre sin escrúpulos capaz de vender a su madre al mismísimo Satanás.

—¿Y no hay manera de desmontar esas calumnias? —preguntó el prior.

—Lo intentamos, pero la gente no quiere a los templarios. Hemos vivido durante

mucho tiempo al margen de los sentimientos de los buenos cristianos. Nos sabíamos elegidos por Dios para ejecutar su plan en la Tierra, y nos hemos topado con una realidad que no conocíamos. No fuimos capaces de ver lo que estaba ocurriendo delante de nuestros ojos y nos creímos invencibles e intocables. Pese a que era obvio que el rey de Francia estaba tramando un plan contra nosotros, no tuvimos el coraje para mover un solo dedo para contrarrestarlo y nos dejamos atrapar como corderos. Los informes que se manipularon contra nuestra Orden fueron demoledores. Dejamos que fueran cayendo sobre nosotros decenas de acusaciones falsas, consentimos que nos procesaran de manera ilegal, no tuvimos los reflejos para responder a tanta infamia y acabamos siendo conducidos al cadalso como bueyes al matadero. Los hermanos que se negaron a confesar fueron ejecutados, los que se retractaron, también, y los que confesaron delitos que no cometieron no hicieron sino dar razones a los asesinos. El papa nos negó su apoyo porque es un agente más al servicio de Felipe de Francia...

—Así lo parece. A comienzos de esta misma primavera el papa Clemente ha emitido un edicto por el que ha proclamado la suspensión de la Orden del Temple. El obispo de Huesca me remitió una copia hace unos días.

—¡No puede ser!

—Las acusaciones surgen por todas partes. Un peregrino me contó que, ante la comisión pontificia reunida en París, un fraile de la orden de predicadores declaró hace tres semanas que el origen de nuestra Orden está en una promesa que el diablo le hizo a uno de los primeros caballeros templarios en el principio del Temple, y de ahí nuestra riqueza.

—¡Pero cómo pueden creer esas patrañas! ¿Qué vas a hacer?

—Regresaré al condado de Ampurias. Ahora soy vasallo del barón de Moncada y no quisiera caer en el delito de felonía.

—Tras ese edicto pontificio, todos los templarios estamos condenados a desaparecer de una forma u otra.

—Todavía no ha sido disuelta la Orden, sólo suspendida, aún queda alguna esperanza. El rey de Aragón podría...

—El rey de Aragón, y el de Castilla también, ha decidido que los bienes del Temple sean repartidos entre las demás órdenes.

—¿Y qué han hecho nuestros hermanos?

—Todos han aceptado las condiciones del rey. Cada hermano caballero ha recibido una renta de tres mil sueldos, algo menos los sargentos y los criados quinientos.

—¿Y tú?

—¿Yo?, yo seguiré aquí, en Jaca, recibiendo peregrinos, dándoles la bendición cuando se marchen hacia Compostela..., para eso fuimos educados los templarios, para socorrer a los que caminan en busca del Señor, ¿no es así?; Además, ahora sé que el Grial está custodiado aquí, en las montañas de Jaca. Al fin y al cabo, hemos cumplido nuestro sueño: proteger a los peregrinos y defender la sangre de Cristo.

—Sabes, hermano Arnal, tal vez tengas razón, pero nuestra Orden tan sólo es un sueño.

—Pero un hermoso sueño.

Los dos templarios se despidieron deseándose suerte; pero poco antes el prior de Jaca le confesó a Castelnou que estaba ideando un relato para contarle a la gente cómo había llegado el Santo Grial hasta el monasterio de San Juan de la Peña, y en ese relato, por cuestiones obvias, no tenían cabida los templarios.

## CAPÍTULO XX

El castillo de Castelnou apareció de pronto, encaramado en lo alto del cerro, tras un recodo del camino. Jaime detuvo a su caballo y contempló la fortaleza por unos instantes. En los campos de los alrededores las cosechas maduraban, aunque no con la abundancia de años atrás; parecía que una terrible maldición se había extendido para disminuir los frutos de la tierra.

La llegada de Jaime provocó un cierto revuelo en el castillo. Don Guillem de Moncada había salido de caza con algunos de sus caballeros, y en la fortaleza sólo quedaban media docena de guardias y algunos criados. La estancia que le había asignado don Guillem estaba vacía, como el escondite donde había depositado el Grial cuando entró al servicio del barón. Aprovechó el día para descansar y esperó a que llegara su señor.

La partida de caza no había sido demasiado fructífera; con la caza ocurría como con las cosechas, que año a año disminuían en lo que parecía un castigo de Dios hacia los hombres. Los tiempos de abundancia se habían esfumado, y sólo los más viejos recordaban aquellos años en los que las mieses eran tan abundantes que cada cosecha bastaba para alimentar a toda la población del condado y aún sobraba casi otro tanto para vender en los mercados de Gerona, de Perpiñán y de Barcelona. Por el contrario, desde hacía unos años lo que se recolectaba apenas alcanzaba para alimentar a toda la población, e incluso había habido temporadas que se había tenido que importar trigo de Francia para evitar la hambruna. La caza también había disminuido. Años atrás los bosques estaban llenos de jabalíes, ciervos, conejos y todo tipo de aves, pero ahora era difícil abatir un faisán, una perdiz o un venado; ni siquiera los conejos abundaban como antaño. Se decía que incluso los lobos y los zorros comían caracoles ante la escasez de presas con las que alimentarse.

El barón de Moncada se alegró al ver a su vasallo y olvidó el enfado que traía ante la mala jornada de caza. Se saludaron con un abrazo y se sentaron a la mesa de la sala mayor del castillo, en donde se sirvió una jarra de vino y algo de queso mientras en la chimenea dos criados colocaban al fuego un cordero para que estuviera listo a la hora de la cena.

—Contadme, don Jaime, ¿cómo es Compostela? ¿Es cierto que allá se acaba el mundo?

—No lo sé, no llegué hasta la tumba del apóstol.

—¿¡Qué!?

—Me quedé en las montañas de Jaca, en un monasterio llamado San Juan de la Peña. Allí he estado todo este año.

—¿Pero cómo...?

—Es fácil de explicar; allí tienen el Santo Grial.

—¿Estáis seguro?

—Bueno, al menos los frailes veneran un vaso de piedra rojiza, muy bruñida, que aseguran que es con el que Cristo celebró la eucaristía en la Última Cena y luego el mismo en el que José de Arimatea recogió las gotas de sangre del costado de Jesús en la Cruz.

—¿Y cómo llegó a ese monasterio?

—No lo sé, pero allí está.

—¿Y todo un año para ver el Grial?

—El viaje se complicó muy pronto. Apenas había caminado una semana, cuando tuve un encuentro con unos malhechores en una sierra. Quisieron tenderme una emboscada, pero fueron ellos los sorprendidos.

—¿Qué os ocurrió?

—Que fueron por lana pero salieron trasquilados; adiviné sus intenciones y... —  
Castelnou relató el encuentro con los tres bandidos—. Imagino que los habrán ahorcado y sus despojos habrán sido pasto de los buitres.

—Fuisteis muy astuto.

—Cuestión de suerte.

Desde la baronía de Castelnou, el mundo parecía más dulce. Jaime siguió cumpliendo con sus deberes de caballero del barón de Moncada y acudió a las aldeas de la baronía a recaudar las rentas de su señor. Los campesinos pagaban con reticencias, amedrentados por la espada del templario, que significaba la garantía del poder señorial en la baronía.

A finales del año de 1311 el papa Clemente emitió tal informe que ninguno de los templarios que había sobrevivido a cuatro años de torturas y cárcel esperaba que fuera tan duro con ellos. En ese informe se daban por ciertas todas las acusaciones que se habían emitido en el momento en el que se inició el proceso: se daba por probado que habían renegado de Dios, de Cristo, de la Virgen y de todos los santos, que habían asegurado que Cristo era un falso profeta, que ni había sufrido la Pasión ni había sido crucificado para la redención del género humano sino para purgar sus propios crímenes, que no era el Salvador ni procuraba la redención de los hombres, y que habían blasfemado escupiendo y pisoteando la cruz. Como consecuencia de tan terribles delitos probados, el papa conminaba a todos los soberanos de la cristiandad a arrestar a todos los templarios que hubiera en cada uno de los Estados regidos por soberanos cristianos.

El plan tramado por el rey de Francia se estaba cumpliendo de manera inexorable, y desde luego, el papa era una pieza más en el engranaje que hacía posible que se ejecutara con semejante precisión.

Desde Castelnou, Jaime contemplaba impotente cuanto estaba ocurriendo. A veces le entraban ganas de vestirse como un caballero del Temple y acudir hasta París armado como tal para dar cuenta de que jamás se habían cometido esos delitos de los que se les acusaba; otras veces soñaba con regresar a San Juan de la Peña y acabar allí sus días, a la sombra tranquila y serena de la gran cornisa rocosa que protegía el monasterio.

En su alma convivían sentimientos de odio y rencor hacia quienes estaban destruyendo el Temple con el miedo y el recelo a ser descubierto y encerrado en una prisión para el resto de sus días. En algunas ocasiones, como cuando era un joven escudero en formación para recibir la orden de la caballería, le gustaba montar a su caballo y galopar por los campos de la baronía hacia un horizonte imposible.

\* \* \*

La última esperanza, si es que todavía quedaba alguna a los templarios, se desvaneció en el mes de marzo de 1312. Durante varios meses el papa Clemente, que seguía en Aviñón, había celebrado un concilio en la ciudad de Vienne, a orillas del Ródano. Algunos rumores hicieron correr la voz de que dos mil templarios armados esperaban escondidos en los bosques cercanos a Vienne para irrumpir en el concilio y defender el honor de la Orden, pero en realidad sólo se presentaron nueve caballeros templarios. En aquel concilio se decidió que la Orden del Temple debía ser definitivamente disuelta, y así lo ratificó el pontífice por una bula que emitió desde su palacio de Aviñón. El papa se reservaba además el derecho a juzgar al maestro Jacques de Molay.

—Habrá una nueva cruzada —anunció don Guillem de Moncada en una cena que

ofreció a sus caballeros en la sala grande del castillo de Castelnou—. El papa Clemente ha disuelto el Temple, pero ha convocado a toda la cristiandad para una nueva cruzada. La cita será para dentro de siete años. Nuestro rey don Jaime ha enviado allí a sus procuradores, que se han mostrado de acuerdo con la resolución dictada por el papa.

—Seremos demasiado viejos para entonces —dijo uno de los caballeros.

—Tal vez, pero así podremos purgar nuestros pecados y morir en paz —añadió otro entre las carcajadas de sus compañeros.

Jaime bebió un trago de vino con miel y comprendió que el anuncio de esa cruzada era un engaño más del papa y del rey de Francia para disminuir el impacto que pudiera causar la disolución de los templarios, y que desde luego ni el papa ni el rey de Francia tenían la menor intención de llevarla a cabo.

Por supuesto, la disolución de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo era un mero trámite. En ese tiempo unos templarios estaban muertos, otros reconciliados con la Iglesia e integrados en otras órdenes, otros habían regresado a sus hogares de origen y se habían perdido en el anonimato de los tiempos, unos pocos se habían hecho caballeros errantes y se ganaban el pan ofreciendo sus servicios militares a grandes señores, e incluso algunos habían cambiado el hábito blanco por el rojo de los hospitalarios, sus seculares enemigos.

En el resto de la cristiandad, los templarios fueron mucho mejor tratados que en el reino de Francia. En un concilio celebrado en Tarragona en octubre de 1312, los templarios de la Corona de Aragón fueron considerados inocentes de todos los cargos y quedaron absueltos, aunque se confiscaron sus bienes, fueron incautadas sus propiedades y quedaron sometidos a la custodia de sus obispos. Los bienes del Temple fueron repartidos con celeridad. El papa, los reyes, las demás órdenes religiosas, todos sacaron cuantiosas tajadas del botín. A lo largo de los últimos meses de 1312 y durante todo el año 1313 los templarios que no habían sido ejecutados y que no huyeron fueron colocados en otras órdenes religiosas. Los más jóvenes vistieron el hábito de los caballeros de San Juan y fueron destinados a luchar en las fronteras de los reinos hispanos contra el Islam, en tanto que los más ancianos quedaron recluidos en conventos donde aguardar el fin de su vida en paz.

## CAPÍTULO XXI

A principios de 1314 casi nada quedaba de la otrora todopoderosa Orden de los caballeros del Temple. Condenado a cadena perpetua, el maestre Jacques de Molay, un anciano de más de setenta años, y un grupo de sus caballeros era cuanto se mantenía vivo del espíritu templario.

El pobre anciano, sometido a torturas, privaciones y decenas de largos y prolijos interrogatorios a lo largo de seis años y medio, había perdido la razón. Pasaba los días ensimismado en sus propios pensamientos, intentando buscar alguna explicación a cuanto había sucedido e intentando justificar su falta de capacidad para hacer frente a semejante crisis.

Sin que nadie pudiera explicarlo, el maestre se resistía a morir. Tal vez era por entonces el hombre más anciano del mundo, pero alguna fuerza interior lo mantenía vivo a pesar de tantos tormentos. Tanto el papa como el rey de Francia consideraron que, aunque ya no constituía ningún peligro, pues nadie se uniría a Molay en caso de que proclamara la restauración del Temple, era tiempo de resolver el problema de su prisión, que no dejaba de ser un símbolo y a la vez un recuerdo permanente de una situación que el rey y el papa preferían que se olvidara.

Ambos habían decidido acabar con los últimos rescoldos de la hoguera del Temple y la mejor manera de hacerlo era eliminar a Molay y a sus colaboradores más íntimos, que seguían en prisión junto al maestre. Felipe de Marigny, secretario de Felipe IV y arzobispo de Sens, como máxima autoridad eclesiástica de Francia, fue comisionado para ejecutar el plan, mientras su hermano Enguerando se encargaba de administrar las rentas y las propiedades de los templarios en nombre del rey.

Se había decidido que Jacques de Molay, Godofredo de Charnay, preceptor de Normandía, Hugo de Pairand, visitador de Francia, y Godofredo de Bonneville, preceptor de Aquitania, serían condenados de nuevo a cadena perpetua, pero antes se les pediría que aceptasen sus culpas y sus pecados, y que si así lo hacían, serían perdonados, excarcelados y enviados a varios conventos para que pasaran allí el resto de sus vidas. Pero el plan tenía una trampa; si los templarios se retractaban y se proclamaban inocentes, serían ejecutados inmediatamente como relapsos y perjuros. Y eso es era precisamente lo que procuraron alentar el rey y el papa a través de sus agentes.

El horizonte azul de Castelnou estaba atravesado por una banda de nubes rojizas que parecían teñidas de sangre. Jaime se enteró a través de un mensajero real de que el rey de Francia había decidido poner fin al encierro del último maestre de los templarios. Durante años, tanto el papa como Felipe el Hermoso habían confiado en que la avanzada edad del maestre, su estado de salud y sus propias cavilaciones acabarían por provocarle la muerte, y así se eliminaría por sí solo el último gran problema que restaba por resolver.

No lo pensó dos veces; sin siquiera avisar a su señor el barón de Moncada, cogió su caballo, algunas provisiones, una bolsa con monedas y se dirigió hacia el norte. Si no encontraba contratiempo alguno llegaría a París en un par de semanas. No sabía ni a qué iba ni qué podía hacer allí, pero un impulso irresistible lo empujaba hacia la ciudad donde se jugaba la última baza de la partida de naipes en la que se decidía el futuro del Temple.

París estaba cubierto por un cielo plomizo y sus calles repletas de barro y agua en los primeros días de mayo de 1314. Por toda la ciudad corría el rumor de que los templarios encarcelados iban a ser absueltos en una medida de gracia del rey y del papa, que querían así demostrar su talante caritativo y dadivoso.

Castelnou se presentó de nuevo como mercader catalán y tomó posada en una casa de huéspedes en el barrio de la orilla izquierda del río Sena; a gusto hubiera regresado a La Torre de Plata, pero tal vez hubiera podido ser reconocido. Tras dejar su caballo y tomar un almuerzo caliente, se dirigió hacia la antigua casa del Temple. Desde fuera todo parecía igual; los altos muros no habían sido demolidos y el enorme torreón de piedra con las cuatro torrecillas semicirculares en las esquinas se mantenía como un centinela formidable erguido en el centro del amplio complejo conventual.

Pero a la puerta ya no había una guardia templaria, sino dos soldados del rey, y sobre ella no ondeaba el estandarte blanco y negro de los caballeros de Cristo sino la oriflama azul con flores de lis doradas de los reyes de Francia. Después se dirigió hacia la cancellería y desde una distancia prudente atisbó la entrada, también protegida por guardias reales. Se quedó allí un buen rato por si veía aparecer a Antoine de Villeneuve, al traidor Hugo de Bon o al propio Guillermo de Nogaret, pero tras pasar atenta buena parte de la mañana no reconoció a nadie de cuantos entraron o salieron de aquellas dependencias.

No sabía ni qué hacer ni a quién dirigirse y, aunque supuso que era difícil que alguien se acordara de él, no quería correr el riesgo de ser reconocido como el único caballero que escapó del convento de París el día que el rey de Francia decidió apresar a los templarios de su reino.

El día 18 de mayo fue a oír misa a la catedral de Nuestra Señora, que lucía espléndida recién acabadas las últimas obras. La grisácea luz del mediodía parisino entraba a través de las vidrieras multicolores y parecía mudar para convertir el interior del templo en un verdadero tornasol de colores. «Ojalá luciera el sol», pensó mientras observaba las escenas bíblicas representadas en las vidrieras.

Al salir de la catedral, un corrillo de personas discutía con cierta vehemencia sobre lo que estaba pasando en el tribunal de París. El papa y el rey habían nombrado una comisión de jueces que debía anunciar la culpabilidad de los templarios en el proceso que duraba ya seis años y medio, y poner fin así a la provisionalidad que hasta entonces se achacaba a todo ese asunto. En realidad, la mayoría de los parisinos había perdido todo interés por aquellos caballeros retenidos desde hacía tanto tiempo en las prisiones reales, y eran muy pocos los que estaban preocupados por el destino de los que todavía permanecían encarcelados.

—¡Dicen que van a liberar al maestre Molay!, que ha admitido al fin sus culpas y que mañana mismo será enviado a un convento. Ahora le están comunicando la sentencia en el tribunal —anunció uno de los curiosos.

—El rey tenía razón, esos monjes estaban aliados con el demonio. Las autoridades han tardado en darse cuenta pero al fin han sido descubiertos.

—¡Se ha retractado, el maestre Molay se ha retractado!

Un hombre apareció corriendo y gritando la noticia ante la plaza de Nuestra Señora, ante la fachada principal de la catedral. Al oírlo, Jaime se acercó al grupo.

—¿Qué dices?! —se sorprendió el que había anunciado la inmediata liberación del maestre.

—Acaba de ocurrir lo inesperado. El tribunal le estaba anunciando al maestre y al resto de los templarios la confirmación de la sentencia definitiva a cadena perpetua; todos estaban convencidos de que los templarios aceptarían esta resolución, porque así estaba acordado, y que serían perdonados de inmediato por arrepentirse de sus pecados, pero lo que ha sucedido nos sorprendió a todos los que allí estábamos.

—Jacques de Molay ha pedido la palabra, se ha levantado de su asiento con toda

solemnidad y se ha retractado de todas sus confesiones anteriores. Ha comenzado diciendo que la Orden del Temple es el orgullo de la Iglesia y de los cristianos, que nadie ha defendido la fe de Cristo como ellos y que todas las acusaciones vertidas sobre la Orden son falsas.

—Deberíais haber visto la cara que se les ha quedado a los jueces del tribunal. Estaban atónitos; alguien les había dicho que existía un acuerdo con los templarios, pero no imaginaban que Molay fuera a responder de esta manera.

—Ha dicho que él y su Orden son inocentes de cuantos cargos, pecados y delitos se les han imputado, y que si en ocasiones anteriores ha admitido la comisión de aquellos crímenes lo había hecho sometido a torturas y para exculpar a sus compañeros. Ha continuado acusando a los sicarios del rey Felipe de manipular lo que él había declarado en anteriores interrogatorios y ha negado haber obrado en contra de la Iglesia y de sus mandamientos.

—Perdonad, amigo, soy extranjero, ¿qué está pasando? —intervino Jaime de Castelnou.

—¡Ah!, señor, que los templarios no admiten sus cargos y que se ha liado una buena en el tribunal por causa de ese viejo cabezota.

—Pero continúa —le gritó uno de los curiosos al mensajero.

—Como os decía, Molay y sus compañeros han vuelto patas abajo el tribunal. Godofredo de Charnay ha hecho lo mismo que su maestro; bueno, este templario añadió que si había renegado de Cristo en alguna ocasión lo hizo a causa del insoportable dolor de la tortura.

—¿Y los demás templarios, qué han hecho?

—Eso ha sido lo mejor, todos han apoyado a su maestro y lo han defendido.

—¿Y qué ha resuelto el tribunal?

—Condenarlos a muerte, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Esos templarios se han suicidado —dijo en voz baja uno de los asistentes al corrillo.

—Es extraño; Molay sabía que una declaración así iba a conducirle a la muerte, y sin embargo lo ha hecho —comentó otro.

—Los quemarán esta misma tarde, en la isla de las Cabras; no faltéis porque promete ser un espectáculo memorable —acabó diciendo el portador de la noticia, que se alejó de la catedral seguido por media docena de curiosos que no cesaban de hacerle preguntas sobre lo ocurrido en el tribunal.

Castelnou supuso que todo aquello estaba preparado y que, una vez más, el maestro Molay había sido engañado por el rey Felipe y por sus sicarios. Pensó que si en la elección de Chipre que él dirigió hubiera sido escogido el candidato del rey de Francia, probablemente la Orden del Temple seguiría vigente, más poderosa si cabe, aunque bajo la dependencia del rey francés. Claro que ya no importaba nada de todo eso. La Orden del Temple era pasado y nadie quería volver a recordar pedazos de memoria que no interesaban a la gente.

Pero..., ¿qué le había pasado a Molay? ¿Por qué se había mostrado tan digno en el último momento? Sí, era un anciano, débil y exhausto, al que sólo le quedaba un soplo de vida, pero ¿por qué ahora?, cuando precisamente no quedaba ya ningún templario libre o en disposición de reivindicar el espíritu del Temple. ¿Lo habían vuelto a engañar otra vez, o había querido dar una prueba de dignidad al final de su vida?

Probablemente la respuesta la encontraría en la ejecución. Sería duro presenciar la

muerte en la hoguera de varios de sus hermanos, pero era la única manera de entender lo que estaba pasando y tal vez el único modo de buscar una razón para su vida.

Jaime se dirigió hacia la isla de las Cabras, que algunos parisinos también llamaban el islote de los judíos porque allí habían sido ejecutados algunos de los hijos de Israel en ocasiones anteriores, y al ver que el cadalso ya estaba prácticamente listo, pese a ser mediodía, comprendió que alguien había tendido una trampa a Molay y que estaba seguro de que el maestro iba a caer en ella.

Pese a que no había comido tras el desayuno, no tenía ganas de almorzar, de modo que pasó la tarde merodeando por las orillas del Sena, contemplando los preparativos para la ejecución que se iba a perpetrar.

Mediada la tarde un murmullo se fue convirtiendo en vocerío. Centenares de personas aparecieron por una de las calles que daba al río rodeando a varios carros en los que iban los templarios condenados a muerte aquella misma mañana. A Jaime se le heló la sangre cuando comprobó que eran treinta y ocho los hermanos que iban a ser quemados a orillas del río.

Las dos riberas se llenaron de curiosos mientras unos soldados bajaban de los carros a los templarios y los embarcaban en pequeñas canoas para conducirlos a la islita de las Cabras. Desde la orilla en la que se encontraba, Jaime pudo distinguir la figura de Jacques de Molay. El maestro casi no podía andar y tenía que ser ayudado por dos soldados para caminar. Uno a uno los treinta y ocho templarios fueron atados en sendos postes de madera a los que rodearon de haces de leña impregnados de aceite y brea, a la vez que el griterío de la multitud se tornó en un silencio tan profundo que sólo se oía el oleaje del río.

Desde luego, quien hubiera ideado aquello lo tenía todo previsto; el escenario era sobrecogedor y a la vez grandioso, con el gran río como testigo y la isla como cadalso inabordable por si alguien hubiera decidido acudir a última hora a liberar a los condenados. Pero nadie lo hizo. Los espectadores sólo esperaban asistir a un espectáculo.

El encargado de la ejecución aguardó hasta el momento en el que el sol comenzó a ocultarse en el horizonte, y cuando el último rayo desapareció en la lejana campiña aplicó su antorcha a los montones de leña. Lentamente el fuego fue ganando fuerza y las llamas crecieron hasta alcanzar los cuerpos de los templarios. Pero antes de que ninguno de ellos emitiera un grito de dolor o de miedo, una voz anciana pero firme tronó en medio del silencio. Jaime pudo oír con claridad al maestro Molay; pese a los años transcurridos desde la última vez que la oyera, era inconfundible.

Molay llamó asesinos a sus verdugos, pidió venganza y lanzó una terrible maldición sobre la dinastía de los Capetos, de la que era miembro el rey Felipe IV, que venía gobernando en Francia desde hacía más de tres siglos.

—Yo maldigo a los asesinos del Temple, a Guillermo de Nogaret, a Enguerando de Marigny y al rey Felipe de Francia, reclamo venganza sobre esta infamia y maldigo a la estirpe de la familia de los Capetos para que sea borrada con toda su descendencia de la faz de la tierra. Malditos seáis una y mil veces, malditos, malditos, malditos... La voz del maestro se fue apagando y con ella los gritos de horror de los hermanos que ardían en los cadalsos. El silencio sólo era alterado ahora por el rumor de la corriente y el crepitar de los leños flameando en las hogueras de la muerte. Un humo denso y espeso y un olor a carne quemada provocó la náusea en los espectadores, muchos de los cuales no pudieron aguantar y se marcharon cabizbajos mientras las sombras de la noche conquistaban las calles de París. En el centro del río una inmensa hoguera lucía como una luciérnaga infernal cuyo resplandor se reflejaba sobre las oscuras aguas como en un espejo del averno.

## CAPÍTULO XXII

Desde la salida del valle de Canfranc observó la ciudad de Jaca, en lo alto del cerro, sobre el curso del río Aragón, y junto a ella, como un niño pegado a las faldas de la madre, el burgo del Burnao. A su espalda quedaban las cumbres nevadas del Pirineo y el puerto de Somport, que había atravesado junto con un grupo de peregrinos de la ciudad de Chartres. Jaime de Castelnou sólo portaba una bolsa de viaje con algunos alimentos, una túnica de peregrino, un sombrero de ala ancha, una manta y dos pares de sandalias de cuero. Se apoyaba en un cayado de madera del que colgaba una concha de peregrino. Había salido de París a fines de mayo y tras visitar la catedral de Nuestra Señora de Chartres había vendido su caballo, sus armas y sus ropas de caballero para unirse al último grupo de peregrinos que aquel año de 1314 habían decidido realizar el gran viaje a Compostela.

Entró en la antigua capital del reino de Aragón por la puerta del norte y se dirigió hacia la plaza de la catedral. La casa del prior Arnal de Lizana seguía allí, igual que tres años atrás. Llamó a la puerta de madera y oyó correr un cerrojo antes de abrirse. Tras el umbral apareció una joven de apenas veinte años.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin abrir del todo la puerta.

—Perdonad, señora, mi nombre es... —Jaime recordó entonces que nunca le había dicho su nombre al prior Lizana y no reconoció en la muchacha a la que había sido criada de don Arnal—. Bueno, olvidadlo, decidle al prior que un peregrino pregunta por él.

—Aguarda un momento.

La joven se retiró, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Al poco apareció un hombre de unos cuarenta años, de recia complexión y pelo ensortijado.

—¿Quién eres y qué buscas? —le preguntó.

—Soy un peregrino y busco a don Arnal de Lizana, prior de Jaca.

—Llegas un poco tarde. Don Arnal murió el invierno pasado. Ahora el prior soy yo.

—¿Sabéis si dejó algo para mí?

—¿Para ti? —al ver los ojos poderosos de Castelnou y su mirada noble y serena, el prior rectificó—. ¿Para vos?, quería decir.

—Sí, para mí. Me llamo Jaime, Jaime de Castelnou, tal vez no os dijera mi nombre, pero quizás os diera alguna indicación por si venía un peregrino o un caballero preguntando por él.

—No, lo siento, murió antes de que yo me hiciera cargo de su puesto.

—Perdonad la interrupción.

Jaime tomó aire y se dirigió a la catedral. El templo estaba tenuemente iluminado por unas candelas de aceite y varios cirios que ardían en los tres altares de la triple cabecera. Algunos peregrinos oraban en las capillas y otros recorrían el templo celebrando una especie de vía crucis. El templario rezó un padrenuestro por su hermano el prior fallecido y salió de la iglesia. Si se daba prisa y caminaba ligero podría llegar a San Juan de la Peña antes de anochecer.

\* \* \*

A lo largo del sendero olía a tomillos y retamas. La ascensión era muy empinada pero la espesura del bosque mitigaba con su sombra el calor, que apretaba de firme en aquellos últimos días de primavera incluso en las tierras altas de las sierras de Jaca. El

monasterio seguía allí, al final de la larguísima y revirada cuesta, custodiado como una delicada reliquia bajo la inmensa cornisa rocosa de piedra roja y gris.

—«El templo del Grial», murmuró Jaime de Castelnou mientras de manera decidida andaba los últimos pasos hacia el olvido.

## NOTA DEL AUTOR

La Orden del Temple es sin duda una de las más controvertidas, manipuladas y falseadas de cuantas instituciones han sido fundadas por los seres humanos a lo largo de toda su historia. Debido a su trágico final, a la aureola de caballeros legendarios que siempre los rodeó, a su presunto fabuloso tesoro y a las terribles acusaciones que sobre ellos se vertieron, los templarios han sido objeto de especulaciones de todo tipo.

Establecido en 1119 en Jerusalén por Hugo de Payns, caballero de la región francesa de Champaña, el Temple recibió como solar fundacional la mezquita de al-Aqsa, ubicada sobre la explanada en la que antes estuvo el templo de Salomón, destruido en el año 70 por el emperador romano Tito. Gracias al mecenazgo de reyes, nobles y papas, la Orden del Temple alcanzó abundantes riquezas y propiedades que empleó en las guerras que durante casi dos siglos sostuvo en Tierra Santa y que supusieron un enorme esfuerzo financiero además de grandes inversiones en hombres y en materiales. Perdida la ciudad de Acre en 1291 y abandonada Tierra Santa por los cruzados, el Temple, creado para la defensa de los peregrinos a Jerusalén y la custodia de los Santos Lugares, dejó de tener sentido y su existencia fue cuestionada por los soberanos cristianos de Occidente.

Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, ambicionó sus riquezas y, tras controlar el papado con pontífices fieles a su política, puso en marcha un plan para acabar con los templarios y apoderarse de sus propiedades. Todos los templarios de Francia fueron encarcelados por una orden real el 13 de octubre de 1307. Se inició entonces un largo proceso en el que centenares de caballeros templarios fueron encarcelados, torturados e incluso ejecutados bajo las acusaciones de blasfemia, sodomía, herejía y otros delitos. Después de seis años y medio de cárcel y de tormentos, el último maestre del Temple, Jacques de Molay, fue quemado en París tras haberse declarado él y su Orden inocentes de todos los cargos de que eran acusados.

Una tradición recoge la noticia de que, en el momento de arder en la hoguera, el maestre Molay pronunció una terrible maldición contra sus asesinos. La maldición pareció cumplirse, pues los principales autores de la persecución contra el Temple murieron en los meses siguientes a la ejecución del maestre.

El rey Felipe IV falleció en noviembre de 1314 en el transcurso de una cacería; los dos hijos que le sucedieron, Felipe V y Carlos IV, son conocidos en la historia de Francia con el nombre de los «reyes malditos»; el último, Carlos IV, murió sin descendencia y con él se extinguió en 1328 la dinastía real de los Capetos, que había reinado en Francia ininterrumpidamente desde fines del siglo X.

Guillermo de Nogaret, el brazo ejecutor al servicio de Felipe IV, murió poco después, y Enguerando de Marigny, ministro de finanzas y administrador de los bienes templarios incautados, fue acusado de herejía y condenado a muerte en abril de 1315 por un tribunal del que formaba parte su propio hermano Felipe de Marigny.

El papa Clemente V murió en abril de 1315; este papa fue quien trasladó la sede papal de Roma a Aviñón, dando lugar a la llamada «segunda cautividad de Babilonia» que desencadenó años después el gran cisma de Occidente.

Los caballeros templarios que no fueron ejecutados o no desaparecieron fueron adscritos a otras órdenes religiosas, sobre todo a la del Hospital. En Escocia se fundó con caballeros templarios la Real Orden, en Portugal la de los Caballeros de Cristo y en la Corona de Aragón la de Montesa.

Una tradición asegura que en 1793, cuando la cabeza del rey Luis XVI rodaba en el

cadalso de París cercenada por la guillotina, una voz anónima gritó: «Jacques de Molay, estás vengado».

Siete siglos después de la ejecución del último maestro, los templarios siguen despertando un interés extraordinario, que ha sido aprovechado por falsarios, especuladores, pseudo historiadores, intrigantes y arribistas, que han contribuido a desenfocar su historia y el papel que desempeñaron estos monjes guerreros en los dos siglos centrales de la Edad Media.

Esta novela recrea los últimos años de la Orden del Temple a través de la figura imaginaria de Jaime de Castelnou, que ha sido utilizado como paradigma de caballero templario. La historia del Temple puede seguirse en mi libro *Breve historia de la Orden del Temple*, también editado por Edhasa.

La leyenda atribuye a los templarios el hallazgo de relevantes reliquias en las excavaciones que realizaron en el suelo de la explanada del Templo en Jerusalén, entre otras el Arca de la Alianza y el Santo Grial, aunque no existe indicio alguno de ello.

En el monasterio aragonés de San Juan de la Peña, cerca de la ciudad de Jaca, existía en 1399 un cáliz de piedra semipreciosa que el rey Martín el Humano envió a su palacio de la Aljafería en la ciudad de Zaragoza, y que a mediados del siglo XV el rey Alfonso V remitió a Valencia. En la catedral de esta ciudad se conserva todavía, en una capilla gótica edificada para custodiarlo, con el nombre de Santo Cáliz, y son muchos quienes lo consideran como el que Cristo utilizó en la celebración de la eucaristía en la Última Cena. Se trata de un vaso de una variedad de ónice de color rojizo oscuro con algunas vetas y datado en el siglo I al que se ha añadido un pie también de piedra semipreciosa que tiene una inscripción en árabe que dice «La Brillante»; ambas piezas están unidas por un soporte de orfebrería en plata sobredorada, añadido en el siglo XIV.

Por toda Europa existen decenas de iglesias que aseguran que entre sus reliquias está el cáliz de la Última Cena. No obstante, son muchos los seres humanos que siguen buscando, como los caballeros del rey Arturo, su verdadero Santo Grial.